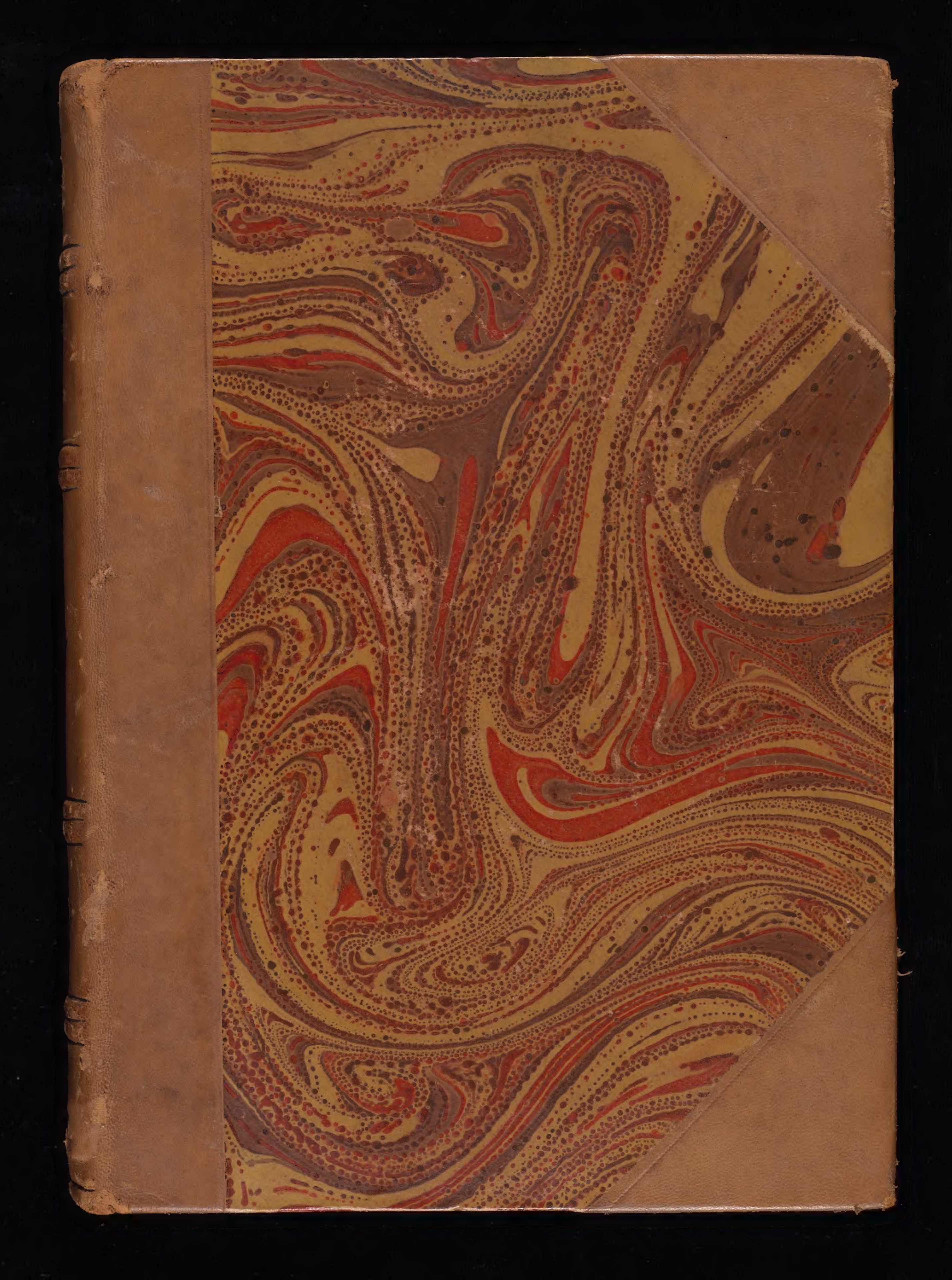
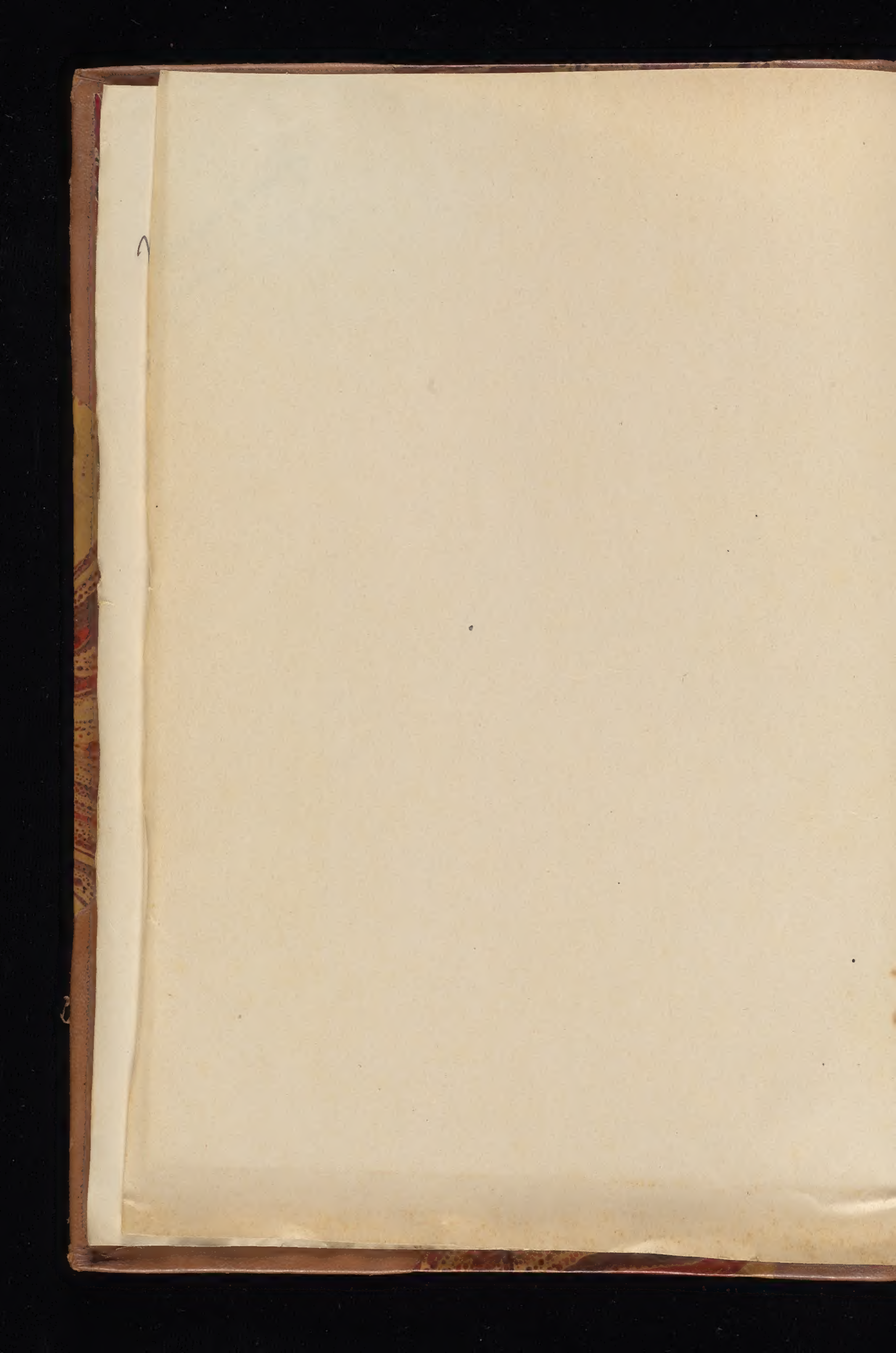






Maurice Emetaz
June 1926

4 TITLES 225 –

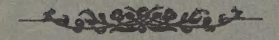


EL DOLMEN DE SOTO

(Trigueros; Huelva)

POR

HUGO OBERMAIER



MADRID
Fototipia de Hauser y Menet
1924.

EL DOLMEN DE SOTO

(Trigueros; Huelva)

POR

HUGO OBERMAIER

PUBLICADO EN EL

BOLETÍN DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

AÑO XXXII PAGS. 1 A 31



MADRID

Fototipia de Hauser y Menet

1924.

EL DOLMEN DE SOTO

TRIGUEROS (Huelva)

A mi distinguido amigo D. Armando de Soto que tantos aplausos merece por haber descubierto y tan dignamente conservado el hipogeo megalítico de Trigueros.

El Dolmen de Soto, mausoleo importantísimo de la Edad del Cobre (3.000-2.500 a. Cr.), se encuentra en el cabecillo del *Zancarrón*, enclavado en la finca "La Lobita", que pertenece al término municipal de *Trigueros*, en el límite oriental de la provincia de Huelva.

Para visitar este monumento arquitectónico, el arqueólogo se dirigirá por la carretera de Sevilla a Huelva hasta llegar, entre los pueblos de Niebla y San Juan del Puerto, a la mitad del kilómetro 619 y a la bifurcación del amplio ramal, que el Sr. Soto construyó a la derecha de la carretera, de la que para llegar al hipogeo hay una distancia de kilómetro y medio.

Dista el dolmen del mar (Puerto de Palo) en línea recta 18 kilómetros y del río Candón, afluente del Río Tinto, unos 500 metros.

El mausoleo está construído, como la mayoría de los monumentos similares, en el interior de un túmulo ("el Zancarrón") bastante suave, de forma casi circular y de 75 metros de diámetro, que se destaca perfectamente del llano que lo rodea. (Lámina I, núm. A.) Este cerrete, completamente artificial, es una acumulación considerable de tierra blancuzca, con la que están entremezclados pequeños fragmentos de piedra y que fué traída desde lejos, pues no se encuentra en toda la finca. Solamente en la base aparece la tierra rojiza, típica del subsuelo natural.

En la cúspide del cabecillo se levantaba, desde el año 1919, una casa de guarda, edificio que ha sido demolido y reedificado en 1923 fuera de la zona de la construcción subterránea, para la mayor protección de ésta y para servir al mismo tiempo de museo. (Lámina I, núm. B.)

El descubrimiento y la exploración del dolmen se debe al Sr. de Soto, propietario de aquella finca, y no podemos hacer nada mejor que publicar en este lugar el interesante y ameno relato que tuvo la bondad de dirigirme por carta, desde Sevilla, con fecha del 5 de Octubre de 1923.

"Mi distinguido y querido amigo:

Me pide usted que le haga la historia de cómo descubrí mi Monumento y realicé las excavaciones, así como detalles de los sitios donde encontré el ajuar funerario.

Aunque las excavaciones han durado ocho meses y no he ido haciendo crónica diaria, me ha interesado tanto este trabajo, me ha proporcionado tales emociones en todo ese camino de lo desconocido, siempre con la ilusión de encontrar algo nuevo, que todo ha quedado en mi imaginación impreso como en cinta cinematográfica, lo que me permite relatar los hechos y ordenarlos como si tuviera delante su crónica.

A mi buen amigo el simpático y popular D. Juan Vides Alamo, de Trigueros, inteligentísimo labrador y ganadero a la moderna, debo la iniciativa de mi descubrimiento, pues me facilitó copia de un acta del Ayuntamiento de Trigueros del día 8 de Enero de 1823, en la que aparece una diligencia de demarcación que al pie de la letra dice de cierto terreno que "linda por el Poniente con el Cabecillo del Zancarrón donde está enterrado Mohamad Ben Muza, a quien se debe la primera obra algebraica, pues la publicó en el siglo octavo, que contiene la solución de las ecuaciones de segundo grado".

En dicho Cabecillo acababa yo de construir de nueva planta la casa del guarda de "La Lobita" y recordé que el maestro albañil me había dicho que en algunos sitios se había ahorrado el profundizar los cimientos por haber dado en piedra casi a flor de tierra. Interrogado el maestro albañil Manuel Fuentes, de Lucena del Puerto, que allí holgaba por ser el día 1.° de año (1923), me aseguró que a medio metro de profundidad y tangente al cimiento, había él visto una piedra muy grande. Cogió la espiocha y, dicho y hecho, antes de un cuarto de hora me descubrió, a 95 centímetros de la superficie, la extremidad de una piedra horizontal. Con la natural emoción nos pusimos todos a ayudar y en una hora, o poco más, logramos descubrir como un metro de largo de la piedra que me figuraba ser tapamento de la sepultura del sabio moro. Basta por hoy, dije a Manuel Fuentes, que es un día muy grande para trabajar.

Al día siguiente, con cuatro hombres, logré dejar al descubierto una

piedra de 3,25 metros de largo por 0,70 de ancho y otra junto a ella en el mismo plano, de parecidas dimensiones. Sin elementos para sacar a flor de tierra esas piedras, por vehemencia o ignorancia accedí a la proposición de romperlas con un mazo de hierro casi por el centro o sea por el único sitio que sonaba a hueco. Para desplazar las mitades fué preciso ensanchar el corte de tierra formando dos planos inclinados; con mucho personal, al otro día y por medio de cuerdas y palancas, logramos quitar la tapa de la supuesta sepultura. Toda ella estaba llena de arcilla durísima y solamente donde había sonado a hueco faltarían como 15 centímetros de relleno.

A la semana de estar sacando tierra, mi desilusión fué grande, pues habíamos profundizado metro y medio y teníamos dos piedras verticales de cada lado descubiertas, como paredes laterales del *sepulcro* y nada habíamos encontrado de restos humanos, monedas ni cerámica. Me parecía inútil continuar aquel trabajo, mucho más haciendo falta el personal para otros de urgencia y resolví abandonarlo; pero todo el mundo sabe lo que puede en el ánimo de un marido la voluntad de su mujer, y la mía se había forjado tales ilusiones con el soñado hallazgo, que llegó a decirme que ella proseguiría los trabajos. Ante deseo tan vivamente manifestado, se reanudaron los trabajos con mayor empuje a los cuatro días. Confieso, pues, que sin su entusiasmo nada hubiera hecho.

A los ocho o diez días de los nuevos trabajos habíamos descubierto otra losa de techo y otras dos verticales, de modo que teníamos ya unos cuatro metros de longitud con dos paredes de grandes piedras; como aquello tenía trazas de ser una galería subterránea y encontramos un hacha prehistórica de piedra pulimentada, de buen tamaño, ya pude pensar que se trataba de un dolmen, puesto que teníamos delante varias piedras verticales con otras horizontales de techumbre.

Siguieron las excavaciones con mucho cuidado en la galería, desde el centro hacia ambos extremos, siendo descubierta la piedra grande del techo y habiendo encontrado dos hachas y algunos restos humanos. En este estado de cosas, vinieron desde Huelva a ver mis hallazgos el docto Presidente de la Sociedad Colombina Sr. Marchena Colombo y el gran Manolo Siurot, el hombre cumbre de la pedagogía, el que ha dedicado su vida entera al niño pobre, amándolo con ternura de padre y a crear maestros aptos para que lo imiten. Manolo Siurot se merece que todo el mundo lo quiera tanto como yo. Ambos amigos me confirmaron que se

trataba de un dolmen cubierto y me animaron diciéndome que, por lo que ya se podía apreciar, iba a ser un monumento importante.

Siguieron las excavaciones en la forma indicada, sacándose toda la tierra por medio de una cabria y un tiro. Por estar la arcilla tan compacta y tan dura como argamasa, había que trabajar a punta de espiocha y retirarla con azadas y palas, teniendo los obreros orden terminante de suspender los golpes en cuanto encontraran restos humanos o cerámica. Se intentaba la extracción de los mismos siempre con mucho cuidado; pero por la acción del tiempo y de la presión se deshacían en cuanto se trataba de sacarlos de la masa dura con la punta de una navaja, operación que muchas veces hacía yo mismo, logrando algunos huesos sin romper, en mayor cantidad los de cráneos. Sólo he encontrado restos de ocho cadáveres en siete sitios distintos, con la particularidad de encontrarlos todos junto a las piedras verticales como a unos ochenta centímetros del suelo del dolmen. Dichas piedras verticales tenían siempre signos toscamente grabados y en todas estas siete piedras, debajo de los signos, se encontraban restos de cerámica con huesos de cráneos, como si hubieran apoyado la cabeza del cadáver en platos o cuencos de barro, cuyos pedazos conservo. Los restos de cada cadáver siempre ocupaban muy poco espacio; como en unos ochenta centímetros de altura había huesos del cráneo cerca de algún fémur y nunca se presentaron en sentido horizontal y menos en una extensión del largo de un hombre corriente, lo que me hizo pensar, por lo que habia estudiado, que aquellos cadáveres habían sido enterrados en cuclillas y probablemente atados.

Todos los restos humanos tenían a un lado hachas y al otro cuchillos, cinceles o puñales, y dos de aquellos, además de lo dicho, conchas como las de los peregrinos. Con los restos de una madre con su hijo que se hallaron debajo de un signo que los representa, signo que usted me descifró, estaban el precioso puñal y el brazalete de hueso que, por su pequeño diámetro, se conoce que pertenecería al niño (1).

Las piedras de techo que faltan al final del dolmen, o sea en la cámara grande, no cabe duda que fueron destrozadas recientemente para aprovecharlas en construcciones, puesto que he encontrado en varios trozos, algunos grandes, las huellas de los barrenos cuyo uso es de ayer mañana.

(1) Se trata del signo núm. "f", de la figura 7.

Se conoce que por la acción de las aguas y las labores sobre aquel túmulo artificial de tierra acarreada por los constructores del dolmen, quedarían al descubierto algunas partes de esas piedras, incitando a alguien a aprovecharlas y que si no vieron más o no quisieron tomarlas fué porque todo el dolmen estaba lleno de esa argamasa tan compacta y tan recia. Gracias a esto, no ha sido saqueado y destrozado el monumento.

Por feria de Abril, tuve la suerte de que se encontrara aquí, con su encantadora hija Gabrielita, el señor Conde de la Mortera, a quien relaté aproximadamente lo que llevo ya escrito, y después de examinar casi todo el ajuar funerario y las fotografías del dolmen, tomó con mucho empeño el propósito de que fuera usted quien lo estudiara y lo presentara a la Academia de la Historia para mi mayor garantía y de la corporación. Sin pérdida de tiempo, le comunicó su pensamiento al Duque de Alba, quien entusiasmado, como siempre con todo lo relativo a descubrimientos y hallazgos prehistóricos, tuvo conmigo, entre otras muchas deferencias, que cordialmente le agradezco, la de indicarme que al día siguiente se marchaba a Madrid para cumplir con su deber ciudadano de votar en las elecciones a Diputados, y que en seguida regresaría en compañía de usted, como, en efecto, sucedió, pues no podía esperarse otra cosa de la amabilidad de usted y de la eficacia de tan excelentes padrinos.

Señalo con piedra blanca el día 1.º de Mayo, en que usted, el Duque y nuestro buen amigo Santiago Montoto, que con tanto interés había ido siguiendo mis investigaciones, me hicieron el honor de acompañarme a visitar el monumento. En esa memorable visita escuché de labios de usted muy sabios y amables consejos que he procurado seguir puntualmente, para lo cual he consolidado las tres piedras verticales que amenazaban desplomarse y he sostenido con viguetas las dos piedras de techo que partí para buscar *la sepultura del moro*, y otras dos más que estaban partidas por el centro y aún no se habían desprendido. También ha quedado terminada la bóveda de sillería que suple las piedras de techo que faltaban.

Espero con verdadera impaciencia que venga usted pronto a estudiar detenidamente el dolmen, para poder cumplir su ofrecimiento, que tanto me halaga, de presentar ese trabajo, que seguramente será notabilísimo, a la Real Academia de la Historia. Así quedaré yo tranquilo de haber

procedido en todo a su completa satisfacción, que será la mayor garantía de acierto y así contribuiremos ambos a perpetuar el gigantesco esfuerzo de aquellos primeros pobladores de España, que tan grandioso culto rindieron a la muerte.

Con todo respeto le saluda muy afectuosamente su atento amigo y admirador, q. b. s. m.—*Armando de Soto.*"

A) El Dolmen

Este monumento verdaderamente gigantesco pertenece a la familia de los *dolmenes de corredor largo*, pero ofrece, además, por su planta, gran parentesco con las llamadas *galerías cubiertas*. Termina en una gran cámara más o menos trapezoidal (fig. 1).

Está orientado de Levante a Poniente y tiene la excepcional longitud de 20,90 metros.

En un principio, el corredor, de planta algo torcida, se inclina ligeramente hacia el interior, siendo después su suelo completamente plano hasta el final. Al mismo tiempo, el techo se levanta poco a poco y la galería se ensancha paulatinamente, hasta formar, a los 14 metros de la entrada, la verdadera cámara, de planta también bastante desigual, y ampliándose casi exclusivamente al lado izquierdo.

Las proporciones principales están expresadas en el siguiente cuadro de medidas:

	Altura	Anchura
Entrada actual	1,45 metros.	0,93 metros.
Antigua puerta (a 4 metros de la entrada)	1,74 —	0,82 — (Anchura entre las dos jambas)
Sitio del pequeño pilar libre (a 6 metros de la entrada)	1,80 —	1,50 metros.
Comienzo de la cámara (debajo de la última losa del techo, a 14,50 metros de la entrada)	2,30 —	2,10 —
Interior de la cámara (a 19 metros de la entrada)..	3,40 —	3,10 —

Para las paredes y la cubierta se emplearon exclusivamente monolitos, faltando en absoluto labores de mampostería (véanse las figuras 2, 3 y 4).

La gran mayoría de las losas son de granito, varias de conglomerado fosilífero, algunas, pocas, de caliza dura, pizarra y arenisca.

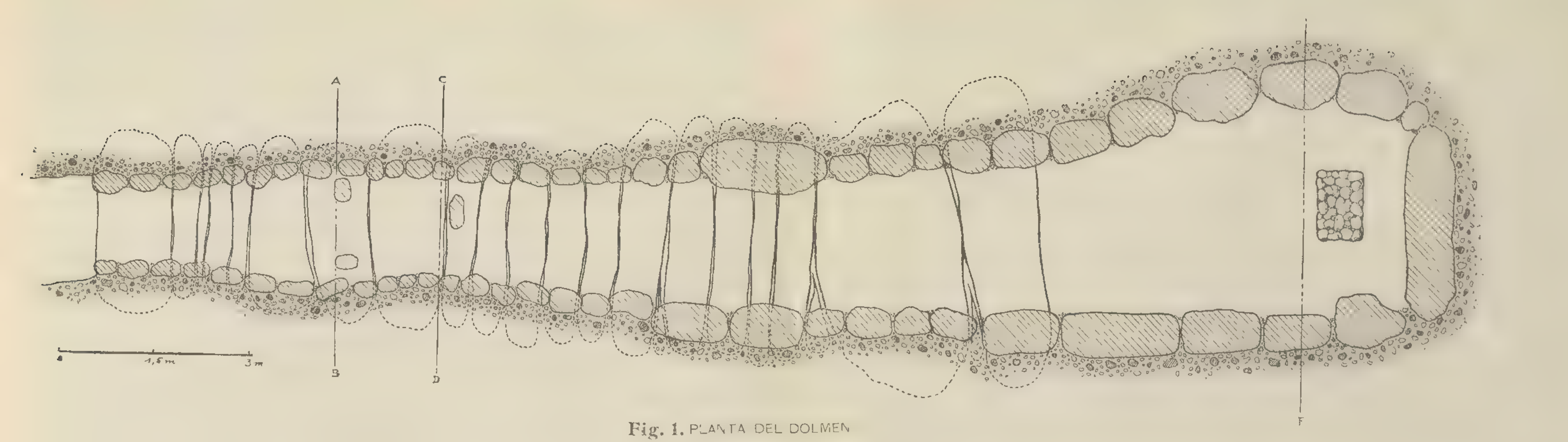


Fig. 1. PLANTA DEL DOLMEN

Figs. 2, 3 y 4. SECCIONES TRANSVERSALES, POR LAS LINEAS A—B, C—D Y E—F DE LA FIGURA 1.ª

Es sorprendente la preferencia que se ha dado al granito, pues esta roca se halla muy lejos en Escacena (Huelva), y, por lo tanto, ha sido acarreada desde una distancia de unos 37 a 38 kilómetros. Para su transporte, por medio de rodillos, se ha debido proceder a la construcción de verdaderas pistas (caminos) y a la movilización de numerosos obreros bien disciplinados, quizás esclavos. La arenisca se encuentra en Lucena, a unos 10 kilómetros de distancia; los conglomerados y la caliza proceden de las canteras de Niebla, de unos 6 kilómetros de distancia, mientras que la pizarra se halla en los alrededores inmediatos, en el sitio conocido por Molino de la Tallisca, a orillas del río de Candón, a unos 4 kilómetros.

Citaré aquí solamente algunas dimensiones y cálculos de peso de losas que han podido ser medidas con exactitud, para dar al lector una idea concreta de los monolitos empleados en aquella grandiosa construcción:

	Longitud o altura	Anchura	Grosor	Peso aproximado en toneladas
6.ª losa de la cubierta (desde la entrada, granito)	3,25 metros.	1,25 metros.	0,70 metros.	7 t. 900 kgs.
19.ª losa de la cubierta (ídem, ídem)	3,90 —	2,30 —	0,55 —	13 t.
20.ª losa de la cubierta (ídem, ídem)	4,20 —	1,15 —	0,65 —	9 t. 800 —
22.ª losa de la pared izquierda (ídem, íd.)	2,10 —	2,20 —	0,65 —	8 t. 400 —
Cabecera de la cámara (granito)	3,41 —	3,10 —	0,72 —	21 t. 300 —

Al empezar la construcción del mausoleo, el peregrino "arquitecto" conservó, primero, en el túmulo artificial una caja-foso suficientemente ancha para albergar el dolmen, y aproximadamente tan alta como los monolitos verticales. Por un sistema de palancas y rodillos y en rampa o declive largo, las piedras fueron levantadas hasta el borde superior de este foso y deslizadas a la zanja. Allí, las losas fueron colocadas en posición vertical y calzadas en su base, puesto que casi todas tienen "zapata", o sea que están acuñadas en el suelo con cantos blancos voluminosos. Como es natural que durante estas maniobras primitivas se deshicieron y desviaron en gran parte las paredes blandas de la caja del

túmulo, se construyeron detrás de los monolitos colocados, verdaderas murallas compactas de cantos y fragmentos de piedra pizarrosa, entremezclados con arcilla y formando una masa muy dura. Estas antiguas obras de consolidación se apreciaron perfectamente durante nuestra exploración, detrás de los monolitos 21, 22, 23 y 24 de la pared derecha y detrás de las piedras 23 y 24 de la pared izquierda. Alcanzaba este relleno de contención hasta dos metros de espesor.

También las desigualdades de las junturas y los intersticios libres entre las diversas losas yuxtapuestas ofrecen, a ambos lados del corredor y de la cámara, rellenos con cantos de río y arcilla.

Creemos, con C. de Mergelina, que para tender las cubiertas, por lo general enormes, y para no arriesgar el hundimiento de las paredes, los constructores debieron rellenar al final todo el interior del dolmen provisionalmente de tierra, piedras, etc., hasta cubrirlo, dejando fuera solamente los extremos de los monolitos y enrasando con esta superficie la tierra acumulada. Por último, fueron colocadas, mediante semejantes procedimientos, las losas del techo y todo el monumento fué recubierto de una espesa capa de tierra.

Se destaca bien en las dos secciones longitudinales del hipogeo (figuras 5 y 6), que las losas verticales aumentan de tamaño y altura hacia la cámara. Forman la pared derecha 30 monolitos, la izquierda, 33, la cabecera, uno solo (véase la lámina III, núm. B). De las losas del techo subsisten solamente 20. Las cubiertas de la cámara propiamente dicha han sido destruídas, por desgracia, hace unos cuarenta o cincuenta años, por labradores que buscaron y utilizaron el granito para sus construcciones. Las losas desaparecidas habrán sido, probablemente, tres o cuatro. Además, las crestas de los monolitos verticales de la misma cámara fueron algo rebajadas cuando se edificó, encima del dolmen ignorado, la primera casa de guarda, perdiendo, al parecer, unos 30 centímetros de su altura primitiva. Ultimamente, todo este hueco, bien visible en nuestro plano, ha sido recubierto por el Sr. de Soto por una bóveda (véanse las láminas II y III).

No nos parece tampoco imposible del todo que una pequeña parte de la entrada primitiva haya desaparecido igualmente, puesto que los primeros monolitos se hallaron dislocados y en bastante desorden.

Respecto al interior del dolmen, hemos de mencionar la existencia de una antigua puerta a los 4 metros de la entrada. Está formada por dos

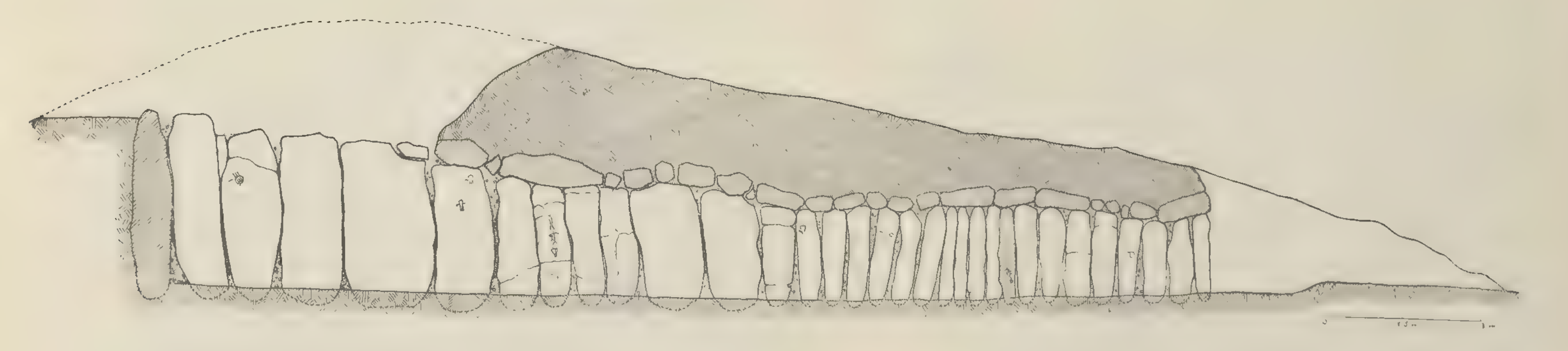


Fig. 5. SECCIÓN LONGITUDINAL DERECHA.



Fig. 6. SECCION LONGITUDINAL IZQUIERDA.

jambas graníticas; macizas, de unos 170 centímetros de alto. El intersticio libre entre ellas tiene 82 centímetros de ancho y estaba probablemente cerrado, en su tiempo, por una fuerte puerta de madera. Dos metros más adentro se encuentra un pilar libre de 1,80 metros de alto, que sirve de sostén a la losa 9 del techo, rota, al parecer, durante la construcción del dolmen (véanse fig. 3 y lámina IV).

El suelo no ofrece ninguna clase de empedrado y consiste de arcilla compacta. Solamente hacia el final de la cámara aparece una "mesa" rectangular muy baja y formada por cantos rodados. Hablaremos de este detalle interesante cuando tratemos del "ajuar" de nuestro hipogeo pág. 26.

B) Los grabados del dolmen

Hasta la fecha eran muy raras en la Península ibérica las ornamentaciones en el interior de los dolmenes, bajo la forma de grabados o pinturas de significado seguramente religioso (1).

En Andalucía se conocían solamente los pocos grabados de la Cueva de Menga, cerca de Antequera (Málaga), en donde se destacan cuatro figuras esquemáticas, en forma de cruz, y un signo muy erosionado, a modo de estrella de cinco puntas (2). Además, J. Leite de Vasconcellos, V. Correia y J. Fortes habían descubierto algunos signos grabados o pintados, más o menos geométricos, en el territorio portugués (3), signos que se repiten en parte en el dolmen de la Granja de Toniñuelo (Badajoz), donde descubrió J. R. Mélida cinco grabados soliformes, uno esteliforme y uno esquemático humano (4). Casi sin explorar están los dolmenes de Galicia; en Asturias aparecieron dibujos dolménicos en un

(1) H. Obermaier, *Die Dolmen Spaniens.* "Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien", tomo L. Wien, 1920 (páginas 107-132).

(2) C. de Mergelina, *La necrópoli tartesia de Antequera.* Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, tomo I (1921-1922). Memoria IV.

(3) J. Leite de Vasconcellos, *Peintures dans des Dolmens de Portugal* "L'Homme Préhistorique", tomo V. París, 1907 (páginas 33-37).—José Fortes, *A necropole dolmenica de Salles (Terras de Barroso).* "Portugalia", tomo I, fasc. 4. Porto, 1901 (páginas 665-686).

(4) J. R. Mélida, *Arquitectura dolménica ibérica: Dólmenes de la provincia de Badajoz.* "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos", 3.ª serie, tomo XXVIII (páginas 1-24) y tomo XXIX (páginas 317-327). Madrid, 1913.

dolmen de La Pola de Allande, cerca de Cangas de Tineo (signos ondulares) (1), en el dolmen de Corao, cerca de Abamia y en el hipogeo interesantísimo de la capilla de la Santa Cruz, cerca de Cangas de Onís (2).

Gracias al descubrimiento de D. Armando de Soto, poseemos ahora también en España un mausoleo con grabados muy abundantes y variados. Carecen, como los demás, de valor artístico, pero son de gran interés científico. Datan todos ellos de la época del dolmen, puesto que estaba lleno éste de arcilla durísima hasta el mismo techo y era inaccesible del todo, desde siglos. Además, coinciden estos extraños dibujos sepulcrales de una manera tan absoluta con otras manifestaciones artísticas de la Época de la Piedra pulimentada o del Cobre de España (rocas pintadas al aire libre en Andalucía y Extremadura, ídolos, etc.), y de Francia (dolmenes, grutas artificiales, menhires, etc.), que su alta antigüedad no puede ser puesta en duda, siendo indiscutiblemente sincrónicos con estos últimos.

Grabados de la pared derecha

1) Losa 4, desde la entrada (granito: 1,38 metros de alto y 0,42 metros de ancho).

Signo sencillo de forma de escudo ("escutiforme") de 14 centímetros de alto (fig. 7, núm. *a)*. Se encuentra 77 centímetros sobre el suelo y cerca de él se hallaron los restos de una sepultura.

2) Losa 7 (granito): cuatro pequeñas cazoletas en la parte central.

3) Jamba (derecha) de la puerta, situada entre los monolitos 8 y 9 de la pared (granito: 1,76 : 0,25 metros).

En su superficie perfectamente labrada se destaca, a los 37 centímetros sobre el suelo, un grabado poco profundo, sólo bien visible con luz clara y lateral. Representa un signo extraño, de 41 centímetros de largo, y de significado desconocido, desde cualquier aspecto que se estudie (figura 7, núm. *b* y lámina VI, núm. A).

4) Losa 15 (granito: 1,60 metros : 0,40 metros).

(1) Inéditos, descubiertos por el *Conde de la Vega del Sella.*

(2) Conde de la Vega del Sella, *El dolmen de la capilla de Santa Cruz (Asturias)*. "Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas". Memoria número 22. Madrid, 1919.

Tres círculos de 100, 85 y 80 milímetros de diámetro respectivamente: a 1,17 metros sobre el suelo y picados cuidadosamente en la piedra con un instrumento puntiagudo, como la totalidad de las demás figuras (figura 7, núm. *c* y lámina VII, núm. B).

Delante de este monolito existía una sepultura.

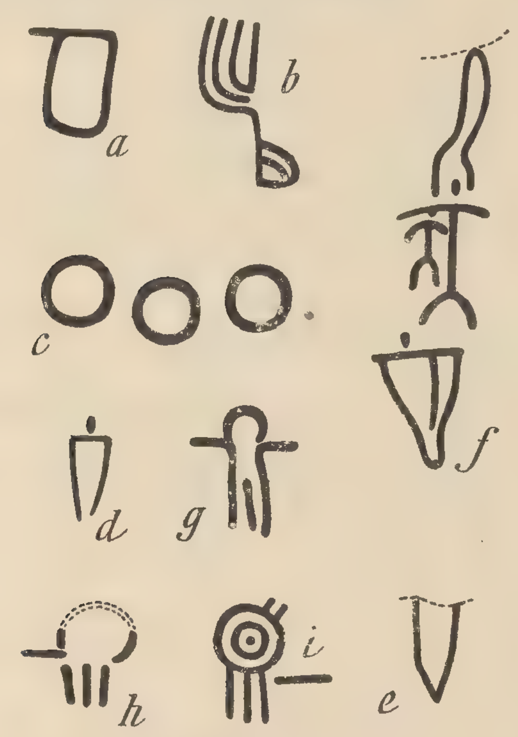


Fig. 7.—*Grabados de la pared derecha.*

5) Losa 18 (granito: 1,63 metros : 0,41 metros).

A los 104 centímetros sobre el suelo y hacia el borde izquierdo: puñal de 21 centímetros de largo, con mango (fig. 7, núm. *d*). El grabado es poco profundo y ha perdido algo de su claridad, por haber sido pulimentada, con posterioridad al dibujo, toda la superficie granítica.

6) Losa 24 (granito: 2,16 metros : 0,50 metros, partida en varios trozos).

60 centímetros sobre el suelo: grabado ligero de un puñal triangular

(de 24 centímetros de largo), roto en su porción superior (fig. 7, número *e*).

Encima de este signo y empezando a los 93 centímetros sobre el suelo, se destaca de la superficie bien labrada el siguiente conjunto:

Un puñal de 26 centímetros de largo, con mango cortísimo y con una vaina a regatón alargado y redondeado. En el interior de la vaina, demasiado ancha, se ve una segunda línea, rectificando, al parecer, las proporciones equivocadas del dibujo primitivo.

Un poco más alto: dos figuras humanas muy esquemáticas, con cabezas en forma de puntos y con torsos, brazos y piernas lineares. La mayor de ellas, de 20 centímetros de alto, extiende su brazo derecho sobre la segunda, de 10 centímetros de alto. Arrimados a este monolito se encontraron los restos de dos esqueletos, de adulto y niño, respectivamente.

Por encima de los esquemas humanos existe otro grabado, de 26 centímetros de alto y de difícil interpretación (fig. 7, núm. *f* y láminas II, número B y VI, núm. C).

7) Losa 26 (caliza, de superficie bastante desigual: 2,47 metros : 1,07 metros).

Figura humana esquematizada, con cabeza circular y brazos horizontales. Está aproximadamente en la parte central de la losa, a 1,49 metros sobre el suelo y tiene 17 centímetros de largo (fig. 7, núm. *g* y lámina V, núm. A).

Cerca del techo existe otro grabado semejante, de 14 centímetros de alto y más simplificado, pues carece de "cuerpo" y de "brazo" izquierdo. De conservación deficiente (fig. 7, núm. *h*).

8) Losa 29 (arenisca: 2,63 metros : 1,05 metros).

Grabado bastante borroso, a 1,54 metros sobre el suelo y situado hacia el borde derecho. Se trata probablemente de una esquematización humana, de 22 centímetros de largo, colocada al revés y similar a los dibujos del monolito 26, pero más desfigurada y descompuesta aún.

Mirando el grabado como lo reproducimos en la fig. 7, núm. *i*, se presenta el "cuerpo" o la "cabeza" en forma de dos círculos concéntricos, con punto central; las tres líneas largas recuerdan los "pies" de las figuras *g* y *h* descriptas anteriormente. La línea aislada sería un "brazo" completamente dislocado, las dos rayas cortas quizás un "adorno".

Al pie de este monumento hubo igualmente un esqueleto humano.

Grabados de la pared izquierda

9) Losa 18, desde la entrada (arenisca: 1,81 metros : 0,42 metros).

Gran parte de su superficie ostenta los huecos concoideos típicos que demuestran que han sido utilizados para alisar instrumentos de piedra. Estas concavidades, que conservan aún el brillo primitivo de su uso, son

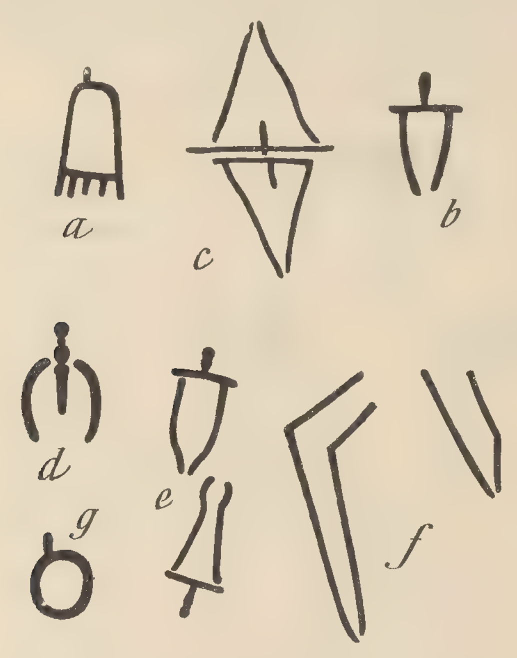


Fig. 8.—*Grabados de la pared izquierda.*

en parte ancha y de forma ovaloide, en parte largas y estrechas, según se pulimentaron en ellas hachas anchas o cinceles alargados. Mencionaremos especialmente un hueco bastante profundo, de 26 centímetros de largo y 12 centímetros de anchura máxima que se encuentra 68 centímetros sobre el suelo. (Véase la lámina VI, núm. B.)

10) Losa 19 (granito: 1,75 metros : 0,40 metros, con superficie bien labrada).

Figura humana esquematizada, de 30 centímetros de largo, con cabeza linear y "falda" o "capa" quizás franjeada. 70 centímetros sobre el suelo (fig. 8, núm. *a* y láminas II, núm. A y VI, núm. B).

11) Losa 20 (granito: 1,75 metros : 0,51 metros).

A los 37 centímetros sobre el suelo: puñal de 26 centímetros de largo, con empuñadura maciza. La extremidad inferior queda sin cerrar (fig. 8, número *b)*.

A los 96 centímetros sobre el suelo: dos puñales triangulares, en contraposición, de 28 y 29 centímetros de largo, respectivamente.

Los mangos están dibujados dentro de las mismas hojas (fig. 8, número *c* y láminas II, núm. A y VII, núm. A).

Delante de este monolito existía una sepultura.

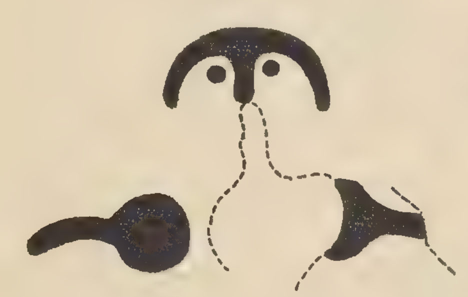


Fig. 9.—*Ídolo de la losa 21 de la pared izquierda.*

12) Losa 21 (granito con superficie bien labrada: 1,93 metros : 0,56 metros).

A los 16 centímetros sobre el suelo se destaca, cabeza abajo, esto es, colocado al revés, un "ídolo dolménico" (fig. 9 y láminas II, núm. A y V, núm. B).

La "frente" con la "nariz", las forman un bajorrelieve de 22 centímetros de anchura máxima; los "ojos" están representados por dos huecos circulares, semejantes a dos pequeñas cazoletas de 18 y 20 milímetros de diámetro, respectivamente.

El pecho derecho es semiesférico y vigorosamente esculpido, y sobre él se apoya el "brazo" correspondiente, mucho más plano e igualmente intacto. El pecho y "brazo" izquierdos están muy deteriorados y rotos.

40 centímetros debajo de la extremidad opuesta de este monolito existe otra figura humana esquematizada, de 24 centímetros de largo. La cabeza está formada por una pequeña cazoleta. Debajo del cuello corto siguen otras dos, representando el tórax y la porción ventral (ombligo), la que se prolonga otros 7 centímetros más abajo. También los "brazos", muy largos, están profundamente grabados (fig. 8, núm. *d* y láminas VII, núm. A).

13) Losa 25 (granito: 2,14 metros : 0,50 metros).

1 metro sobre el suelo: dos puñales en contraposición de 33 y 24 centímetros de largo, respectivamente. Tienen empuñaduras macizas,

terminadas en bolas y con vainas terminadas en un regatón redondo o en punta, respectivamente (fig. 8, núm. *e* y láminas II, núm. B y V, número C).

Junto a este monolito apareció un esqueleto humano.

14) Losa 26 (granito: 2,12 metros : 0,65 metros).

En la porción superior se ven dos grabados en forma de "brazos" (?) esquematizados. El signo mayor tiene 52 centímetros de largo, el menor 30 centímetros (fig. 8, núm. *f* y lámina II, núm. B). Además existe a 1,35 metros sobre el suelo un grabado poco profundo y mal ejecutado de un puñal.

15) Losa 27.

Cerca de la base se dibuja de una manera poco clara la silueta de un puñal sencillo y triangular.

16) Losa 30 (granito: 2,70 metros : 1,50 metros).

77 centímetros sobre el suelo y situado hacia el borde derecho existe un círculo, poco visible, de 8,5 centímetros de diámetro y con un apéndice exterior hacia arriba (fig. 8, núm. *g*).

17) Losa 31 (granito: 3,12 metros : 1,30 metros).

Las dos terceras partes inferiores están cubiertas de unas 40 cazoletas, cuyo conjunto principal, reforzado con tiza, se reproduce en la lámina VII, núm. C).

Son en parte pequeñas, de 2 centímetros de diámetro y poco profundas; en parte mayores, de unos 5 a 6 centímetros de diámetro y bastante hondas. La mayor mide 8 centímetros de diámetro.

Grabados de la cabecera

Este monolito granítico, de 3,41 metros de alto y 3,10 metros de ancho, ostenta dos grabados, a 1,89 metros sobre el suelo y a 43 centímetros a la izquierda del borde derecho (fig. 10, números *a* y *b* y lámina V,

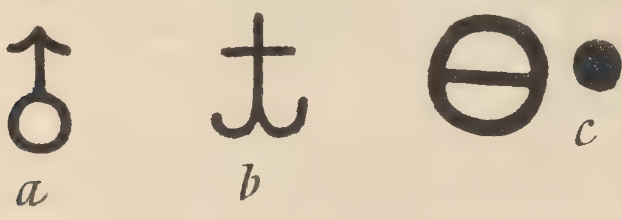


FIG. 10.—a *y* b : *grabados de la cabecera,* c : *grabado del techo (losa 20).*

número D). Ambos son esquemas antropomorfos de ejecución esmerada. El de abajo, de 13 centímetros de alto, representa quizás el tipo femenino, con "cuerpo" en forma de círculo, tronco linear y los dos brazos caídos, quedando suprimida la "cabeza". La figura superior, acaso el tipo masculino y de 12,5 centímetros de alto, tiene las piernas encorvadas hacia fuera, en forma de ancla, y el tronco con los brazos en forma de cruz.

Además ofrece esta piedra en su superficie bien labrada varios huecos ovaloides o alargados utilizados para el pulimento de herramientas pétreas.

Grabados de las cubiertas

Por lo que a las losas de la cubierta se refiere, existe un solo grabado en el borde inferior del último monolito granítico (núm. 20), conservado al comienzo de la cámara.

En esta piedra se ve, 71 centímetros a la derecha de la cresta del monolito 26 de la pared derecha, un círculo de contorno ancho y de 14 centímetros de diámetro, dividido en dos partes iguales por una línea transversal. A su derecha, y al parecer sin relación con esta figura, se halla una cazoleta de 6,5 centímetros de ancho (fig. 10, núm. *c*).

Entre los grabados del dolmen se destacan, en primer lugar, una serie de dibujos *antropomorfos* que consisten en representaciones humanas muy esquematizadas. A veces el tipo humano es todavía bastante visible (figuras 7, núm. *f*, *g* y 8, núm. *d*), otras veces las representaciones se limitan a las indicaciones más rudimentarias (figuras 7, números *h*, *i*; 8; 10, números *a*, *b*). Estos esquemas son el resultado final de una larga evolución sistemática de la figura humana, cuyas fases sucesivas se pueden seguir, paso a paso, especialmente en las pinturas rupestres de nuestra Península.

Estos esquemas arrancan, sin duda alguna, del Aziliense, fase anterior a la Edad de la Piedra pulimentada, pues aparecen ya en los cantos pintados de Mas d'Azil (Sur de Francia) y de otros yacimientos de aquella época (1).

(1) Véase H. Obermaier, *El hombre fósil.* Madrid, 1916 (páginas 327-334). – J. Cabré y C. de Mergelina cometen el error colosal e inexcusable de atribuir estos cantos azilienses al Neolítico o Eneolítico. Compárese: H. Breuil, *L'Anthropologie* (París), tomo XXXII (1922), pág. 297 y t. XXXIII (1923), pág. 408.

Mas, con la misma seguridad, podemos afirmar que perduraron durante todo el período neolítico y eneolítico, hasta los principios de la Edad del Bronce (2.000 a. Cr.). Esto se deduce del hecho de que semejantes representaciones esquemáticas se encuentran también en forma de idolillos de piedra o hueso, o como dibujos y grabados en construcciones megalíticas de la Edad del Cobre, por ejemplo, en nuestro mismo dolmen.

P. Wernert ha comprobado (1), que estos signos están en íntima relación con el culto de los antepasados y tienen muy probablemente el significado de *símbolos de los difuntos*.

En ellos descansan las almas de los muertos como en mansiones sustitutivas del cuerpo descompuesto, en vez de errar descontentas por la región y de inquietar a los supervivientes.

Los hallazgos efectuados en nuestro hipogeo confirman una vez más esta suposición. Todos los restos humanos encontrados en su interior se descubrieron cerca de losas con tales emblemas, resultando más significativo aún el caso de la losa 24 de la pared derecha (lámina VI, núm. C), que representa una persona mayor, que "protege" con su brazo derecho a otra, mucho más pequeña. Al pie de este monolito descansaron, en efecto, una persona adulta con un niño de cinco a seis años, representando probablemente una madre con su hijo.

Mención especial merece el *ídolo* en bajorrelieve que se encuentra en el monolito 21 de la pared izquierda (lámina V, núm. B). Se trata de una figura relativamente frecuente en el arte megalítico francés, que suele consistir en una línea curva para indicar la cara, un trazo para la nariz, dos puntos para los ojos, mientras que los senos están figurados por dos círculos y los brazos por unas líneas sencillas.

En la Península Ibérica se repite este "ídolo" en varios sitios, en forma de un grabado dolménico solamente en Corao, cerca de Abamia (Asturias) (fig. 11) (2). Pero existe también en algunas pequeñas estelas aisladas de Portugal, en Crato, Moncorvo y La Esperança. En las pictografías andaluzas al aire libre, estas caras dolménicas son raras; en el Norte de España se conoce el magnífico ídolo, en parte grabado, en

(1) P. Wernert, *Representaciones de antepasados en el arte paleolítico*. "Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas." Memoria núm. 12. Madrid, 1916.

(2) H. Obermaier, *Die Dolmen Spaniens*, l. c., páginas 129-130.

parte pintado, de Peña Tú, cerca de Vidiago (Asturias), descubierto por el Conde de la Vega del Sella (1). Además se encuentran con gran frecuencia "ídolos-placas" semejantes, en numerosos dolmenes de Portugal y Extremadura. Se trata otra vez con suma probabilidad, no de "divinidades protectoras", sino de representaciones simbólicas de los mismos muertos, como lo indicó P. Wernert en su substanciosa monografía: "Representaciones de antepasados en el arte paleolítico" (2), con anterioridad a E. de Frankowski.

Lo extraño en nuestro caso del dolmen de Soto, es el hecho que esta escultura, bastante deteriorada, esté colocada al revés, muy cerca del suelo. Estamos, al parecer, en presencia de un monolito-menhir "profanado", aniquilado como monumento religioso y reutilizado tan sólo como material de construcción del dolmen, fecha en que recibió el segundo grabado antropomorfo, al extremo opuesto al "ídolo". Recordamos que H. Breuil expresó ya semejante opinión de reutilización con respecto a la losa de Corao.

Todo esto hace suponer que quizás algún otro monolito de nuestro mausoleo haya podido correr igual suerte, lo que explicaría fácilmente la ausencia de restos humanos a su lado, a pesar de llevar grabados simbólicos.

Fig. 11.—*Losa grabada del dolmen de Corao-Abamia.*
(Museo Arqueológico de Madrid).

Entre los signos no antropomorfos llama la atención el número relativamente elevado de representaciones de puñales. Son armas más o menos triangulares y de metal, ostentando la forma típica de los pequeños puñales triangulares de la Edad del Cobre. Llevan una empuñadura recta [de hueso o madera (?)], una vaina ancha [de madera o cuero (?)] y, algunas veces,

(1) E. Hernández-Pacheco y Juan Cabré (con la colaboracion del Conde de la Vega del Sella), *Las pinturas prehistóricas de Peña Tú.* "Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas." Memoria núm. 2. Madrid, 1914.

(2) Véase la nota 1, pág. 17.

con regatones ovales. Dibujos idénticos faltan en absoluto, hasta la fecha, entre las pictografías de Andalucía, existiendo otra representación de esta clase en la roca de Peña Tú.

Quedan, finalmente, algunos signos sencillísimos (figuras 7, números *a*, *c* y 8, núm *g)*, seguramente también ideoplásticos, o sea abreviaciones de carácter religioso.

Nuevo y único es el signo de la jamba derecha de la puerta (fig. 7, número *b)*.

Poco queremos decir sobre las citadas "cazoletas", huecos redondos de variado tamaño. Se repiten en todas partes del mundo y son, en muchos casos, el efecto puramente casual de los agentes atmosféricos de la naturaleza; en otros son, indiscutiblemente, la obra intencional del hombre, como en nuestro dolmen. Cazoletas artificiales se conocen desde la época paleolítica (Musteriense); se encuentran en todos los períodos prehistóricos posteriores y aparecen todavía en la época romana y Edad Media. A veces son, al parecer, de origen puramente técnico, por ejemplo, para redondear alguna herramienta; otras veces tendrían un verdadero significado de carácter religioso. Las cazoletas de la gran losa de la cámara de nuestro dolmen nos inducen a creer que sean anteriores a la construcción de este último, especialmente las que se ven inmediatamente encima del suelo.

También las concavidades grandes y alargadas, visibles en la superficie de varios monolitos de la pared derecha e izquierda, han sido producidas, con suma probabilidad, en las mismas canteras, durante el largo y difícil transporte o la construcción del dolmen. Es inverosímil que las gentes hayan alisado y pulimentado sus herramientas pétreas en este sitio, cuando ya estaba consagrado como última mansión de los muertos de elevada estirpe.

C) Las sepulturas y el ajuar funerario

Las sepulturas

Hoy se sabe con certeza que los dolmenes eran exclusivamente *sepulcros* en los que se depositaban sucesivamente varios cadáveres, pertenecientes todos ellos, probablemente, a un mismo linaje. Los cadáveres solían colocarse o tendidos en decúbito supino y en la posición del sueño, o bien en cuclillas, con las piernas y los brazos encorvados y apretados

estrechamente contra el cuerpo. Los esqueletos están en algunos casos distribuídos en capas; el dolmen de Eguilaz (Alava), por ejemplo, era un gran osario que contenía restos esqueléticos hasta la altura de más de metro y medio desde el suelo, orientadas las cabezas hacia el Oriente y los pies al Occidente. En otro dolmen alavés explorado en 1892 por Julián Apraiz, el número de los cadáveres, depositados todos en posición agachada, era de unos 130.

El *Dolmen de Soto* estaba, por lo esencial, intacto, y su interior no parece haber sufrido destrozos de consideración, por estar lleno de arcilla durísima casi hasta el mismo techo, la que hacía dificilísima la excavación y protegía el interior muy eficazmente contra el saqueo.

A pesar de sus dimensiones considerables, recibieron sepultura en el mausoleo solamente ocho cadáveres, en siete sitios distintos. No estaban nunca tendidos horizontalmente, sino siempre sentados en cuclillas y estrechamente arrimados a un monolito de las paredes, que ostentaba en estos casos siempre algún grabado, evidentemente la efigie del muerto o su signo protector totémico.

Los cadáveres se distribuyeron sobre el hipogeo en la forma siguiente:

Pared derecha

Sepultura 1 (con silex tallados, cerámica y un hacha): adosada a la losa 4, con signo escutiforme (fig. 7, núm. *a)*.

Sepultura 2 (íd.): junto a la losa 15, con tres círculos (fig. 7, núm. *c)*.

Sepultura 3 y 4, doble, de una persona adulta y un niño de unos cinco años; con diferentes aditamentos, entre ellos un brazalete de hueso (lámina X, núm. *a):* junto a la losa 24, con varios grabados, entre ellos las figuras esquematizadas de dos personas de diferente tamaño (fig. 7, número *f)*.

Sepultura 5 (con cuenco fino, silex tallados y varias hachas): junto a la losa 29, con dibujo esquematizado (fig. 7, núm. *i)*.

Cabecera

Sepultura 6: en la losa se ven dos signos antropomorfos (fig. 10, números *a* y *b)*.

Pared izquierda

Sepultura 7: junto a la losa 20, con los grabados de tres puñales (figura 8, números *b* y *c*).

Sepultura 8: delante de la losa 25, con dos puñales (fig. 8, núm. *e*).

De las observaciones hechas resulta que los cuerpos fueron, al parecer, dispuestos en posición agachada inmediatamente después de la defunción, atados y envueltos en cueros o tejidos (al estilo de las momias de la América del Sur), pues siempre ocupaban poco espacio. Trasladados al dolmen estos cadáveres, fueron "sentados" en posición derecha y siempre a cierta altura sobre el suelo, delante de un monolito determinado, tocando a la losa. El ajuar mortuorio, que no faltaba a ninguna de las sepulturas, se colocó muy cerca de los restos esqueléticos y quizás, en parte, directamente empaquetado con ellos. La cerámica apareció ordinariamente junto a los cráneos.

En algunos sitios se notaron indicios de pequeñas hogueras (¿fuegos de desinfección?) que no estaban directamente relacionadas con las sepulturas, cuyos huesos no ofrecieron ninguna huella de carbonización.

Resulta difícil de explicar cuándo y cómo fué rellenado el dolmen definitivamente con arcilla. Cuando se procedió a esta tarea, las sepulturas estaban todavía esencialmente intactas, puesto que los huesos y aditamentos se encontraron siempre muy juntos los unos a los otros y estaban apenas diseminadas fuera de la zona estrecha que debieron ocupar los cadáveres desde un principio. Creemos, sin embargo, que la capa superior del relleno arcilloso, que llegaba casi hasta las cubiertas, se infiltró únicamente poco a poco por las grietas del techo como consecuencia de la acción de la lluvia y del viento. Esta arcilla, tan compacta y tan dura como "argamasa", envolvía las sepulturas de un modo tan absoluto, que causó al final, por su presión fuerte y constante, la destrucción casi total de los restos humanos y de la cerámica, que se deshicieron casi todos, ya agrietados desde siglos, en el momento de su extracción.

Así, no se han podido salvar más que fragmentos de aquellos esqueletos, entre los que mencionaremos la mitad derecha de una mandíbula inferior, con parte del correspondiente maxilar superior, de un individuo masculino, fuerte y de unos cuarenta años de edad; un fragmento de otra mandíbula inferior, de mujer adulta; quince fragmentos de bóvedas craneanas, una porción superior de fémur, numerosos dientes, etc.

La sepultura que más había sufrido, era la primera, colocada fuera

de la puerta del corredor, junto a la losa 4 de la pared derecha. Sus residuos estaban muy revueltos, lo que hace suponer que no faltaban en tiempos antiguos "buscadores de tesoro", que ensayaron penetrar en el dolmen, hazaña, al parecer, pronto abandonada por las grandes dificultades que oponía a semejante empresa la "argamasa" durísima que rellenaba totalmente el hipogéo y que hemos encontrado en todas partes uniformemente intacta.

Hallándose en la escombrera extraída de la *entrada* fragmentos de cerámica romana y árabe, opinamos que ya en aquellas épocas se intentaron excavaciones. Como aparecieron en éstas efectivamente restos humanos, *por lo menos* los de nuestra sepultura "núm. 1", se sacó ya entonces la conclusión lógica que aquel túmulo era un "sepulcro". Sabido es que la opinión popular suele atribuir, desde tiempos inmemoriales, los dolmenes de nuestra Península a los "moros", como lo prueban las "Pedras dos Mouros", "Cabanes de Moros", "Balmas" o "Casas" de los "Moros" que se conocen en muchas regiones. Idéntica tradición se aplicó también al Cabecillo del Zancarrón, en cuyo interior habría sido enterrado el matemático "moro" Mohamad ben Muza Khuarezmita, como lo refiere amenamente D. Armando de Soto (pág. 2).

Según las aclaraciones que debo a la amabilidad de mi amigo don José Augusto Sánchez Pérez (Madrid), tan conocido por sus estudios importantes sobre los matemáticos árabes, Mohamed ben Musa Aljuarismi nació en Khorassan. Fué bibliotecario del califa Almamún y estuvo en la India con una misión del califa citado. A su regresó, hacia 830, escribió un libro de álgebra, inspirado en la obra del matemático indio Brahmagupta (publicado por F. Rosen, con traducción inglesa, en Londres, 1831). Es también el autor de un libro de aritmética, conocido por *algoritmo* o arte de Aljuarismi, para distinguirlo de la Aritmética de Boecio.

Este Mohamed ben Musa, autor de la obra de álgebra más antigua entre los árabes, no debe haber sido sepultado en Andalucía. Por haber existido en la España árabe otro Califa llamado también Almamún y por ser muy corriente el nombre de Mohamed ben Musa, es casi seguro que no se trate del matemático Aljuarismi, del que no se sabe cuándo, cómo, ni dónde murió (1). Lo más verosímil es que el nombre de este sabio haya sido relacionado arbitrariamente con nuestro túmulo por algún erudito quizás del siglo XVIII.

(1) Véase Rouse Ball, *Histoire des Mathémathiques.* Paris, 1906. Tomo I, pág. 165.

El ajuar funerario

Aunque nuestro dolmen no haya sufrido suerte idéntica a la de la gran mayoría de las construcciones megalíticas, de haber sido saqueado en tiempos más o menos remotos, el inventario que acompañaba a las sepulturas no es muy abundante.

Las *hachas pulimentadas* alcanzan el número de diez.

a) Hacha granítica, bien pulimentada, de 20 centímetros de largo. El filo cortante está algo gastado (lámina VIII, núm. *a)*.

b) Hacha fina de silex verdoso, con vetas más claras. Ejemplar esmeradamente confeccionado, de 117 milímetros de largo, 12,5 milímetros de grueso y 31 milímetros de anchura máxima (lámina VIII, núm. *b)*.

c) Hacha-martillo de granito; canto natural rodado, pero parcialmente pulimentado y con fuerte filo cortante, 20,5 centímetros de largo (lámina VIII, núm. *c)*.

d) Hacha de granito trapezoidal y bastante gastada por el uso, 73 milímetros de largo (lámina VIII, núm. *d)*.

e) Machacador granítico, con los dos extremos muy gastados. El ejemplar ostenta un surco artificial profundo en su cara anterior, lo que sugiere la idea de que se trate quizás del fragmento de un hacha-martillo roto y reutilizado como machacador, 13,7 centímetros de largo (lámina VIII, núm. *e)*.

f) Hacha granítica subtriangular, bien pulimentada y con filo cortantante muy gastado, 11,8 centímetros de largo (lámina VIII, núm. *f)*.

g) Hacha de serpentina, tosca y de tipo alargado, 16 cms. de largo

h) Hacha de granito, de forma tosca, 12,8 centímetros de largo.

i) Idem, 18 centímetros de largo.

k) Idem, 17,2 centímetros de largo.

En número relativamente grande aparecieron también *utensilios de silex,* casi exclusivamente hojas finas, de talla prismática, y por lo general largas y estrechas. Son de perfil muy delgado y ligeramente convexo.

La mayoría de estos cuchillos están tallados en silex negruzco, existiendo sólo algunos con pátina blanquecina. Las hojas carecen por lo general de retoques y tienen los bordes muy cortantes; algunos poseen, sin embargo, retoques marginales muy vigorosos y más o menos totales, lo que indica que estas hojas estuvieron en uso durante algún tiempo.

Además de 14 cuchillos esencialmente intactos, se hallaron otros 20 fragmentos de tamaño reducido y diferente.

Reproduciremos aquí solamente las piezas más típicas:

a) Hoja muy delgada, sin retoques marginales, 168 milímetros de largo (lámina IX, núm. *a)*.

b) Idem, 164 milímetros de largo (lámina IX, núm. *b)*.

c) Idem, 155 milímetros de largo (lámina IX, núm. *c)*.

d) Idem, 122 milímetros de largo (lámina IX, núm. *d)*.

e) Hoja delgada, con fuertes retoques en ambos bordes, 100 milímetros de largo (lámina IX, núm. *f)*.

f) Idem, 92 milímetros de largo (lámina IX, núm. *g)*.

g) Hoja-raspador ancha, con fuertes retoques marginales, 56 milímetros de largo; roto e incompleto (lámina IX, núm. *h)*.

h) Núcleo de silex gris verdoso, con plano de percusión y numerosas acanaladuras, o sean huellas negativas de hojas desprendidas, 140 milímetros de alto, 360 gramos de peso (lámina, IX, *i)*.

En estado verdaderamente lastimoso apareció la *cerámica* que solía acompañar a todos los esqueletos. Estaba casi deshecha, triturada por la presión del relleno arcilloso del dolmen.

Parte de los vasos, por lo menos tres o cuatro, eran muy toscos, de pasta mal cocida y de cuerpo bastante grueso. Sus superficies exteriores e interiores estaban mal pulimentadas y sin decoración alguna. Otros, por lo menos cinco o seis, estaban hechos de barro más fino y tenían las caras bien alisadas.

Según se puede deducir de los fragmentos generalmente pequeños, hubo *cuencos* más o menos *semiesféricos*, platos bajos ("tazas y "fuentes"), *recipientes con panza esférica*, todos confeccionados sin torno. Los bordes eran sencillos (fig. 12).

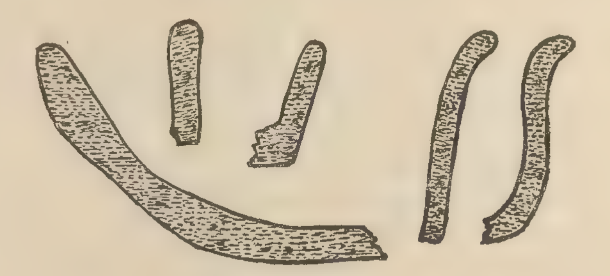


FIG. 12.—*Perfiles y bordes de fragmentos de cerámica.*

Escala 2 : 3.

Como ejemplar algo mejor conservado mencionaremos un cuenco groseramente semiesférico, de unos 16 centímetros de diámetro y 7 de alto. Está confeccionado con barro fino, negruzco, y tiene las paredes de unos 5 milímetros de espesor, bien pulimentadas (lámina X, núm. *c).*

Cierto interés arqueológico ofrecen igualmente los once fragmentos de un plato grande, de pasta bastante fina y de color de ladrillo. El espesor de las paredes, bien alisadas, oscila entre 10 y 14 milímetros. En la parte superior de la cara exterior existe una zona de 3 centímetros de

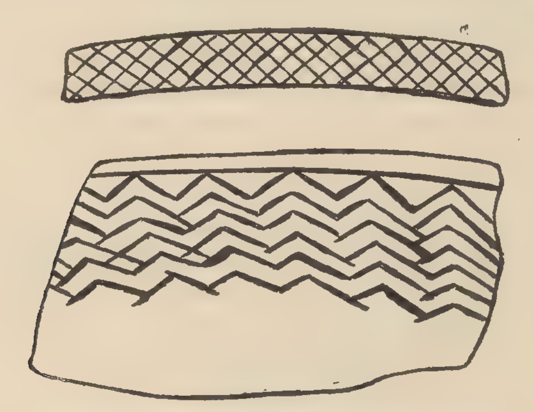


FIG. 13.—*Adornos incisos de un vaso de barro cocido.* Escala 2 : 3.

ancho, adornada con incisiones groseras que forman seis líneas de ziszás muy desiguales. En el mismo borde del plato, de un centímetro de ancho, se destacan numerosas líneas entrecruzadas en forma de reja (lámina X, núm. *f;* fig. 13). Adornos idénticos existen en algunos vasos eneolíticos de Carmona, procedentes de la colección Pelaez y depositados en el Museo Provincial de Sevilla.

Además, se descubrieron una serie de ***objetos de diversa índole***, en parte muy interesantes.

Junto al monolito 24 de la pared derecha y con la sepultura doble (números 3 y 4, pág. 20), se halló un brazalete cónico, de hueso y de 5 centímetros de alto. Está incompleto y tiene tres perforaciones redondas cerca del borde inferior y otras tantas cerca del superior (lámina X, número *a).*

En el mismo sitio apareció un objeto punzante, de 12,1 centímetros de largo, confeccionado de pizarra negra y cuidadosamente pulimentado.

Tiene una hoja corta de dos filos y en ambas caras un grueso nervio en medio, y termina en aguzada punta. Se trata, sin duda, de un puñal de piedra, cuyo extremo actualmente roto, estaba en un principio fijado a un mango corto (lámina X, núm. *e)*.

Entre los restantes objetos encontrados en el dolmen, hay una varilla de marfil de 47 milímetros de largo y 10 de diámetro, que parece haber sido el mango de un utensilio de *toilette;* tiene en la parte central de su extremidad superior una pequeña prolongación igualmente redonda, pero mucho más estrecha (lámina X, núm. *d)*.

Algunos fósiles de animales marinos pertenecen a la clase de los *Crinoidea,* un diente fósil a un representante de las *Lamnidae* o *Carchariidae* (emparentadas con los tiburones actuales). Estos objetos sencillos, sin labrar, y sin valor aparente, servían con mucha probabilidad como amuletos que proporcionarían protección mágica a aquellos difuntos. Todavía hoy día se emplean en la zona montañesa de las provincias vascongadas pedazos de cristal de roca y ciertas perlas de piedra contra las grietas de los pechos de las mujeres lactantes, y a las conchitas fósiles del Monte de la Trinidad, en el valle de Aguinaga (Navarra), se atribuye la fuerza mágica de proteger contra el rayo.

Significado supersticioso tenían quizás también algunas conchas de *Pecten* ("conchas de los peregrinos"), de *Patella* y de ostras, un molar de caballo, tres molares de toro o buey, un diente de cerdo (jabalí) y varios huesecitos de pájaros, a condición de no ser los residuos de ofrendas alimenticias hechas a los sepultados del dolmen.

En bastante abundancia se presentaron ejemplares de *Rumina decollata,* molusco muy común en aquella región, que habrán quizás penetrado y muerto casualmente en el hipogeo.

Nuestra descripción sería incompleta si no mencionásemos aún un detalle de gran interés arqueológico. En el centro de la cámara, inmediatamente delante de la cabecera, se ve una "mesa" muy baja, rectangular, de 1,15 metros de largo, 0,75 metros de ancho y sólo 15 centímetros de alto. Está formada por dos capas superpuestas de guijarros blancos, cimentados entre sí por arcilla compacta (véanse la fig. 1 y las láminas II, número B y III, núm. B).

Esta construcción, colocada en un sitio tan preferente, tenía, seguramente, cierta importancia. No se encontró nada encima de ella, y es de suponer que servía de sitio "litúrgico" y tenía un destino ritual, probable-

mente durante las ceremonias funerarias que se celebrarían en el dolmen con ocasión del sepelio de algún difunto.

Es esta "mesa", sin duda, una reproducción sencilla de la pila importante que describí del dolmen de Matarrubilla, cerca de Sevilla, existiendo análogos hallazgos en forma de losas de piedra, lisas, en la Cueva del Romeral (Málaga) y en los dolmenes de Marcella y Arrife (Portugal). Si se buscan otros paralelos, encontraremos éstos tan sólo más al Norte, en Irlanda. En varios dolmenes de esta isla (New Grange, Dowth, Lough-Crew, Sleive-Na-Calligha, etc.), aparecieron grandes cuencos de piedra de forma más o menos oval, a los que incumbiría un destino semejante al de la "mesa" central del dolmen de Soto (1).

D) El dolmen destruído, situado al lado del Dolmen de Soto

A unos 250 metros de distancia y al Norte del dolmen que acabamos de describir, se hallan las ruinas de otro, más pequeño.

Estaba igualmente construído dentro de un montículo artificial, hoy muy aplanado, y gran parte de las losas que le constituían, principalmente las de la cubierta, han sido arrancadas por la gente del país en fecha desconocida.

Se puede todavía calcular que se componía de un corredor de unos 8 metros de largo y 1,40 de ancho, que conducía a una cámara ovalóide de unos 6 metros de largo y 2,5 de ancho, por término medio. Su altura era, al parecer, poco considerable.

D. Armando de Soto hizo excavar también las ruinas de este mausoleo que parece estaba completamente lleno de sepulturas cuyos restos aparecieron en todas partes del corredor y de la cámara. El número de cráneos, todos destrozados, indicaría unos 18 a 20 individuos, que estaban, según toda probabilidad, en su gran mayoría arrimados a las losas verticales, sentados en cuclillas; hubo, sin embargo, también algunos esqueletos depositados en decúbito supino y en orientación vertical respecto al eje del dolmen.

Los cadáveres descansaron sobre la arcilla blanda, rojiza del terreno natural y estaban recubiertos de una capa protectora, dura, de tierra mez-

(1) H. Obermaier, *El dolmen de Matarrubilla* (Sevilla). "Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas." Memoria núm. 26. Madrid, 1919 (cap. III).

clada con guijarros grandes, cuyo peso aplastaba radicalmente los huesos y la cerámica que se veía siempre cerca de los cráneos.

Dado el estado lastimoso del monumento, no se pudieron salvar del primitivo ajuar funerario más que algunos raros residuos.

Se encontraron todavía en la caja del dolmen los objetos siguientes:

a) Un hacha trapezoidal de piedra, muy plana, de 24,2 centímetros de largo, unos 17 milímetros de espesor medio y de ocho centímetros de anchura máxima, cerca del filo cortante. Este último está intacto y cuidadosamente pulimentado, mientras que las dos caras lo están sólo medianamente.

b) Seis hojas delgadas de silex, de 101, 100, 96, 90, 83 y 76 milímetros de largo, respectivamente. No tienen retoques marginales, salvo una que está ligeramente retocada. Una hoja ostenta una pequeña muesca lateral, cerca de su extremo inferior, roto.

c) Una punta de flecha de silex, de confección esmeradísima, de 54 milímetros de largo. Las dos superficies del cuerpo están cuidadosamente retocadas, el perfil es muy estrecho, la base cóncava (lámina X, núm. *b)*.

d) Una hoja de puñal (o lanza) de cobre, de 104 milímetros de largo. Es de forma foliácea, muy delgada y tiene 25 milímetros de anchura máxima. La espiga es maciza, cuadrangular y termina en una punta aguda (lámina IX, núm. *e)*.

e) Dos fragmentos de punzones o varillas de marfil, de 38 y 26 milímetros de largo, respectivamente. La mayor tiene seis milímetros de diámetro.

f) Un pequeño fragmento de cristal de roca.

g) Un cuarzo cristalizado, de cuerpo y punta exagonal y de un kilogramo de peso.

h) Numerosos restos inutilizables de cerámica.

Muy extraña es una figura que aparece en la superficie de una de las piedras que formaban parte del dolmen. Se trata de un grabado muy plano y mal visible, de 58 centímetros de alto y 47 centímetros de ancho. Reproducimos en la figura 14 lo que hemos podido descifrar, renunciando a todo ensayo de interpretación.

No cabe duda alguna de que este dolmen es esencialmente sincrónico del grande, erigido en su inmediata vecindad. Esto, lo prueba el ajuar idéntico de ambos. Como este mausoleo destruído estaba, según parece, completamente lleno de esqueletos, opinamos que el hipogeo mayor fué

construído después de él, por la necesidad de una nueva cripta funeraria. Esta última se hizo, al mismo tiempo, mayor y más monumental, pero recibió, al final, sólo un número muy reducido de sepulturas, sobreviniendo, al parecer, bastante pronto el momento de su cierre y abandono definitivo, por razones que ignoramos en absoluto.

* * *

Hasta aquí mis observaciones y notas sobre los monumentos interesantes de Trigueros. Son representantes de altísimo valor de la civilización llamada "de los dolmenes", que comienza al final del período neolítico, alcanza su fase culminante durante la Edad del Cobre (o Eneolítico) y subsiste aún en algunas regiones, como en el Norte de Africa y en Europa septentrional, a principios de la Edad del Bronce.

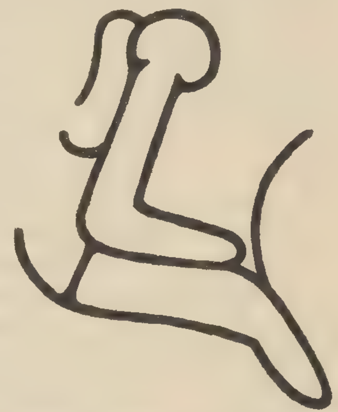


Fig. 14.—*Grabado del dolmen destruído situado en las proximidades del "Dolmen de Soto".*

No se puede poner en duda que el dolmen de Soto y el anejo a él pertenecen al pleno Eneolítico (3000-2500 antes de J. C.). Está comprobado esto por su gigantesca y complicada arquitectura que marca una habilidad constructora característica de la época mencionada. La misma fecha cronológica se deduce del ajuar funerario depositado junto a los cadáveres como ofrendas necesarias para la vida de ultra-tumba. Entre aquellos utensilios y adornos figuran objetos de marfil, una flecha de silex de tipo muy fino, un puñal de cobre y restos de cerámica que reflejan claramente la cultura eneolítica que representa al mismo tiempo el apogeo de la "Edad de la Piedra pulimentada". Es extraño que el dolmen grande no nos haya proporcionado nada de cobre y que en ninguno hayan aparecido ídolos de piedra, a pesar de no haber sido expoliados, según deducimos de todas las apariencias. Esta falta está bien compensada por el número considerable y variado de representaciones gráficas de las paredes y por esta misma razón prescindieron quizás aquellos pobladores de dotar a sus difuntos de aditamentos en forma de pequeños ídolos sueltos.

¿Pero quiénes eran aquellos constructores que vivían entonces en aquella región fértil, en medio de campos amenos y rodeados de rebaños abundantes, y buscando con avidez a orillas de Río Tinto, en las entrañas de la tierra el cobre, más apreciado en aquella época que el mismo oro?

Las teorías antiguas que atribuyeron los dolmenes a los celtas y a sus cultos "druídicos", están hoy totalmente desechadas, pues los celtas entran en España solamente hacía 600 años antes de J. C., procedentes del Sur de Francia, o sea unos 2000 años después de la construcción de aquellos monumentos. También queda eliminada la hipótesis de que hubo un "pueblo de los dolmenes" que recorrería considerables porciones de Asia, Africa y Europa, dejando como testigos de su paso aquellas construcciones megalíticas. Las investigaciones antropológicas han demostrado que no hay en los dolmenes en modo alguno comunidad de raza.

Conviene no olvidar que el problema de la etnología prehistórica de nuestra Península está en parte aún por resolver, a pesar de ensayos modernos de gran valor científico como el del profesor Bosch Gimpera (1). ¿Hay que considerar como los constructores de los megalitos del Suroeste de España a los pobladores indígenas que descendieron directamente del pueblo que ocupaba aquellas regiones ya en la época de la piedra tallada ("Capsiense")? ¿Es más verosímil que estas obras se deban a un nuevo pueblo llegado también de Africa, al parecer, y que es el que más adelante perdura en el pueblo ibero (en sentido estricto), como opina el sabio citado?

Lo único cierto es que solamente a fines de la Edad del Bronce empiezan a alumbrar los primeros albores de la Protohistoria. Aproximadamente desde 1300-1200 antes de J. C. se concreta a orillas del Guadalquivir un primer "estado", el "reino" de los Tartessios, riquísimo en toda clase de productos de agricultura, ganadería y sobre todo en metales. A su pacífica capital (Tarshish, Tartessos), cuya situación exacta se ignora, afluía una inmensa riqueza metalúrgica, entre ella la plata y el plomo de las minas de Sierra Morena, el cobre de la cuenca del Río Tinto y el estaño importado de las "Islas Cassitérides", eso es,

(1) P. Bosch Gimpera, *Ensayo de una reconstrucción de la etnología prehistórica de la Península Ibérica.*—"Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo". Santander, 1922.

de Galicia (1). Para acaparar aquel tráfico lucrativo y obtener el monopolio comercial dentro del Mediterráneo, los fenicios fundaron, según la tradición, hacia 1100 antes de J. C., la factoría de Gadir (Gades, Cádiz), supeditándose sin grandes esfuerzos a Tartessos que se vió desde entonces cerrado el paso por el Estrecho de Gibraltar y fué destruído por los cartagineses hacia el año 500 antes de J. C.

Dentro del reino de los Tartessios y en su más importante región están enclavados los famosos centros dolménicos de Antequera y de Sevilla y el maravilloso monumento de Trigueros. ¿Nos autoriza este hecho geográfico de considerarle como "obra tartesia"? No lo creemos, pues aquellos dolmenes pertenecen a la época entre 3000 y 2500 antes de J. C. y los Tartessios aparecen, con fecha algo segura, únicamente unos 1500 años más tarde, en aquella región seguramente muy codiciada por sus riquezas y que ha podido sufrir, por esta razón, en aquel intervalo, más de una invasión de pueblos conquistadores.

En vista de esto, nos parece más prudente resistir a la tentación comprensible de relacionar aquellos megalitos con nombres concretos de la Protohistoria. Esto no rebaja la extraordinaria importancia ni de la gigantesca Cueva de Menga, ni del dolmen elegante de Matarrubilla, ni del hipogeo grandioso hallado por D. Armando de Soto, cuyo nombre quedará para siempre ligado a uno de los más resonantes descubrimientos arqueológicos que se han registrado en España durante los últimos lustros. Y los visitantes del mausoleo del Cerro del Zancarrón, tan dignamente conservado por el Sr. Soto, estudiarán con honda emoción aquellos grabados extraños que les hablan de mortales desaparecidos hace 5000 años, de comunidad de cultura o de uniformidad de creencias misteriosas desde el Mediterráneo hasta la Bretaña francesa y la Isla de Irlanda.

(1) H. Obermaier, *Impresiones de un viaje prehistórico por Galicia.*—"Boletín arqueológico de la Comisión provincial de monumentos históricos y artísticos de Orense", tomo VII; números 148 y 149. Orense, 1923.



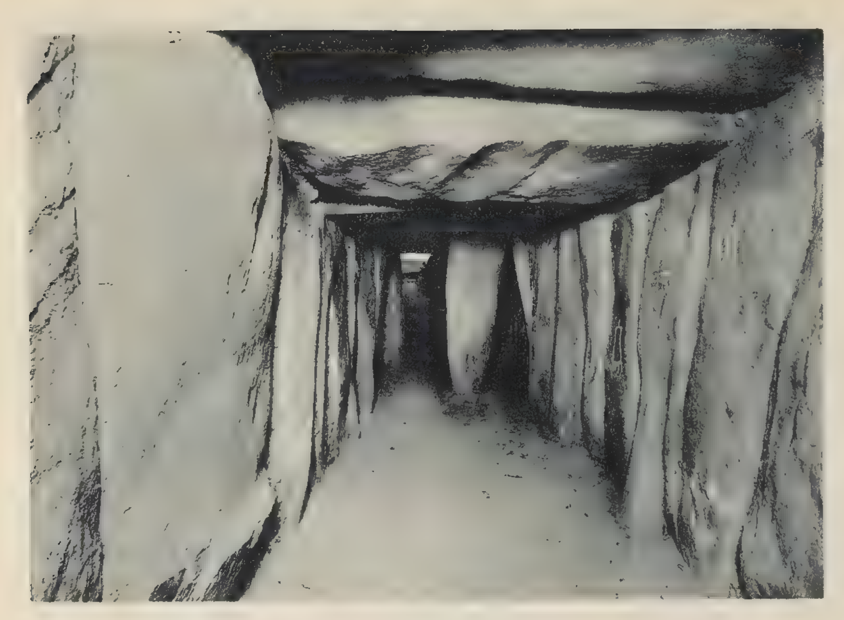
A. EL CERRO DEL ZANCARRÓN, CON EL DOLMEN DE SOTO.



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET. MADRID

B. ENTRADA ACTUAL DEL DOLMEN, CON LA CASA MUSEO.

Lámina II.



A. EL CORREDOR DEL DOLMEN VISTO DESDE LA CÁMARA.

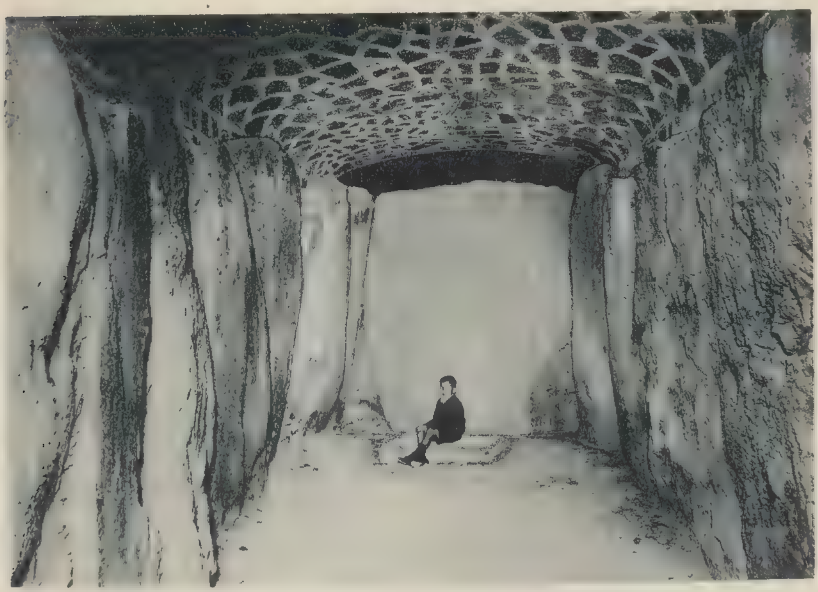


FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.—MADRID

B. LA CÁMARA VISTA DESDE EL CORREDOR.



A. VISTA GENERAL DEL INTERIOR, MIRANDO DESDE LA CÁMARA HACIA LA ENTRADA.



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

B. LA CÁMARA PROPIAMENTE DICHA. (CON BÓVEDA MODERNA).



A. CORREDOR. LA ENTRADA CON SU PUERTA MIRANDO HACIA EL INTERIOR



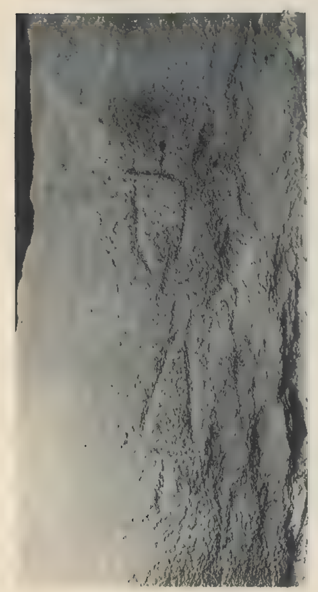
B. CORREDOR: LA PUERTA Y DETRÁS DE ELLA, EL PILAR DE SOSTÉN MIRANDO HACIA EL INTERIOR.



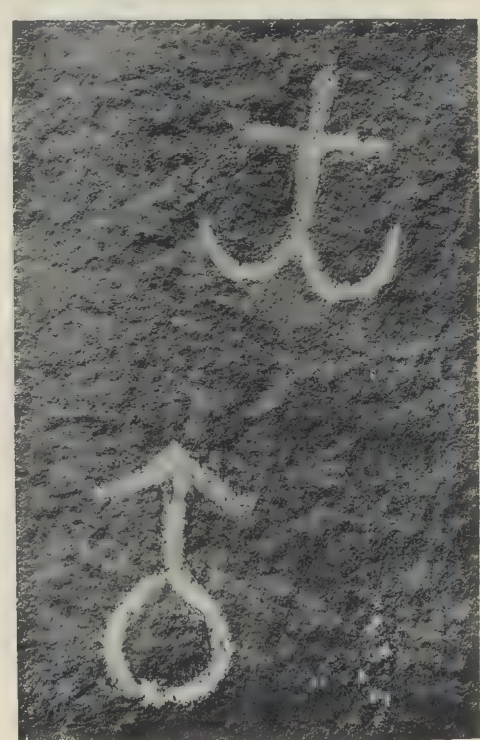
A. PARED DERECHA·
LOSA 26.



B. PARED IZQUIERDA: LOSA 21.



C. PARED IZQUIERDA:
LOSA 25.



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET. MADRID

D. CABECERA DE LA CÁMARA.



A. PÁRED DERECHA: JAMBA DE LA PUERTA

B. PARED IZQUIERDA: LOSAS 18 Y 19.



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET. MADRID

C. PARED DERECHA LOSA 24.





FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.—MADRID

A. PARED IZQUIERDA: LOSAS 20 Y 21.

B. PARED DERECHA: LOSA 15.

C. PARED IZQUIERDA: LOSA 31.



a. b. c.

d. e. f.

FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.—MADRID

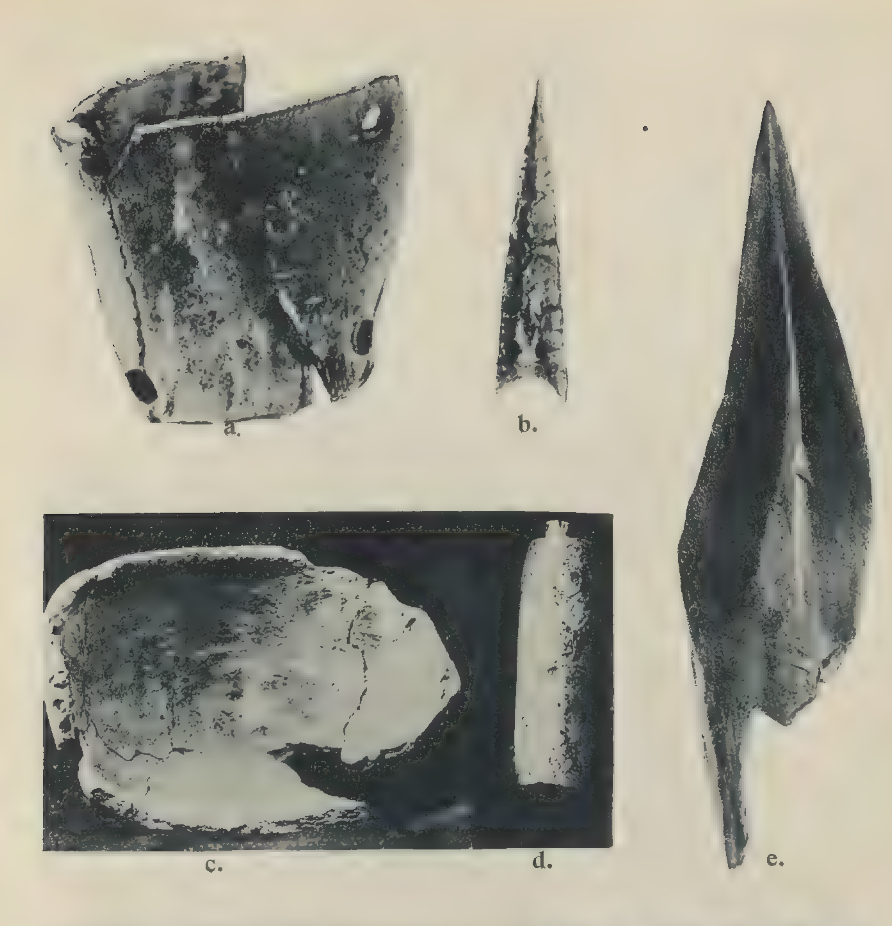
DOLMEN DE SOTO. AJUAR FUNERARIO: HACHAS DE PIEDRA.
(Tamaño de los núms. a, c, e, f=1 : 2 ; id. id: b, d = 9 : 10).



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

AJUAR FUNERARIO. a, b, c, d, f, g, h, i : DEL DOLMEN; — e: HOJA DE COBRE, DEL DOLMEN ANEJO.

(Tamaño de los núms. : a, b, c, d, f, g, = 2 : 3 ; id. id : e, h = 1 : 1 ; id id : i = 1 : 2).





FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

AJUAR FUNERARIO. a. c, d, e, f : DEL DOLMEN; b : DEL DOLMEN ANEJO.
(Tamaño de los núms. : a, b, e = 1 : 1; id. id : d, f = 4 : 5; c : Bastante reducido.)

JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

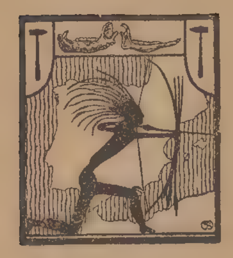
COMISIÓN DE INVESTIGACIONES PALEONTOLÓGICAS Y PREHISTÓRICAS

MEMORIA NÚMERO 20.

LA CUEVA DEL BUXU
(ASTURIAS)

POR

HUGO OBERMAIER Y EL CONDE DE LA VEGA DEL SELLA



MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES
MADRID (HIPÓDROMO)
1918

Domicilio de la Comisión: Museo Naciònal de Ciencias Naturales
Madrid (Hipódromo).

JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

COMISIÓN DE INVESTIGACIONES PALEONTOLÓGICAS Y PREHISTÓRICAS

Memoria número 20.

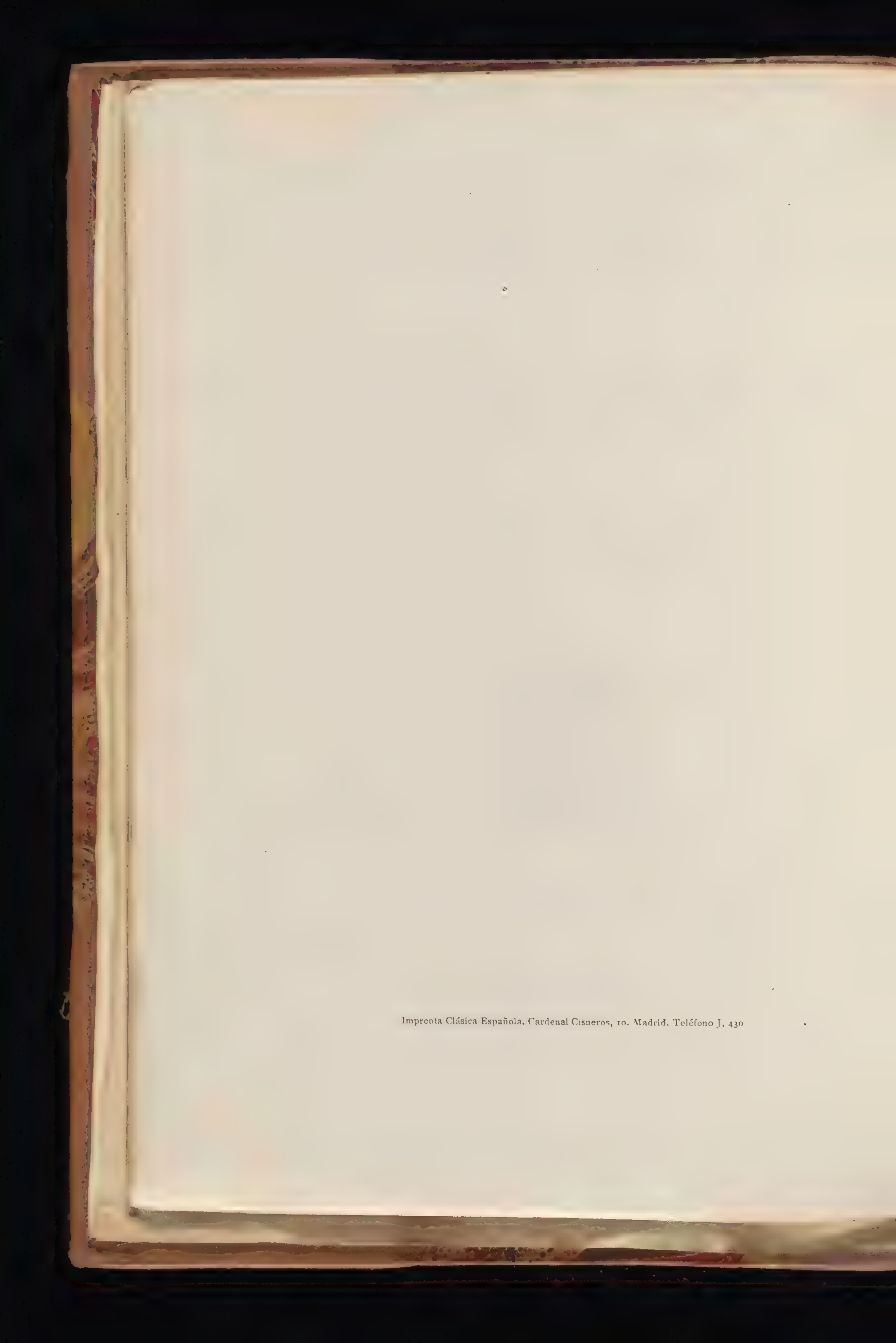
LA CUEVA DEL BUXU
(ASTURIAS)

POR

HUGO OBERMAIER y el CONDE DE LA VEGA DEL SELLA



MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES
MADRID (HIPÓDROMO)
1918



Imprenta Clásica Española, Cardenal Cisneros, 10. Madrid. Teléfono J. 430

LA CUEVA DEL BUXU (ASTURIAS)

I

Descubrimiento y situación de la cueva

La cueva del Buxu, del Concejo de Cangas de Onís (Asturias), se abre en la faja de caliza cretácea, que comienza en Oviedo, y que atravesando los concejos de Pola de Siero, Infiesto, Parres y Cangas de Onís, termina en el de Onís. Esta caverna está situada en el valle de Liebes, que queda al N. del pueblo de Cardes, a cuyos términos pertenece; el riachuelo que por su fondo discurre, conocido con el nombre de Entrepeñas, afluye al Güeña, el que, a su vez, desemboca en el Sella, en Cangas de Onís.

Hemos procurado averiguar el significado de la palabra *Buxu*, con el que se designa a la cueva, y, según la opinión de algunos vecinos, sería una derivación o corrupción de buho. Hecho que pudiera ser verosímil si se tiene en cuenta que en la actualidad, en algunos lugares de España, se conoce el buho con el nombre de bujo, y como en el habla asturiana la jota se pronuncia con sonido de ch o jota francesa, mientras que la o de las terminaciones del masculino se convierten en u, tendríamos buho, bujo, buxo, buxu.

En la actualidad se conoce en el país al buho con los nombres de *cárabu* y *niétova*, no habiendo jamás oído para designarlo la palabra *buxu*.

Consideramos mucho más probable que sea una corrupción de brujo, bruxu en bable. De todos son conocidas las relaciones fantásticas que generalmente acompañan a las cuevas, y que en el presente caso darían margen a la denominación de cueva del

Bruxu y que posteriormente, perdida la leyenda que le dió el nombre, éste se convirtiera en Buxu. Ayuda a pensar de esta manera, el que otra cueva situada en el mismo monte, muy cercana a ésta, y que los habitantes de la región creen que se comunica con ésta, se llama la cueva de las Inxanas, que en el folk-lore asturiano equivalen a las ninfas de las aguas.

El conocimiento de la cueva del Buxu se debe precisamente a la equivocación que sufrió nuestro prospector C. Cardín, a quien habíamos mandado, en diciembre de 1916, inspeccionar la de las Inxanas, y la confusión del camino dió por feliz resultado el hallazgo de esta cueva, con las pinturas rupestres que motivan el presente trabajo.

Camino de la cueva.—Para dirigirnos a la cueva del Buxu, podemos tomar como punto de partida cualquiera de las estaciones del ferrocarril que une las capitales de las provincias de Santander y Oviedo, desde las cuales llegamos a la de Las Arriondas (Concejo de Parres), que es donde nace el tranvía que termina en Covadonga; desde Las Arriondas nos dirigimos a la estación de Soto de Cangas, lugar donde se bifurca la carretera, uno de cuyos ramales conduce a Cabrales, pasando por Onís, mientras que el segundo se dirige al histórico santuario.

Una vez en la estación de Soto de Cangas, debemos retroceder unos quinientos metros en dirección a Cangas de Onís, hasta llegar a la venta y molino de Teleñes, situados en la misma carretera, en cuyo lugar existe un camino vecinal que se dirige al río Güeña, que corre paralelo a la carretera, y que atravesamos por una ingeniosa pasarela colgante.

En la margen opuesta, un nuevo camino se ofrece a nuestra vista, y que tomamos hacia la derecha, en dirección del pueblo de Cares; el camino asciende hasta llegar a una garganta, por cuyo fondo corre el riachuelo Entrepeñas, en cuyo lugar se bifurca; uno de los ramales se dirige, pasando el riachuelo, directamente a Cares; el otro ramal, que es el que seguimos, tuerce a nuestra izquierda; al poco tiempo, el camino llega al



La cueva del Buxu (✠), vista desde enfrente.

nivel del arroyo, y pasamos a la orilla opuesta; unos cuantos metros más adelante hallamos varios senderos que se dirigen al pueblo de Cares, los que dejamos a nuestra derecha para seguir remontando el curso del río por un estrecho sendero que sigue paralelo al fondo y un poco más elevado, faldeando la ladera; breves instantes después se llega a un lugar donde, a derecha e izquierda del valle, se presentan unos acantilados, situados a unos ochenta metros de altura; continuamos nuestra marcha, hasta que percibamos a nuestra derecha una roca, a unos 25 metros sobre el nivel del río, que presenta dos agujeros circulares gemelos; la ladera del monte hace en este lugar un pequeño saliente, tras del cual, y a unos pocos metros de altura, se encuentra la cueva del Buxu, oculta a nuestra vista por la maleza del monte y por un castaño que crece en su frente; dominamos la resbaladiza y agria pendiente, agarrándonos a los matorrales, y llegamos al vestíbulo de la cueva. (Lámina I.)

El vestíbulo, que forma una especie de hemiciclo de 5 a 6 metros de ancho por 4 de fondo, está orientado al WSW.; a la derecha, la roca hace un saliente, y está perforada por un pequeño túnel, por el cual pasa un rudimentario sendero, por donde se puede ascender a la cueva, faldeando la cuesta desde el riachuelo. De frente se percibe la ladera opuesta, cubierta de prados y bosquecillos de castaños y avellanos que producen un verdor de variados matices; a la izquierda queda la mole de los Picos de Europa, en la que contrastan las cumbres descarnadas y tachonadas por el blanco de los neveros, con la base cubierta de vegetación verde esmeralda.

El fondo de este vestíbulo presenta, adherido a las paredes, los restos de un piso anterior, que fué recubierto por una capa estalagmítica, y que una posterior erosión de las aguas arrastró, así como su cubierta, de la que no quedan más que los indicados vestigios. Unas cenizas negras mezcladas con algunas lascas de cuarcita, indican haber existido un antiguo nivel arqueológico que ha sido también arrastrado.

En el interior de este vestíbulo se perciben dos pequeñas aberturas: una de ellas, situada a la derecha, muy baja, conduce a unas galerías de la cueva, que no tienen importancia alguna; la de la izquierda, que es la principal, es por donde se penetra al



Fig. 1.—Entrada a la Cueva del Buxu.

interior; es un agujero de unos 45 cm. de diámetro, que sólo permite el paso a personas de poca corpulencia. (Fig 1.)

La cueva.—Se penetra en el interior arrastrándose por el suelo; el agujero se ensancha y divide en dos especies de cañones, por uno de los cuales se continúa reptando hasta los dos metros, en que se encuentra un anchurón que permite estar de pie; se prosigue por una galería orientada al N., y que a los pocos pasos tuerce a la derecha, formando un ángulo casi recto, dejando a la izquierda un pequeño divertículo; a los 10 metros de recorrido en esta dirección, la galería vuelve hacia el N., en cuyo sentido continúa durante unos nueve metros, al cabo de

los cuales toma otra vez la dirección E., ensanchándose y presentando en su centro unas columnas estalagmíticas; el recorrido en este rumbo es de 10 metros, al cabo de los cuales se percibe a la derecha una galería, que se deja de lado, continuando por la de la izquierda, muy baja de techo, y que se inicia con un pequeño descenso; se penetra agachado, y en esta forma se continúa durante unos 15 metros, pasados los cuales el techo vuelve a elevarse.

Cerca de la terminación existe una entrada muy baja, que dejamos a nuestra izquierda, y al final hallamos una sala de forma muy irregular, que a la derecha tiene un divertículo muy accidentado, con una subida abrupta que comunica con una galería situada en un plano superior y que no contiene manifestación alguna de arte rupestre.

A la izquierda, y frente al divertículo, se ve la entrada de otra galería que conduce a una sala grande y que tampoco contiene manifestación alguna de arte, por cuyo motivo no figuramos en el adjunto plano más que su principio.

El lugar en que nos hallamos, marcado en el plano con la letra A, contiene el primer grupo de grabados.

Dejamos a nuestra izquierda la galería anteriormente citada, y hallamos frente a nosotros una especie de arco muy bajo, por el cual penetramos, agachándonos por debajo de la bóveda; la galería ensancha y eleva su techo; a los cinco metros y medio se bifurca por medio de un espolón; la parte de la derecha es una galería muy baja; dejemos ésta y tomemos por la de la izquierda del espolón, hasta llegar al punto marcado en el plano con la letra B, en cuyo lugar, tanto en la pared de la derecha como en la de la izquierda, se encuentran los grabados que forman el segundo grupo.

En la terminación de esta galería, que sigue una dirección aproximadamente N. a S., se percibe un ensanchamiento, quedando a nuestra derecha un pozo de regulares dimensiones; el pasillo tuerce a la izquierda en ángulo recto, tomando, por consiguiente, la dirección EW.

El lugar C., principio del nuevo recorrido, contiene el tercer grupo de grabados y alguna pintura. Continuando nueve metros justos en este sentido, hallaremos a nuestra derecha un divertículo que es donde aparece el grupo principal de pinturas y grabados, marcado en el plano con la letra D; en esta misma galería, y cerca del divertículo, existen otros dos grabados de poca importancia.

Omitimos figurar el resto de este camino y caverna por no contener asunto alguno que nos interese; indicaremos solamente que esta galería continúa formando un gran arco, terminando en la sala grande de que antes hemos hecho mención.

II

El arte rupestre de la Cueva

Arte rupestre.—La roca en que se abre la caverna, pertenece, como hemos dicho, al terreno cretáceo; la caliza está fuertemente mezclada con arcilla, y al descomponerse deja en la superficie una capa arcillosa, cuya blanda contextura facilita la ejecución de grabados; tal vez por dicho motivo éstos son mucho más numerosos que las pinturas.

Al mismo tiempo que los grabados trazados por el hombre cuaternario, la superficie de la roca presenta numerosas grietas naturales, unas finas y otras más gruesas, las que, unidas a las producidas por los diversos animales que en la cueva se albergaron y las involuntarias hechas por los visitantes, hacen que unas veces la interpretación de algunos de los grabados tenga una solución muy dificultosa y otras imposible.

Las representaciones que hallamos en esta cueva, son de dos clases: grabados y pinturas; éstas han sido hechas por medio de pintura negra, menos una que es de color rojo. Además de las figuras que describimos en el presente trabajo, existen otras en negro y rojo, la mayoría rayas y manchas que, no teniendo interpretación posible, hemos dejado de figurarlas, porque nada nuevo aportarían a nuestro conocimiento.

Debemos hacer la advertencia de que, para poder observar ciertos grabados, hay que tantear la colocación de la luz para que éstos resulten visibles.

Los dibujos que acompañan a esta Memoria son una reduc-

ción de los calcos obtenidos sobre el natural, con la fidelidad y minucia que caracterizan los trabajos de nuestro colaborador don FRANCISCO BENÍTEZ.

Galería A

Como indicábamos al describir la caverna, hemos denominado Galería A al lugar en que se presenta el primer grupo de grabados y pinturas, y que está situado próximamente a unos 60 metros de la entrada. [Véase el plano general, lámina XX, al final de esta monografía.]

Todas las representaciones de este conjunto, menos una, están situadas sobre el arco que forma el colador, próximamente de un metro de altura, y por el cual se penetra para continuar al interior de la caverna; el grabado separado está en la pared izquierda y enfrente de este arco.

Dibujo número I del plano general.—Situado frente a la esquina derecha del arco del colador mencionado anteriormente, en la pared de la izquierda, que en este lugar aparece fuertemente inclinada, se halla en un hueco, a 1,50 metros del suelo. (Fig. 2.)

Consiste en un grabado que representa un caballo incompleto, del cual se percibe únicamente el tercio anterior del animal, con un solo brazo, sin casco y la cabeza sin el morro; está ejecutado, en parte, con líneas raspadas y desvanecidas, mientras que otras son profundas y continuas; este grabado, cuya altura máxima es 37 centímetros, se ve con alguna dificultad.

Dibujo número II.—Para indicar la situación de esta figura, tomemos como punto de referencia el arco del colador por donde hemos de penetrar; a la izquierda de este arco, la roca origina un saliente en forma de morro, con un entrante en la inmediación del arco; al final de este entrante se percibe un diente, en el cual encontraremos esta figura, pintada en negro, a 0,90 metros del suelo y que representa una cierva de 15 centímetros de largo; está bastante desvanecida, especialmente en el lugar de

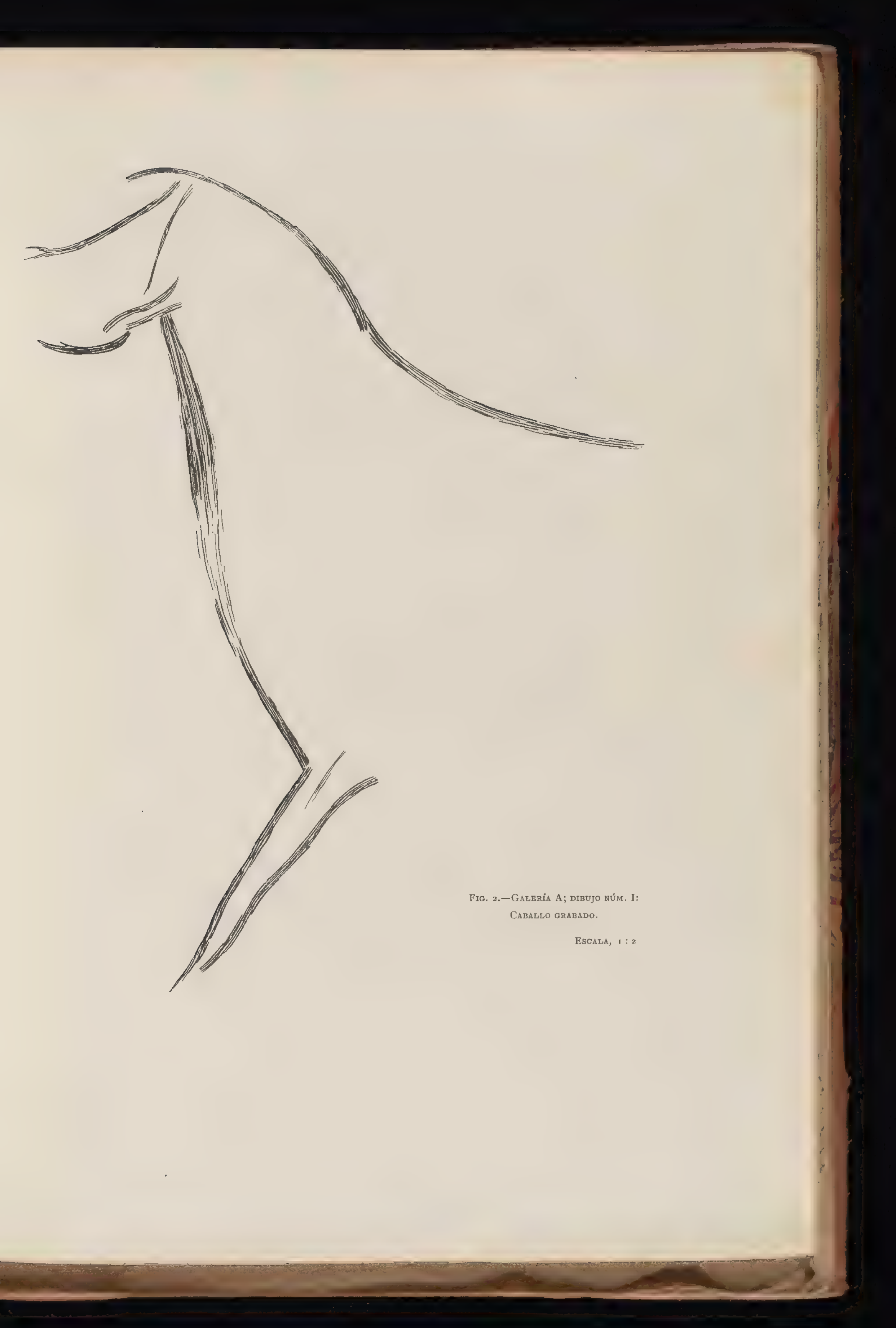


Fig. 2.—Galería A; dibujo núm. I: Caballo grabado.

Escala, 1 : 2

la cabeza, y en su confección no ha intervenido el grabado; a 10 centímetros de la cabeza de esta cierva, y a su izquierda, se perciben restos de pinturas negras, muy fragmentarias y sin interpretación posible. (Lám. II.)

Dibujo número III.—Está situado inmediatamente a la derecha del dibujo II y a un metro del suelo; representa otra cierva de 25 centímetros de largo; este dibujo ha sido obtenido por medio del grabado del cortorno, que ha sido complementado con pintura negra, salvo el lugar de la cabeza que aparece únicamente grabada; en el interior del contorno, que representa el cuerpo del animal, y la parte posterior, la roca ha sido cuidadosamente raspada. Mientras que el dibujo II aparece con la cabeza y el eje del cuerpo inclinados hacia el suelo, éste ocupa una posición contraria; es decir, con la cabeza y eje inclinados hacia arriba, lo que probablemente es debido a las sinuosidades que en este lugar presenta la roca. (Véase lám. II.)

Dibujo número IV.—Pintura negra situada próximamente en el centro del arco del colador, en la curvatura que forma la pared al convertirse en bóveda, un poco al interior y mirando hacia abajo, a una altura de 0,85 metros del suelo; representa probablemente un ciervo; pero la pintura está muy desvanecida. A la izquierda de la cabeza, a unos 15 centímetros, se perciben restos de otra pintura indescifrable. (Lám. III.)

Grupo número V.—Pintura negra, situada inmediatamente a la derecha del dibujo IV, y un poco más alta, a 90 centímetros del suelo, representando probablemente un ciervo de unos 30 centímetros de largo, y, como la anterior, muy desvanecida; le falta parte de la cabeza, los brazos y la línea del vientre; encima del lomo del animal, y dirigiéndose hacia la derecha, aparecen unas rayas negras que tal vez, accidentalmente, toman la forma de una pequeña cabeza de ciervo. (Véase lám. III.)

GALERÍA A.; DIBUJOS NÚM



III

ERVAS GRABADAS Y PINTADAS. Escala, 1 : 2

IV

GALERÍA A.; DIBUJO NÚMERO IV Y GRUPO

V

O V: CÉRVIDOS PINTADOS EN NEGRO. Escala, 1 : 2

Galería B

A la salida del colador de que antes hemos hecho mención, y que tiene 7 metros de largo, nos encontramos en la galería B del plano; ésta tiene una elevación media de 2,50 metros.

Inmediata a la salida, a mano izquierda, como a un metro del suelo, se encuentra un conjunto de líneas grabadas, unas naturales y antiguas; otras más modernas, formando un complejo tan heterogéneo que nos ha sido imposible darle una interpretación seria, por lo cual nos limitamos a señalar su existencia sin reproducir este conjunto ni darle numeración.

Grupo número VI.—La galería continúa unos 4 metros, al cabo de los cuales hace un ángulo recto tomando la dirección EW. Un metro antes de formar este ángulo, en la pared de la izquierda, aparece el grupo número VI a un metro del suelo; este grupo está formado de grabados en los que la parte descifrable consiste en dos caballos situados uno sobre el otro; el de la parte superior tiene 0,50 metros de cabeza a cola y está toscamente dibujado. La cabeza, mal configurada; la crin, representada por una línea curva, no coincide con la del cuello ni con la de la frente; las patas, manos y cola están trazadas de una manera incompleta y rudimentaria, faltando del todo la línea del vientre; en la parte superior de la cabeza se perciben unas líneas que han sido trazadas con posterioridad al dibujo del caballo, y, por consiguiente, están sobrepuestas a las de éste. (Lám. IV.)

En la parte inferior del anterior se encuentra el segundo caballo, de 0,56 metros de largo y dibujado en sentido contrario al de arriba. Está grabado con líneas muy profundas y anchas; crin, lomo y cola han sido representados por un solo trazo hecho con mano segura; el conjunto resulta muy artístico, a pesar de la sencillez del dibujo; en la quijada se perciben varios trazos que no se sabe si son rectificaciones del dibujo o hechos con objeto de dar más relieve a la cabeza; por encima de la crin y de la línea del cuello pasan las manos

del caballo de la parte superior, cortando este dibujo, indicación de que este segundo caballo es anterior al primero. Contrasta en este dibujo el esmero con que está hecha la parte superior, con el descuido con que están representadas las extremidades inferiores, incompletas y esquematizadas. (Lám. V.)

Existe, además de los grabados mencionados, otro que debe de ser anterior al segundo caballo, en cuyo dibujo penetra en la parte anterior; está muy desvanecido, tiene una forma algo triangular y es de interpretación muy dudosa.

Otras líneas más modernas atraviesan la parte delantera del primer caballo y el lomo del segundo. Varias líneas verticales atraviesan la grupa del último mencionado.

Consignaremos que debajo de este grupo se hallaron en el suelo pedazos de ocre y restos de carbón.

Grupo número VII.— El grupo VII está situado en la pared de la derecha, precisamente a 0,35 metros de la esquina que forma la pared con el pozo, y a un metro sobre el suelo. (Lámina VI.)

Este grabado es una representación tectiforme de 26 centímetros de largo por 15 de alto, y consiste en un rectángulo; en la parte exterior de cada lado aparece una serie de rayas algo paralelas y perpendiculares al lado correspondiente; el interior se halla dividido en tres fajas, por medio de dos rayas dobles horizontales; la faja de la parte superior y la del centro contienen un rayado análogo al de la parte exterior, y la faja inferior aparece casi en blanco. (Fig. 3.)

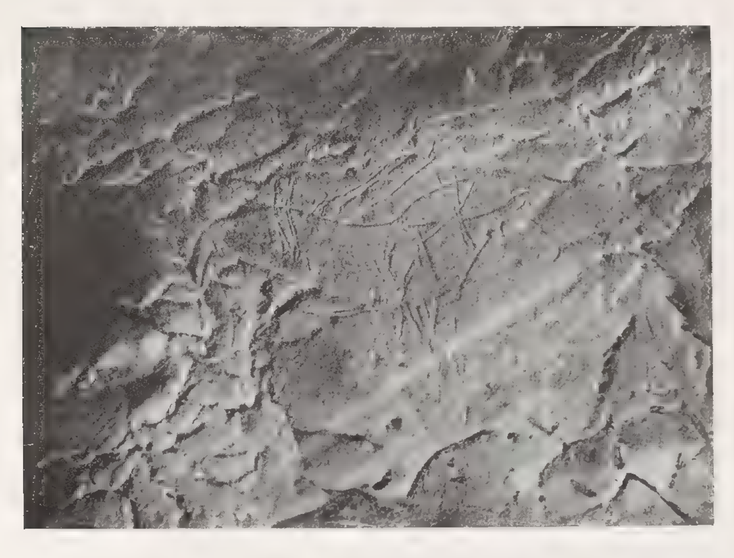
En la esquina de la parte derecha superior se encuentran unas cuantas rayas, algunas de las cuales penetran en el interior del tectiforme, sin que nos sea posible afirmar si forman parte de éste o son ajenas a él.

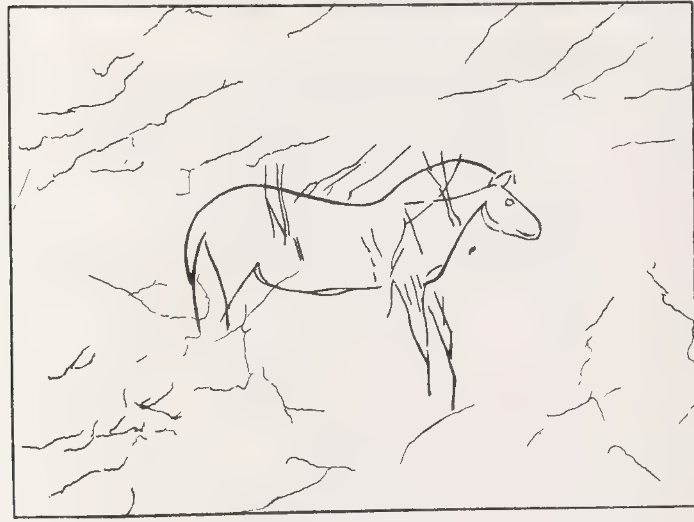
Veinte centímetros encima de este tectiforme hay algunas líneas grabadas, sin interpretación alguna.

Grupo número VIII.—Situado 0,80 metros a la derecha del grupo anterior y a 1,30 del suelo; consiste en un conjunto de grabados de edad y conservación diferentes; entre la profusión

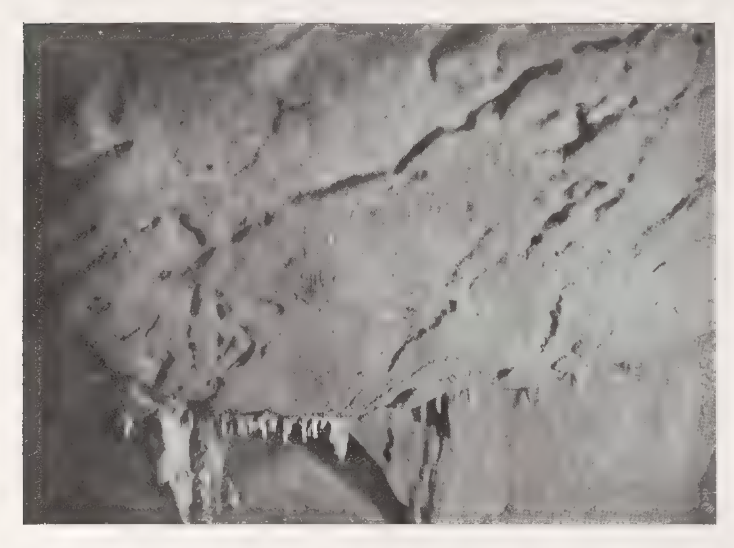


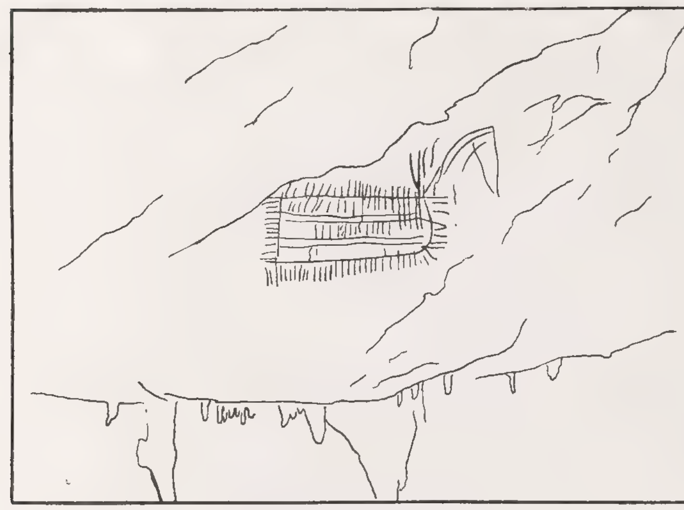
GALERÍA B.; GRUPO NÚMERO VI: CABALLOS GRABADOS. Escala, 1 : 4.





GALERÍA B; GRUPO NÚMERO VI: CABALLO (INFERIOR) GRABADO.





GALERÍA B; GRUPO NÚMERO VII: TECTIFORME GRABADO.

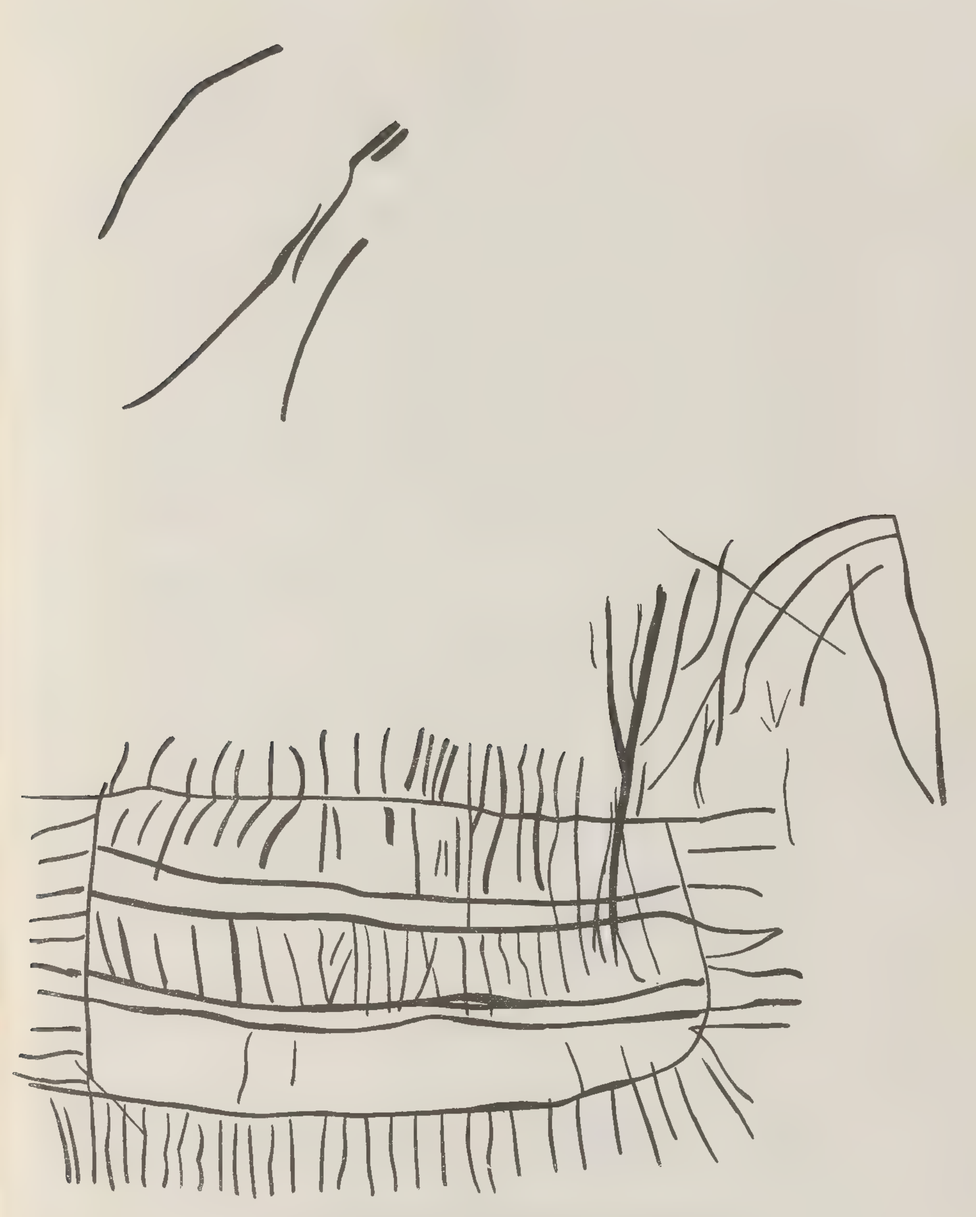


Fig. 3. Galería B; grupo número VII: Tectiforme y otros grabados.

Escala, 1 : 2.

de líneas del total pueden distinguirse: en la parte superior, un tectiforme grabado con trazos muy anchos, probablemente producidos con un palillo, como sucede con la mayoría de los grabados de esta cueva; está muy desvanecido, siendo necesaria una buena colocación de la luz para percibirlo; es de un género análogo al anterior, aunque más sencillo; consiste en un rectángulo de 18 centímetros de largo por 9 de alto; en éste las rayas son interiores y normales a los lados mayores, y solamente en la parte inferior tiene al exterior un rayado semejante. (Fig. 4.)

Bajo este tectiforme, desvanecido, se observan los restos de otro de mejor conservación, hecho con rayas finas, pero fuertemente trazadas; la mayoría de éstas se entrecruzan, formando un conjunto difícil de describir, remitiendo por tanto al lector al adjunto dibujo.

Un poco más abajo, y a la izquierda de estos *grafitti*, se percibe otro escaleriforme de 14 centímetros de largo por 1,50 centímetros de ancho; está muy claro y fácilmente visible.

Un poco más bajo que el anterior se ve otro conjunto de rayas rectas y curvas muy desvanecidas, de las que tampoco aventuramos interpretación.

Dibujo número IX.—Está situado a 0,90 metros del grupo VIII y a 1,50 metros del suelo. Consiste en unas cuantas rayas situadas encima de una grieta; quizás sean el dibujo incompleto de un animal, probablemente caballo, del cual no se haya trazado más que la parte inferior. (Fig. 5.)

Lugar C

La galería en que aparecen las figuras anteriormente descritas, forma un recodo en ángulo recto, tomando nuevamente la dirección EW., con una anchura de tres metros y una altura de dos, quedando el pozo a nuestra derecha.

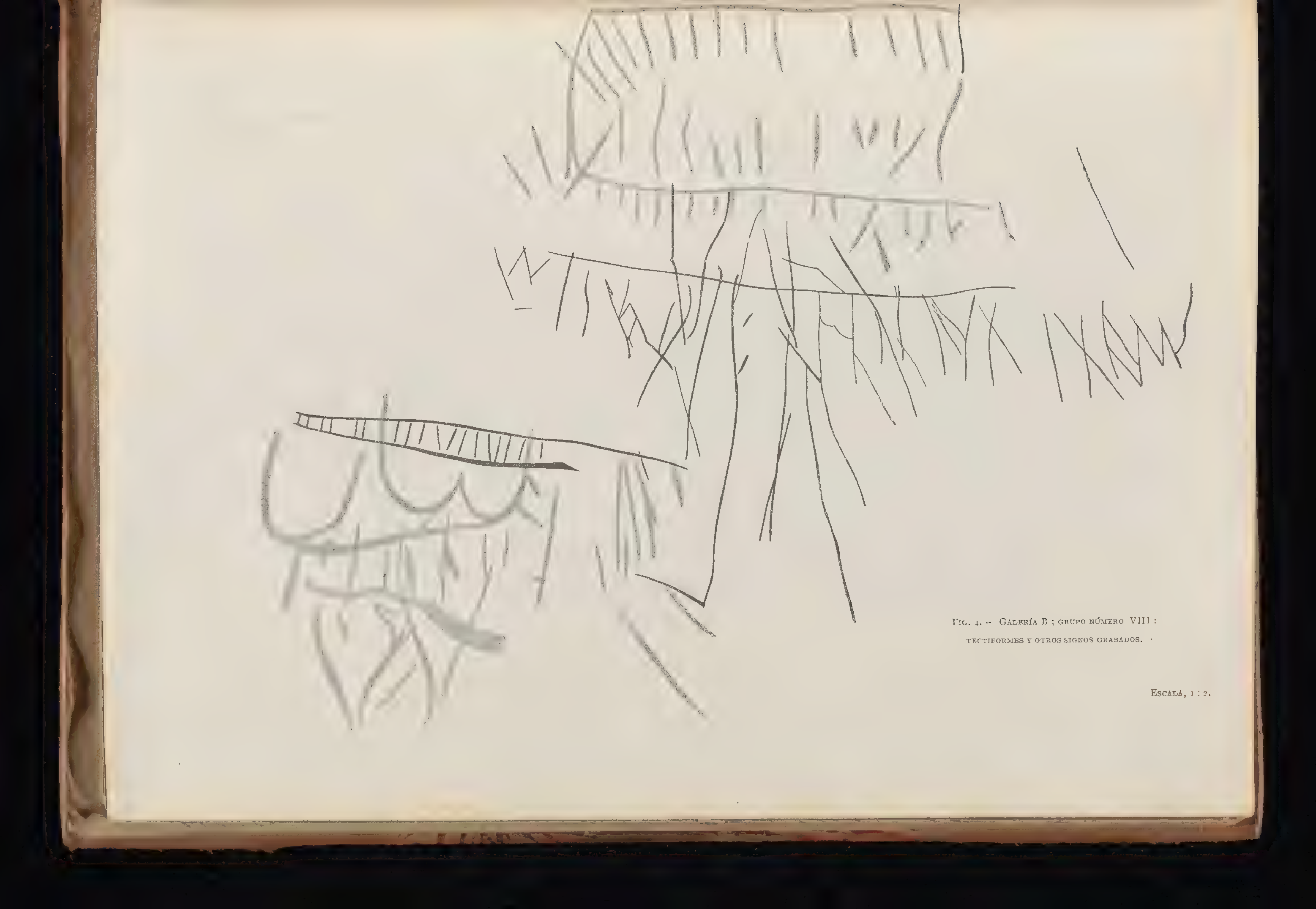


Fig. 4. — Galería B ; grupo número VIII :
tectiformes y otros signos grabados.

Escala, 1 : 2.



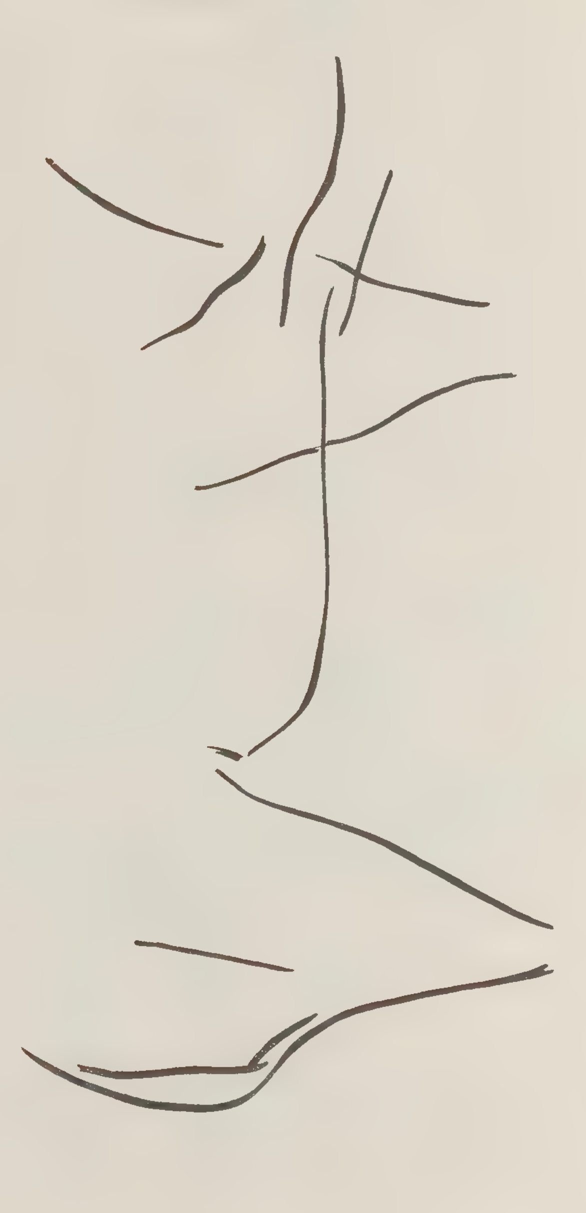


Fig. 5.—Galería B; dibujo número IX: caballo (?) grabado.

Dibujo número X.—A 1,10 metros de la esquina que forma la pared izquierda y a 1,25 del suelo, se encuentra un tectiforme de 13 centímetros de largo por 5 de alto, en grabado muy desvanecido; consiste en un rectángulo irregularmente trazado y dividido por una raya, en el sentido del largo, en dos partes desiguales y relleno de unas rayas que, a veces, se entrecruzan; por debajo aparecen nuevas rayas que probablemente pertenecen al tectiforme. (Fig. 6.)

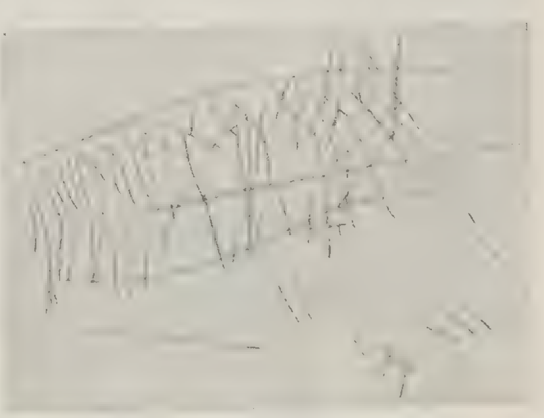


Fig. 6.—Lugar C; dibujo número X: tectiforme grabado. Escala, 1 : 2.

Dibujo número XI. — Pasando a la pared de la derecha, frente al dibujo X, existe un grupo de pinturas y grabados, entre los cuales se percibe claramente una cabeza de cabra, pintada con color negro, de 14 centímetros de largo por 24 de alto; está situada a 80 centímetros del suelo, en cuyo lugar la pared retrocede en la parte baja, hacia el interior; en esta pintura están representados los cuernos anchos y largos, típicos de la cabra pirenaica, y parte de los brazos; además del trazo del contorno, existe en el interior del dibujo cierto modelado producido con el mismo color negro. (Lám. VII y fig. 7.)

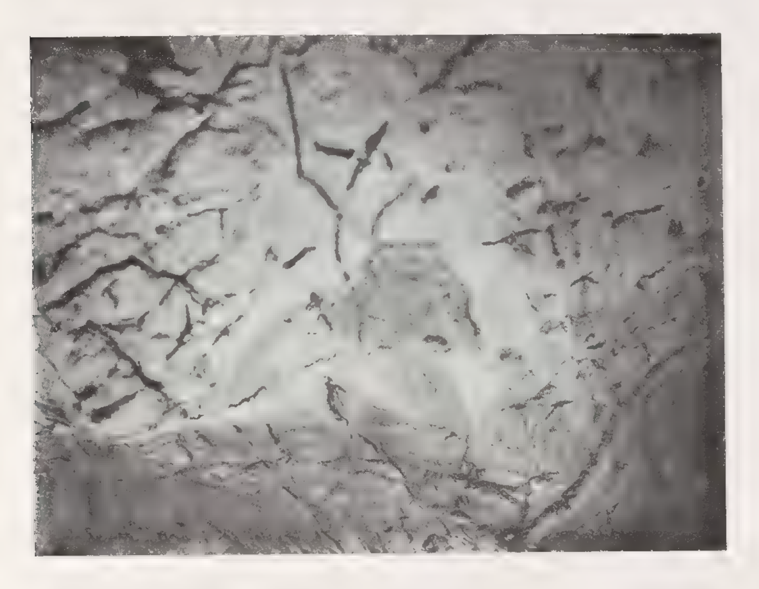
Grupo número XII.—80 cm. a la derecha del grupo XI, y un poco más alta, o sea a 1,05 del suelo, se ve claramente otra pintura negra de 21 cm. de alto por 12 de ancho, que representa la cornamenta de un ciervo, aislada y bien detallada; la parte inferior de esta pintura pasa por encima de un tectiforme *(a)*, grabado que se desarrolla a su derecha, detalle importan-

tísimo, por indicar claramente la prioridad de estos tectiformes a las pinturas naturalistas de edad seguramente cuaternaria. Este



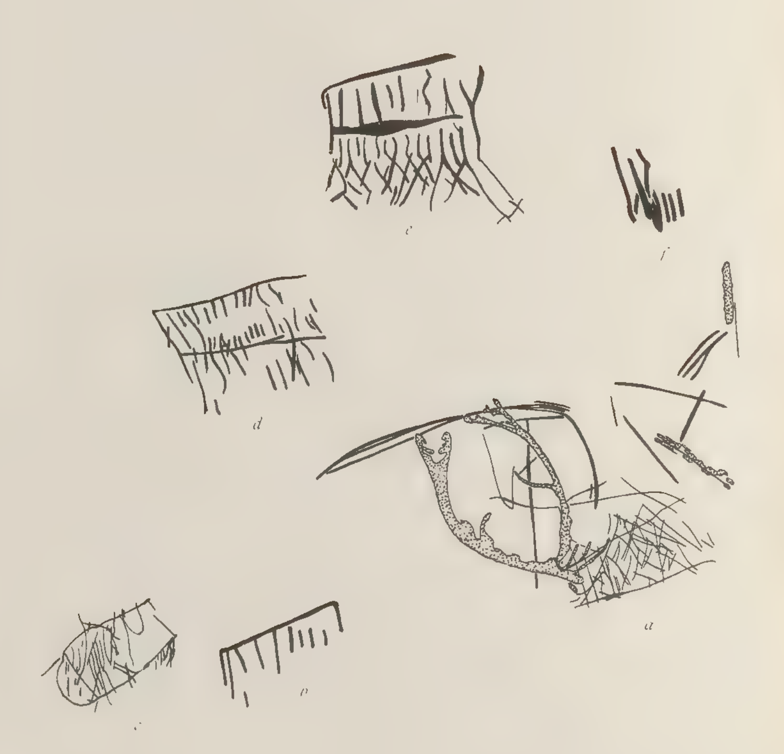
Fig. 7.—Lugar C; dibujo número XI: cabeza de cabra pintada en negro.
Escala, 1 : 2.

tectiforme, hecho con líneas finas, está bien conservado; es algo irregular, pero del mismo género que los que con anterioridad hemos descrito. (Láms. VIII y IX.)





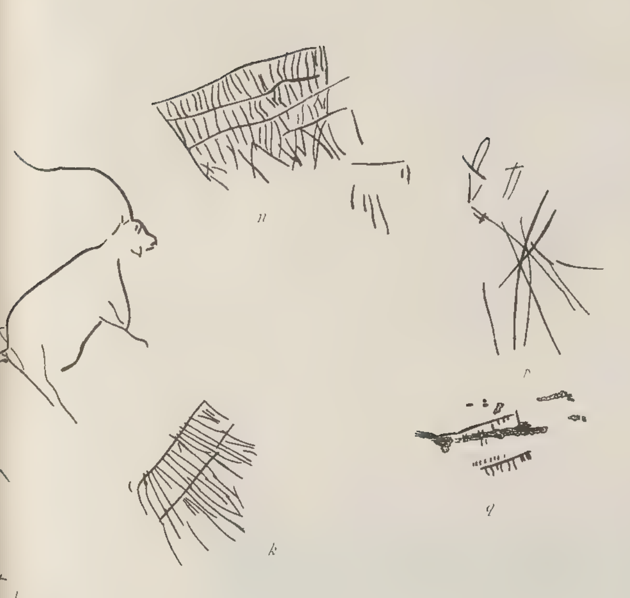
LUGAR C.; DIBUJO NÚMERO XI: CABEZA DE CABRA, PINTADA.



LUGAR C; GRUPO NÚMERO XII: CONJUNTO DE LAS



o



n

r

q

k

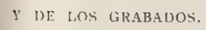


h

i



l

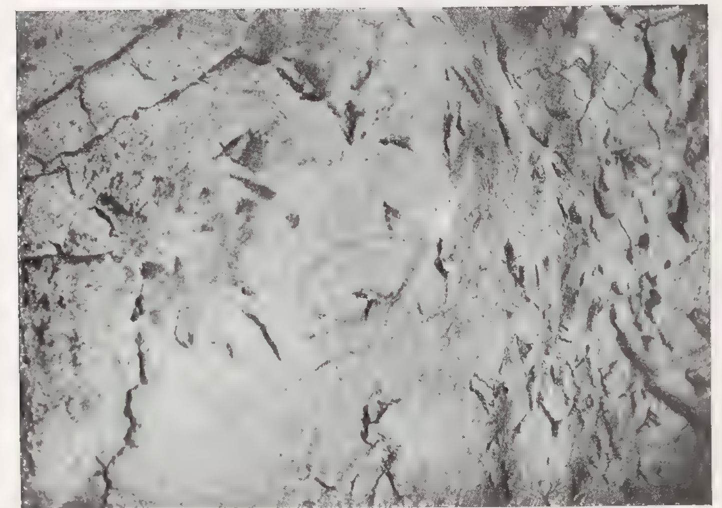

Y DE LOS GRABADOS.



m







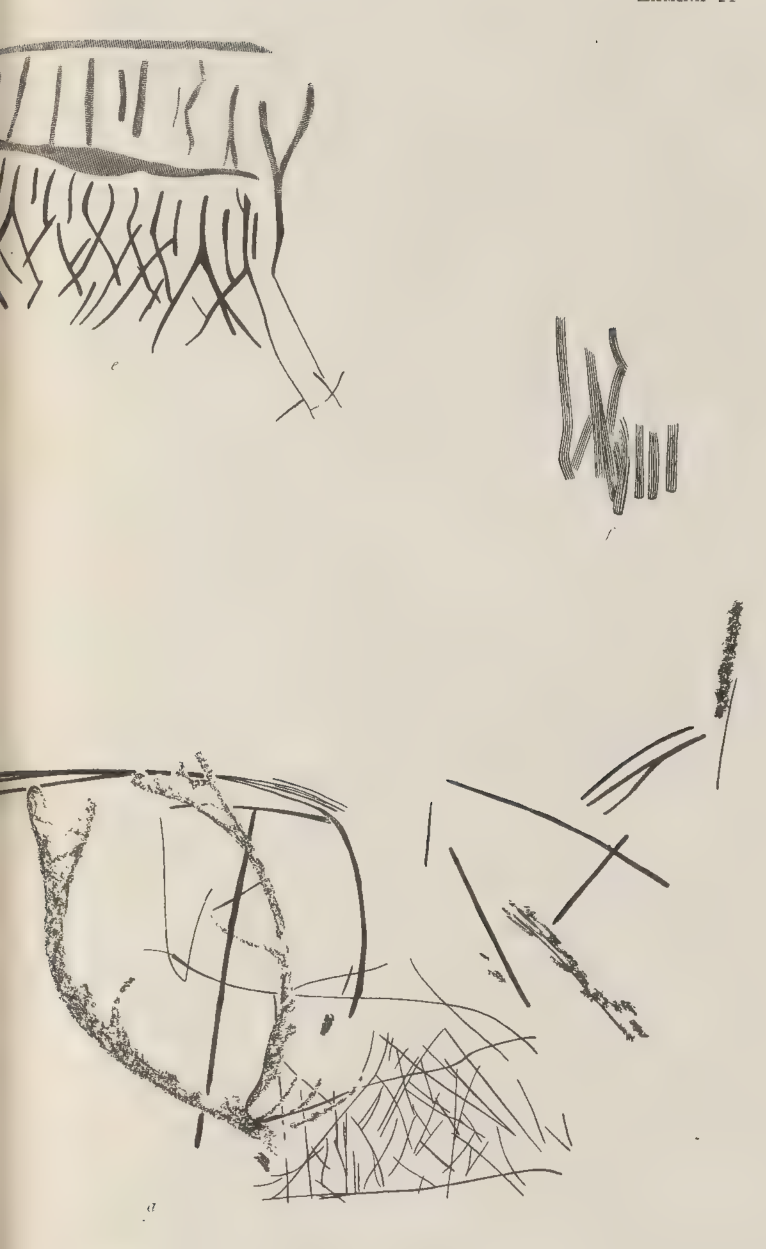
LUGAR C; GRUPO NÚMERO XII; CORNAMENTA PINTADA DE UN CIERVO. (*a*)

d

c

b

LUGAR C.; GRUPO NÚMERO XII: LAS REPRESENTACIONES



(f) (CORNAMENTA DE CIERVO, TECTIFORMES, ETC.) Escala, 1 : 3

Un poco más altas que la figura anteriormente citada, y cubiertas en parte por las astas del ciervo, se hallan unas cuantas rayas colocadas sin orden, y que deben de ser próximamente sincrónicas con la figura anterior; 23 cm. a la izquierda de la raíz de las astas se encuentra un pectiniforme *(b)*, de 13 cm. de largo, hecho con línea gruesa y bastante visible. (Lám. X.)

Inmediato al anterior, y cuatro centímetros a la izquierda, existe otro tectiforme *(c)*, de 12 cm. de largo por 6,50 de alto, hecho con líneas finas, bastante desvanecidas, de estilo análogo al *a*.

A 27 cm., encima del pectiniforme *b*, aparece otro tectiforme *(d)*, de 15 cm. de largo por 11 de alto, hecho con líneas gruesas y muy desvanecidas. Consiste en un rectángulo relleno de rayas, que forma la parte superior; la parte inferior se compone de otra serie de rayas, parte de las cuales penetran en el interior del rectángulo.

Veinticuatro cm. encima de la extremidad superior de las astas de ciervo se percibe otro tectiforme *(e)*, de unos 16 centímetros de largo por 14 de alto, hecho con líneas gruesas; la mitad superior, muy desvanecida, forma un rectángulo que contiene unas cuantas rayas; la mitad inferior, más visible, se compone de una serie de rayas paralelas, y que en su terminación se entrecruzan en una forma bastante regular, dando la sensación de querer representar una red.

A 12 cm. de la esquina inferior derecha de *(e)* se ven unos trazos *(f)*, hechos, probablemente, con una espátula de madera.

30 cm. a la derecha de *(f)*, a la misma altura (1,45 del suelo), se presenta la figura de una pequeña cabra *(g)*, grabada con líneas finas y claras, de las que solamente el contorno está diseñado, teniendo este dibujo 20 cm. del hocico a la cola, y 7 cm. de anchura de cuerpo; el único cuerno representado lo está por medio de una raya ondulada y muy larga, con relación al cuerpo del animal (14 cm. en línea recta); las patas están dibujadas rudimentariamente, como sucede con la mayoría de las figuras de animales de esta caverna. (Fig. 8.)



FIG. 8. LUGAR C; GRUPO NÚMERO XII: LOS GRABADOS (g), (h) Y (k).

ESCALA, 1 : 8.

A la izquierda de la cabra *(g)* hay otro tectiforme muy sencillo, hecho con líneas finas y mal conservadas; el dibujo de la parte trasera de la cabra pasa sobre el del tectiforme, detalle que puede apreciarse con toda claridad.

Unos 17 centímetros debajo de *(g)* se percibe un rayado, restos probables de un tectiforme desvanecido *(h)*, y a 33 centímetros del mismo punto de referencia anterior, se encuentra otro de unos 13 centímetros de largo por 10 de ancho *(i)* hecho con trazo grueso. (Fig. 9.)



Fig. 9.—Lugar C; grupo número XII: tectiforme grabado *(i)*
Escala, 1 : 2.

Diez y ocho centímetros debajo del cuello de la cabra hay otro tectiforme *(k)*, de 11 centímetros de alto por 12 de ancho, hecho con línea fina y bien conservada; la parte superior consiste en un rectángulo relleno de líneas normales al lado mayor y que pasan a la parte inferior.

Treinta y cuatro centímetros debajo de *(k)* existe una pintura roja o signo en forma de E, colocada algo oblicuamente *(l)*; la pintura parece haberse corrido, resultando toda la superficie teñida del mismo color; éste es el único dibujo en rojo determinable que hallamos en esta cueva. (Fig. 10.)

Debajo de *(l)*, y un poco a la derecha, se ven unas cuantas rayas pintadas en negro *(m)*, de época indeterminada, tal vez bastante recientes; esta clase de signos aparecen en varios sitios de la cueva, siempre en condiciones dudosas, y, por lo tanto, nos limitamos a figurar la presente como muestra, haciendo caso omiso de las demás. (Fig. 11.)

Siete centímetros a la derecha del cuerno de la cabra *(g)* se ve otro tectiforme *(n)*, de 16 centímetros de largo por 12 de ancho, hecho con línea gruesa y bien conservada; es un rectángulo dividido, en el sentido de la longitud, por dos rayas horizontales; varias rayas próximamente paralelas rellenan estas bandas y continúan en la parte inferior y exterior entrecruzándose como en *(e)*. (Lám. XI.)

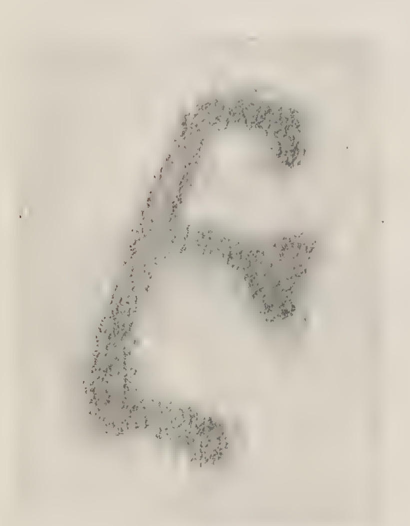


FIG. 10.—LUGAR C; GRUPO NÚMERO XII: SIGNO *(l)* PINTADO EN ROJO. ESCALA, 1 : 2.

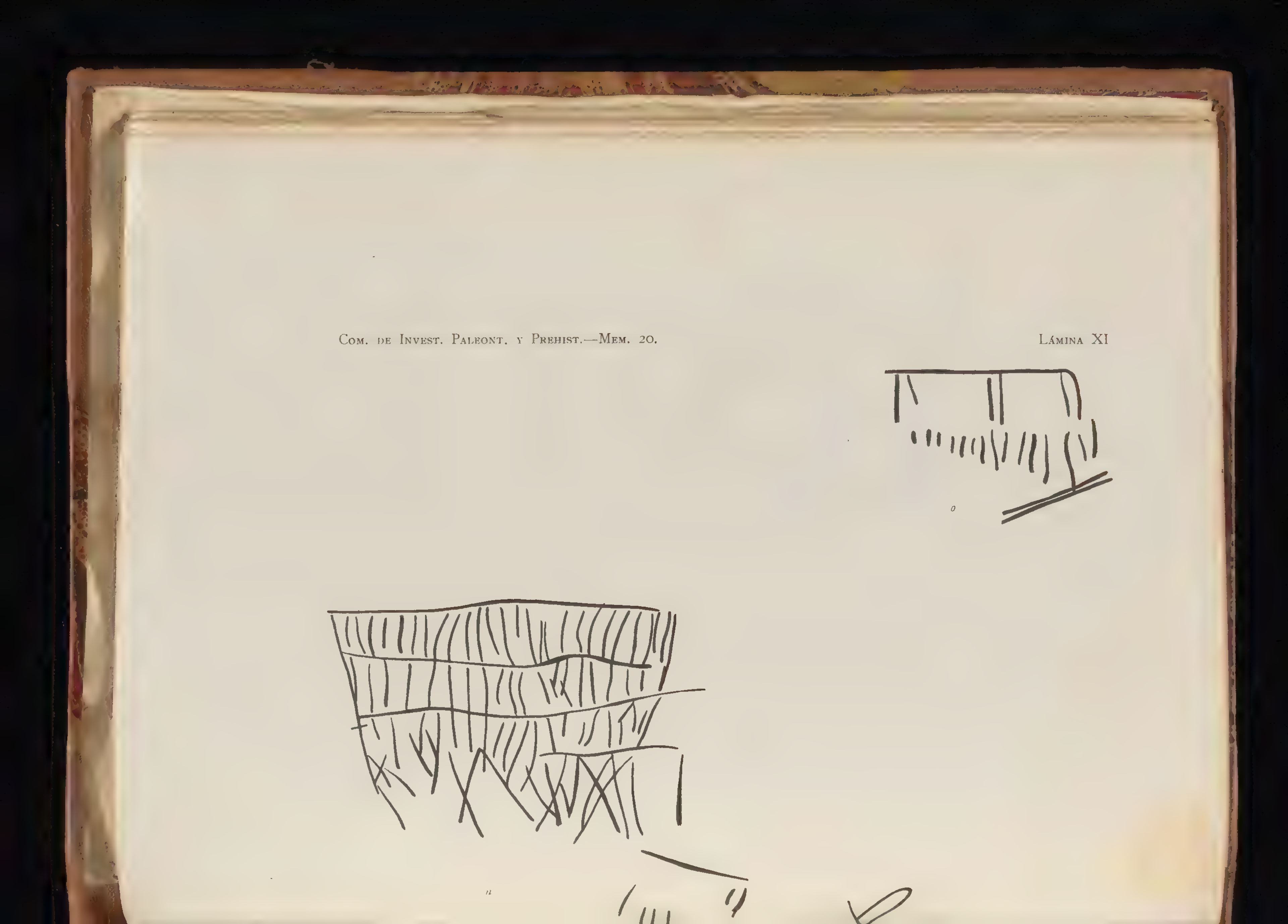
Diez y siete centímetros sobre la esquina superior derecha de *(n)*, y colocado algo oblicuamente con relación a aquél, se halla otro tectiforme *(o)*, de 10 centímetros de largo por 5 de ancho, hecho con línea gruesa y bien conservado.

Veinte y cinco centímetros debajo de *(o)* existe un conjunto de rayas grabadas, bien conservadas, pero indescifrables *(p)*.

Siete centímetros debajo de *(p)* se ve otro tectiforme *(q)*, pequeño e incompleto, hecho con trazo grueso y bastante claro, entremezclado con trazos de color negro.

Galería D

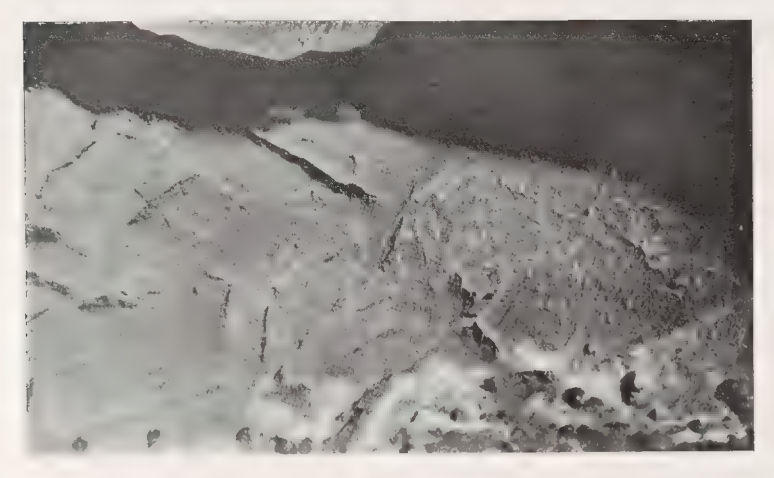
Continuando la galería en que se encuentran las pinturas y grabados anteriormente descritos, durante siete metros, a contar desde el lugar en que se hallan estas representaciones, encontraremos a nuestra derecha una especie de nicho, con una altura máxima de techo de 1,25 metros; éste continúa ha-


o
n



LUGAR C.; GRUPO NÚMERO XII: TECTIFORMES Y OTROS SIGNOS GRABADOS.
(*n*, *o*, *p*, *q*,)

Escala, 1 : 2





GALERÍA D; GRUPO NÚMERO XIII: CABALLOS GRABADOS.

(Cliché de E. H.-Pacheco.)

cia el interior, mientras que paulatinamente mengua en altura, terminando en un divertículo inaccesible; pero solamente nos interesa la parte izquierda del citado nicho por aparecer en él un nuevo conjunto de pinturas y grabados.

Grupo número XIII.— El grupo XIII empieza a 0,55 metros de la esquina izquierda, entrando al nicho, y consiste en tres caballos grabados, de los cuales dos, colocados uno al lado del otro, se hallan 25 centímetros sobre el suelo; el tercero, situado exactamente en medio de los anteriores y a 40 centímetros sobre ellos, de los que está separado por una grieta de la roca que corre en sentido transversal. (Lámina XII.)

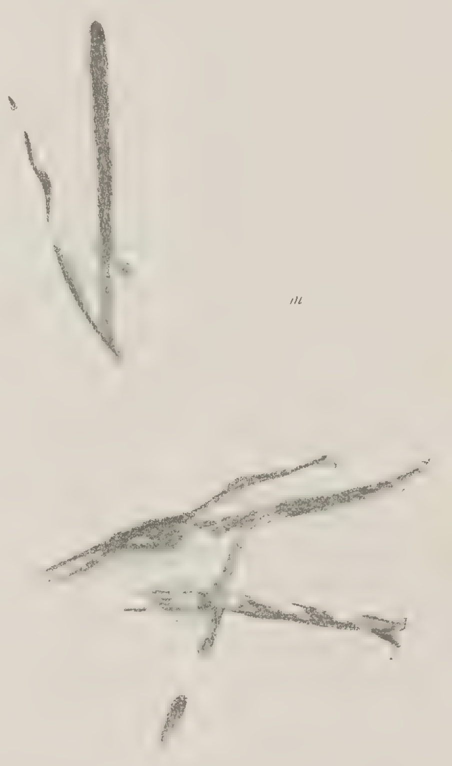


Fig. 11. Lugar C; grupo número XII: rayas (*m*) pintadas en negro. Escala, 1 : 3.

La representación del primer caballo *(a)* del plano inferior y más cercano a la esquina, consiste en un grabado de raya fina, de 20 centímetros de largo, exclusivamente de contorno; parece trazado con mano segura, como lo comprueba la limpieza y elegancia con que ha sido dibujada la línea que simula el cuello y lomo del animal hasta la grupa y la cola; la cabeza resulta algo pequeña con relación al resto del cuerpo, teniendo el hocico sin terminar; las extremidades anteriores, bien diseñadas hasta el menudillo, no tienen

representados los cascos; de las posteriores solamente se percibe hasta el corvejón, por haberse desprendido parte de la roca; dos líneas curvas que se unen en la parte inferior sirven para representar la cola; otra para el cuello, mientras que otra curva que envuelve la anterior simula la crin. (Lám. XIII.)

Inmediatamente, a la derecha del anterior, se encuentra el segundo caballo, (grabado *b)*; tiene 26 centímetros desde la frente hasta el nacimiento de la cola; está admirablemente trazado y resulta el grabado más artístico de todos los hallados en esta cueva. El animal está representado en una actitud tranquila y ejecutado con proporciones muy justas; la cabeza es la única parte del cuerpo en que está solamente dibujado el contorno sin relleno; pero en ella se marcan todos los detalles: ojos, nariz, las orejas algo oblicuas, por entre las cuales pasa la línea curva que representa la crin y pasa sobre la frente simulando el flequillo; el cuello y la crin están figurados en la misma forma que el caballo anterior. Toda la superficie del cuerpo está rellena de un fino grabado que parece querer seguir en su dirección las líneas de los músculos, dando así a la figura una plasticidad y relieve muy acabados.

La representación de la cola, en cambio, es muy rudimentaria, y las extremidades de las cuatro patas están sin terminar.

No puede menos de notarse una gran analogía entre esta representación y el caballo esculpido en marfil hallado en la gruta de Espelugues (1).

El tercer caballo *(c)*, situado en la parte superior de los anteriores y sobre la grieta de la peña, es de un valor artístico muy bajo con relación a los dos anteriormente descritos; tiene 24 centímetros de largo; la cabeza, muy tosca, está figurada de una manera muy convencional, y el resto del cuerpo, también desproporcionado; la cola, muy corta, y, como sucede con los otros caballos, los cascos no están representados. (Lám. XIV.)

Dibujo número XIV.—Un poco más a la derecha del caballo

(1) H. Obermaier, *El Hombre Fósil.* Madrid, 1916. Fig. 85, pág. 222.





GALERÍA D; GRUPO NÚMERO VIII

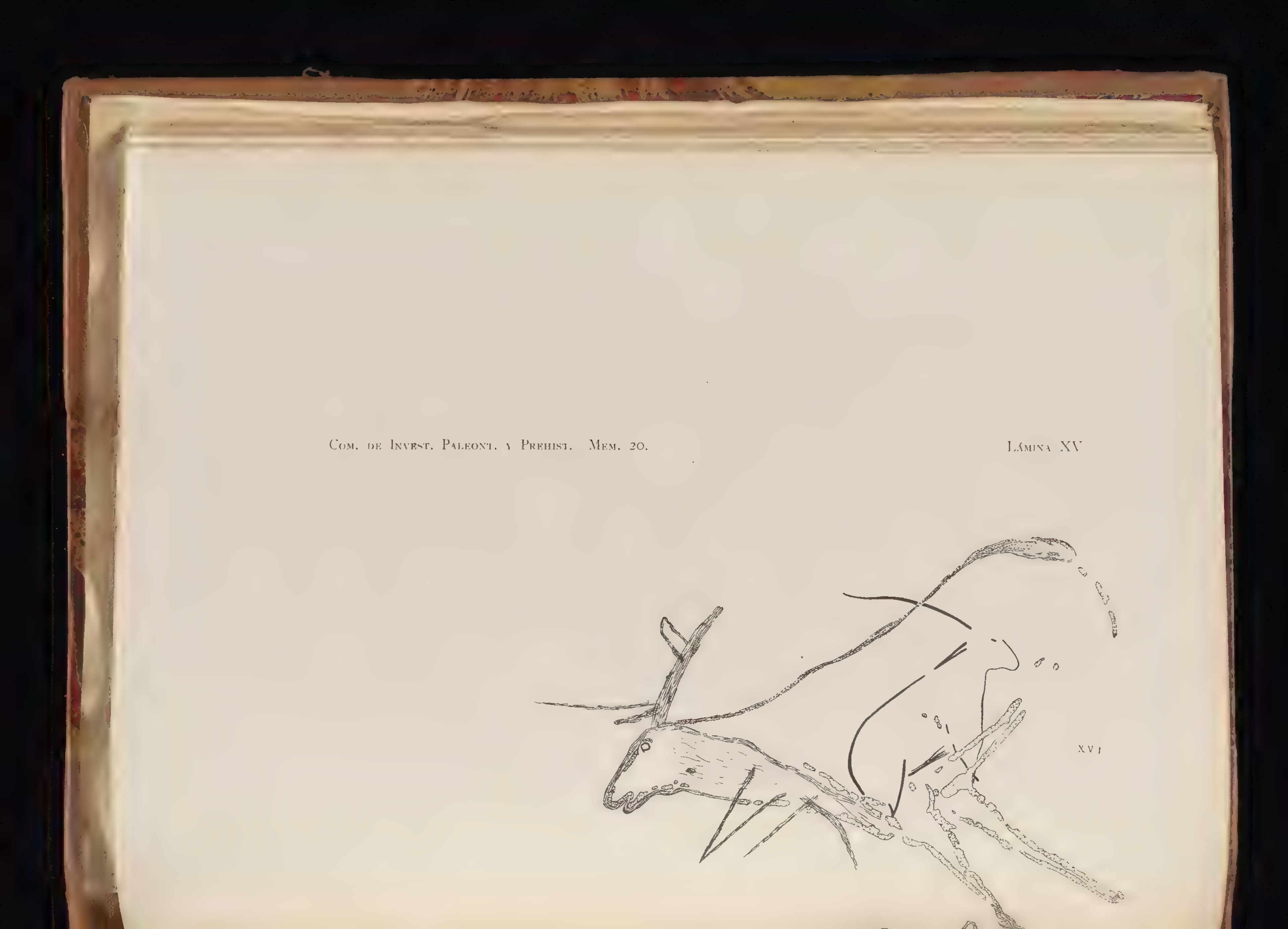


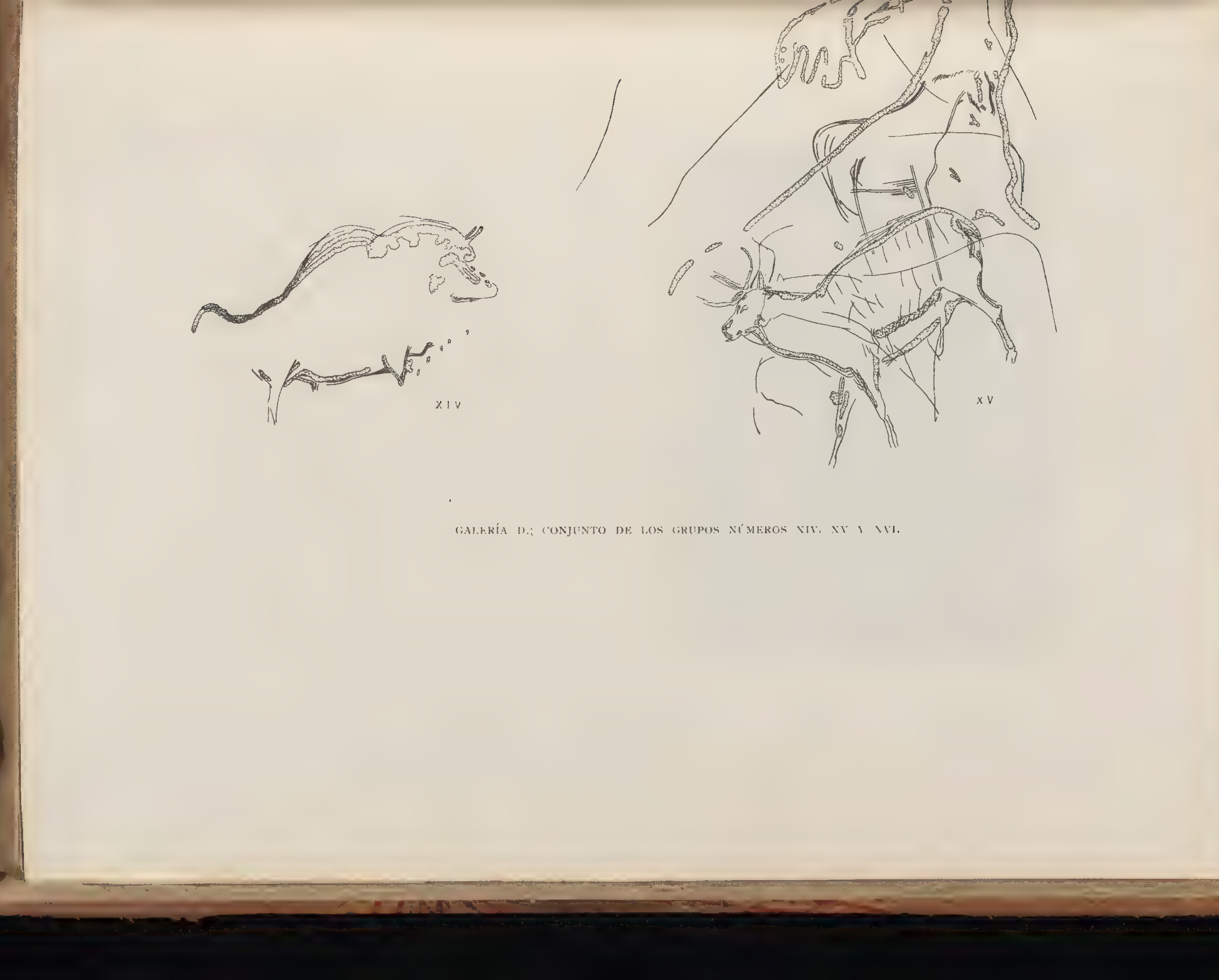
ABALLOS GRABADOS (*a*, *b*). Escala, 1 : 2.



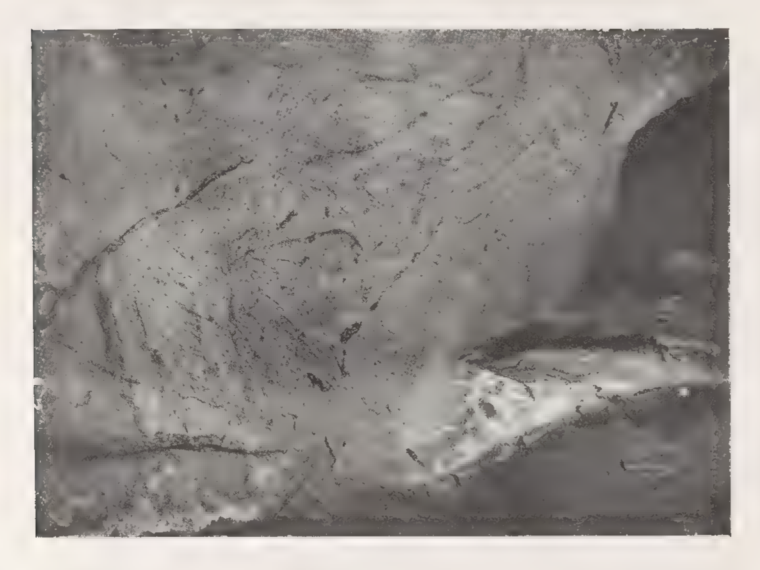
Galería B; grupo número XIII: caballo grabado (c). Escala, 1 : 2.

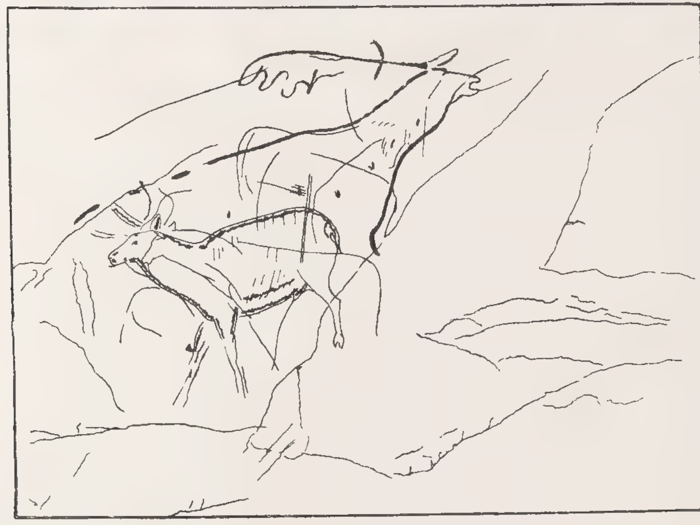



XVI



GALERÍA D.; CONJUNTO DE LOS GRUPOS NÚMEROS XIV, XV Y XVI.





GALERÍA D; GRUPO NÚMERO XV: GAMO, CABALLO Y CIERVOS, EN PARTE PINTADOS Y EN PARTE GRABADOS.



DE LAS PINTURAS Y DE LOS GRABADOS.

(b) del grupo anterior y separado por un agujero de la roca, a 55 centímetros del suelo se encuentra la figura de un bisonte, en parte pintada y en parte grabada (fig. 12); mide ésta, desde la frente hasta el final de la cola, 39 centímetros; la cabeza está muy desvanecida, apareciendo la parte superior, cuernos, ojos, etcétera, pintados, y la inferior, mandíbula y morro, grabada finamente. En el morrillo y el lomo, el grabado ocupa la parte exterior, y la pintura la interior del dibujo, fundiéndose ambos métodos en la grupa y la cola. (Hagamos la observación de que, tanto para la representación de la cola como para la del cuarto trasero, el artista aprovechó unas grietas naturales de la peña); el anca y la única pata representada, están grabadas, mientras que el vientre y la mano están pintados y grabados, y como sucede en la parte superior, el grabado ocupa la parte exterior del dibujo, y la pintura la interior; el pecho no está figurado, notándose únicamente en el lugar que debiera ocupar, algunos vestigios de pintura muy desvanecidos. (Lámina XV.)

Grupo número XV.—30 centímetros a la derecha de la cabeza del bisonte, y 35 sobre el suelo, se encuentra un ciervo en parte pintado y en parte grabado, que mide 38 centímetros de hocico a cola (lám. XVI); el animal mira hacia la izquierda; resulta una figura verdaderamente artística, llena de expresión y de movimiento; el grabado que ocupa la parte exterior del dibujo está reforzado y modelado por la aplicación de líneas anchas de color negro; la cabeza está bien proporcionada y detallada, con el ojo pintado, teniendo las astas indicadas de una manera incompleta. (Lámina XVII.) El artista no se ha ocupado en terminar las extremidades inferiores; en la parte inferior se percibe la línea del vientre, con los órganos genitales bien marcados; unos cuatro centímetros sobre esta línea, se encuentra otra de trazos, de un centímetro de ancho, reforzada con color, que parece haber servido para el modelado del cuerpo, indicando el límite de la zona de pelo largo y rojo del animal, y la faja inferior que se extiende entre esta doble línea, indicaría la zona

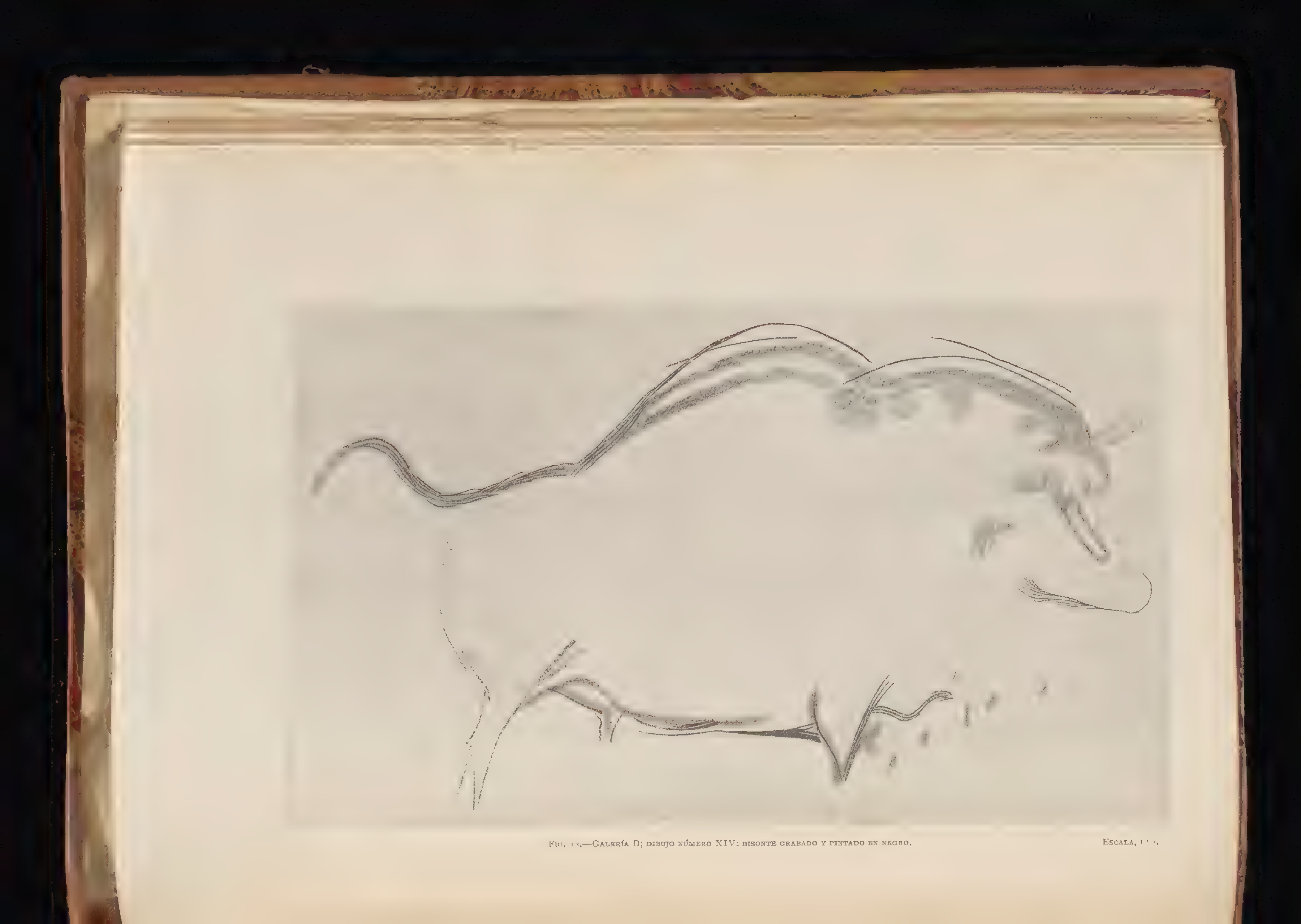
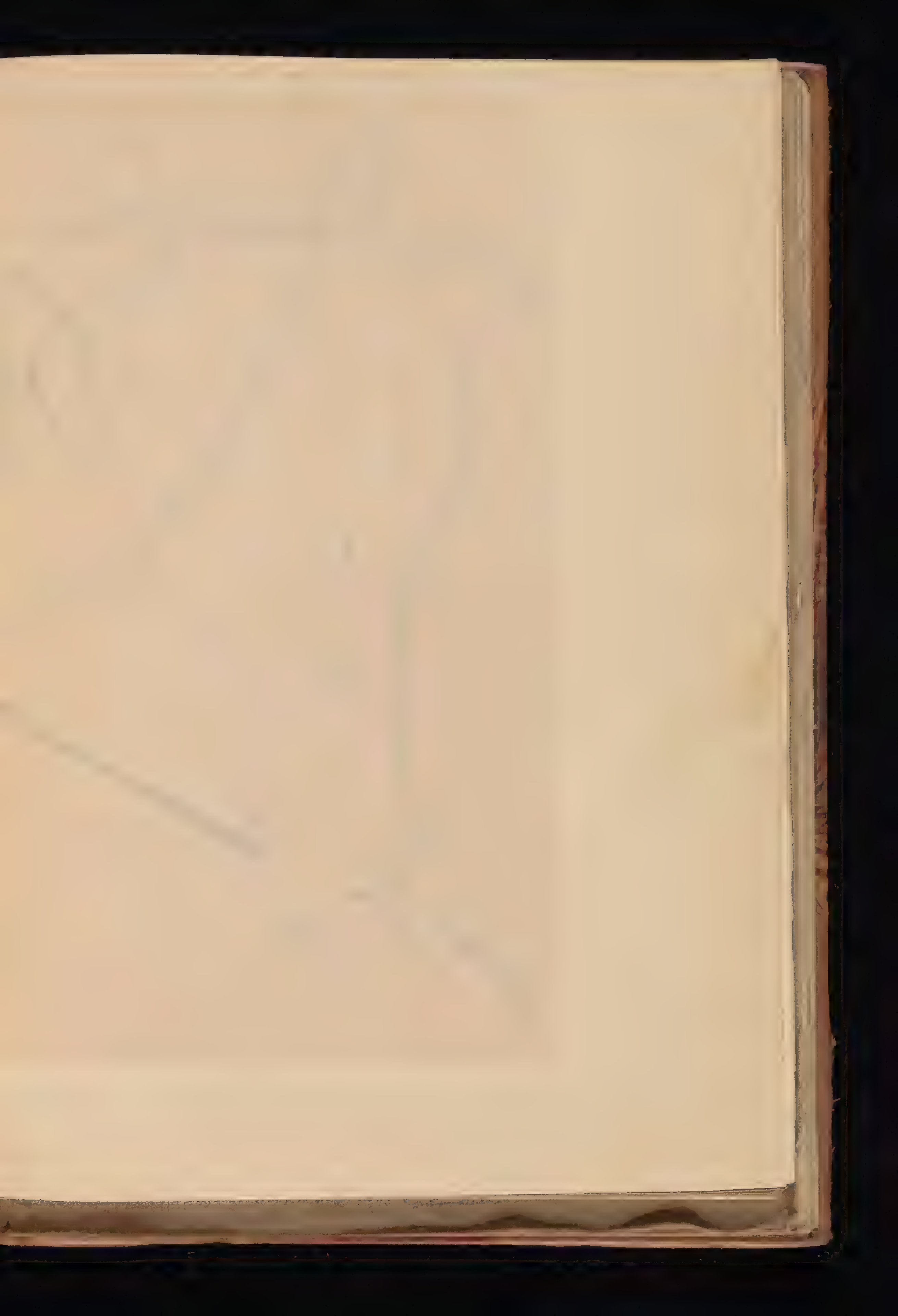
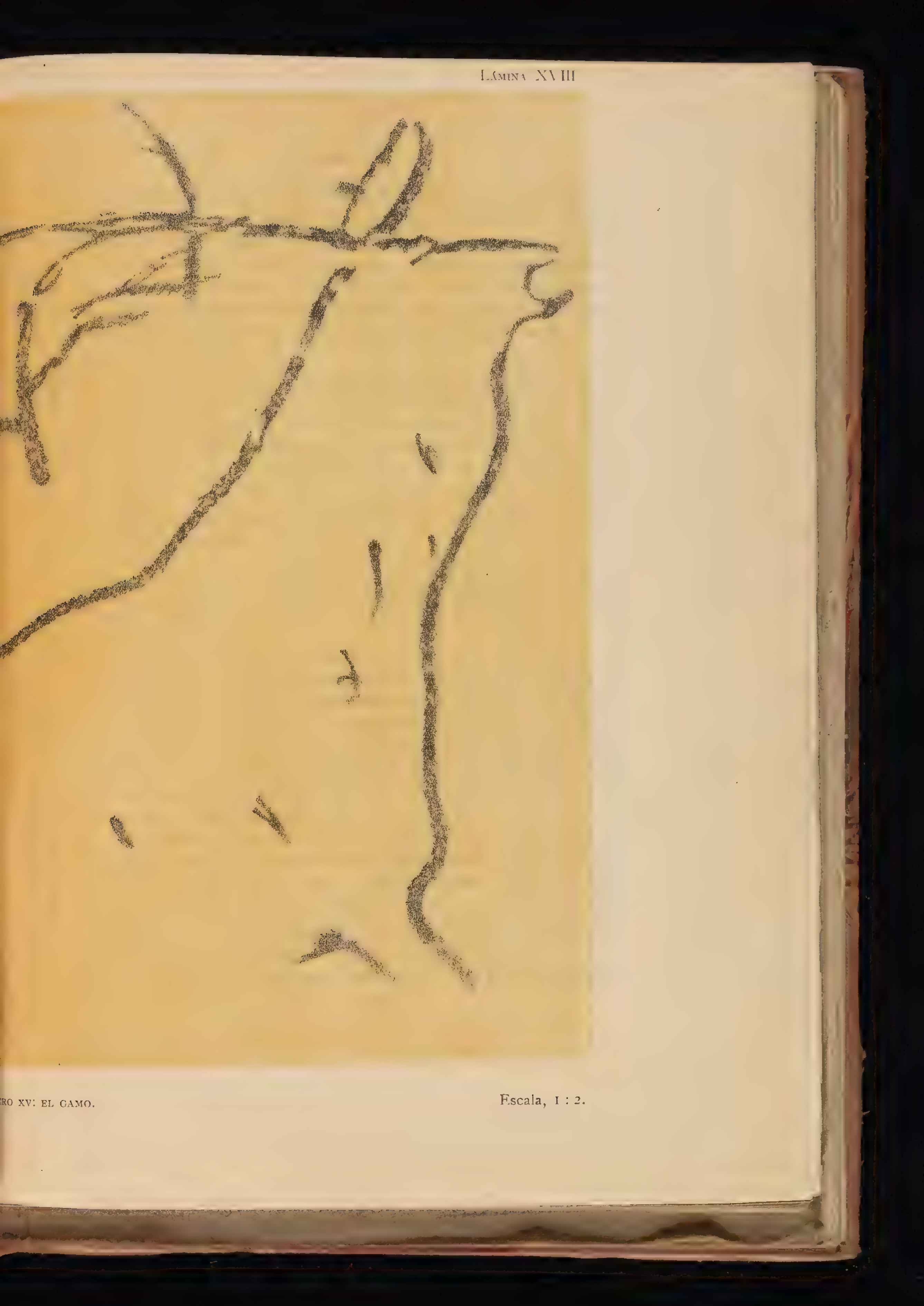


Fig. 12.—Galería D; dibujo número XIV: bisonte grabado y pintado en negro. Escala, [illegible]





GALERÍA D; GRU



...ro xv: el gamo.

Escala, 1 : 2.



de pelo corto y blanquecino del vientre; el cuarto trasero, así como la pata izquierda, están bien diseñados y detallados; sobre la línea del lomo del animal, se percibe una serie de líneas hechas como para rectificar el dibujo primitivo.

Existen también en el interior del cuerpo de este ciervo, dos filas de líneas toscas y verticales, de unos tres centímetros, que no deben guardar relación con él y que pudieran ser restos de un tectiforme desvanecido.

Ocupando en parte la misma superficie del anterior dibujo y desbordando por la parte superior y posterior del cuello, se percibe un grabado fino representando un nuevo ciervo dibujado solamente en contorno; la cabeza está hecha con cuidado y cierto gusto artístico; el morro de este animal se halla situado a cinco centímetros a la derecha del hocico del ciervo anterior, y una raya encorvada hacia la izquierda, que forma la continuación de la línea de la frente, indica muy probablemente el asta de este animal. Aparte de la cabeza, el resto del cuerpo es incompleto y desproporcionado: su pata delantera, figurada por una especie de triángulo, sale por debajo del primer ciervo.

Cortando la grupa del primer ciervo se notan las patas de un caballo, orientado en sentido contrario, cuyo vientre se encuentra a unos tres centímetros encima de la grupa misma; se trata de un caballo de 26 centímetros de largo, finamente grabado, muy incompleto y desproporcionado. La cabeza está figurada por medio de una serie de trazos finos sin más indicación que la de la oreja; el cuello está incompleto, y el resto del cuerpo es rudimentario.

El Gamo.—Ocupando la parte superior del grupo, en la bóveda de la hornacina, y perfectamente visible, se encuentra una pintura en negro desvanecido, excepto la cabeza, que representa de una manera indudable la figura de un gamo *(Cervus Dama)*, siendo esta la primera representación indiscutible de este animal en la región franco-cantábrica. (Lámina XVIII.)

Del dibujo del cuerpo, solamente se han conservado algu-

nos trazos muy desvanecidos, encima de la cabeza del primer ciervo, y a la derecha de la parte trasera del mismo animal.

El cuello, la cabeza, que mira hacia la derecha, y la cuerna, se destacan con toda claridad; en el cuello se percibe una línea de puntos negros, hechos, tal vez, para dar algún relieve al dibujo; la boca aparece entreabierta, como si el animal estuviese bramando; la cuerna mide, desde la raíz hasta la extremidad superior, 28 cm., mostrando claramente la paleta típica de la especie, con su borde dentado, un candil en la parte media del asta y dos sobre la frente, que se dirigen hacia arriba.

Unas cuantas líneas, sin significación alguna, atraviesan este dibujo, unas veces por debajo y otras por encima.

En cuanto a la sobreposición de las figuras de este grupo, se nota con toda claridad que el caballo pequeño grabado es más antiguo que el gamo y que el ciervo bien dibujado y primeramente descrito, puesto que el color de estos cervidos pasa por encima del grabado del caballo; por lo que se refiere al ciervo finalmente grabado, descrito en segundo lugar, no puede precisarse de una manera absoluta si es anterior o posterior al primer ciervo pintado y grabado; según todas las apariencias, parece más antiguo por sus analogías con el caballo, y verosímilmente es su contemporáneo.

Grupo XVI.—Sobre el gamo, y ya en el techo de la hornacina, se desarrolla el grupo XVI, que consiste en una figura grande de ciervo y un pequeño grabado que representa una cabra. Aunque el ciervo está perfectamente visible, indicaremos, como punto de referencia, que una de las manos de éste, casi toca la boca abierta del gamo del grupo XV. (Lámina XIX.)

Este ciervo tiene 80 cm. de largo, siendo, por tanto, la figura de mayores dimensiones de la cueva; la cabeza está bastante detallada y bien ejecutada; de los cuernos sólo se percibe la parte inferior, y, así como la cabeza y el cuello, han sufrido diversos retoques; un estudio detallado demuestra que el contorno general del lomo, los cuernos, la cabeza y parte del cuello, han sido en un principio grabados; después estas mismas partes





han sido pintadas en negro, y, finalmente, las partes gruesas del asta, la cabeza y parte inferior del cuello han sufrido un fuerte raspado, que ha destruído en gran parte el color; el pecho y las manos han sido solamente pintadas, y el vientre y las patas han desaparecido, subsistiendo todo el lomo y el cuarto trasero; en este último, en la región de la cola, la pintura negra parece colocada sobre el raspado, lo que nos induce a creer que ambos procedimientos han sido contemporáneos.

En el interior de este ciervo, y ocupando un lugar entre el lomo y el nacimiento de las manos, se percibe un pequeño grabado de 30 centímetros de largo, que representa una cabra orientada en sentido contrario al ciervo; por tanto, mirando hacia la derecha. Este grabado está hecho con línea bastante fuerte, y es muy sencillo y de aspecto arcaico; el único cuerno dibujado está representado por una línea curva de 22 centímetros; la cara está incompleta por faltarle la frente; manos y patas están indicadas por triángulos anchos.



FIG. 13. —GALERÍA D; DIBUJO NÚMERO XVII: SIGNO EN NEGRO
ESCALA, 1 : 3.

No cabe duda que este dibujo es anterior al del ciervo, pues se percibe claramente que el cuerno pasa por debajo del raspado y pintura del lomo de aquél.

Dibujo número XVII.— Saliendo del nicho cuyos dibujos acabamos de mencionar, a 2,30 metros de la esquina derecha, ya 0,45 del suelo, escondido en un repliegue de la pared, se encuentra un signo negro, sencillo, de 22 cm. de largo, ligeramente inclinado hacia la derecha, siendo éste la manifestación de arte rupestre más alejada de la entrada. (Fig. 13.)



Fig. 11.—Galería D; dibujo número XVIII: caballo grabado.

Escala, 1 : 3.

Dibujo número XVIII.—Volviendo a recorrer el espacio que nos separa de la hornacina donde se hallan los grupos XIII, XIV, XV y XVI, en la pared contraria, y frente al nicho, se encuentra el dibujo XVIII, a 1,25 metros del suelo; representa un caballo, grabado sencillamente y bastante fuerte; tiene la cabeza incompleta por haber saltado parte de la roca; el cuerpo está rudimentariamente trazado, faltándole toda la región de la cola. (Figura 14.)

III

Conclusiones

El conjunto de las manifestaciones de arte rupestre, que acabamos de describir, ateniéndonos al asunto representado, puede dividirse en tres grupos: figuras de animales, tectiformes y signos sin interpretación.

Figuras de animales

Cinco especies de animales diferentes se ven representadas en esta cueva: caballos *(Equus caballus)*, frecuente; bisonte *(Bison priscus)*, uno; ciervo *(Cervus elaphus)*, frecuente; gamo (*Cervus dama)*, uno, y cabra montés (*Capra pyrenaica*), tres.

De los animales enumerados, merecen especial mención el bisonte, por ser una especie evidentemente cuaternaria, y el gamo, por ser la primera vez donde aparece este animal, representado de una manera indubitable.

Ateniéndonos a la técnica artística de la ejecución, pueden formarse otros tres grupos:

Primer grupo.—Un grupo de figuras grabadas, casi siempre incompletas, de contorno lineal, sencillo, de ejecución generalmente rudimentaria, a veces hábil, y en las que, o no aparecen detalles, o figuran solamente aquellos más indispensables.

Incorporados a este grupo están: el caballo incompleto, dibujo 1; el caballo superior del grupo VI; el animal incom-

pleto, dibujo IX; la cabra *(g)* del grupo XII; el caballo superior *(c)* del grupo XIII; la cabra del grupo XVI, y el caballo incompleto, dibujo XVIII.

Segundo grupo.—Compuesto de figuras de contorno, obtenido generalmente bien, con dibujo bastante preciso y proporcionado e indicación cuidadosa de los detalles más importantes.

Consideramos pertenecen a este grupo: las pinturas II, III y IV, que son representaciones de ciervos; el caballo grabado inferior del grupo VI; el caballo grabado *(a)* del grupo XIII, y el caballo y ciervo grabados del grupo XV.

Tercer grupo.—Comprende aquellas representaciones que por su estilo y detalles pueden considerarse como pertenecientes al clásico arte rupestre y que se distinguen por sus formas finas y bien proporcionadas, por su ejecución esmerada y representación casi completa de los detalles importantes, resultando la figura con cierto modelado. Pocas son las figuras que pertenecen a este grupo y que han sido solamente grabadas; en la mayoría de ellas se ha utilizado el grabado complementado con la pintura, y en ocasiones de un raspado de la roca para producir el modelado. Pueden considerarse como formando parte de este grupo: la cabeza de cabra, dibujo XI; el caballo *(b)* del grupo XIII; el bisonte, dibujo XIV; el ciervo y el gamo grabados y pintados del grupo XV, y el ciervo grande pintado y grabado del grupo XVI.

Atendiendo al orden cronológico en que suponemos fueron ejecutadas las figuras, las del grupo tercero deben ser más modernas que las pertenecientes a los otros dos, puesto que cuando se encuentran mezclados dibujos de las dos categorías, se percibe claramente que las líneas de los del tercer grupo, pasan por encima de las del primero y segundo.

Esto aparece bien manifiesto en las figuras del grupo XV, donde se percibe con toda claridad que las líneas y el color del ciervo y del gamo, que pertenecen al tercer grupo, pasan sobre las del caballo y ciervo del segundo grupo.

Asimismo en el grupo XVI, las líneas del ciervo del tercer grupo se sobreponen a las de la cabra, que es del primero.

En cuanto a la relación cronológica que pueda existir entre las figuras del primero y segundo grupo, nos inclinamos a creer que entre ellas no hay una diferencia de edad muy marcada, y aunque las figuras del primer grupo parecen tener una apariencia más arcaica, sucede a veces que las líneas de éstas, pasan por encima de las del segundo, demostrando con ello ser posteriores. Tal sucede en el conjunto VI, donde las líneas del caballo de la parte superior, que hemos considerado como del primer grupo, pasan sobre las del inferior, que hemos incluído entre las del segundo.

Por tanto, consideramos a estos *graffiti* del primer grupo como obras sencillas y esquemáticas, próximamente sincrónicas de las del segundo.

Si tenemos en cuenta la técnica de todas estas figuras, podemos decir que entran de lleno dentro del arte rupestre cantábrico, con el cual guardan estrecha relación y especialmente con los dibujos de Hornos de la Peña, Pasiega, Castillo y Altamira, entendiendo que las figuras del tercer grupo pertenecen al Magdaleniense medio, mientras que las del primero y segundo las consideramos como del Magdaleniense inferior o antiguo; no creyéndonos autorizados a suponer ninguna de aquellas figuras perteneciente a épocas anteriores.

Signos tectiformes

No pretendemos, en este momento, discutir la significación de esta clase de dibujos, que han sido interpretados por algunos como representación de cabañas o cobertizos, que es de donde han tomado el nombre de «tectiformes»; por otros, como representativos de trampas de caza o artefactos por el estilo, y, finalmente, como signos totémicos o simbólicos, y especialmen-

te por uno de nosotros (1), como trampas para espíritus malignos.

En la cueva del Buxu, esta clase de dibujos se halla localizada en las galerías B y C.

La forma más común de tectiformes en esta cueva, consiste en un rectángulo, dividido horizontalmente por una o varias rayas, y estas subdivisiones resultantes se encuentran rellenas de pequeños trazos verticales; la parte inferior del rectángulo queda generalmente abierta, y estos trazos continúan hacia abajo entrecruzándose.

Pertenecen a esta clase: En el grupo XII las figuras *(d)*, *(e)* y *(n)*; también son de la misma familia, aunque con representación más incompleta o deteriorada, los tectiformes de los grupos VIII y X; del grupo XII, las *(a)*, *(b)*, *(c)*, *(g)*, *(h)*, *(i)*, *(k)*, *(o)*, *(q)*.

Citaremos, como característico de esta cueva, que todos los tectiformes de la citada clase se encuentran grabados, sin que aparezca ni uno solo pintado. Sin embargo, este mismo caso se repite en las cavernas de Font-de-Gaume, Bernifal y otras francesas.

Es de notar que este tipo de tectiforme no tiene paralelo directo en ninguna de las cuevas cantábricas.

Tratándose de la antigüedad que se puede asignar a estos dibujos, creemos que su edad cuaternaria no es dudosa, puesto que en dos casos se encuentran colocados debajo de las figuras de animales de época fijamente cuaternaria.

El tectiforme *(a)* del grupo XII está claramente colocado debajo de las astas de ciervo aisladas, y que hemos atribuído al Magdaleniense medio, y el tectiforme *(g)* del mismo conjunto se halla en las mismas condiciones con relación a la cabra cuya parte posterior pasa por encima de aquél, cabra que hemos atribuído al Magdaleniense antiguo.

(1) H. Obermaier, *Trampas cuaternarias para espíritus malignos*, Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural, tomo XVIII, 1918, páginas 162-169.

El dibujo VII representa un tectiforme de tipo distinto a los anteriormente citados, aunque con aquellos guarda una gran analogía. Las diferencias consisten en que el rayado de pequeños trazos se presenta al interior de los lados del rectángulo y normal a éstos.

Un tipo semejante a éste se encuentra en la cueva de Altamira, donde aparece en el fondo de la galería grande; este tectiforme está pintado y mal ejecutado, presentando una serie de líneas radiantes en las partes laterales, y en la inferior se entrecruzan.

Algo más abundante es este tipo en la cueva de la Pileta (provincia de Málaga), aunque en este caso la representación consiste en una serie de franjas radiadas, colocadas en los ángulos del cuadrilátero central (1).

Es sorprendente que estos signos tectiformes y otros análogos falten casi por completo entre las numerosas manifestaciones del arte mobiliar; citaremos, sin embargo, como dibujo, que guarda alguna analogía con ellos, el hueso con grabado sencillo del nivel magdaleniense D (inferior) de Cueto de la Mina (2), que presenta una banda de líneas entrecruzadas, colocada entre otras dos de líneas verticales. También presenta alguna analogía con los tectiformes del Buxu una piedra grabada, hallada en la cueva de Lourdes (Pirineos), de la base del Aziliense, en la que puede verse, entre un conjunto confuso de líneas, una «especie» de tectiforme rectangular con líneas radiantes al exterior en las partes laterales.

(1) Véase E. Cartailhac y H. Breuil, *La caverne d'Altamira à Santillana*. Monaco, 1906, pág. 63, fig. 46.
H. Breuil, H. Obermaier y W. Verner, *La Pileta à Benaoján (Málaga)*. Monaco, 1915, pág. 44, fig. 13.

(2) Conde de la Vega del Sella, *El Paleolítico de Cueto de la Mina*. Comisión de Invest. Paleont y Prehist. Memoria núm. 13. Madrid, 1917; fig. 15, pág. 47.

Signos sin interpretación

No son estos signos muy numerosos en la cueva del Buxu; uno de ellos consiste en una pintura roja que afecta la forma de una E colocada oblicuamente, grupo XII *(l)*.

Otro de ellos, dibujo XVII, está pintado en negro y es de forma alargada y compuesto de dos líneas curvas que se unen por sus extremos, formando una figura biconvexa, y del que nada podemos decir, así como de otra clase más abundamente representada y que consiste en una serie de rayas, formando grupos muy irregulares, de los cuales sólo hemos representado el *(m)* y el *(p)* del conjunto XII.

Como puede comprobarse por lo expuesto en este breve estudio, las representaciones de la cueva del Buxu encajan por todos sus detalles dentro de las del grupo cantábrico; todas sus manifestaciones artísticas pertenecen al cuaternario y, según todas las apariencias, al Magdaleniense antiguo y medio.

Si tenemos en cuenta algunos detalles, tales como lo difícil de la entrada en la cueva, la falta de yacimiento y la posición que ocupan las figuras situadas en lugares recónditos y alejados de la entrada, parecen corroborar la opinión generalmente admitida de que estas pinturas no fueron ejecutadas como un motivo decorativo, sino más bien con fines mágicos o religiosos.



PLANO GENERAL DE LA CUEVA DEL BUXU

ÍNDICE

COMISIÓN DE INVESTIGACIONES PALEONTOLÓGICAS Y PREHISTÓRICAS

Memorias publicadas:

NÚMERO 1. *El Arte rupestre en España: Regiones septentrional y oriental*, por Juan Cabré, con prólogo del Marqués de Cerralbo; 15 pesetas

— 2. *Las pinturas prehistóricas de Peña Tú*, por Eduardo Hernández-Pacheco y Juan Cabré, con la colaboración del Conde de la Vega del Sella; 1,50.

— 3. *Avance al estudio de las pinturas prehistóricas del extremo Sur de España (Laguna de la Janda)*, por Juan Cabré y Eduardo Hernández-Pacheco; 2.

— 4. *La Cueva del Penicial (Asturias)*, por el Conde de la Vega del Sella; 0,50.

— 5. *Geología y Paleontología del Mioceno de Palencia*, por Eduardo Hernández-Pacheco, con la colaboración de Juan Dantín; 15.

— 6. *La Mandíbula neandertaloide de Bañolas*, por E. Hernández-Pacheco y Hugo Obermaier; 3.

— 7. *El problema de la Cerámica Ibérica*, por P. Bosch Gimpera; 3,50.

— 8. *Estudios acerca de los principios de la Edad de los metales en España*, por Hubert Schmidt, traducidos por P. Bosch Gimpera; 2.

— 9. *El Hombre Fósil*, por Hugo Obermaier; 15.

— 10. *Nomenclatura de voces técnicas y de instrumentos típicos del Paleolítico*; 2.

— 11. *El Paleolítico inferior de Puente Mocho*, por Juan Cabré y Paul Wernert; 1,50.

— 12. *Representaciones de antepasados en el Arte Paleolítico*, por Paul Wernert; 2,50.

— 13. *Paleolítico de Cueto de la Mina (Asturias)*, por el Conde de la Vega del Sella; 5.

— 14. *Las pinturas rupestres de Aldeaquemada*, por Juan Cabré Aguiló; 1,50.

— 15. *El Santuario ibérico de Castellar de Santisteban*, por Raymond Lantier; 7.

— 16. *Yacimiento prehistórico de las Carolinas (Madrid)*, por Hugo Obermaier; 2.

— 17. *Los grabados de la Cueva de Penches*, por E. Hernández-Pacheco; 2.

— 18. *Hórreos y palafitos de la Península ibérica*, por Eugeniusz Frankowski; 7.

— 19. *La edad neolítica en Vélez Blanco*, por Federico Motos; 2.

— 20. *La Cueva del Buxu (Asturias)*, por Hugo Obermaier y el Conde de la Vega del Sella; 4.

COMISIÓN DE INVESTIGACIONES PALEONTOLÓGICAS Y PREHISTÓRICAS

Notas publicadas:

NÚMEROS **1-2.** *Los bastones perforados de la provincia de Santander.—Dos nuevos yacimientos prehistóricos de la provincia de Santander*, por Orestes Cendrero; 0,25.

— **3.** *Interpretación de un adorno en las figuras humanas masculinas de Alpera y Cogul*, por Ismael del Pan y Paul Wernert; 0,25.

— **4-7.** *Hallazgos prehistóricos en tres cuevas de la Sierra de Cameros*, por Ismael del Pan.—*La cerámica hallstattiana en las cuevas de Logroño*, por Pedro Bosch.—*Instrumento neolítico de Corral de Caracuel*, por Antonio Blázquez.—*Sobre los instrumentos neolíticos de Corral de Caracuel*, por Angel Cabrera, 1.

— **8.** *Pinturas prehistóricas y dólmenes de la región de Alburquerque*, por E. Hernández-Pacheco y Aurelio Cabrera; 1.

— **9-12.** *Una supervivencia prehistórica en la psicología criminal de la mujer*, por Constancio Bernaldo de Quirós. — *Datos para la cronología del arte rupestre del oriente de España*, por Ismael del Pan y Paul Wernert.—*Pedernales tallados del Cerro de los Ángeles (Madrid)*, por E. Hernández-Pacheco y José Royo.—*Silex tallados de Illescas (Toledo)*, por L. Fernández Navarro y Paul Wernert; 1.

— **13-15.** *Nuevos datos etnográficos para la cronología del arte rupestre de estilo naturalista en el oriente de España*, por Paul Wernert.—*Exploración de la cueva prehistórica del Conejar (Cáceres)*, por Ismael del Pan.—*Figuras humanas esquemáticas del Maglemoisiense*, por Paul Wernert; 1.

— **16.** *Estudios de arte prehistórico*, por E. Hernández-Pacheco; 1.

JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

COMISIÓN DE INVESTIGACIONES PALEONTOLÓGICAS Y PREHISTÓRICAS

MEMORIA NÚMERO 26

EL DOLMEN DE MATARRUBILLA
(SEVILLA)

POR

HUGO OBERMAIER

MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES
MADRID (HIPÓDROMO)
1919

COMISION DE INVESTIGACIONES PALEONTOLOGICAS Y PREHISTORICAS

Memorias publicadas:

NÚMERO **1.** *El arte rupestre en España: regiones septentrional y oriental*, por Juan Cabré, con prólogo del marqués de Cerralbo; 15 pesetas.

— **2.** *Las pinturas prehistóricas de Peña Tú*, por Eduardo Hernández-Pacheco y Juan Cabré, con la colaboración del conde de la Vega del Sella; 1,50.

— **3.** *Avance al estudio de las pinturas prehistóricas del extremo Sur de España (Laguna de la Janda)*, por Juan Cabré y Eduardo Hernández-Pacheco; 2.

— **4.** *La Cueva del Penicial (Asturias)*, por el conde de la Vega del Sella; 0,50.

— **5.** *Geología y paleontología del Mioceno de Palencia*, por Eduardo Hernández-Pacheco, con la colaboración de Juan Dantín; 15.

— **6.** *La Mandíbula neandertaloide de Bañolas*, por Eduardo Hernández-Pacheco y Hugo Obermaier; 3.

— **7.** *El problema de la cerámica ibérica*, por P. Bosch Gimpera; 3,50.

— **8.** *Estudios acerca de los principios de la edad de los metales en España*, por Hubert Schmidt, traducidos por P. Bosch Gimpera; 2.

— **9.** *El hombre fósil*, por Hugo Obermaier; 15.

— **10.** *Nomenclatura de voces técnicas y de instrumentos típicos del Paleolítico*; 2.

— **11.** *El Paleolítico inferior de Puente Mocho*, por Juan Cabré y Paul Wernert; 1,50.

— **12.** *Representaciones de antepasados en el arte paleolítico*, por Paul Wernert; 2,50 ptas.

— **13.** *Paleolítico de Cueto de la Mina (Asturias)*, por el conde de la Vega del Sella; 5.

— **14.** *Las pinturas rupestres de Aldeaquemada*, por Juan Cabré Aguiló; 1,50.

— **15.** *El Santuario ibérico de Castellar de Santisteban*, por Raymond Lantier; 7.

— **16.** *Yacimiento prehistórico de las Carolinas (Madrid)*, por Hugo Obermaier; 2

— **17.** *Los grabados de la Cueva de Penches*, por Eduardo Hernández-Pacheco; 2.

— **18.** *Hórreos y palafitos de la Península Ibérica*, por Eugeniusz Frankowski; 7.

— **19.** *La edad neolítica en Vélez Blanco*, por Federico Motos; 2.

— **20.** *La Cueva del Buxu (Asturias)*, por Hugo Obermaier y el conde de la Vega del Sella; 4.

— **21.** *Paleogeografía de los mamíferos cuaternarios de Europa y Norte de Africa*, por Ismael del Pan; 4.

— **22.** *El dolmen de la capilla de Santa Cruz (Asturias)*, por el conde de la Vega del Sella; 3.

— **23.** *Las pinturas rupestres del Barranco de Valltorta (Castellón)*, por Hugo Obermaier y Paul Wernert; 12.

— **24.** *La Caverna de la Peña de Candamo (Asturias)*, por Eduardo Hernández-Pacheco; 16.

— **25.** *Estelas discoidales de la Península Ibérica*, por Eugeniusz Frankowski (en prensa).

— **26.** *El dolmen de Matarrubilla (Sevilla)*, por Hugo Obermaier; 5.

JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

COMISIÓN DE INVESTIGACIONES PALEONTOLÓGICAS Y PREHISTÓRICAS

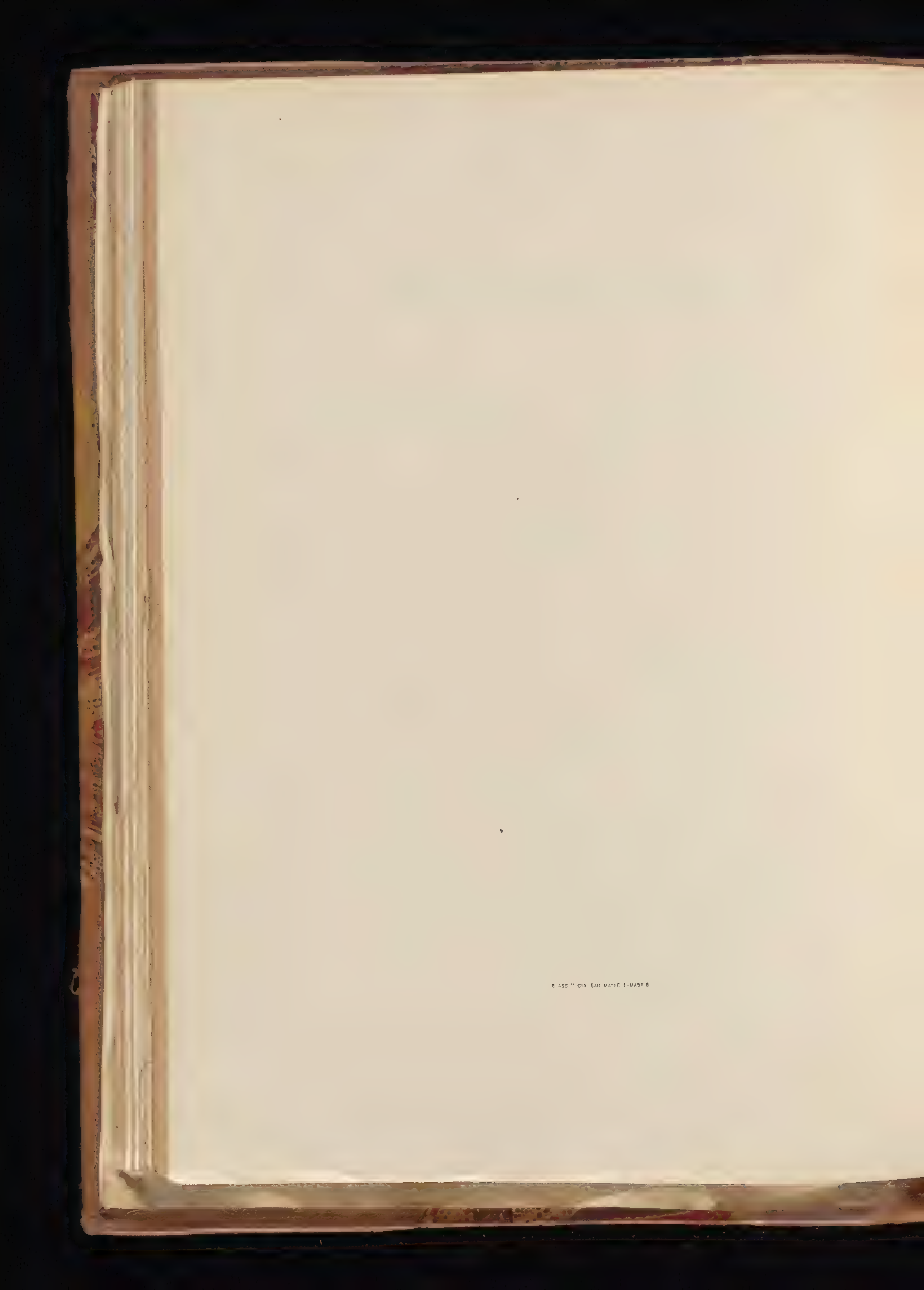
MEMORIA NÚMERO 26

EL DOLMEN DE MATARRUBILLA
(SEVILLA)

POR

HUGO OBERMAIER

MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES
MADRID (HIPÓDROMO)
1919



BLASS Y CIA. SAN MATEO 1 - MADRID

EL DOLMEN DE MATARRUBILLA
(SEVILLA)

CAPITULO PRIMERO

EL PROBLEMA DOLMÉNICO EN ESPAÑA

El dolmen, en su forma más sencilla, consta de varias piedras, en mayor o menor número, gruesas, colocadas verticalmente, sobre las cuales descansa horizontalmente otra piedra a modo de techo. Así se forma una «cámara» pequeña y las más de las veces cuadrada, la que primitivamente se encontraba enterrada o cubierta por un túmulo y estaba destinada a guardar sepulturas individuales, colectivas y sucesivas.

Dólmenes de esta antigua y sencilla forma se encuentran en la India, desde donde se extienden hacia el Norte de la Persia, en el Cáucaso, y en esta región, particularmente abundan en la provincia de Kobán, y contienen, por lo regular, objetos de cobre o de bronce. Asia Menor y la región del Tigris y Eufrates no parecen encerrar ninguno; pero en cambio vuelven a aparecer en Siria (especialmente al Este del Jordán) y quizás también en la isla de Chipre (1).

(1) Para la extensión geográfica de los dólmenes consúltense las siguientes obras:
JAMES FERGUSSON, Rude Stone Monuments in all Countries.—London, 1872.
M. DE NADAILLAC, Les premiers hommes et les temps préhistoriques.—T. I. París, 1881.
Idem, Mœurs et monuments des peuples préhistoriques.—París, 1888.
E. CARTAILHAC, La France préhistorique.—París, 1889.
OSKAR MONTELIUS, Der Orient und Europa.—Stockholm, 1899.
JOS. DÉCHELETTE, Manuel d'Archéologie.—T. I. París, 1908.
J. DE MORGAN, Les premières civilisations.—París, 1909.
H. OBERMAIER, Der Mensch der Vorzeit.—Berlin, 1912.
G. WILKE, Südwesteuropäische Megalithkultur und ihre Beziehungen zum Orient.—Würzburg, 1912.

Respecto al Africa han sido señaladas construcciones dolménicas, aunque muy escasas, en el alto Egipto y en el Sudán (región de Ladó). En cambio la parte restante del Norte de este Continente (Trípoli, Túnez; Argelia, Marruecos) posee una verdadera riqueza de necrópolis dolménicas.

En Europa encontramos dólmenes del tipo primitivo en España, mientras de las dos penínsulas mediterráneas restantes, Italia sólo posee construcciones similares en Apulia, y Grecia, hasta ahora por lo menos, no ha proporcionado ningún hallazgo. Además se presentan seguramente esos dólmenes en Córcega y probablemente también en Cerdeña, Malta y Sicilia.

Extraordinariamente rica en monumentos de esta índole es Francia, así como Bélgica, Alemania del Norte (en la zona comprendida entre el Rhin y el Oder, especialmente en Hannover y en la provincia de Altmark), Dinamarca, el Suroeste de Escandinavia y la Gran Bretaña (Escocia e Irlanda sobre todo).

Hay una carencia total de dólmenes en la Alemania del Centro y del Sur, en Austria, Bohemia y Hungría; vuelven a aparecer al Este, primero en Rumelia (en las montañas de Sakar y Strandza, al Norte de Adrianópolis); más lejos y en gran abundancia a lo largo de la costa Norte del Mar Negro hasta donde han irradiado probablemente desde el centro caucásico más arriba mencionado (1).

Vemos, pues, que los dólmenes primitivos se extienden lo mismo por el Asia Occidental que por la zona del Mediterráneo y por todo el Occidente y Norte de Europa, con la total exclusión del centro y oriente de nuestro Continente. Como en la parte oriental de la región mediterránea (Asia Menor, Cícladas, Grecia) está enclavada una «zona estéril», no hay que atribuir a esta circunstancia, desde nuestro punto de vista, demasiada importancia, pues en esta región existen cámaras sepulcrales practicadas en la roca, que pudie-

---

(1) No entran en los límites de este trabajo los centros de dólmenes *exóticos* de Corea y Japón, Madagascar, Bolivia, Perú, etc.

ron representar un tipo íntimamente relacionado con la idea dolménica.

Se plantea aquí el siguiente problema: para esta inmensa zona que queda delimitada ¿debemos admitir un solo foco origen o debemos suponer la existencia de varios centros de formación independientes unos de otros?

Si se tiene en cuenta que el dolmen sencillo tan sólo representa una construcción sepulcral, a la que han podido servir de modelo las cuevas naturales o las mismas cabañas al aire libre, no se puede rechazar la idea de un origen poligenético.

Por otra parte, si se observa que estas construcciones abarcan particularmente las zonas costeras del Mar Mediterráneo, del Atlántico, del Mar del Norte y del Báltico, y que en cambio no penetran en el interior de Europa, entonces se impone la conjetura de que nos hallamos en presencia de una idea que ha ido cundiendo a lo largo de las costas y que tenía sus raíces en el culto de los muertos extraordinariamente desarrollado, como harto conocido del antiguo Oriente (Egipto) (1).

Distribución geográfica y clasificación cronológica de los dólmenes en España

Los dólmenes de Europa han sido estudiados a fondo en la última centuria por Cartailhac, Montelius, Déchelette y otros arqueólogos. Respecto a la península ibérica existe acerca de sus monumentos megalíticos una muy extensa y por cierto muy dispersa bibliografía que sería demasiado prolijo citar aquí. De las investigaciones realizadas en España se deduce en todos casos que también aquí se extendieron considerablemente y tuvieron una evolución muy compleja.

(1) Apoyan mucho esta concepción «monogenética» los agujeros redondos que se encuentran a menudo en las piedras que cierran las cámara dolménicas, los que representan probablemente «pequeñas puertas» para las almas. Es altamente notable que estos orificios redondos se hallan en todas las regiones dolménicas del mundo antiguo, a partir del Norte de Europa hasta la India, donde son extraordinariamente frecuentes.

Según el estado actual de nuestra ciencia, existen dólmenes en las siguientes provincias (1) Alava, Navarra, Lérida, Barcelona, Gerona, Guadalajara, Teruel (?), Castellón (?), Valencia, Murcia (?), Almería, Granada, Jaén, Málaga, Cádiz, Sevilla, Huelva (?), República de Portugal, Badajoz, Cáceres, Salamanca, Zamora, Orense, Pontevedra, Coruña, Lugo, Asturias y Guipúzcoa.

Estos datos permiten trazar el correspondiente mapa (figura 1), del que no necesitamos declarar que no tiene otro valor que el de un bosquejo provisional. Una investigación sistemática de los dólmenes hispánicos en su totalidad no se ha llevado a cabo todavía, lo cual es tanto más de lamentar cuanto por su gran cantidad, por su extraordinaria diversidad, por sus construcciones con frecuencia imponentes y por la importancia de su contenido, ofrecen un alto interés científico. A este propósito sería necesario trazar de antemano un plan bien organizado, y para llevarlo a la práctica, que sabios especialistas escribieran monografías de cada provincia y de cada región, como ya se ha realizado en pequeña escala.

Según se deja entender hoy por los trabajos aún insuficientes efectuados, existía en todo caso un centro dol-

(1) Resúmenes de conjunto más o menos extensos acerca de los dólmenes ibéricos existen en gran número; nos remitimos aquí a las siguientes obras o monografías:

F. M. Tubino, Los monumentos megalíticos de Andalucía, Extremadura y Portugal y los aborígenes ibéricos.—«Museo Español de Antigüedades» tomo VII, 1876.

E. Cartailhac, Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal.—París, 1886.

E. Hübner, La Arqueología de España.—Barcelona, 1888.

Juan Vilanova y Piera (con J. de D. de la Rada y Delgado), Geología y protohistoria ibéricas.—Madrid, 1894.

J. Leite de Vasconcellos, Religiões da Lusitania.—T. I. Lisboa, 1897.

M. Gómez-Moreno, Arquitectura tartesia: La necrópoli de Antequera.—«Boletín de la Real Academia de la Historia». T. XLVII, 1905.

J. Ramón Mélida, Iberia arqueológica anteromana.—Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia.—Madrid, 1906.

Marcelino Menéndez y Pelayo, Historia de los Heterodoxos españoles.—Segunda edición.—T. I. Madrid, 1911.

M. de Saralegui y Medina, Los monumentos megalíticos en España.—Madrid, 1918.

A. Ballesteros y Beretta, Historia de España y su influencia en la Historia Universal.—T. I. Madrid, 1918.

ménico en la cuenca del Ebro que se ha extendido siguiendo el curso de este río y ha debido alcanzar hasta el golfo de Vizcaya. Es igualmente probable que esta zona, aunque con mucha menos intensidad, se ha prolongado ba-



Zonas dolménicas, con datos positivos y estudiadas.

Zonas dolménicas dudosas; las numeradas: con indicios, las no numeradas: hipotéticas.

FIG. 1.ª *Distribución de los* DÓLMENES *en la Península Ibérica.*

1. Alava.—2. Navarra.—3. Lérida.—4. Barcelona.—5. Gerona.—6. Castellón.—7. Teruel.—8. Guadalajara.—9. Valencia.—10. Murcia.—11. Almería.—12. Granada.—13. Jaén.—14. Málaga.—15. Cádiz. 16. Sevilla.— 17. Huelva.—18. Portugal.—19. Badajoz.—20. Cáceres.—21. Salamanca.—22. Zamora.—23. Orense.—24. Pontevedra.—25 Coruña.—26. Lugo.—27. Asturias.—28. Guipúzcoa.

jando por la costa oriental hasta Almería, sin haber penetrado profundamente en el interior de la Península. Como segundo centro importante debe considerarse toda Andalucía, cuyo límite Norte debe trazarse en la parte meridional de las provincias de Jaén y Córdoba. Viene luego un gran cen-

tro portugués del que también forman parte Extremadura y el Suroeste de la región leonesa. Su natural prolongación la constituye la mal conocida Galicia, desde donde, al parecer, otra «pobre» línea de dólmenes va siguiendo la cuenca Norte de la cordillera cantábrica, corre hacia el Este y continúa hacia Francia, y de un modo análogo se suceden en la zona catalana. A pesar de las reservas que la insuficiencia de los trabajos anteriores impone, el mapa que precede ya permite, sin embargo, adivinar que la cultura de los dólmenes es esencialmente una cultura costera que rodeaba a la península desde todas las partes del mar. Este «cerco» se completó en el Norte por la zona terrestre del valle del Ebro. La España interior y central, por el contrario, aparece totalmente desprovista de dólmenes, hecho que más tarde apenas debía modificarse de un modo notable mediante el establecimiento eventual de diferentes «infiltraciones» particularmente siguiendo el curso de los grandes ríos.

Se impone ahora la interesante tarea de proceder a una clasificación cronológica de los monumentos dolménicos, los cuales, ora se considere su construcción, ora su mobiliario funerario, difieren entre sí profundamente. Semejantes ensayos no constituyen de ningún modo una novedad, y basta que recordemos solamente los trabajos de J. Leite de Vasconcellos, M. Gómez-Moreno, J. Ramón Mélida, G. Wilke (1) y sobre todo de L. Siret (2) y P. Bosch Gimpera (3).

---

(1) G. Wilke, Südwesteuropäische Megalithkultur und ihre Beziehungen zum Orient.—Würzburg, 1912.

(2) L. Siret, en la obra de Man. Gómez-Moreno, Granada y su provincia.—Madrid, 1907 (págs. 9-12), de la publicación: «Monumentos arquitectónicos de España».

Idem, Questions de chronologie et d'ethnographie ibériques.—T. I. París, 1913. [Véanse especialmente las láminas I, II, III, IV, VII y X.]

(3) El Sr. Bosch Gimpera expondrá sus opiniones acerca de la clasificación cronológica de los dólmenes españoles en su publicación «La arqueología preromana hispánica», que aparecerá en este año en la casa editorial «Estudio», como apéndice a la traducción de la obra de A. Schulten «Hispania».

Tuvimos ocasión de discutir con insistencia con el autor sobre este tema, además de ver su manuscrito, siendo grande nuestra satisfacción poder hacer constar que coincidimos con nuestro amigo en todos los puntos esenciales.

Nuestras afirmaciones personales acerca de la cronología tratan de aquilatar los resultados anteriormente adquiridos e intentan darles mayor precisión, fundados en múltiples estudios propios realizados en España, Alemania, Francia e Inglaterra. Sin embargo, soy el primero en declarar que, particularmente para España, no puede formarse un juicio concluyente y definitivo, restricción que se extiende ya a las fases finales y más aún a las fases iniciales, de las cuales sólo pocas necrópolis han sido investigadas metódicamente.

No debe sorprender el hecho de que la evolución de los dólmenes en la península ibérica no se haya verificado de un modo uniforme; determinados tipos, como los dólmenes de cúpula, quedaron limitados a ciertas regiones del Sur. Otros alcanzaron mayor o menor universalidad, pero probablemente se establecieron primero en el Sur (Andalucía), algo más tarde en las costas Norte de Levante, y aun posteriormente penetraron en las zonas interiores. Lo mismo ocurre también con el ajuar de estos monumentos, principalmente con el cobre. De este modo debemos familiarizar con la idea de encontrar junto a zonas y tipos «avanzados», otros más «atrasados» como equivalentes sincrónicos. Además hemos de contar con una serie de tipos intermedios y de transición, en combinación con elementos más antiguos o más recientes y quizá con regresiones a formas arcaicas, lo que hay que determinar con prudente examen.

Los fundamentos más positivos para una agrupación científica los suministra, teniéndolos a la vista, el mobiliario funerario de los dólmenes, por lo cual hemos determinado tomar como base los resultados de las investigaciones modernas practicadas por L. SIRET, J. RAMÓN MÉLIDA, M. GÓMEZ-MORENO, J. LEITE DE VASCONCELLOS, G. BONSOR, T. DE ARANZADI, P. BOSCH GIMPERA, CONDE DE LA VEGA DEL SELLA, L. M. VIDAL, M. CAZURRO, E. DE EGUREN, J. ITURRALDE, J. SERRA VILARÓ, F. DE ANSOLOAGA, J. DE BARANDIARÁN, A. SANTOS ROCHA, J. FORTES (1).

(1) Se impone mucha precaución para los trabajos más antiguos, tanto más cuanto en muchos casos no pueden ser comprobados. Si en ellos se trata frecuentemente de hallazgos de «bronce» no puede perderse

Hoy día sabemos que los dólmenes, unos pertenecen al Neolítico puro y precisamente a sus fases finales, y otros al Eneolítico. Este último lleva con toda propiedad el nombre de «Edad del cobre», la cual, como período inicial de la metalurgia, está comprendida entre la época de la piedra pulimentada y la del bronce. Abarca un lapso de tiempo bastante considerable y durante ella se trabajó casi exclusivamente el cobre, el cual ya entonces se extraía con cierta intensidad en España, en el Sur de Francia (Hérault), Tirol, Hungría y quizá también en Inglaterra. Esto no excluye desde luego la posibilidad de que también puedan aparecer acá y allá pequeños objetos de bronce; pero éstos son excesivamente raros y de una importancia totalmente secundaria (1).

Un nuevo e importante «documento cronológico» lo constituye, después del cobre, la cerámica. Hoy conocemos con exactitud tipos de vasos contemporáneos del Neolítico puro, e igualmente los que caracterizan los comienzos de la Edad del bronce y que en España están representados por la cerámica de «El Argar». Entre ellos se intercala la cerámica de Ciempozuelos (con el «vaso campaniforme») como representante típico del Eneolítico, cuya época absoluta, merced a las investigaciones de Hub. Schmidt, puede aproximadamente

---

de vista que esos objetos de metal no fueron analizados previamente, en la mayoría de los casos, cotejándolos unos con otros. De esta manera no fué raro se declararan bronces pequeños puñales, hachas aplanadas, sencillos anillos, los cuales pueden ser realmente de cobre, puesto que sabemos hoy que todos estos «tipos» hicieron ya su aparición en la Edad del cobre.

Hay que notar además que no es raro el caso en que los dólmenes fueron utilizados «accidentalmente» en épocas más recientes o fueron saqueados, por lo cual se produjeron inevitables mezcolanzas, cuya distinción crítica era más difícil efectuar antes que ahora. Por eso no debe extrañar el que en la infancia de las investigaciones de los dólmenes se considerara la posibilidad de que semejantes construcciones no fueran ajenas a los romanos, pues, efectivamente, en algunos de ellos salieron a luz objetos romanos.

(1) Véase H. Obermaier y P. Bosch Gimpera, Prehistoria y Orígenes de la Civilización.—Tomo I de la obra: G. Oncken, *Historia Universal*.—Barcelona, 1917 (pág. CIII).

De primera importancia para la solución de este problema son los estudios de O. Montelius: Die Chronologie der ältesten Bronzezeit in Norddeutschland und Skandinavien.—«Archiv für Anthropologie» (Braunschweig), tomo XXV (1908), pág. 443, y t. XXVI (1900), pág. 1; 459; 905.

fijarse en el año 2500 a. de J. C. (1). En los últimos años particularmente se han encontrado en diferentes dólmenes españoles diversos tipos de estos vasos campaniformes, circunstancia que ha permitido determinar su época y su sincronismo.

Tras estas nociones podemos desde luego admitir para España las siguientes fases dolménicas:

A) Neolítico puro

a) «Precursores» de los dólmenes, en forma de cajones rectangulares o recintos circulares, sin cubierta, por lo menos conservada (SIRET) (?).

b) Dólmenes sencillos, construídos de losas toscas, con planta cuadrangular o poligonal.
Ajuar: hachas pulimentadas; utensilios de pedernal de tipo neolítico corriente; objetos de adorno poco numerosos y pobres.

c) Dólmenes de corredor pequeño y galerías cubiertas de dimensiones todavía reducidas (2).
Ajuar: semejante a la fase anterior; ídolos sencillos de placas de piedra (pizarra, etc.).

---

(1) HUBERT SCHMIDT. — P. BOSCH GIMPERA, Estudios acerca de los principios de la Edad de los metales en España.—«Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas». Memoria núm. 8.—Madrid, 1915.
Véase O. MONTELIUS, Die Chronologie der ältesten Bronzezeit. *l. c.* «Archiv für Anthropologie». T. XXV (1898), pág. 450, y t. XXVI (1900), página 465.

(2) El dolmen de corredor consta del dolmen sencillo (como cámara), al que se añadió un pasillo separado en forma de estrecho callejón.
Un tipo emparentado con éste es la «galería cubierta», cuya mejor definición es la de un dolmen prolongado, de cámaras alineadas. El pseudocorredor conserva la misma anchura de la cámara y como ésta se destinaba a recibir sepulturas. Formas de este tipo las constituyen una hilera de cámaras rectangulares, no pocas veces provistas de muros transversales en su interior.

B) Protoeneolítico

d) Dólmenes de corredor largo y galerías cubiertas evolucionadas, muchas veces con planta más o menos trapezoidal (1).

(Véanse las figuras 7 y 9).

Ajuar: hachas pulimentadas; puntas de flecha triangulares o con pedúnculo o con aletas sencillas.—Cerámica con decoración lineal, en forma de muestras geométricas, líneas sinuosas, espirales, etc.; primeros vasos campaniformes.—Falanges de animales (¿ídolos?).—Idolos de placas de pizarra.

Aparición del cobre.

En el interior de la cámara de algunos dólmenes: grabados sencillos.

C) Eneolítico

Esta fase se subdivide en dos zonas distintas:

e[1]) *Zona sur-occidental.*

Dólmenes de cúpula (2), muchas veces con corredor largo y con pequeñas cámaras anejas. Aplicación amplia de la mampostería en piedras secas.

En el interior: algunas veces grabados y pinturas estilizadas.

Como área principal de esta zona debe considerarse a Andalucía y el Sur de Portugal hasta la desembocadura del Tajo (región de Cintra).

---

(1) En el Norte perduran los dólmenes sencillos o las pequeñas galerías en muchas comarcas.

(2) La cámara es redonda y las paredes de la misma están formadas, en general, por una obra tosca de mampostería, en las que alternan las hileras de lajas delgadas con las de barro. Encima de estas paredes descansan losas colocadas transversalmente al muro que adelantan unas sobre otras, hasta ir cerrando poco a poco la cámara. Así se originó la llamada «cúpula falsa», especie de bóveda, a la que sirve de clave una losa enorme.

En esta región, no sólo aparece como nuevo y característico elemento la «cúpula falsa», sino que se manifiesta al mismo tiempo una profunda modificación en la técnica constructiva de estos hipogeos.

Los monumentos, a veces gigantescos, de la fase precedente (d) apenas permiten dudar que sus constructores al levantarlos cavaban primero una amplia y ancha fosa de la forma general del monumento proyectado. Después con gran lujo de fuerza y no pocas fatigas llevaban sobre este «solar» ya preparado, bien en terreno llano, bien aprovechando algún montículo natural, las toscas y gruesas piedras que colocaban verticalmente o con ligera inclinación mediante trozos de madera, formando de este modo las paredes. Por fin, sobre ellas se hacían descansar horizontalmente las pesadas piedras que servían de cubierta. En otros términos: en las fases más antiguas, las losas frecuentemente ciclópeas de las paredes constituían un elemento esencial y necesario, sobre el cual descansaban directamente las piedras del techo, y sin el cual estas últimas se hubieran hundido (1). (Véase fig. 7.)

Los más recientes dólmenes de cúpula poseen igualmente en la mayoría de los casos piedras de cubierta gigantescas, lo mismo encima de la cámara que del corredor. Las paredes de los últimos, en cambio, son por lo regular delgadas y están formadas por estrechas hiladas de losas pequeñas, con las que a menudo alternan ligeras capas de barro; no pueden, pues, considerarse en general como soportes y apoyos del techo, pues no serían de ningún modo suficientes para resistir semejante presión (2).

Conjeturamos, por tanto, que en esta fase más reciente se empezaba la construcción, practicando primero un foso muy ancho y no demasiado profundo para poder colocar horizontalmente una hilera de colosales piedras, unas junto a otras. Des-

---

(1) Como ejemplo típico podemos citar la Cueva de Mengal (Málaga), de la que trataremos más adelante. Es interesante observar que en ésta aparecen ya pilares centrales.

(2) Compárese la detallada descripción de las paredes del Dolmen de Matarrubilla en el capítulo II de esta monografía.

pués de colocar así previamente el techo, cavaban por debajo en forma de túnel el pasadizo y la cámara en la tierra, los cuales, comparados a la anchura de la cubierta, parecían relativamente estrechos. Por este procedimiento la seguridad de la excavación no estaba amenazada, porque las piedras de la cubierta, mucho más anchas, descansaban en parte en las sólidas masas de tierra del túmulo. Finalmente, esta caja se revestía con estrechas losas o con ligera mampostería, con el fin de proteger el interior contra pequeños desprendimientos laterales del terreno; de manera que estos últimos arreglos obedecían a preocupaciones estéticas más que técnicas.

Este sistema tenía como consecuencia un importante ahorro de fuerzas y de trabajo y desterró casi totalmente en esta zona las pesadas y toscas construcciones del período anterior.

Es evidente que se encuentran también aquí múltiples transiciones y combinaciones. Algo más antigua todavía es quizá la técnica de revestir los corredores con losas verticales, pero ya de tamaño menor y más delgadas. Igualmente se encuentran cúpulas cuya parte inferior ha sido construída con losas verticales, dispuestas poligonalmente, sobre las cuales solamente en la mitad superior se presentan varias hiladas de pequeñas losas en círculos que se van estrechando. (Véanse las figuras 12, 13 y lámina II.)

En cambio pudieran ser algo más recientes las cúpulas levantadas desde el suelo con mampostería de piedras secas. (Véanse la figura 10 y lámina I.)

Para dar mayor resistencia a estas fábricas mucho menos sólidas, aparecen con frecuencia en el centro de la cámara pilares libres, los cuales están formados en muchos casos de piedras llanas colocadas unas encima de otras, u otras veces sólo de madera, lo cual debía precipitar la futura ruina de estas construcciones. (Véanse las figuras 2 y 5.)

No menos interesantes son los frecuentes anejos laterales en forma de nichos o pequeñas cámaras que se practicaron en diversas formas. (Véanse las figuras 3, 12, 13.) Tampoco faltan de vez en cuando verdaderos atrios al principio del corredor o de la cámara. (Véanse las figuras 2, 3, 4.)

Junto a estos dólmenes de cúpula existen de la misma

época en Andalucía y Portugal sencillas galerías cubiertas de planta alargada y trapezoidal, en las cuales ya J. Leite de Vasconcellos vió la transición a las «cistas» más modernas (fase f.), y que son sincrónicas de los dólmenes del Norte de España, los que describiremos como «zona e[2]».

El *ajuar* de la zona consiste en: escasez del mobiliario de piedra; flechas de sílex de tipos muy finos y perfectos (con pedúnculo o aletas).

Predominio de utensilios o armas de cobre; raros objetos de bronce.

Cerámica de Ciempozuelos: vasos campaniformes muy decorados, vasos pintados.

Adornos de cobre, plata, plomo dorado, oro, marfil, ámbar, amatista, turquesa, calais, jade.

Idolos de pizarra y de hueso, grabados y pintados.

Idolos de alabastro, vasos pequeños (ungüentarios) de piedra, paletas.

e[2]) *Zona septentrional.*

Cámaras sencillas y

Galerías cubiertas cortas, de planta rectangular, o, con más frecuencia, de planta trapezoidal. En el interior de algunas cámaras: grabados y pinturas.

Faltan en esta zona por completo los dólmenes de cúpula y obras de mampostería; igualmente los dólmenes de corredor largo y las galerías cubiertas largas parecen haber desaparecido pronto en esta región.

Ajuar: Escasez de utensilios de piedra, pero tipos finísimos de flechas de sílex.

Predominio de objetos de cobre; rarísimos objetos de bronce.

Cerámica típica de Ciempozuelos (vasos finos campaniformes).

Adornos de cobre, plata, oro y ámbar; hachas «votivas» con perforación en la parte superior.

D) Principios de la Edad del bronce

f) Desaparición definitiva de la arquitectura dolménica en España: cistas cuadrangulares con tapa, las cuales en su aspecto exterior recuerdan con frecuencia los pequeños dólmenes de la fase (b).

Ajuar: Utensilios y armas de bronce; varios objetos de cobre. Cerámica del tipo de El Argar.

LA ZONA SUR CON SUS DOLMENES DE CUPULA

El objeto y los límites de esta monografía no nos permiten tratar con más detención de los dólmenes españoles en general; en cambio nos incumbe exponer con la mayor atención la zona a la que pertenece el dolmen de Matarrubilla, a cuyo estudio detallado se dedicará el capítulo II de esta monografía.

Es ésta la zona Sur de la Península, la cual se distingue por un desarrollo extraordinariamente abundante de dólmenes, entre los cuales ofrecen especial interés los dólmenes de cúpula. Constituyen la fase eneolítica, cuya característica general hemos señalado brevemente más arriba (página 14). A ellos debemos consagrar más detenida atención, no sólo por su area de dispersión, sino por ser sus tipos y variantes los más importantes, con lo cual no será difícil al lector apreciar la importancia del hipogeo de Matarrubilla, ora considerado aisladamente, ora en sus relaciones con el conjunto dolménico similar y sincrónico.

Supuesta la exactitud de los datos de J. VILANOVA (1), habría que fijar el límite norte de los dólmenes de cúpula en Levante en la provincia de **Valencia.** Aquí fué descubierto en 1845 por JOSÉ PLÁ el dolmen de la Ollería, llamado Cas-

(1) JUAN VILANOVA y JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO, Geología y Protohistoria Ibéricas. (De la «Historia General de España», escrita bajo la dirección de A. CÁNOVAS DEL CASTILLO).—Madrid, 1894 (págs. 492 y 531).

tellet del Porquet, el cual contenía hachas pulimentadas y algunas de cobre (según análisis químico).

Parece realmente haber sido una construcción de bóveda, «pues sobre ancha meseta levantábanse varias hiladas de piedra seca, dispuestas circularmente y cubiertas de tierra, comunicándole la forma redondeada».

El ser semejantes monumentos muy raros en la misma región (Valencia, Alicante, Murcia) quizá, no sólo depende de que en ella no se haya investigado de un modo científico, sino que en parte debe atribuirse al hecho de que estos sepulcros, al parecer poco abundantes, han debido ser destruídos no pocas veces en las «huertas» que desde remotos tiempos se cultivaban con intensidad.

En mucho mayor número y con mucho mayor desarrollo aparecen de nuevo dólmenes en **Andalucía**, acerca de los cuales existen trabajos más antiguos de R. MITJANA (1847), M. DE GÓNGORA (1868), F. M. TUBINO (1868, 1876) (1), y otros.

Empieza la lista por la provincia de **Almería**, a cuyo estudio arqueológico ha prestado LOUIS SIRET inolvidables servicios (2). Aquí se encuentran lo mismo dólmenes sencillos que otros mayores, con cámara rectangular o redonda y con un mobiliario funerario todavía arcaico, y, por fin, dólmenes de cúpula con una cámara esmeradamente construída, lo mas a menudo con anejos laterales y con largo corredor, así como con utensilios metálicos y un ajuar accesorio de «lujo exótico».

Especial interés ofrece para este trabajo la gran necrópolis dolménica de Los Millares, situada a orillas del río Andarax. Reproducimos aquí un dolmen de cúpula que L. Si-

(1) FRANC. MARÍA TUBINO, Estudios prehistóricos.—Cuaderno I (páginas 49-59).—Madrid, 1868.

Idem, Los monumentos megalíticos de Andalucía, Extremadura y Portugal y los aborígenes ibéricos.—«Museo Español de Antigüedades», t. VII. Madrid, 1876 (págs. 303-364).

(2) L. SIRET, L'Espagne préhistorique.—«Revue des questions scientifiques» (Octobre) 1893.—Bruxelles.

Idem, en la obra de MAN. GÓMEZ-MORENO «Granada y su provincia», de la publicación «Monumentos arquitectónicos de España».—Madrid, 1907 (páginas 9-12).

Idem, Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes.—«Memorias de la Real Academia de la Historia», t. XIV. Madrid, 1907 (págs. 381-478).

RET dió a conocer en 1893 (figura 2). Desgraciadamente, es una breve comunicación, y acompañamos la explicación de los números según el mismo autor:

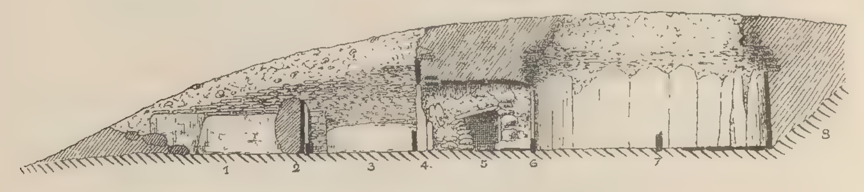


FIG. 2.ª *Dolmen de cúpula de Los Millares.* («Sepultura 17».) [Almería]. Según *L. Siret.* (1893)

1. Entrada (restaurada).
2. Primera puerta, sostenida por una gruesa piedra.
3. Corredor.
4. Segunda puerta.
5. Corredor, con sala lateral de cada lado.
6. Tercera puerta.
7. Cámara principal, con una columna en el centro.

Las paredes de ésta están formadas por un relleno de grava sostenida por losas; la bóveda está fabricada por placas delgadas de pizarra saledizas.

8. Terreno natural.

Varias partes están enlosadas. Se ha hecho mucho uso del yeso para el ajuste de algunas piedras, pero más particularmente para pintar las paredes y la columna.

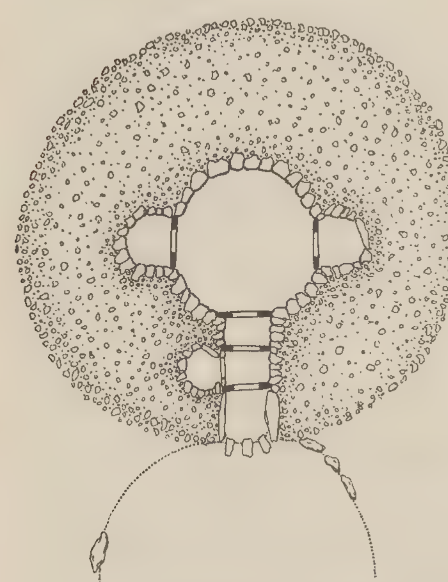


FIG. 3.ª *Dolmen de cúpula de Los Millares.* («Sepultura 20».) [Almería]. Según *L. Siret.* (1893)

Las salas laterales y la parte exterior de la galería de entrada parecen haber sido añadidas después de terminado el monumento.

No menos interesante es otro monumento megalítico descubierto por el mismo investigador en igual sitio (figura 3). La sepultura está construída modestamente. El corredor de entrada está subdividido en varias pequeñas antecámaras y presenta a la izquierda una pequeña sala accesoria. La cámara principal contenía veinte esqueletos de adultos; las dos laterales, dos cada una; la pequeña sala del corredor, once esqueletos de niños.

Con esta sepultura concuerda esencialmente otra que L. SIRET descubrió en Almizaraque, cerca de Herrerías, en el río Almanzora (figura 4).

FIG. 4.ª *Dolmen de cúpula de Almizaraque (Almería).* Según *L. Siret.* (1907)

Es de planta redonda, formada de paredes hechas con piedras y barro en lechos horizontales; a cierta altura empieza la bóveda con hiladas de piedras saledizas, coronada por una losa, sostenida ésta por una columna que fué de madera; toda la cúpula

estaba hundida. La entrada estaba cerradá por tres puertas.

Contenía este sepulcro los restos de más de cincuenta individuos, de los cuales pocos conservaban sus conexiones naturales; en varios casos formaban montones parcialmente carbonizados por la acción de pequeños hogares encendidos debajo de ellos dentro de la sepultura. El mobiliario era el usual de la última época neolítica, siendo notable la abundancia de cuentas de collar hechas de una variedad de turquesa llamada «collais», piedra muy parecida a los fosfatos aluminosos que se encuentran en los filones de estaño de Cáceres y en los de Montebras (Francia).

Otras investigaciones científicas de gran valor debemos a L. SIRET respecto a la provincia de **Granada**, donde los primeros trabajos sistemáticos fueron empezados por MANUEL GÓNGORA (1868) (1), y proseguidos por MANUEL GÓMEZ-MORENO, el cual dió al mismo tiempo los principales resultados obtenidos por L. SIRET (2).

La zona que comprende las necrópolis de esta provincia arranca, por Levante, de un pequeño núcleo en Baza; sigue otro núcleo entre Gor, Gorafe y Guadix, después los grupos de Fonelas, de Huélago y Moreda, de Don Diego, de Pedro Martínez, de Laborcillas y de los Eriales.

«Artísticamente todos estos sepulcros se desarrollan conforme a dos modelos únicos: la cúpula miceniana (3) y el dolmen.

«De aquél tan sólo ha reconocido SIRET en nuestra provincia ocho ejemplares, pobrísimos: cinco en Gor, dos en Baza y uno en Laborcillas. Contenían escasos huesos humanos, como de dos a cuatro individuos en cada tumba, excepto uno, donde alcanzarían a veinte los esqueletos; además cinco

(1) MAN. DE GÓNGORA Y MARTÍNEZ, Antigüedades prehistóricas de Andalucía.—Madrid, 1868 (págs. 78-85).—[Son inutilizables las figuras 93 y 94, representando el «dolmen de dilar».]

(2) MAN. GÓMEZ-MORENO Y MARTÍNEZ, Granada y su provincia. — Madrid, 1907 (págs. 9-12). [De la obra «Monumentos Arquitectónicos de España».]
Para el problema cronológico se debe también consultar:
L. SIRET, Questions de Chronologie et d'Ethnographie Ibériques.—T. I. París, 1913.

(3) Desechamos esta designación, así como otros errores evidentes de SIRET, respecto a la cronología absoluta de estas edades prehistóricas. (Véase cap. IV.)

cuchillas de pedernal, una como flecha de pizarra, dos punzones, algún fragmento de cobre y ocho vasijas.»

«Respecto a la estructura, sus cúpulas, ya siempre hundidas,

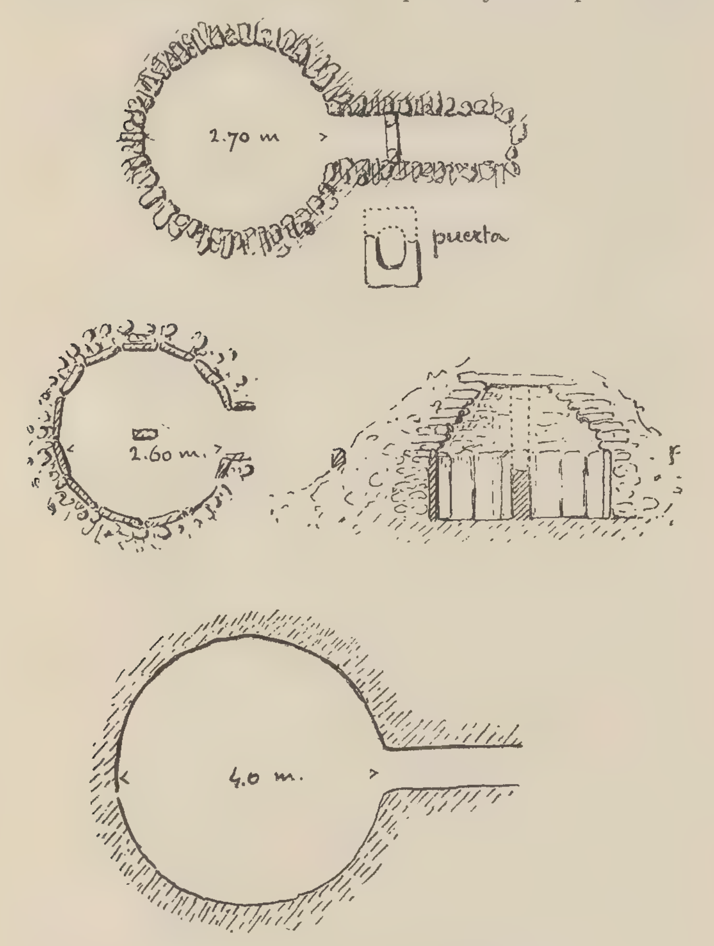


FIG. 5.ª *Dólmenes de cúpula, de Gor (Granada).*
Según *M. Gómez-Moreno.*

fueron de piedras toscas, con diámetro de 1,50 a 1,80 metros cuatro de ellas, y callejón de 2 metros de longitud por 50 cen-

tímetros de anchura. Tres sepulcros de Gor excedían en diámetro (figura 5), y ellos precisamente sintetizan las variedades que en la fabricación de sus muros se observa, siendo ya de mampostería, con 2 metros de alto, ya con revestimiento de lajas de pizarra de un metro, enhiestas, ya excavados en el suelo, como otras cámaras portuguesas. El primero conservaba en su callejón una puerta oval taladrada en una losa, miembro que nunca falta en los ejemplares más correctos y principales de esta serie; el segundo tenía en medio un poste de piedra, que aseguraría la cúpula, y todos se resguardaban bajo montecillos artificiales.»

«Al segundo modelo corresponde la inmensa mayoría de sepulcros accitanos, en número de 280, explorados por SIRET en las susodichas necrópolis. Su arquitectura es constante, sin modificaciones que arguyan cronología; son dólmenes o *antas* con cámara y callejón (figura 6). Este llega en largura hasta 4 metros; aquéllos ofrecen un tipo dominante rectangular, cuya base oscila entre 3,40 por 2,50 metros y 1 por 0,80, formado su testero con una sola gran piedra, otro por techo, dos o cuatro en los costados y solería de losas irregulares. Se le asocian dos subtipos, por ser ya ochavada la cámara, según los hay en Fonelas, Gor y Laborcillas, y trapecial, en cuyo caso alargan bastante más, hasta 5 metros, y se cubren con dos piedras, dándose variantes poco notables. En los Eriales son rectangulares todos los dólmenes, y asimismo en Pedro Martínez, Moreda y Huélago.»

«Por su contenido, el Sr. SIRET establece tres agrupaciones. En la primera entran aquellos dólmenes que encerraban no más que instrumentos de piedra—hachas pulimentadas, cuchillas de pedernal y flechas de tipo arcaico—y además dos pulseras de pectúnculos: componen esta serie 31 sepulcros de Pedro Martínez, Fonelas y los Eriales. En la segunda y más extensa perseveran instrumentos como los susodichos, acompañando ciertas falanges de animales, reputadas por ídolos, y armas de cobre, a saber: punzones, puntas de lanza, pequeñas cuchillas y hachas planas, en lo que abundan especialmente las necrópolis de Gor y Fonelas, escasean en Laborcillas y Moreda, y faltan en las otras, aunque sus

demás instrumentos las acrediten de coetáneas. Un tercer grupo se marca perfectamente por sus formas nuevas en la cerámica, escasez de herramientas pétreas, gran predominio

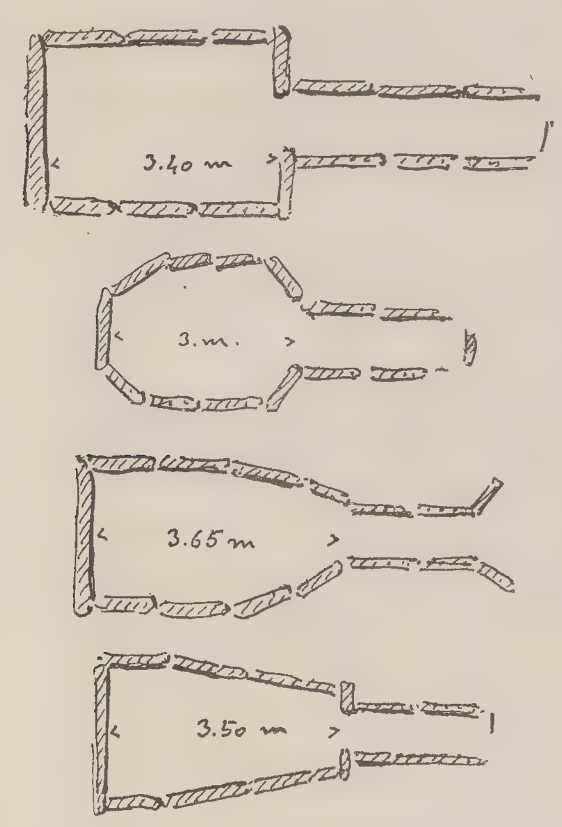


Fig. 6.ª *Tipos de dólmenes accitanos.*
Según *M. Gómez-Moreno.*

de las de cobre, entre las que dudosamente asoman algunas de bronce, muchas piedras afiladoras con taladros y adornos de cobre, plata y plomo dorado, en forma de aros, y espirales: yacimientos de este género ofrecen 19 dólmenes de los Eriales, 17 de Gor y sus aledaños y 1 de Huélago, reve-

lando sin duda una etapa posterior, aunque los sepulcros en sí mismos no varíen de traza.»

Sin embargo, afirma SIRET que los dólmenes de la región accitana son relativamente pobres y que sus cúpulas aparecen como remedo mezquino de las de Almería, Antequera y los Alcores.

Desde Granada invaden los dólmenes la provincia de **Jaén**, de la cual ya M. DE GÓNGORA señaló y expuso varios hermosos monumentos de este género no lejos de Alcalá la Real.

Totalmente inexplorada está la provincia de Córdoba.

El punto culminante de la arquitectura dolménica de Andalucía se encuentra, sin embargo, a juicio nuestro, en los tres grandes dólmenes que se hallan en las cercanías de la ciudad de Antequera, provincia de **Málaga**, a los cuales han consagrado particularmente M. GÓMEZ-MORENO (1) y R. VELÁZQUEZ BOSCO (2) monografías clásicas y fundamentales para el problema de las construcciones megalíticas de cúpula. Es desde antiguo conocido el soberbio dolmen llamado «Cueva de Mengal» (Menga) (3); tiene una cámara gigantesca de base ovaloide, construída en el interior de un túmulo (figura 7). Su longitud por dentro es de 25,40 metros, su anchura máxima de 6,10 metros, su altura actual de 2,70 a 3 metros. Las paredes de esta galería cubierta están formadas por gigantescas losas de piedra calcárea, ligeramente inclinadas hacia dentro, y cuyas caras interiores están bien alisadas. Cuatro losas de dimensiones verdaderamente gigantescas cubren la cámara, en cuyo centro tres fuertes pilares libres, compuestos por monolitos, aseguran la solidez del techo (4). Otro gruesa losa cubre el breve, pero muy ancho corredor de entrada, el cual no

(1) MAN. GÓMEZ-MORENO, Arquitectura tartesia: La Necrópolis de Antequera.—«Boletín de la Real Academia de la Historia», t. XLVII. Madrid, 1905 (páginas 81-132).

(2) RIC. VELÁZQUEZ BOSCO, Cámaras sepulcrales descubiertas en término de Antequera.—«Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», t. IX.—Madrid, 1905 (págs. 413-419; con 7 láminas).

(3) RAF. MITJANA, Memoria sobre el templo druída hallado en las cercanías de la ciudad de Antequera.—Málaga, 1847.

E. CARTAILHAC, Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal.—París, 1886 (págs. 186-189).

(4) Véase la nota 1 de la página 15.

es improbable que fuera primitivamente más largo y que, en parte, haya desaparecido.

M. Gómez-Moreno recuerda que, según referencias de Trinidad de Rojas (1874), se encontraron en el interior de este dolmen «toscas herramientas de picapedrero, talladas en piedra obscura, dura y consistente», las cuales parecen haberse perdido. Por eso experimenté mayor satisfacción al ponerme en relación, por mediación de D. Emilio H. del Villar, con D. Mariano de Mazas, doctor en Ciencias físicas y exactas (Madrid), el cual visitó en el mes de Mayo de 1904 la «Cueva de Mengal». En esta ocasión hizo el Sr. Mazas, por puro pasatiempo, una pequeña excavación en el rincón de la derecha del fondo, y allí encontró, a una profundidad de unos 50 centímetros, el hacha pulimentada que representamos en la figura 8. Es de piedra negruzca, serpentina y tiene 36 mm. de grosor, 89 mm. de largo y 29 y 47 mm. de ancho en sus extremos superior e inferior, respectivamente. Su peso es de 256 gramos. El filo está bastante gastado, lo que permite afirmar que el ejemplar ha sido muy usado.

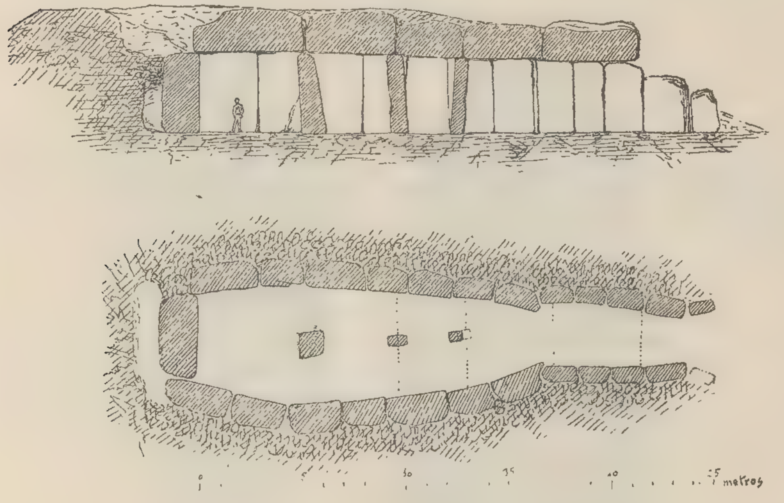


Fig. 7.ª *Cueva de Mengal (Antequera).*
Según *M. Gómez-Moreno.*

Desde ha poco se conocen otros dos hipogeos, que ahora vamos a señalar (1). Cerca del sepulcro subterráneo de Mengal se encuentra la «Cueva de Viera», que en muchos



Fig. 8. *Hacha pulimentada, encontrada en el dolmen de Mengol.*
Tamaño natural.

puntos difiere esencialmente de aquél (figura 9). La entrada la forma un callejón de 19 metros de largo, 1,20 a 1,30 metros de ancho y 1,85 a 2,10 metros de alto. Sus paredes están revestidas con 27 losas relativamente delgadas (de 0,35 metros de grueso, por término medio), cuya anchura varía entre 0,70 metros y 1,90 metros, y a las cuales se ha dado una superficie lisa muy regular. Están ligeramente inclinadas hacia dentro y en la parte superior perpendicularmente cubiertas por pesa-

(1) M. Gómez-Moreno, Arquitectura tartesia.—*L. c.*
R. Velázquez Bosco, Cámaras sepulcrales... de Antequera.—*L. c.*
J. Ramón Mélida, Iberia arqueológica anteromana. Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia. Madrid, 1906 (págs. 31-40).

das losas que forman el techo, las cuales en parte han desaparecido. En el fondo del túmulo se encuentra la cámara, la cual tiene 1,75 metros, por término medio, en cuadro, y 2 metros

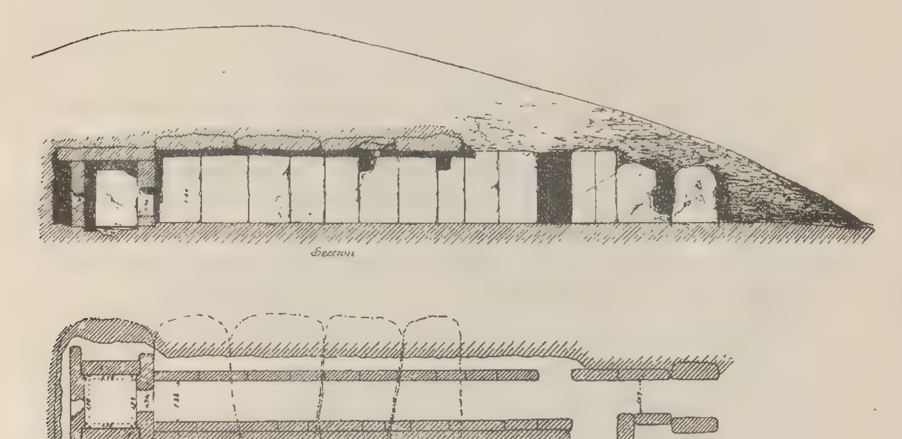


Fig. 9.ª *Cueva de Viera (Antequera).*
Según *R. Velázquez Bosco.*

de altura. Se presenta como una «habitación» muy simétrica, cuyas paredes están constituídas por cuatro macizas losas; la puerta es un taladro rectangular de 93 por 75 centímetros abierto en la piedra medianera con el corredor. El techo también lo forma una gigantesca losa llana (1).

El tercer dolmen, por fin, se encuentra en una colina cerca de la Azucarera de Antequera, y es conocido con la denominación de «Cueva del Romeral» (figura 10). Se compone de un callejón de 23,5 metros de largo, 1,70 a 1,80 de ancho y 2 metros de alto. Sus muros laterales no están aparejados con losas delgadas, como en el dolmen anterior, sino con una mampostería en seco, hecha de capas alternativas de lajas

(1) Las irregulares galerías y los espacios excavados que en la figura 9 aparecen detrás de la cámara y en parte a espaldas del corredor provienen de los «buscadores de tesoros». No debe, pues, extrañar que el dolmen haya sido violado y no contenga ningún objeto.

de caliza de 5 a 8 centímetros de espesor, ligadas con barro y acuñadas con pequeñas piedras. Este corredor, de corte trapezoidal en su alzado, conduce a dos cámaras circulares, de las cuales la primera mide 4 metros de altura y 5,20 metros de

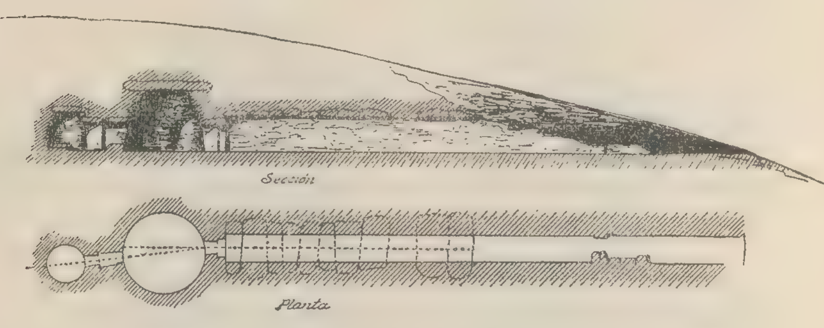


FIG. 10. *Cueva del Romeral (Antequera).*
Según *R. Velazquez Bosco.*

diámetro, y la posterior 2,05 metros de altura y 2,35 metros, respectivamente. Ambas cámaras están hechas de hiladas sucesivas de lajas de caliza y tienen sus paredes en saledizo, de modo que se forma una cúpula que se va estrechando paulatinamente hacia arriba, la cual, sin embargo, no termina en punta, sino que está cubierta por una gruesa piedra horizontal. El suelo está pavimentado con piedras llanas más o menos grandes.

En cambio hay noticias de dólmenes de la provincia de **Cádiz** de fecha mucho más reciente, y se refieren a simples cámaras o breves galerías cubiertas, que H. BREUIL y W. VERNER (1) han descubierto en los alrededores de Acizar (Facinas) y de Casas Viejas, a orillas de la Laguna de la Janda. Parecen muy deterioradas y poseen a menudo círculos exteriores de piedras.

Datos mucho más abundantes se recogen en la provincia de **Sevilla**. G. BONSOR ha investigado, en los Alcores sevillanos y en la Sierra de Constantina, varias necrópolis dolménicas en las cuales están representados

(1) H. BREUIL et W. VERNER, Découverte de deux centres dolméniques sur les bords de la Laguna de la Janda (Cadix). «Bulletin Hispanique», tomo XIX. Bordeaux, 1917 (págs. 157-188).

todos los tipos de construcción de Antequera anteriormente descritos, aunque de dimensiones más reducidas. Por desgracia, los resultados de esta investigación de tanta importancia no han sido aún publicados, por lo que nos vemos reducidos a la simple comunicación de que cierto número de estos dólmenes de cúpula aún estaban substancialmente intactos y han suministrado utensilios de cobre, objetos de oro y vasos campaniformes.



FIG. 11. *Cueva de la Pastora (Sevilla).*
Entrada actual del dolmen.

Un nuevo centro dolménico yace aún más al Oeste, cerca de Sevilla, entre los pueblos de Castilleja de Guzmán y Castilleja de la Cuesta. Ha sido investigado de un modo incompleto. Desde el año 1860 es conocido el dolmen llamado «Cueva de la Pastora», del que hay más recientes descripciones y en particular las de C. CAÑAL y F. CANDAU (1).

Este hipogeo se encuentra, como todos los monumentos

(1) CARLOS CAÑAL, Sevilla prehistórica.—Madrid-Sevilla, 1894 (páginas 185-208).
FELICIANO CANDAU Y PIZARRO, Prehistoria de la provincia de Sevilla.—Sevilla, 1894 (págs. 33-41).

similares, en el interior de un túmulo, a unos 3 metros debajo de su cúspide y orientado en la dirección de ENE (cámara) a WSW. (corredor) (figura 11). Como aún no existía un plano exacto, aprovechamos nuestra estancia en Castilleja para levantar uno, que reproducimos en la lámina I.

Como puede verse, presenta el corredor la excepcional largura de 27,6 metros; y es probable que actualmente un trozo, de unos 2 a 3 metros de la boca primitiva falte totalmente, es decir, que haya sido destruído. En oposición a su largura, es este callejón muy estrecho y sólo presenta un corte de un metro de anchura; la monotonía está cortada por las jambas de una puerta primitiva, empotrada en los muros de estribo a 13,7 metros de la entrada actual. Estos últimos están revestidos de mampostería, compuesta de unas 40 lajas de arenisca superpuestas y adelantándose unas a otras a medida que se aproximan al techo, las cuales miden, por término medio, 3 a 4 centímetros de grueso y 15 a 20 de ancho. Su largo, tomado a través del muro, no parece rebasar 50 centímetros. Estas lajas están sencillamente colocadas horizontalmente sin gran simetría ni orden; los intersticios han sido casi siempre rellenados con piedrezuelas, de modo que se ha formado un típico muro en seco.

El suelo está empedrado, en parte con losas bastante grandes, en parte con pequeñas, y además el corredor se inclina ligeramente hacia el interior, al mismo tiempo que su techo se eleva algo, de modo que el corte de su altura sólo arroja 1,50 hacia la entrada, y aumenta cerca de la cámara hasta 1,80 o 1,85. El techo del corredor lo constituyen 23 losas macizas de granito o de arenisca, unas con las caras bastante bien labradas, otras algo más irregulares, sin fina labor.

Otras dos jambas de puerta llevan a una pequeña cámara de 2,50 metros de diámetro y 2,60 de altura. Esta, hasta la altura del techo del corredor, está fabricada con mampostería trabajada de la misma manera que acabamos de describir, y

---

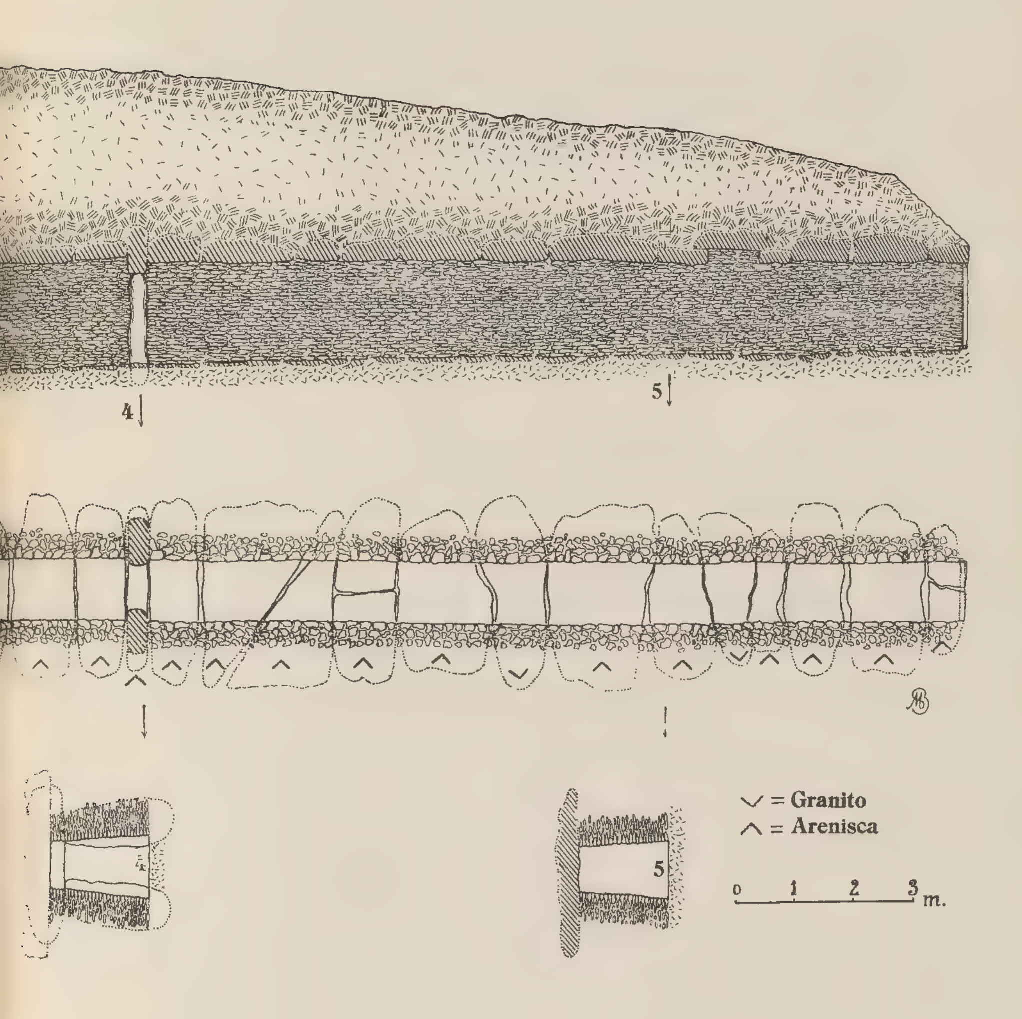
La bibliografía más antigua acerca de la «Cueva de la Pastora» se encuentra recopilada en C. CAÑAL, *l. c.*, pág. 185, nota 1.

La primera descripción científica del monumento se debe a F. M. TUBINO, «Estudios prehistóricos».—Madrid, 1868.

1 2 3

1 2 3

Cueva de la Pastora, cerca



Castilleja de Guzmán (Sevilla).

se estrecha en la forma parabólica conocida, avanzando las hiladas hasta enrasar con un saliente de unos 12 centímetros respecto a su base. Luego se prolonga en un «cuello» formado por 2 o 3 grandes losas superpuestas, igualmente calizas y dispuestas poligonalmente, y, por fin, como remate, una gigantesca losa granítica.

El monumento, como acontece casi siempre, había sido ya saqueado. En cambio, en el año 1860, se encontró «cerca del túmulo y de la entrada actual» una losa grande, debajo de la cual se excavó una especie de «urna» que contenía 30 flechas de bronce de asta redonda y de 15 a 27 centímetros de largo (1). Nada nos autoriza a relacionar estas notables armas, de tipo orientalizado, con el dolmen mismo; las circunstancias, por el contrario, favorecen la opinión de que se trata de un hallazgo más reciente, el cual fué enterrado al pie del túmulo, en la época avanzada del bronce.

Cerca de este hipogeo se halla el dolmen de Matarrubilla (cap. II de este trabajo).

Menos positivos son los datos que podemos aportar acerca de la provincia de **Huelva**, donde se dice haberse descubierto recientemente un dolmen, cerca de Encinasola, junto a la frontera portuguesa (2).

Suma importancia para el problema dolménico ofrece **Portugal**, el cual en general ha sido perfectamente estudiado y posee una excelente literatura sobre el particular (3).

---

(1) Véanse:
E. Cartailhac, Les âges préhistoriques de l'Espagne, etc., 1886.—Página 189, figura 265.
C. Cañal, Sevilla prehistórica.—Página 207, figura 120.
Catorce de estas flechas se llevaron al Museo Provincial de Sevilla y otras 14 al Museo Arqueológico de Madrid.

(2) «Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural», t. XV. Madrid, 1915 (pág. 74).

(3) *Trabajos principales:*
Pereira da Costa, Noções sobre o estado prehistorico da terra e do homem, seguidas da descripção de algums dolmins ou «antas» de Portugal.—«Memorias de la Academia Real das Sciencias». Lisboa, 1868.
Gabr. Pereira, Dolmens ou antas dos arredores de Evora.—Evora, 1875.
Carlos Ribeiro, Estudos prehistoricos em Portugal; 2 tomos. Lisboa, 1878 y 1880.
E. Cartailhac, Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal.—París, 1886.

Nos falta aún, dentro de los límites de esta ojeada rápida y de carácter general, dar una ligera descripción de los monumentos megalíticos de la antigua Lusitania. Debemos limitarnos a la afirmación de que en este país abundan extraordinariamente los dólmenes y que están representados todos los tipos, desde la cámara primitiva hasta las más recientes «cistas» (1).

Pueden señalarse tres zonas principales: la primera comprende Algarve, el Sur de Alemtejo y Extremadura hasta Tejo. Se puede calificar de prolongación del territorio bético y es muy notable por sus construcciones de cúpula, cuyo centro más importante está en Alcalar (o Alcalá, Algarve) y ha sido estudiado magistralmente por S. Estacio da Veiga.

Reproducimos aquí el «monumento núm. 3» del lugar citado (figura 12), el cual presenta como entrada un verdadero «atrio» cuadrado, de un metro por lado (e), al que sigue un corredor recubierto con delgadas losas y que contiene 3 puertas (b, c, d). La cámara (a) mide 2,70 metros de diámetro y de ella se destaca un anejo lateral (a^1) casi redondo, de 1,50 metros. Su entrada está a 75 centímetros sobre el suelo de la cripta principal. La altura del corredor alcanza sólo 1,32 metros, la de la cámara sólo se conserva hasta el arranque de la cúpula falsa primitiva, es decir, hasta 1,70 metros.

El inventario sepulcral de este hipogeo consta de flechas finas de sílex, cuentas de calais y ámbar, varias hojas de sílex hasta de 36 centímetros de largo, y además cierto número de hachas y puñales de cobre puro.

S. Ph. M. Estacio da Veiga, Paleoethnologia. Antiguidades monumentães do Algarve.—Lisboa, t. I, 1886; t. II, 1887; t. III, 1889; t. IV, 1891.

A. dos Santos Rocha Peixoto, Antiguidades prehistoricas de Concelho da Figueira.—Coimbra, 1888 y 1891.

J. Leite de Vasconcellos, Religiões da Lusitania.—Lisboa, t. I, 1897.
Idem, Sepulturas prehistoricas de caracter mycenense.—«O Archeologo Português».—Lisboa, t. VII, 1902 (págs. 129-134).

(1) Véase acerca de las denominaciones de los dólmenes en Portugal [«*anta, orca, mámoa*», etc.], el interesante estudio arqueológico lingüístico de J. Leite de Vasconcellos: Le peuplement du Portugal aux temps préhistoriques d'après les données de la toponymie.—Mémoire présenté au Congrès International d'Archeologie; session de Rome (Octobre 1912).—Lisbonne, 1912.

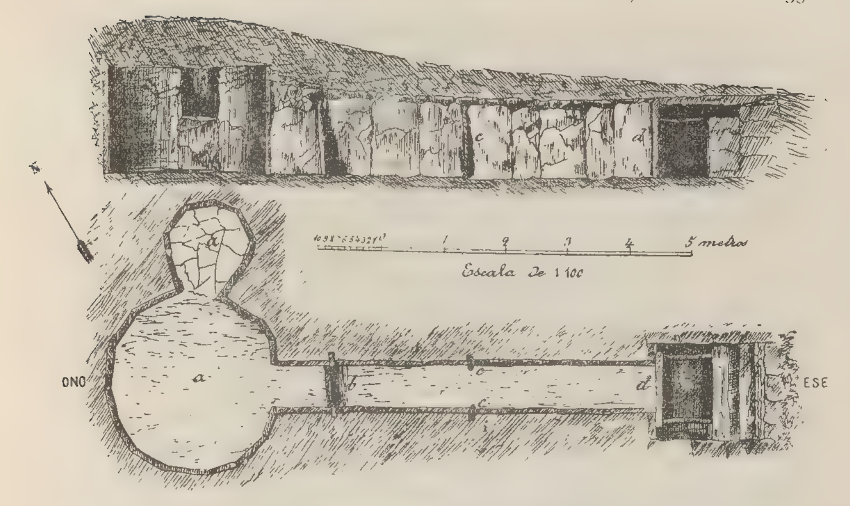


FIG. 12. *Monumento «núm. 3» de Alcala (Algarve).*
Según *S. Ph. M. Estacio da Veiga.*

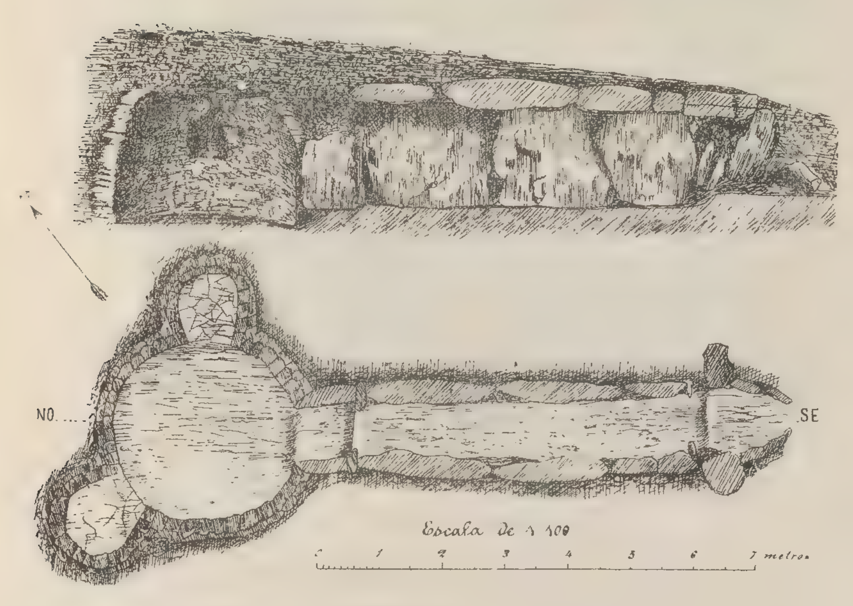


FIG. 13. *Monumento «núm. 4» de Alcala (Algarve).*
Según *S. Ph. M. Estacio da Veiga.*

Algo más lejos se encuentra el «monumento núm. 4», con un corredor compuesto de piedras verdaderamente gigantescas y muy toscas; en cambio la cámara está levantada a partir del suelo, con mampostería en saledizo (figura 13) y desde ella arrancan dos nichos laterales. En el mobiliario funerario merecen señalarse fragmentos de marfil, placas de pizarra, cuentas de calais y ámbar, láminas de oro y una lanza de cobre puro.

Sepulcros idénticos o semejantes se han descubierto cerca de Cintra y en la sierra del mismo nombre. Presentan generalmente sus muros revestidos con lajas de piedra, mientras que las cámaras sólo conservan su parte baja, habiéndose hundido sus bóvedas.

La segunda zona portuguesa abarca el Norte de Alemtejo y la región de Das Beiras; la tercera la región del Minho y de Tras-os-Montes. En ambas zonas suelen ser muy raros los dólmenes de cúpula; en cambio aparecen numerosos dólmenes sencillos y con toda clase de variantes.

La segunda zona se enlaza con los monumentos dolménicos de **la Extremadura española**, para cuya bibliografía más antigua deben tenerse en cuenta los trabajos de J. Viu, F. M. Tubino y F. L. Guerra (1).

Por primera vez, en 1914, apareció una monografía, verdaderamente científica, debida a la pluma del benemérito arqueólogo J. Ramón Mélida, la cual trata de los dólmenes de la provincia de **Badajoz** (2).

Los monumentos estudiados por el citado sabio, exceptuando los dólmenes de corredor, són de forma bastante tosca.

Principal atención reclama el hermoso dolmen de la Granja de Toniñuelo, situado al NE. de Jerez de los Caballeros. El diámetro de la cámara es de 3,40 metros; la galería sólo aparece conservada en una longitud de 7,35 me-

(1) José Viu, Antigüedades de Extremadura, t. I.—Madrid, 1852.
F. M. Tubino, Los monumentos megalíticos de Andalucía, Extremadura y Portugal, etc.—«Museo Español de Antigüedades». T. VII, págs. 303-364). Madrid, 1876.
F. L. Guerra, Notas a las «Antigüedades de Extremadura de D. José Viu».—Coria, 1883.

(2) José Ramón Mélida, Arquitectura dolménica ibera.—Dólmenes de la provincia de Badajoz.—«Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos». Madrid, 1914



Dolmen de la Granja de Toniñuelo (Jerez de los Caballeros).

Según *J. Ramón Mélida.*

tros. La primera tiene una planta poligonal y está formada, en su base, con losas grandes, colocadas verticalmente. Sobre éstas se ve todavía el arranque de la antigua bóveda, en forma de unas hiladas de piedras, de modo que no deja lugar a dudas de que se trata de un dolmen de cúpula destruído (lámina II).

Contiene éste en su interior, como ocurre también algunas veces con los monumentos portugueses, huellas de pinturas y grabados.

Igualmente interesante es el dolmen del Prado Lacara, al SE. de Mérida, pues las piedras erguidas de su cámara están intencionalmente labradas en figura cóncava, como cascos de bóveda cónica (1).

El centro dolménico de San Vicente de Alcántara, que ha sido investigado recientemente por AURELIO CABRERA (2), se enlaza con el de Valencia de Alcántara, que ya se encuentra en la provincia de **Cáceres** y que ha sido estudiado a su vez por J. VILANOVA (3).

Otros dólmenes exploró AMALIO MAESTRE a orillas del Salor; otros señaló VICENTE BARRANTES cerca del castillo de la Erguijuela; y últimamente MAR. ROSO DE LUNA, a orillas del Búrdalo, en el término de Miajadas (4).

Mucho menos conocida nos es la provincia de **Salamanca**, en la cual señalamos el hermoso dolmen de Gejuelo, cerca de Ledesma, y el dolmen de Lumbrales. Este último nos interesa, por haber tenido una cúpula, según M. GÓMEZ-MORENO.

---

(1) J. RAMÓN MÉLIDA, Arquitectura dolménica ibera; *l. c.*, pág. 9 y lámina II.

(2) E. HERNÁNDEZ-PACHECO Y AUR. CABRERA, Pinturas prehistóricas y dólmenes de la región de Alburquerque (Extremadura).—«Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural», t. XVI.—Madrid, 1916 (págs. 118-128).

(3) J. VILANOVA, Valencia de Alcántara en el concepto protohistórico.—«Boletín de la Real Academia de la Historia», t. XV.—Madrid, 1889 (páginas 192-193).

(4) M. ROSO DE LUNA, Protohistoria extremeña.—«Boletín de la Real Academia de la Historia», t. LII.—Madrid, 1908 (págs. 140-152).

Desgraciadamente, ROSO DE LUNA dió una brevísima descripción de este hipogeo, sin fotografías ni planos. A juzgar por el texto, se trataría de cámaras de cúpula construídas con pequeñas piedras, de unos 3 metros de diámetro y 2,50 de altura, rematándose por completo la bóveda con piedra igual al resto. La entrada se abre al final de una galería de 2 a 3 metros de largo.

El adjunto mapa demuestra mejor que largas disertaciones que los dólmenes de cúpula parecen esencialmente limitados a la mitad Sur de la península ibérica (figura 14).



Fig. 14. *Distribución de los* **dólmenes de cúpula** (+) *en la Península Ibérica.*

1. Valencia. — 2. Almería. — 3. Granada. — 4. Málaga. — 5. Sevilla. — 6. Portugal. — 7. Badajoz. 8. Cáceres. — 9. Salamanca.

Esta clase de hipogeos se estableció en Levante—por lo que hoy día sabemos—, en la provincia de Valencia, y sigue a lo largo de la costa Sur, a través de toda Andalucía, para subir, finalmente, a lo largo de la costa del Océano Atlántico, hacia el Norte, hasta la frontera gallega aproximadamente. Se presenta bastante abundante en el Sur de Portugal, desde Algarve hasta la desembocadura del Tajo (Sierra de Cintra), pero se ofrece con carácter esporádico en los alrededores de Figueira da Foz y en la Beira. Es digno de atención que en la costa Oeste penetra muy adentro en el interior del país, pues

aisladamente está representado en toda la Extremadura española (Badajoz, Cáceres, Salamanca) (1).

Junto a estos monumentos de cúpula se encuentran también, ya en la zona meridional, galerías cubiertas de planta alargada y trapezoidal o dólmenes de corredor con un ajuar más pobre, pero substancialmente igual a los de los hipogeos avanzados.

Estas galerías cubiertas, cortas y trapezoidales, así como dólmenes sencillos, constituyen, sin duda, en la **zona septentrional**, el equivalente exclusivo de los dólmenes de cúpula del Sur, lo que ya anteriormente hemos señalado (página 17).

La prueba de este sincronismo la han proporcionado principalmente algunos dólmenes de Cataluña, como el dolmen de Llanera, cerca de Solsona (Lérida), que exploró J. SERRA (2), el cual contenía, junto a utensilios de sílex primorosamente labrados, etc., dos fragmentos de cobre y un vaso campaniforme.

Teniendo en cuenta la gran escasez de dólmenes, cuyo contenido esté, hasta cierto punto, intacto, y la gran importancia de este contenido para la cronología de semejantes construcciones, añadimos aquí la detallada descripción de un dolmen que yace no lejos de San Feliú de Guixols (Gerona), en la vertiente Sur de las montañas llamadas «Las Gavarras», las cuales por el lado Norte limitan con el valle de Aro.

Este dolmen fué ya estudiado por A. CASAS (3) y ha sido excavado poco ha, encontrándose junto a abundantes restos de esqueletos humanos cuatro hermosísimas y largas hojas de sílex, una bola de cuarzo y dos vasos campaniformes.

Rogué al Sr. A. KLABISCH, establecido en San Feliú de Guixols, se personara en aquel lugar y me remitiera una descripción exacta con el plano, y debo a su amabilidad los si-

(1) Añadamos tan sólo que monumentos semejantes aparecen en Francia, en la Provenza, Charente, Bretaña y Normandía.

(2) J. SERRA VILARÓ, Excavaciones en el dolmen de Llanera.—«Junta superior de Excavaciones y Antigüedades».—Madrid, 1917.

(3) AGUSTÍN CASAS, Nou megalit en l'agrupament de S. Feliu.—«Ciutat Nova», 25 de Diciembre de 1917. (Sant Feliú de Guixols.)

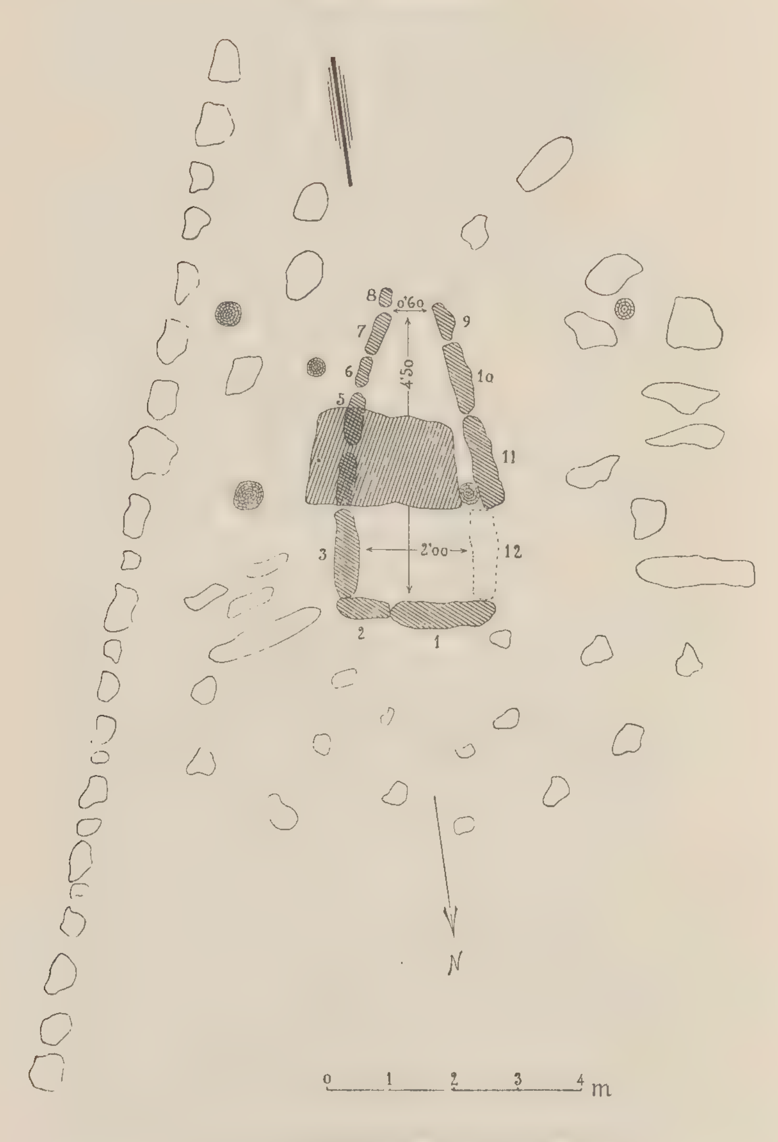


FIG. 1[illegible]. — *Planta del dolmen de Santa Cristina (Gerona).*

guientes informes y diseños, por los que una vez más, en este lugar, le expreso mi gratitud.

Este dolmen se encuentra en medio de un hermoso bosque

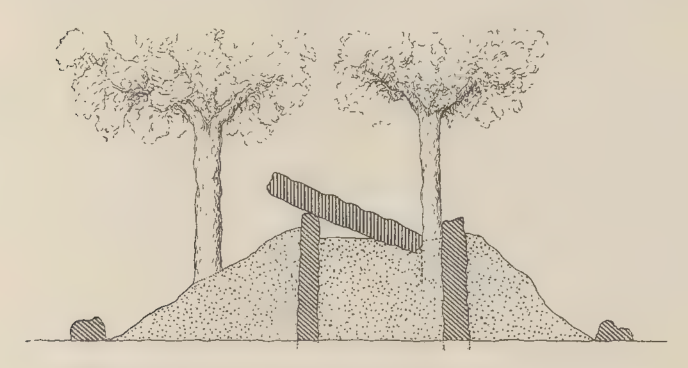


FIG. 16. *Dolmen de Santa Cristina (Gerona).*

[Corte transversal].

de alcornoques en las inmediaciones de un sendero que del pueblo de Santa Cristina conduce a Romanyá de la Selva.

El monumento (figuras 15 y 16), cuya entrada mira al Sur, está formado por 12 losas rectangulares de granito, de anchura diferente, de una altura de dos metros, poco más o menos, y con las superficies interiores bien lisas. Está rodeado de un círculo de piedras, dejando sobresalir las losas sólo unos 50 centímetros.

La entrada mide 60 centímetros y va ensanchándose hasta tener en el fondo 2 metros, con una longitud total de 4,50 metros. De la cubierta se conserva tan sólo una piedra, que mide 2,50 metros por 1,40 metros por 0,50 metros. Descansa del lado Este sobre las piedras núms. 4 y 5, mientras que el otro lado ha resbalado hacia el interior del dolmen. Un añoso alcornoque nacido entre aquélla y la losa núm. 11, que forma pared, ha derribado un poco esta última. La piedra lateral número 12 ha sido partida horizontalmente por la mitad; la parte inferior se encuentra hoy cubierta de tierra, mientras que la superior ha desaparecido, circunstancia que da al dolmen

la apariencia de tener dos entradas. Es probable que la mitad superior que falta, así como las otras cubiertas, fuesen utilizadas tiempo atrás en construcciones, pues los umbrales, pesebres, etc., de las casas vecinas suelen estar labradas en la misma clase de piedra.

Llaman la atención varios «signos» que aparecen en algunas de las piedras del monumento. En la losa núm. 1 (del fondo) se ven dos líneas paralelas y verticales, bastante bajas y un poco encorvadas hacia la izquierda, con una distancia entre las dos de unos 20 centímetros y longitudes respectivas de 45 y 60 centímetros, estando cruzadas casi por el medio por otra línea horizontal. La losa núm. 3 muestra tres líneas; dos de ellas son horizontales y miden 45 y 80 centímetros, y la restante es vertical, de 70 centímetros de longitud.

Son notables, por último, en la piedra núm. 5 tres «cazoletas» o concavidades ovales, dos de ellas en sentido vertical del eje mayor, y la otra horizontal, de unos 35 por 20 centímetros, con fondo formando declive hacia dentro de unos 17 centímetros en su máxima profundidad.

El círculo exterior de piedras tiene un rasero de unos 5 metros; es redondo y la circunferencia sólo está hoy señalada parcialmente con piedras gruesas. Las que le limitan del lado Este continúan hacia el Sur y el Norte en línea recta, con una longitud total de 34 metros.

Apoyada en la losa núm. 2 de la cámara está plantada como sostén una piedra de 1,80 metros de largo, en dirección de Oeste a Este, y con otras dos paralelas parece haber formado una segunda sepultura (?) adosada al dolmen principal.

CAPITULO II

EL DOLMEN DE MATARRUBILLA

(Término municipal de Valencina del Alcor)
[Sevilla]

Viajando por Andalucía en la primavera de 1918 tuve la satisfacción de conocer en Sevilla al Sr. D. Claudio Sanz Arizmendi, profesor de la Universidad, quien se ofreció amablemente a acompañarme a la Cueva de la Pastora, de la que se ha tratado extensamente en el precedente capítulo. Durante esta visita supimos por un guarda que hace poco (1) había sido descubierta por casualidad en la proximidad de este dolmen otra cueva análoga. Fuimos inmediatamente al lugar indicado, y, en efecto, vimos que en medio de un viñedo yacía al descubierto una parte de una grandísima losa granítica, de la que había sido destrozada una gran porción lateral, volada mediante una mina de dinamita. Como luego vimos, era esta placa la piedra de cubierta de la cámara sepulcral; pero no nos era posible bajar entonces a esta, puesto que estaba obstruída la abertura producida con trozos de granito de buen tamaño, pudiéndose ver sólo a través de algunas hendiduras estrechas que existía en el fondo una gran cavidad. En vista de este estado de cosas tan interesante, fuimos a visitar aquella misma tarde al propietario del viñedo, señor D. Francisco Ordóñez Bel, en su domicilio de Castilleja de la Cuesta, y tuvimos la satisfacción de encontrar en él verdadera comprensión del asunto y verle animado de deseos de complacernos.

(1) Como más tarde supimos, había tenido lugar el descubrimiento en 22 de Septiembre de 1917.

Se convino en proceder a la abertura del monumento al poco tiempo. A este efecto me trasladé en los primeros días del mes de Junio de 1918 a Sevilla, encargado por la «Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas» («Comisión de investigaciones paleontológicas y prehistóricas»), en compañía de D. FRANCISCO BENÍTEZ MELLADO, como ayudante para la parte gráfica, y de D. FRANCISCO PACHECO, a título de discípulo.

Aprovecho esta ocasión para expresar al Sr. BENÍTEZ mi más sincero reconocimiento por la ayuda tan concienzuda como valiosa que me prestó durante la excavación y en la confección de los dibujos de la presente monografía. También quiero volver a darle las gracias más expresivas al Sr. D. FRANCISCO ORDOÑEZ, no sólo por la inteligente colaboración en la exploración del dolmen, sino también por la generosa hospitalidad que nos otorgó en su casa y por habernos cedido los hallazgos, poco numerosos, por desgracia.

El dolmen.—Para llegar al monumento megalítico por nosotros explorado, lo mejor es dirigirse a Castilleja de la Cuesta, situado a 6 kilómetros al Oeste de Sevilla. Desde allí se toma una pequeña carretera a la finca del Sr. Ordoñez, que dista unos 5 kilómetros del mencionado pueblo y que lleva el nombre de «Matarrubilla», y que pertenece al término municipal de Valencina del Alcor.

El dolmen de Matarrubilla es subterráneo y primitivamente estaría cubierto por una colina de tierra de regulares dimensiones, pero es probable se allanase en el transcurso de los años, de modo que hoy no se destaca nada este lugar en el paisaje ondulado. Existe aún hoy por encima de las piedras de cubierta una capa de tierra de 1-1,5 metros, por término medio.

El eje del hipogeo se dirige de NNE. (corredor) a SSW. (cámara).

Como materiales de construcción se emplearon arenisca y granito, encontrándose la primera en los alrededores inmediatos, mientras el último sólo se halla más lejos, al NW., en la región de Gerena, y, por tanto, ha sido acarreado desde una distancia de unos veinte kilómetros por lo menos.

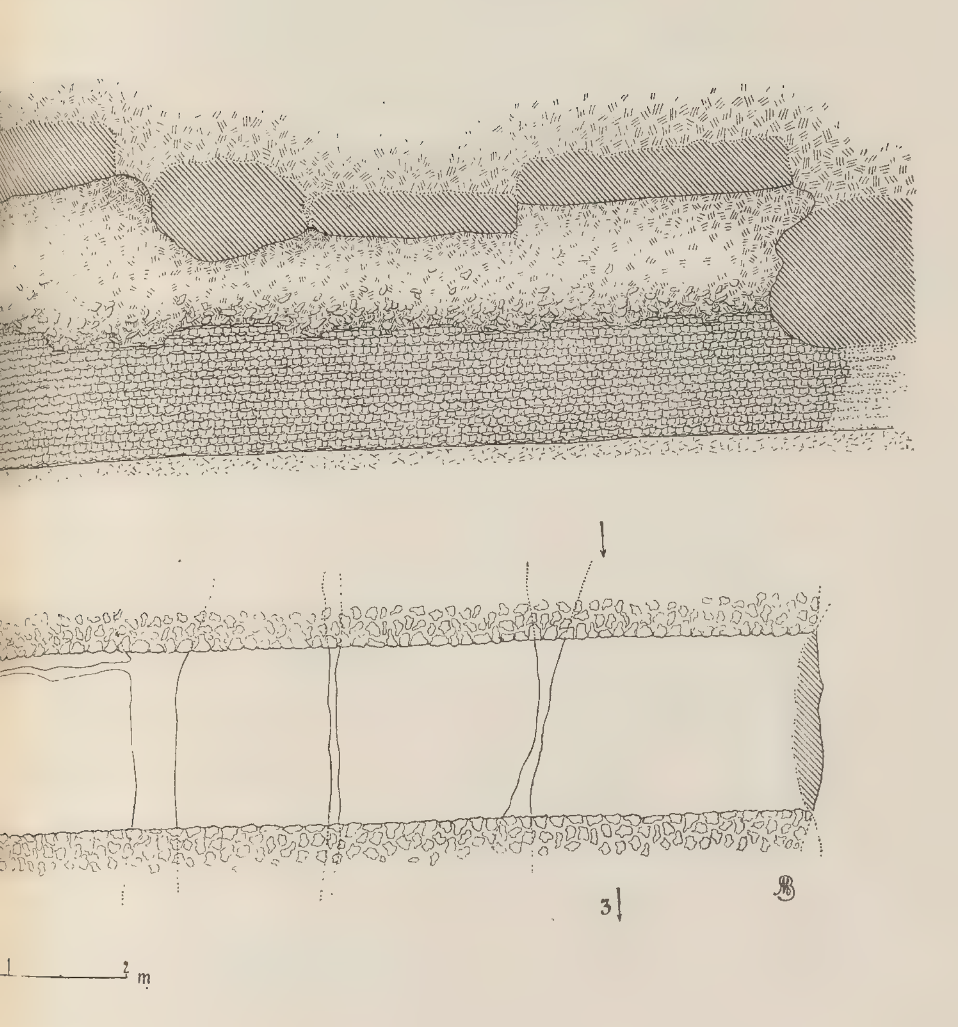
2

0

1

Dolmen d

(Corte long



...latarrubilla.

...nal y planta).

[Véanse las figuras 17, 19 y 20].

Como ya hemos señalado, se procedió a abrirlo con explosivo. Cuando el agujero producido por la dinamita quedó libre, vimos que nos encontrábamos en la periferia izquierda (1) de una amplia cámara circular que, si había sufrido en este sitio, estaba en general muy bien conservada, habiendo en su interior sólo muy pocos escombros. Así se nos ofreció, pues, la pila allí existente desde el primer momento, en toda su sorprendente solidez, y sólo se entibió algo nuestro entusiasmo al observar que el monumento ya no encerraba importantes restos arqueológicos, por haber sido saqueado, como en la mayoría de los casos ha ocurrido, en épocas remotas.

El corredor estaba mucho más deteriorado y destruído, y por razones de índole técnica procedimos a desocuparlo de dentro a fuera, esto es, desde la cámara hacia la antigua entrada. Al aproximarse a esta última se hicieron cada vez más dificultosos y peligrosos los trabajos, de modo que tuvimos que desistir finalmente antes de ultimarlos.

a) La cámara.

La cámara, acerca de cuya forma general suministran las láminas III y IV y la figura 17 idea más exacta, es de planta circular, aunque no matemáticamente exacta, y se va estrechando hacia arriba en forma ligeramente parabólica.

Su altura mide 2,12 metros; su diámetro, a lo largo de la pared delantera de la pila, 2,82 metros; el diámetro, desde la pared trasera hasta el principio del corredor, 2,72 metros.

El suelo no está pavimentado, pero el antiguo nivel pudo comprobarse con exactitud lateralmente en los muros y en el borde inferior de la pila, porque la arcilla se hizo mucho más firme y a la vez más obscura en dicho lugar.

Respecto a la pared de la cámara, es exclusivamente obra de mampostería.

---

(1) Nuestras indicaciones de derecha, izquierda, delante y atrás siempre hay que tomarlas en la dirección del que entra en el dolmen, mirando desde la antigua entrada a lo largo del corredor, hacia delante en direción a la cámara.

Toda la pared trasera, detrás de la pila (1), está intacta, como ocurre también con la porción más considerable del lado derecho (2), excepto el segmento que se une con la pared de-

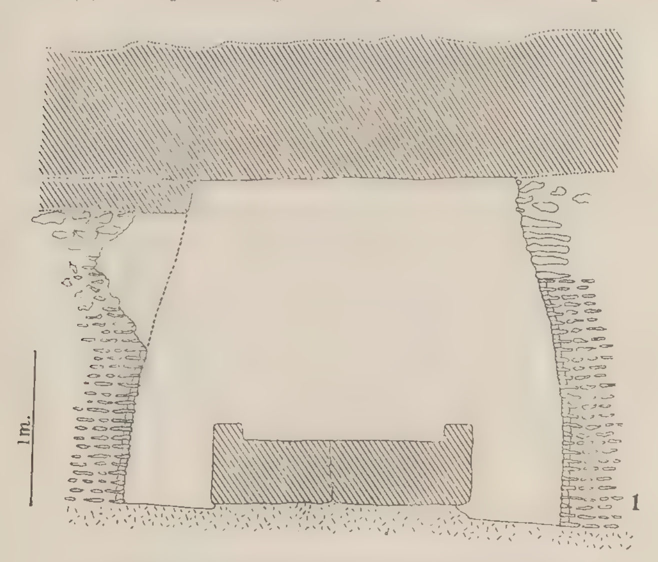
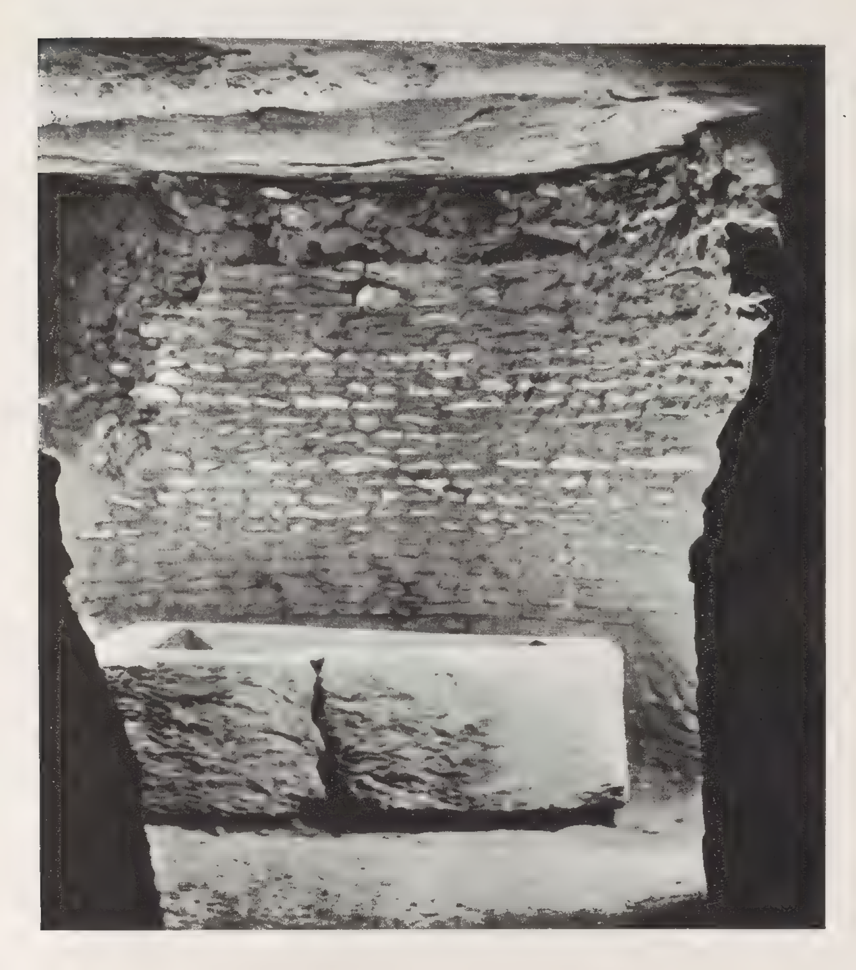


Fig. 17. *Dolmen de Matarrubilla: corte transversal, núm. 1.*
Véase la lámina III.

recha del corredor. En éste se ha derrumbado toda la parte alta y solamente se ha conservado la porción inferior hasta un metro de altura. En el lado izquierdo está destruída casi toda la mitad superior, a causa principalmente de la explosión producida por el barreno del Sr. Ordoñez; en cambio ha permanecido todavía intacta la base hasta un metro de altura (3).

La pared consiste en hiladas alternantes de piedras y tierra, y esto hasta 1,62 metros de altura. Empleáronse para ellas delgadas placas de arenisca generalmente blancuzcas o rojizas, cuyo espesor oscila entre 1,5 y 4 centímetros, y que tienen en el lado externo del muro una anchura media de 12-15 centí-

(1) Véase lámina IV.
(2) Véase lámina III y figura 17.
(3) Véase figura 17.



Dolmen de Matarrubilla: Cámara sepulcral

metros. Su profundidad en el interior del muro es muy variable; sin embargo, se trata generalmente de placas pequeñas de poco peso y volumen.

Estas placas se presentan cuidadosamente yuxtapuestas en la pared externa del muro, de modo que forman unas filas ordenadas que corren en dirección exactamente horizontal en derredor de toda la cámara (1). Como se comprueba por la base completamente conservada y por la pared trasera, hay superpuestas 27 filas análogas en la cripta, en forma tal que las filas superiores van sobresaliendo paulatina y ligeramente sobre las inferiores, originándose, por tanto, una parábola que va estrechándose hacia arriba.

Entre cada dos filas de éstas se intercala con regularidad una capa intermedia de arcilla amarilla de un espesor de 4 a 5 centímetros, por término medio. Está levantada igualmente con gran cuidado, habiendo sido amasada la arcilla, como está a la vista, en forma de pequeños ladrillos, y por tanto colocada por partes. Bolas de arcilla que se embutían desde el frente en los intervalos libres entre las placas de arenisca servían de revestimiento exterior, adaptándolas exactamente a la cara del muro. Se destacan, por tanto, visiblemente de la uniformidad del muro, ofreciendo en parte la forma primitiva todavía redonda de 4 a 5 centímetros de diámetro, en parte la deformada forma cuadrada, y hasta se han conservado a veces impresiones de dedos. (Fig. 18).

Hay que convenir en que esta obra de mampostería no debía carecer, en estado fresco y a raíz de la confección, de cierto efecto estético, principalmente si se atiende a las areniscas claras o rojizas dispuestas en parte en filas de un mismo color.

Los huecos y defectos del muro, arriba mencionados, permiten una interesante inspección de su interior. Resulta que en determinados sitios alcanza su grosor hasta 80 centímetros. Se ha conservado el método de las capas alternantes de piedras y de arcilla, pero la obra va gradualmente aligerándose hasta confundirse con el cuerpo del túmulo que forma la caja del dolmen.

---

(1) Véase lámina IV.

Este muro de mampostería alcanza hasta 1,62 metros de altura. Por encima de él sigue una capa de pared más vertical, de unos 30 centímetros de altura, y consiste en material más



FIG. 18. *Dolmen de Matarrubilla: Detalle de la pared.*

grueso y más tosco, componiéndose de cuatro filas de losas de arenisca gris. Estas últimas son algo más gruesas que las que preceden (en término medio de 5-6 centímetros), y a su vez están unidas por capas de arcilla y por bolas de la misma materia. Por encima de todo esto se alza el cuello de la cámara, que es vertical y mide de 20 a 25 centímetros de alto. En diversos sitios está formado con material diferente; a la derecha con arcilla, con pequeños materiales de piedra irregularmente amasados (1); en el centro (detrás de la pila) con varios bloques toscos revestidos de arcilla (2); por fin se observa todavía a la izquierda un largo bloque de arenisca de 19 centímetros de grueso (3).

Resulta, pues, que la cámara no termina en cúpula, sino

(1) Véanse lámina III y figura 17.
(2) Véanse láminas III y IV.
(3) Véase figura 17.

que por arriba permanece abierta; sus más altas hiladas enrasan con un saliente de 25 a 50 centímetros respecto a su base, cuya proyección está consignada en el plano de la planta del dolmen (lám. III).

La cubierta está formada por una losa de granito verdaderamente gigantesca y bastante llana en su cara inferior; tiene un espesor de 0,95 metros en la esquina izquierda de la cámara y llega hasta el principio del corredor, atravesándolo, en dirección transverso-oblicua, teniendo su cara más ancha una longitud de 3,60 metros.

b) El corredor.

Como muestra el plano (lám. III), desemboca el corredor, excavado por nosotros hasta 9,80 metros de longitud, no en el centro de la cámara, sino algo desviado hacia la derecha, particularidad debida seguramente a un error de cálculo al levantarse el monumento.

La anchura del corredor permanece en toda su largura esencialmente igual, y mide 1,30 metros; es muy probable fuera primitivamente su altura igual a la de la cámara (es decir, de unos 2,10 metros), ya que casi puede afirmarse como cosa segura que sólo más tarde, al derrumbarse paulatinamente la construcción, se han ido hundiendo las piedras de cubierta, situadas en la dirección de la antigua salida.

El suelo no ofrece ninguna clase de empedrado, estando formado solamente por arcilla compacta.

Los dos lados del corredor estuvieron primitivamente revestidos con cuidado en toda su longitud con mampostería, cuya porción inferior está bien conservada a derecha e izquierda hasta la altura de un metro (1) (y en algunos sitios aún más arriba), estando en cambio derrumbada y destruída en la porción superior.

Este revestimiento era igualmente de mampostería, con la diferencia de no alcanzar más de 40-50 centímetros de espesor,

(1) Véanse las figuras 19 y 20.

y a su vez estaba formado de capas alternantes de delgadas losas de piedra con otras tantas capas de arcilla, y unas y otras de bolas de arcilla en la superficie externa. A tanto llegó la coincidencia, que estas filas formaban la exacta continuación de las de la cámara, de donde se puede deducir que se colocó cada vez una sola fila de pequeñas losas a lo largo de todo el dolmen (tanto de la cámara como del corredor) antes de proceder a la estratificación de otra capa de arcilla y de otra fila de losas.

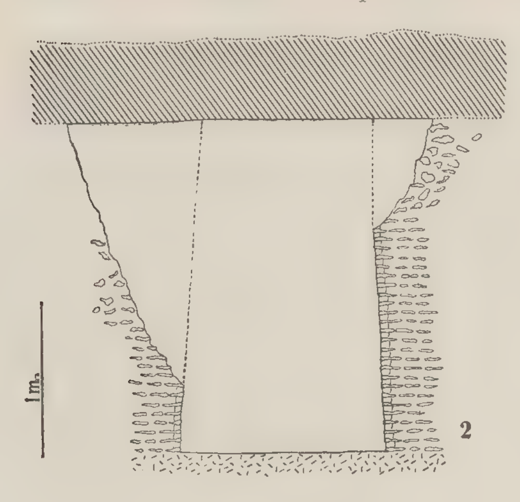


Fig. 19. *Dolmen de Matarrubilla. Corte transversal, número 2.*

(Véase la lámina III.)

Estos muros iban estrechándose desde el suelo (con 1,30 metros de anchura) oblicuamente hacia arriba, en donde el corredor tenía sólo una anchura de 1,10 metros, a juzgar por las huellas bien claras que se ven en las grandes losas de piedra del techo, de modo que el corte transversal ofrecía una forma ligeramente trapezoide (figuras 19 y 20).

La cubierta del dolmen está construída con losas de piedra muy grandes, todas ellas de arenisca, a excepción de la losa del techo de la cámara. Su espesor puede medirse en la mayoría de los casos en los encajes, como puede comprobarse asimismo su anchura con regularidad a lo largo del corredor. Por lo que respecta a la longitud de aquellas losas, no puede averiguarse, puesto que las mismas yacen transversalmente sobre el respaldo de los macizos, permaneciendo ocultas sus extremidades en el túmulo. Pero por estar las paredes laterales derrumbadas, par-

ticularmente en su porción superior, puede verse todavía un buen trozo de los bloques afuera del revestimiento del muro, pudiéndose observar de este modo por lo menos una porción mayor de las losas.

Sigue a la enorme losa granítica (número 1) que cubre la cámara (1), corredor afuera, y a la misma altura del suelo, una losa plana en su cara inferior (número 2), de 40 centímetros de espesor y 2,45 metros de anchura. La longitud perceptible es de 2,50 metros. (Véase el corte, figura 19).

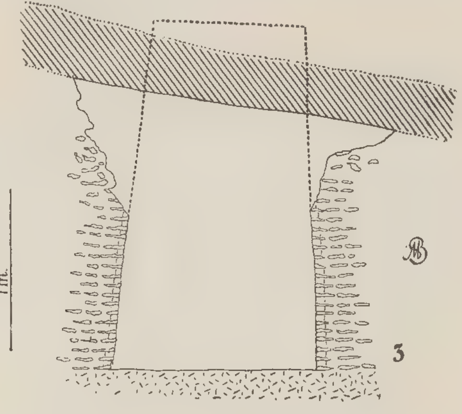


FIG. 20. *Dolmen de Matarrubilla. Corte transversal, número 3.*

(Véase la lámina III.)

Viene luego la tercera losa del techo, cuya cara inferior es muy tosca e irregular. Su espesor medio es de 50 centímetros, su anchura de 2,50 metros, su longitud visible de 2,30 metros. Por la presión de la tierra, la losa está quebrada a lo largo de la cara derecha, y su mitad izquierda se ha hundido un cuarto de metro, colgando suelta encima del corredor.

La cuarta losa, con cara inferior bastante convexa, está hundida oblicuamente, situada a la derecha sólo a 1,20 metros, a la izquierda a 1,65 metros del suelo. Espesor, próximamente, 45 centímetros; anchura, 1,20 metros; longitud visible, 1,30 metros.

Casi al mismo nivel, a 1,45 metros del suelo, hállase la quinta losa, a su vez situada horizontalmente. Anchura, 1,50 metros; longitud, 1,30 metros. ¿Espesor?

La losa sexta yace en posición algo transverso-oblicua encima del corredor a 1,70 metros de altura, en término medio.

(1) Véase página 49.

Anchura, 1,90 metros; longitud visible, 2 metros. ¿Espesor? (Véase corte, figura 20).

La séptima y última piedra de la cubierta, está casi totalmente derribada, a la vez en forma oblicua, de modo que llega casi hasta el suelo por su lado izquierdo. Longitud visible, 1,80 metros; espesor, 1 metro; anchura, cerca de 50 centímetros.

Este informe bloque cierra completamente el corredor de modo que ya no nos era posible, por razones de seguridad, el continuar los trabajos de excavación. Pero puesto que a la izquierda se encontraron todavía cinco grandes trozos de arenisca más, y en estado de derrumbamiento irregular, hay gran probabilidad de que estos bloques formaban el revestimiento externo de la antigua entrada, como una puerta algo más baja, de modo que el corredor no pasaría apenas de 10 metros de longitud.

A esto sólo tenemos que añadir que ninguna de las piedras de cubierta muestra huellas de aparejo o trabajo, sino que se trata sólo de piezas usadas en el mismo estado en que se encontraron en las canteras próximas, a veces con superficies de fractura toscas, otras veces más lisas; ya hicimos constar que sólo el inmenso bloque de granito de la cámara fué acarreado de una distancia de unos 20 kilómetros.

c) **La pila.**

El detalle más interesante del dolmen de Matarrubilla es la p i l a situada en la cámara y que representa una clase de «altar de piedra» inmenso, tal cual no ha sido aún encontrado hasta ahora en ningún monumento megalítico de España. (Véanse las láminas IV, V y la figura 17).

Consiste en un monolito de mármol tosco con venas negras y blancas, que recuerda mucho el «jaspón», en que están talladas, por ejemplo, las columnas del templo de Diana de Itálica (Santiponce, Museo provincial de Sevilla) (1).

(1) Sobre el origen de esta piedra nada determinado pudimos averiguar.

La forma general de esta pila es la de un rectángulo de una forma bastante regular, aunque no geométrica, y cuya longitud en el borde delantero superior es de 1,71 metros (en el borde trasero superior, hacia la pared, 1,72 metros); la anchura a la izquierda es de 1,20 metros; a la derecha de 1,25 metros, y su altura de 0,50 a 0,51 metros.

El trabajo que presentan las paredes externas es bastante tosco y desigual. Las cuatro esquinas superiores están bien talladas, las de la base mucho más toscamente y de modo incompleto.

En la superficie está entallada una depresión aproximadamente rectangular, cuya profundidad oscila entre 8 y 10,5 centímetros. A la izquierda queda un borde de 18 centímetros, a la derecha uno de 20 centímetros, delante uno de 16 centímetros, detrás uno de 18 centímetros de anchura. Mientras estos bordes superiores están alisados de un modo bastante fino, resulta de una ejecución relativamente tosca la depresión, y por lo tanto muestra una superficie ligeramente ondulada y áspera. Los surcos de la talla son cortos, poco agudos e irregulares, lo cual hace suponer desde luego el que fuera picada la depresión lenta y trabajosamente con martillos de piedra más que con herramientas de metal.

En la cara delantera, el bloque está partido próximamente por la mitad, y además se ha saltado desde tiempos antiguos un gran trozo de piedra en la parte inferior de esta hendidura; sin embargo no prosigue esta fractura hacia el centro de la masa.

La pila se halla casi exactamente en el centro de la cámara, sus esquinas traseras superiores tocan la perifería del círculo mural, la esquina delantera izquierda dista 0,54 metros y la derecha 0,57 metros de las paredes laterales; permanece, pues, libre delante de ella en dirección al corredor un espacio regular de 90-100 centímetros de anchura.

Puesto que el corredor, como ya se señaló, desemboca lateralmente en la cámara, tampoco se ve desde allí la pila en toda su longitud, sino que ésta queda algo tapada por el muro del corredor, detalle que se observa y marca también en la fotografía (lámina IV).

Hay que mencionar igualmente el que la pila marca hacia el lado izquierdo un ligero declive, no estando tampoco cortada arriba en dirección exactamente horizontal, de modo que adquieren cierta inclinación, particularmente la mitad derecha del borde posterior y la correspondiente esquina trasera derecha, como muy bien puede apreciarse en la lámina V.

Trataremos detalladamente del significado más probable y de la posible destinación de esta pila en el capítulo tercero de esta monografía; pero ahora vamos a enumerar brevemente en las siguientes líneas los hallazgos hechos en el interior del dolmen.

d) **Hallazgos hechos en el interior del dolmen.**

Es lástima que haya sufrido nuestro dolmen suerte idéntica a la de la gran mayoría de las construcciones megalíticas: el haber sido saqueado ya en la antigüedad. Este despojo y destrucción ha sido llevado a cabo de un modo tan radical y tan sistemático que sólo quedaron en el lugar restos tan escasos del antiguo contenido, y en estado tal de deterioro y fragmentación que ni aproximadamente permiten ya hacerse cargo de lo que fué el primitivo inventario y del lugar que ocupó dentro del recinto. Lo único que puede afirmarse de un modo positivo es que el monumento servía, sin duda alguna, de mausoleo, pues los varios restos esqueléticos humanos encontrados así lo atestiguan.

Por de pronto faltaban en la cámara toda clase de objetos mobiliarios, y en el corredor tan sólo se encontraron en dos sitios. Como ya queda mencionado, esta parte del monumento se había casi totalmente derrumbado y estaba en gran parte rellena casi hasta las losas del techo con arcilla y escombros pétreos, procedente todo ello muy especialmente de las desprendidas porciones superiores de las paredes laterales.

El primer sitio con objetos se encontraba debajo de la segunda gran losa de techo y ya más cerca de la tercera (1). Aquí fué donde hallamos próximamente a 1-1,50 metros de

(1) Véase figura 19.

altura sobre el antiguo piso e irregularmente dispersos en los escombros, los fragmentos de dos o a lo sumo de tres vasijas rojizo-amarillentas. Tienen un espesor medio de 5,5 a 6,5 milímetros y en parte están pintados y en parte sin pintar. En este último caso presentan zonas de estrías estrechas y anchas de color rojo obscuro que rodean la vasija. Su cuello es corto y apenas de 2 centímetros de alto; muy poco aparente es también el borde, que sólo está un poco arqueado hacia fuera.

Se trata evidentemente de productos de cerámica ibérica, de vasos sencillos de panza esférica o cilíndrica, tal como P. Bosch Gimpera los ha reconocido como típicos de la región andaluza, atribuyéndolos al siglo V-IV a. de J. C. (1). No nos equivocaremos, pues, al suponer que el dolmen fué probablemente visitado por última vez en aquella época, y que serían por tanto los Iberos los que ultimarían al menos el saqueo y la destrucción de su mobiliario funerario.

Más interés ofrecen los restos hallados en la parte inmediata al antiguo piso del corredor, los cuales hasta estaban parcialmente hollados y pisados en este suelo no empedrado. Desgraciadamente son muy escasos, consistiendo en doce fragmentos mayores y diez menores de dos vasijas, al menos, pues una parte de los cascos medía sólo 8 milímetros, la otra 10-12 milímetros de grueso. Su color es negruzco. Trátase de productos muy bastos, confeccionados sin torno, y de barro quebradizo ligeramente mezclado con arena fina. Los tabiques interno y externo están groseramente alisados, los escasos bordes tienen sólo un resalte mínimo. Carecen de toda ornamentación. Aunque no sea posible hacer una deducción aproximada de la forma total de las vasijas, podemos, sin embargo, figurárnoslas en general de tamaño bastante grande, de panza amplia y sin relieve detallado.

Inmediatos a estos restos de vasija yacían algunos pocos restos esqueléticos humanos, que tampoco estaban *in situ* seguramente, pudiéndose apreciar:

(1) P. Bosch Gimpera, El problema de la cerámica ibérica.—Comisión de investigaciones paleontológicas y prehistóricas. Memoria núm. 7.—Madrid, 1915.

1 cabeza del fémur con su cuello, de tamaño pequeño;
1 calcáneo;
1 vértebra torácica (incompleta);
3 fragmentos de costillas;
4 pedazos de huesos largos.

Una segunda «zona de hallazgos» se nos presentó debajo de las losas del techo números 5 y 6. Aquí, e igualmente inmediato a la primitiva superficie del corredor, dimos con cuatro fragmentos mayores y cinco menores de una vasija más bien gruesa y de otra más delgada, basta y de color negro, que coincidían completamente con las urnas de la base arriba descritas. También aquí yacían junto a ellas diversos restos humanos revueltos y fracturados, representando:

Varios fragmentos de huesos craneanos;
1 cabeza rota del húmero;
1 extremidad distal del cúbito;
2 huesos metacarpianos;
5 fragmentos de costillas;
1 fragmento de vértebra lumbar;
Varios fragmentos del pelvis;
1 cabeza de fémur con su cuello, de tamaño grande;
1 fragmento de fémur con el trocánter mayor;
2 extremidades superiores de la tibia;
Varios pedazos indeterminables de huesos largos.

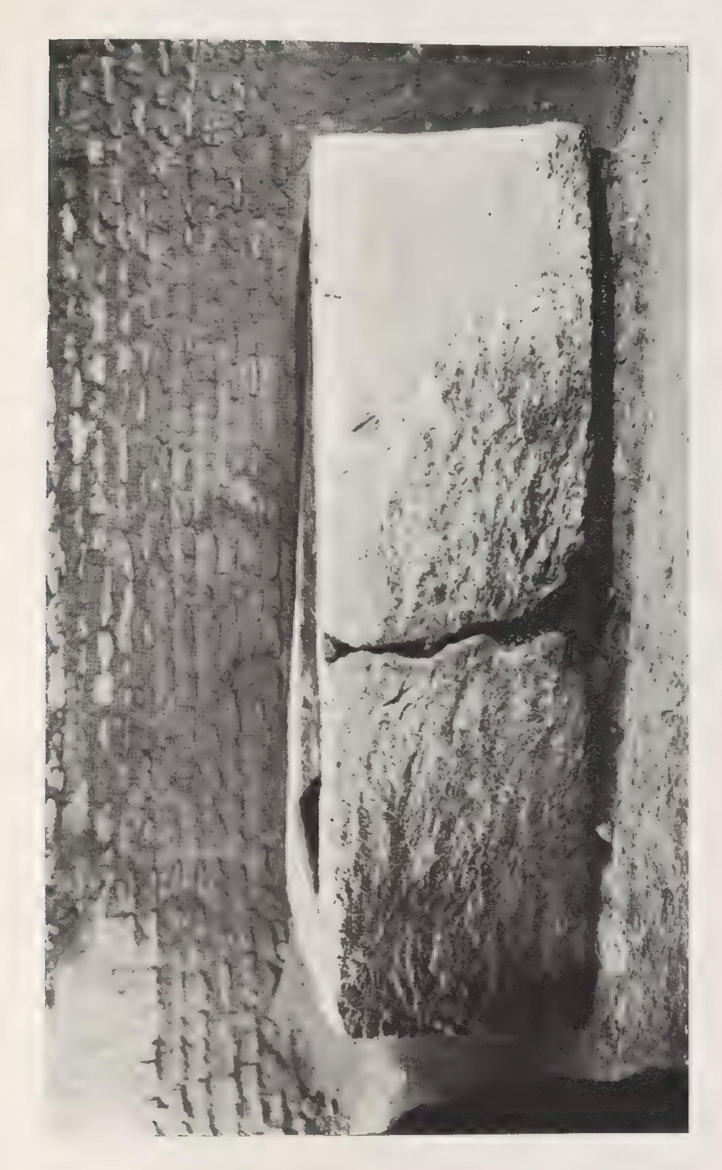
Fig. 21. *Fragmento de un brazalete de marfil encontrado en el Dolmen de Matarrubilla.*
[Tamaño natural.]

En medio de estos huesos se encontró un fragmento de un brazalete de marfil, teniendo el segmento de la ajorca 11 milímetros de anchura y 9 milímetros de grueso; los bordes eran angulosos y no redondeados. (Figura 21).

A esto hay que añadir 16 ejemplares de *Helix nemoralis* que se hallaban en el mismo nivel profundo, y que están muy descoloridas. Coinciden plenamente con la misma especie que suele vivir todavía en la misma región, en los olivares, pero no en los viñedos.

Por fin encontráronse también algunos huesos de conejos (*Lepus cuniculus*), probablemente restos de animales que habían vivido en el dolmen mismo.

Todos estos hallazgos menudos no permiten, atendida su escasez, hacer ninguna deducción aproximada respecto al contenido primitivo del dolmen. Los pocos restos humanos permiten afirmar seguramente la existencia de dos esqueletos, por lo menos, puesto que las dos cabezas de fémur encontradas se diferencian esencialmente desde el punto de vista anatómico, y por tanto no pueden haber pertenecido a un mismo individuo.



Dolmen de Matarrubilla: Pila de la cámara sepulcral.

[Véanse las láminas III y IV]

CAPITULO III

PILAS Y OTROS RECIPIENTES DOLMENICOS

(Estudio comparativo)

Como se deduce de lo expuesto por nosotros en los capítulos precedentes, representa el dolmen de Matarrubilla un ejemplo típico de los dólmenes de cúpula pertenecientes a la Edad del cobre (eneolítico), monumentos que hay que clasificar aproximadamente entre 3000 a 2500 a. J. C.

Aunque violado desde tiempos muy antiguos, contenía, no obstante, en su interior un objeto de eminente interés arqueológico; aludimos a la gran pila pétrea en el centro de la cámara, que hemos descrito detalladamente en las páginas 52 a 54, y que reproducimos aquí también en una fotografía especial (lámina V). [Véanse además las láminas III y IV y la figura 17].

Es de suponer fuera acarreada esta pila al hipogeo mediante rodillos, después de la terminación del dolmen. Y sin duda tiene la misma edad que éste, pues está adaptada a la cámara de un modo absolutamente armónico. Si hubiese sido colocada más tarde en aquel monumento, habríase llevado a efecto tal acarreo durante la edad del bronce, ya que el corredor se derrumbó, como ya indicamos en la página 55, en su mayor parte durante la época ibérica, y que entonces también fué definitivamente saqueado. Pero no se impone ni el menor argumento para sostener semejante suposición, pues a más de que los artífices de la edad del bronce no acostumbraban metamorfosear dólmenes en «templos con gigantescos altares», hubieran dejado por lo menos algunas huellas de semejante

ocupación, más reciente, y éstas faltan completamente (1).

Es de gran importancia el que cierto, aunque pequeño número de otros dólmenes, contenía mobiliario de piedras mayores muy emparentado con nuestra «pila». Con esto queda establecida otra prueba más de que no erramos al atribuir esta pila a la época de la construcción del dolmen en cuestión, y de que objetos de piedra de esta clase podían formar bajo ciertas circunstancias un carácter integral para dólmenes de la edad neolítica o eneolítica. Por esta causa no necesitamos insistir especialmente en que excluímos desde luego de este capítulo comparativo todas las construcciones más recientes del mundo antiguo del Mediterráneo.

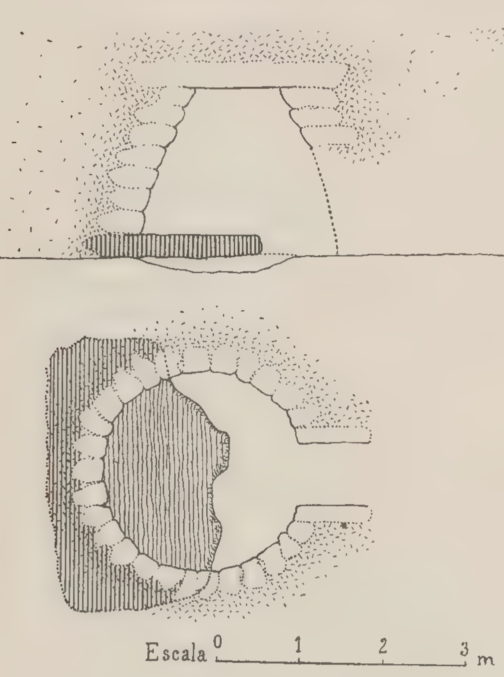


Fig. 22. *Cueva del Romeral (Antequera). Sección vertical y planta de la cámara posterior.*

[Véase figura 10.]

Al fijarnos primero en España misma, no conocemos ningún caso en que se hubiese encontrado en dolmen alguno una análoga «mesa» alta. Sin embargo, cabe aquí, por lo menos tomándolo en sentido más amplio, compararla con una losa

(1) Recordaremos que el dolmen contenía, al lado de restos esqueléticos, fragmentos de cerámica primitiva y un trozo de marfil, objeto particularmente típico dentro del inventario del Eneolítico de Andalucía; por lo demás no había sino restos de vasos ibéricos (página 55).

rocosa que se halla en el dolmen del Romeral, cerca de Antequera, y del que hemos hablado breves palabras en el capítulo I (página 30). En éste yace en el suelo de la segunda cámara posterior una gran losa de 20 a 25 centímetros de espesor, que no puede haber servido para el empedrado del suelo, pues descansa en nivel elevado sobre este último. Ocupa toda la mitad posterior del camarín sepulcral y está irregularmente perfilada en su borde visible anterior (figura 22). Su mayor anchura (visible) es de más de 2 metros, su profundidad de 1,30 metros; no podemos indicar otras medidas más, pues una buena porción de la superficie de la piedra está tapada por el anillo de piedras que forma la base de la cúpula falsa de la cámara, y que está colocado en parte encima de esta losa, que sirve de cimiento inmediato. Haremos aún constar que la losa es muy plana, siendo pues de interpretar como «mesa» muy baja, que serviría probablemente para depositar los cadáveres o el mobiliario funerario (1).

Análogas losas bajas vuelven a encontrarse repetidas veces en el interior de dólmenes de Portugal, y de las que queremos enumerar aquí por lo menos dos ejemplos, según S. Ph. M. Estacio da Veiga (2).

FIG. 23. *Dolmen de Marcella, [Algarve; Portugal], con «losas sepulcrales» (A y B).* Escala, 1 : 100.
Según *Estacio da Veiga.*

El primero se trata del dolmen de Marcella, cerca de Cacella (Algarve), a 13 kilómetros de la orilla derecha del Guadiana. Es este monumento un típico dolmen de corredor, compuesto de tres cuerpos (figura 23); en

(1) Conste también en este lugar mi agradecimiento más sincero que debo al Sr. Otto Baldes (Antequera) por el esbozo que me proporcionó y que está reproducido en la figura 22.

(2) S. Ph. M. Estacio da Veiga.—Paleoethnologia. Antiguidades monumentães de Algarve. Vol. I. Lisboa, 1886. [Dolmen de Marcella: página 257; Dolmen de Arrife: página 285. Láminas XII y XXVII.]

la entrada hay primero un atrio de planta trapezoidal, separado por un corredor rectangular de la cámara, que tiene una segunda boca corta y de bien perfilado corte horizontal. Tiene 10,7 metros de longitud total. La cámara consiste en losas perpendicularmente levantadas, y en su centro había una losa de caliza próximamente circular (A) y sobre esta losa había algunos huesos humanos, una urna pequeña de tierra con lascas de sílex y unos fragmentos de cuchillos de sílex acompañados de algunas puntas de flecha con aletas largas.



FIG. 24. *Dolmen de Arrife* [*Algarve; Portugal*], *con «losa sepulcral» (A).*
Escala, 1 : 100.
Según *Estacio da Veiga.*

A la izquierda de esta losa un sector de la cámara estaba dividido en tres pequeños compartimientos formados por piedras gruesas poco elevadas. En el del Poniente había otra losa tosca (B), sobre la que yacían algunos huesos humanos, existiendo además en la superficie de la piedra una urna casi entera y fragmentos de otras, así como pedazos de cuchillos de sílex, una punta de flecha, dos núcleos de cristal de roca, una gran placa de pizarra fracturada con orificio y grabados geométricos en ambas caras, un hacha de pizarra anfibólica, conchas de moluscos marinos, aunque en cantidad muy exigua, dos grandes pedazos de cinabrio y un pedazo de hematita vermellón.

Desgraciadamente había sido saqueado el dolmen ya desde antiquísimos tiempos, y todos los hallazgos se presentaban en un estado de mezcla desordenada. Pero en todo caso indican estos restos arqueológicos que en aquel sitio existía primitivamente un antiguo ajuar del eneolítico, permaneciendo dudoso e indeciso si los objetos colocados en las losas A y B se hallaban aún *in situ* o si habían sido reunidos allí sólo casualmente por los buscadores de tesoros.

Bastante cerca del hipogeo ahora descrito, hállase el Dol-

men de Arrife (figura 24), casi enteramente destruido hoy. El suelo de la cámara, que tiene unos 4 metros aproximadamente de diámetro, está empedrado con piedra menuda, ro-

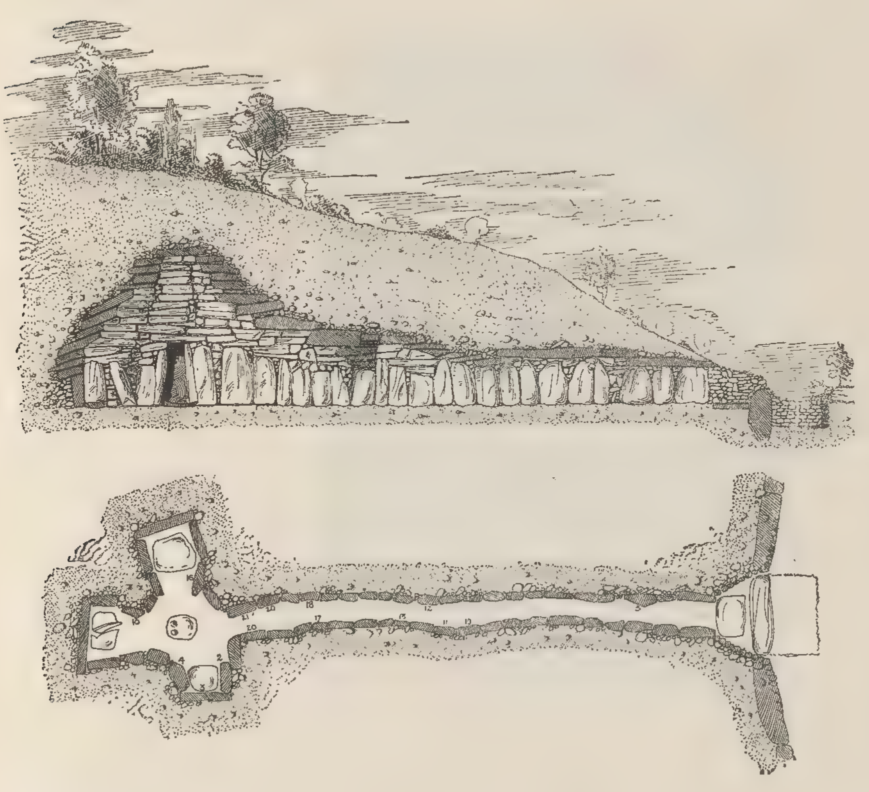


Fig. 25. *Dolmen de New-Grange (Irlanda).*
Según *G. Coffey.*

deando hacia el lado SW. una losa de pizarra (A) rectangular, de 0,90 metros de largo y 0,60 metros de ancho, y encima de la cual yacían algunos huesos, pedazos de lanza, una punta de flecha de sílex y una lasca de hueso, atravesada por un orificio y terminada en punta, dejando entrever este conjunto que sobre aquella superficie habíanse depositado algunas reliquias humanas.

En todo caso se presenta la losa de piedra de este monumento ya como siendo de dimensiones respetables, y seguramente no yerra ESTACIO DA VEIGA al suponer que debe de haber servido de sustentáculo por lo menos de una parte del contenido sepulcral.

FIG. 26. *Dolmen de New Grange. Anejo izquierdo (occidental), con «cuenco sepulcral».* Según *G. Coffey.*

Por lo que respecta a Francia, no hemos podido averiguar, en la bibliografía de que disponíamos, hallazgos relativos a este asunto, pero sí, por lo que respecta a Irlanda, en la cual están comprobadas, en una serie de cámaras dolménicas, piedras notables, muy planas y anchas, en forma de cuencos, que encierran una indiscutible analogía con la pila de Matarrubilla y con las losas planas de piedra de otros dólmenes de la Península ibérica.

La necrópolis dolménica más importante de Irlanda hállase a unos 8 kilómetros al W. de Drogheda (condado de Meath) y comprende en primer término los dólmenes de Knowth, Dowth y New Grange.

El dolmen de New Grange (1) es el más consi-

(1) GEORGE COFFEY, New Grange (Brugh Na Boinne) and other incised tumuli in Ireland.—Dublin, 1912.
OSKAR MONTELIUS, Der Orient und Europa.—Stockholm, 1899.

derable de todo el grupo, estando construído en el interior de un túmulo de unos 20 metros de altura y 93 metros de diámetro, y habiendo estado circundado antaño por un círculo de monolitos.

En su estado actual tiene el corredor aproximadamente unos 12 metros de largo, en término medio 1,80 metros de alto y 0,90 metros de ancho (figura 25). A medida que adelanta uno hacia el interior elévase considerablemente el techo, formado por losas enormes, y se transforma en una cámara de cúpula casi cónica de 6 metros de altura, constituída por gruesos bloques de piedras dispuestas horizontalmente. La cripta prolóngase aún algunos metros más allá del centro de la bóveda y forma a derecha e izquierda dos cámaras laterales de profundidad desigual.

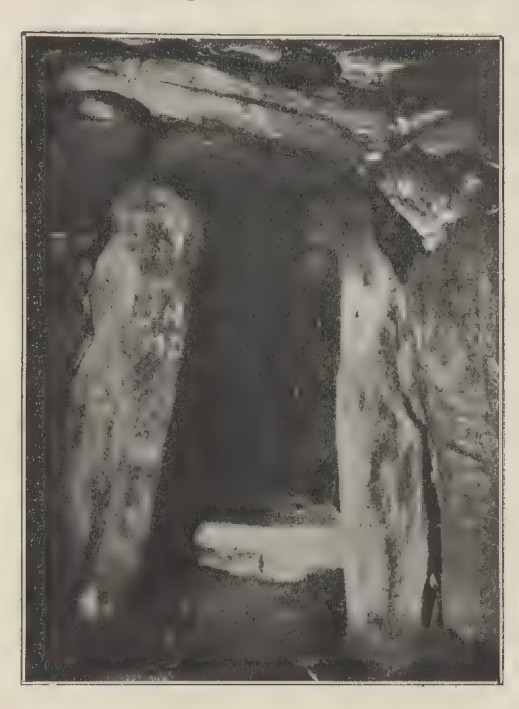


FIG. 27. *Dolmen de New Grange.*
Anejo derecho (oriental), con «cuenco sepulcral».
Según *G. Coffey.*

Varias piedras del monumento muestran ornamentaciones esculpidas generalmente en forma de espirales; lo que particularmente nos interesa, son varios grandes cuencos de piedra de forma más o menos oval, de en término medio 1,10 metros de largo, 0,90 metros de ancho y 0,15-0,23 metros de hondo. De ellos se hace mención ya en el primer relato que existe sobre el dolmen del año 1699.

El primero de estos cuencos de piedra hállase en el anejo izquierdo (occidental) y es de forma toscamente ovoide y bastante profundamente cavado (figura 26). El cuenco del anejo mediano (septentrional), es aproximadamente rectangular, muy plano y muy deteriorado (y algo visible en el fondo de la figura 28). El tercer cuenco hállase en el anejo derecho oriental; a su vez es más o menos rectangular, pero cavado ovalmente, aunque no está muy hondo (figura 27).



Fig. 28. *Dolmen de New Grange.*
Anejo posterior (septentrional) y parte central, con sus respectivos «cuencos sepulcrales».
[Véasé fig. 25.] Según *G. Coffey.*

Una cuarta escudilla, casi circular y de cavidad bastante profunda, está colocada hoy en día en el centro de la cámara principal (figura 28). Pero antaño hallábase también en la cámara oriental, donde reposaba encima del cuenco visible aún hoy allí, y de donde fué llevada sólo hace relativamente poco tiempo a la cámara central.

En cuanto a la destinación de estos cuencos de piedra, no osaron expresarse sobre ello los diferentes autores antiguos; G. Coffey, en cambio, se aproxima de seguro mucho a la verdad al interpretarlos como «rudes sarcophagus».

Está situado cerca de New Grange el Dolmen de Dowth. Hállase en la circunferencia occidental de una co-

lina considerable (túmulo), y tiene un corredor de 8,5 metros de longitud que conduce a una cámara con cúpula. De esta cámara irradian también anejos laterales, de los cuales el meridional derecho se prolonga en largo brazo con doble cámara al extremo (figura 29).

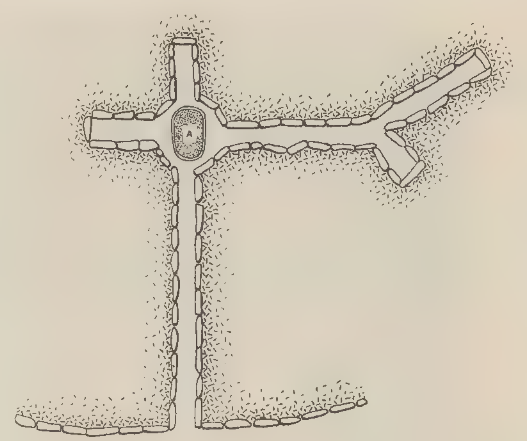


Fig. 29. *Dolmen del túmulo de Dowth (Irlanda), con «cuenco sepulcral» (A).*

Según *James Fergusson.*

En el centro de la cámara principal, existía, según el relato de la Comisión de la Real Academia de Irlanda (1847), un amplio cuenco de piedra de la misma forma y destino que los de New Grange, pero mayor, pues medía más de 1,50 por 0,90 metros.

Otra necrópolis de túmulos («cairns»), con dólmenes en su interior, hállase en Lough-Crew, al NW. de Dublin, a unos 3 kilómetros al SE. de Oldcastle. En uno de estos «cairns», en el número L, hállase colocada, otra vez en el centro, un gran cuenco plano, bien tallado, de 1,75 metros de largo y 0,95 metros de ancho (figura 30) (1). Un segundo cuenco análogo yace en una de las cámaras laterales dispuestas en forma de cruz, como en New Grange. Debajo de este cuenco fueron encontradas grandes cantidades de huesos humanos, algunos objetos de lignito y una bola de sienita enteramente redonda.

Cuencos análogos fueron hallados también en otros túmulos de Irlanda, y sólo mencionaremos aquí el Dolmen de Sleive-Na-Calligha, cuyo centro está ocupado por

---

(1) James Fergusson.—Rude Stone Monuments in all countries.—London, 1872.

una gran piedra excavada de aspecto poco profundo y de forma alargada, pero de extremidades redondeadas (1).

Nos encontramos, pues, con una serie de monumentos me-



FIG. 30. *Cámara del Dolmen «número L», en Lough-Crew (Irlanda).* Según *James Fergusson.*

galíticos que en la mayoría de los casos son dólmenes de cúpula de la edad eneolítica, con grandes objetos de piedra misteriosos, a los que debía incumbir en aquella época un importante papel, pues siempre ocupan el mejor lugar, sea en el centro de la cámara principal, sea en los anejos laterales. En el Norte de Europa muestran siempre la forma de cuencos planos, en el Suroeste de nuestro continente, en la Península ibérica, la de losas de piedra lisas, excepto la pila de Matarrubilla, que es alta y arriba cuidadosamente ahondada.

No obstante la diversidad de la forma, estamos evidente-

(1) J. SIMPSON.—On ancient sculpturing of cups and concentric rings.—«Proceedings of the Society of Antiquaries of Scotland». 18. Session. 1864-65. Tomo VI. Apéndice [lámina XXVIII, núm. 4].

mente en presencia de objetos de una sola familia, y que son «recipientes» destinados a recibir objetos que no se quería colocar encima del suelo. Es claro que en estos casos no se trata

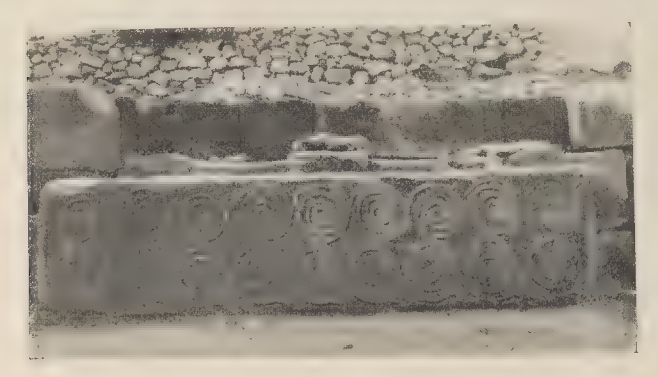


Fig. 31. *Pila del «Templo neolítico» de Hal-Tarxien (Isla de Malta).* Según *T. Zammit.*

de «altares» destinados al culto, y por lo tanto a recibir ofrendas con la frecuencia correspondiente á aquél, pues hoy ya no se pueden abrigar dudas acerca del hecho de que los dólmenes eran sepulcros, y que no tienen nada que ver con los lugares del culto propiamente dichos. Tampoco es fácil admitir el que se haya ofrendado a los difuntos encima de estas piedras en los intervalos de los enterramientos sucesivos, pues seguramente se evitó en lo posible el penetrar en los dólmenes con sus cadáveres en estado de descomposición. Llegamos por lo tanto a la suposición de que en estas piedras fué colocado quizás el ajuar funerario para los muertos sepultados en el mausoleo. Esto no excluye que estos recipientes fueran verdaderos «pudrideros», donde se pondrían en algún caso los cadáveres mismos de eminentes personalidades, o bien sirvieran de depósitos por lo menos para los restos esqueléticos al haber acabado su obra la descomposición.

La contestación definitiva a esta cuestión será tan sólo posible en el caso de que se encontrase una vez un dolmen de esta clase con el contenido aún intacto, suerte que tampoco nosotros hemos tenido en Matarrubilla.

Si se buscan otros paralelos, encontraríamos éstos tan sólo más al Oriente, en la aldea Tarxien, en la isla de Malta. Aquí descubrió T. ZAMMIT (1) los fundamentos de un templo eneolítico con varias pilas esculpidas con adornos espirales (figura 31). Por su aspecto exterior están estrechamente emparentadas con nuestra pila, y a la vez aproximadamente de la misma edad. Nos es permitido, por tanto, suponer el que estos monumentos de Malta hayan servido por lo menos de motivo y de prototipo para los artífices de nuestra pila de Andalucía, hipótesis que aparece como muy probable y que se discutirá en el siguiente capítulo.

(1) T. ZAMMIT.—The Hal-Tarxien Neolithic Temple, Malta.—«Archaeologia». Tomo LXVII.—Oxford, 1916 (páginas 127-144).

CAPITULO IV

LAS RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y EL ORIENTE DURANTE LA FASE DOLMENICA

No podemos poner término a esta monografía sin abordar rápidamente el problema del origen de la arquitectura dolménica. Con la mayoría de los especialistas, somos de parecer que dichos monumentos, por lo que respecta al Asia Occidental, al Norte de Africa y a Europa, proceden de una sola cuna común, la cual, naturalmente, desde el punto de vista geográfico, no debe circunscribirse de un modo exclusivo y riguroso (1).

Es conocida la existencia de una escuela, representada principalmente por Oskar Montelius, Sophus Müller, J. Déchelette y mi maestro, Moriz Hörnes, los cuales consideran los monumentos megalíticos del Occidente y Norte de Europa como reproducciones groseras de monumentos similares del Oriente, y sitúan por tanto su patria en la región oriental del Mediterráneo. A estos «orientalistas» se opone un grupo de «occidentalistas», compuesto particularmente por Mattäus Much, Karl Penka, Salomon Reinach, los cuales conciben, al contrario, las construcciones dolménicas de Europa como los primitivos modelos de la arquitectura análoga del Oriente.

Sin detenernos más en los numerosos representantes de ambas «escuelas», y en las no escasas variantes de sus opiniones, nos contentaremos con señalar que, a juicio de los «occidentalistas», no es posible buscar el origen de estos monumentos en

(1) Véase capítulo I, página 5.

Oriente, porque en este último los modelos de los tipos más antiguos (es decir, del dolmen primitivo) son casi totalmente desconocidos, y además porque también los tipos más evolucionados del mismo (es decir, dólmenes de cúpula) son, sin duda alguna, más antiguos en Europa que los monumentos perfeccionados de cúpula de Oriente.

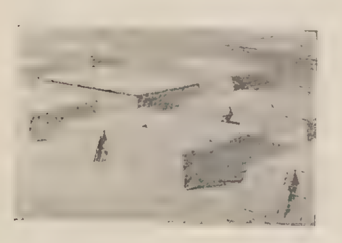


Fig. 32. *Mastabas de la necrópolis de Gizeh.*

Recomposición de *Chipiez.*

En primer lugar, por lo que se refiere al dolmen primitivo, hay que rechazar semejante afirmación, pues los hay indudablemente en Siria, Alto Egipto y corrientemente en el Norte de Africa. Junto a ellos se encuentran además sepulcros tallados en la roca, de un tipo muy análogo. Si se analizan, por otra parte, las construcciones del antiguo Egipto, nos encontramos en la época thinita (la cual colocan los modernos egiptólogos hacia 5000-4000 a. de J. C.), con fortalezas en forma de vastos paralelogramos, de adobes, y con sepulcros rectangulares de ladrillo cimentado, cuya entrada se clausuraba totalmente después del sepelio para proteger al muerto contra las violencias del hombre y del tiempo. (Tumbas de Negadah.) Con la época menfita (hacia 3800-3000 a. J. C.) hacen su aparición las «mastabas», construcciones bajas y cuadradas, con las paredes exteriores inclinadas y con tejado en terraza, en su mayor parte hechas con piedras de talla o pequeña piedra sin labrar. (Tumbas de Gizeh, figuras 32 y 33). Una imitación grosera y reducida de las mismas nos la da nuevamente un «dolmen» con las losas laterales inclinadas y techo llano, con la sola diferencia que esas mastabas se presentan como edificios libres y visibles (1), mientras el primitivo dolmen siempre se edificaba más o menos resguardado en el interior de un túmulo.

Si consideramos la extensión geográfica de los dólmenes

(1) Aunque igualmente con una cámara sepulcral subterránea

sencillos en Europa, los encontramos en el Norte, exclusivamente limitados a la zona litoral, hecho que pugna contra la idea de fijar aquí el verdadero foco de su origen y propagación. La misma afirmación puede hacerse extensiva a la Europa occidental; España se ofrece igualmente desprovista de dólmenes en su interior (véase el mapa, figura 1), y en su lugar se encuentran sepulturas neolíticas del tipo corriente «indoeuropeo», las cuales, en forma de fosas, silos, etc., penetran también en las zonas dolménicas (Andalucía, Cataluña, etc.) como testigos de una cultura «indígena» mucho más extendida. No hallo, pues, aquí más que en Francia (que representa evidentemente una zona intermedia), la patria de los dólmenes, la cual hay que buscar, con la escuela orientalista, en Oriente.



FIG. 33. *Sección vertical de una Mastaba de Gizeh, con sus pozos sepulcrales.*
Según *A. Lepsius.*

No puede decirse en contra de esta opinión que estos dólmenes sencillos todavía pertenecen al Neolítico puro, es decir, a una edad en la que la materia más importante de transacción que puso en comunicación al Oriente con el Occidente, los metales, aún estaban inexplotados. Es cierto que el comercio sistemático y en gran escala del Oriente apareció primeramente con la edad del cobre, pero ya con un desarrollo y una intensidad tales que necesariamente suponen que los comerciantes del Eneolítico ya anteriormente habían encontrado establecidas relaciones más antiguas y rudimentarias, que volvieron a anudar y llevaron a un grado incomparablemente mayor.

No es en modo alguno «fantástico» el conjeturar con L. SIRET que España ya durante el Neolítico ha exportado, juntamente con esclavos, oro, etc., el mismo cobre bruto, a sus próximos vecinos del Africa, sin utilizar ella misma estas riquezas metalúrgicas. Desde aquí este primer «comercio» se prolongaba por etapas cortas, a lo largo de la costa africana, hasta el Este del Mediterráneo, siendo alentado y mantenido por el Oriente, donde está demostrado que ya desde el quinto milenario antes

de J. C. se trabajaba el cobre, el cual en la atrasada Europa se benefició por primera vez solamente unos 3000 años a. de J. C.; «retrasos» que por lo demás volvieron a producirse respecto al bronce y al hierro (1).

Un desarrollo parecido del comercio «por cortas etapas» puede también señalarse en época muy reciente (v. g., comercio de maderas preciosas, del interior del Brasil, de marfil y caucho del centro de Africa), en el cual los productos exportados no tienen más valor para el productor indígena que el obtener otras mercancías por él deseadas de sus vecinos, quedando totalmente desconocidas para el primer comerciante el destino y uso del producto.

A esto debe añadirse que la distancia entre el Sudoeste de Europa y el Egipto no es extraordinaria y podía tanto más fácilmente salvarse cuanto que se disponía de una navegación costera segura.

Nos sumamos, por tanto, francamente a la opinión de que *la idea de los dólmenes sencillos ha surgido en Oriente, y lentamente, siguiendo el camino marítimo, ha emigrado al Occidente.*

Para comprender la propagación de estas construcciones desde *España* a Francia, Inglaterra, etc., basta la existencia real y cierta *de relaciones comerciales puramente regionales* (con esclavos, sílex, armas e instrumentos de piedras exóticas, calais, ámbar, etc.), sin que hayan sido necesarios para éstas el cobre u otros metales.

Mientras los grandes y antiguos centros de cultura del *Oriente* se detuvieron un tiempo relativamente corto en estas o semejantes construcciones sencillas y primitivas, y pasaron con rápido avance a una gran arquitectura sepulcral, todo el progreso arquitectónico de la «atrasada» *Europa* se limitó al «dolmen», y a él quedó reducido. Así, en *una evolución puramente regional*, surgieron *dólme-*

(1) No hay que dar, por tanto, importancia a la objeción de que los dólmenes del Norte, que sólo contienen un ajuar de piedras pulimentadas, deban por eso mismo ser más antiguos que los del Sur, que ya encierran metales.

nes más perfeccionados de corredor o galerías cubiertas, los cuales, por el motivo señalado, no podrían ofrecer ningún interés para el Oriente, y por tanto quedaron localizados en el Occidente y Norte de Europa (1).

Se presentan, finalmente, los dólmenes eneolíticos (2), entre los cuales citamos principalmente los dólmenes de formas monumentales (con cámaras laterales, con planta en forma de cruz o de figuras todavía más complicadas). Tienen sus raíces indiscutiblemente en las formas más antiguas, con las cuales los unen toda clase de transiciones. Pero mientras en su estructura general han procedido orgánicamente de las formas más antiguas, encierran, como nuevo elemento la complicada disposición de la planta y muchas veces la llamada «cúpula falsa». Se plantea ahora la cuestión de si los prototipos de estos nuevos elementos han de buscarse también en Oriente o si su invención, especialmente la de la cúpula, no ha podido realizarse en la misma Europa.

Esta última tesis no debe rehusarse de un modo absoluto. Ya ARTHUR EVANS ha demostrado que las sepulturas del «early Minoan» de Creta (3000-2000 a. de J. C.) están formadas en parte por construcciones redondas subterráneas, las cuales han podido ser perfectamente predecesoras de las construcciones de cúpula. Según H. BULLE existe respecto a estas últimas un modelo todavía más antiguo, en el mismo continente griego, bajo la forma de las construcciones circulares de Orchómenos (3).

Aquí se observa un estrato inferior con cimientos de piedra, sobre el cual se levanta una cúpula, la cual está formada de ladrillos de barro sin cocer. Del mismo modo se podría, a nuestro juicio, pensar, respecto a España, en prototipos directos indígenas. Las modernas «cabañas» de pastores que se encuentran en varias provincias (Castellón, Palencia, etc.) constan de

---

(1) España, Francia, Inglaterra, Irlanda, Holanda, Norte de Alemania, Dinamarca y Sur de Suecia.

(2) Véase página 14, «grupo C».

(3) H. BULLE, Orchómenos. Tomo I: Die älteren Ansiedlungsschichten. München, 1907.

una primitiva construcción de cúpula de piedras saledizas que recuerdan fuertemente las cámaras redondas dolménicas del Eneolítico, y parecen efectivamente de origen muy antiguo. Sin embargo, no creemos que los antiguos dólmenes de cúpula se relacionen con semejantes construcciones rústicas. Pues en este caso no podría explicarse bien que estos dólmenes apareciesen solamente en regiones muy limitadas.

Damos como conocido el hecho que los tipos (a) y (b), posteriormente descritos, aparecen de hecho y con frecuencia en combinación directa; pero no juzgamos por ello menos útil señalarlos separadamente.

a) Distribución de dólmenes de corredor, de dimensiones monumentales.

S. y SW. de la Península Ibérica (1).

Francia: Provenza y la zona septentrional (principalmente Bretaña y Normandía).

Gran Bretaña (zonas limitadas de Inglaterra y de Escocia; Irlanda).

S. de Suecia (raros ejemplares).

b) Distribución de dólmenes de cúpula.

S. y SW. de la Península Ibérica (2).

Francia: Provenza (centro de Fontvieille, cerca de Arles); Gard (región de Uzès); Bretaña; Calvados (3).

Inglaterra. (principalmente la zona SW: Stoney Littleton, Uley, etc.) Escocia (región de Caithness).

Irlanda.

(1) En la mayoría de los casos directamente combinados con cúpulas.
(2) Véase el mapa (figura 14).
(3) Es de verdadero interés el que estos edificios de cúpula, *mutatis mutandis*, perduran en esta región hasta la primera fase de la época del bronce, y asimismo que están formados en parte con piedras secas, constituyendo hiladas regulares. Sin embargo aún se encuentran en las más antiguas sepulturas de esta clase vasos campaniformes. (Véase J. DÉCHELETTE, Manuel d'Archéologie. Tomo II. París, 1910; especialmente la figura 42, página 144.)

De esta lista resulta claramente que estos dólmenes monumentales están geográficamente todavía mucho más limitados y circunscritos a pequeñas regiones que los dólmenes sencillos más antiguos, fenómeno que no sucedería en caso de proceder del W. o N. de Europa. Su limitada difusión declara su origen extranjero, y esta opinión se impone con más fuerza si se considera la potente e íntima concordancia de estos pequeños centros entre sí, no obstante sus grandes distancias geográficas. Nos referimos en este puntos, sobre todo a los notables dibujos en espirales de la galería cubierta de Gavrinis (término municipal de Baden, Morbihan; Bretaña), frente a los cuales sólo pueden ponerse directamente en parangón algunos dólmenes de Irlanda (New Grange; Lough Crew) y las pilas del templo eneolítico de Tarxien en la isla de Malta (1).

Opinamos, por tanto, con la escuela orientalista, que los dólmenes de cúpula se han inspirado igualmente en Oriente, el cual en la época de estas construcciones adelantadas ya sostenía con España relaciones comerciales más o menos directas, lo que en breve reseñaremos rápidamente.

No se deduce de ningún modo de lo dicho que debamos encontrar en Oriente precisamente «dólmenes de cúpula». Basta que la idea y la técnica de la cúpula sea conocida en aquellos países en esta época (2); en Occidente sólo podía, a falta de otra arquitectura, encontrar aplicación en las cámaras de los dólmenes, y por tanto inauguró el tipo eneolítico que nos es conocido.

Esta concepción de la palabra «Oriente» no debe tomarse de un modo unilateral ni riguroso, y es todavía más expuesto a error el proceder de ciertos «orientalistas» respecto a la determinación de las épocas, que pueden abarcar aproximadamente desde 2500 hasta 4, ó 5 mil años a. de J. C., al citar nombres determinados de pueblos, lo que ocasiona anacronismos sumamente erróneos (3). No procede, como

(1) Véanse las figuras 30 y 31.

(2) Véanse las bóvedas de ladrillo seco hacia el fin de la época menfita y las cámaras abovedadas de las «mastabas—pirámides» de Abydos, etc.

(3) Si nosotros citamos repetidamente en este capítulo a Egipto, lo hacemos con la mira de ofrecer concretamente ejemplos positivos del antiguo «Oriente».

lo ha hecho L. SIRET (1), poner en relación con el Eneolítico español (3000-2500 a. J. C.) a los Fenicios, pues éstos se presentan por primera vez como pueblo histórico hacia 1100 antes de J. C. Tampoco procede identificar con los «comerciantes» de la edad del cobre a los «egeos», «cretenses» y en general gente «micénica» del segundo milenario, como han opinado AD. SCHULTEN, PIERRE PARIS y otros muchos, sino que debemos designarlos por el momento como «anónimos», procedentes del «Este», en el más amplio sentido de esta palabra.

Aparecen efectivamente en el segundo milenario en la región mediterránea construcciones «semejantes»s a los dólmenes y pertenecen, sin género de duda, a la misma «familia», pero son vástagos mucho más jóvenes de los dólmenes del Neolítico o Eneolítico y corresponden a la edad del bronce, la cual en esta misma zona ha experimentado un influjo más intenso y progresivo del Oriente.

A ella pertenecen, sin excluir diferencias cronológicas, los monumentos megalíticos de las islas Baleares (2), con una cerámica muy distinta de la de Ciempozuelos (3). En el mis-

---

(1) L. SIRET, Les Cassitérides et l'Empire colonial des Phéniciens.—«L'Anthropologie». Paris. Tomo XIX, 1908, página 129; tomo XX, 1909, páginas 129 y 283; tomo XXI, 1910, página 281.

Idem, Questions de Chronologie et d'Ethnologie Ibériques. Tomo I. París, 1913.

Véase: J. DÉCHELETTE, Essai sur la chronologie préhistorique de la Péninsule Ibérique.—«Revue Archéologique».—Paris. Tomo XII, 1908 [páginas 219-265 y 390-415], y tomo XIII, 1909 [páginas 15-38].

(2) *Publicaciones principales:* J. RAMIS, Antigüedades célticas de la Isla de Menorca, 1818.

Comte ALBERT DE LA MARMORA, Voyage en Sardaigne.—Paris, 1840.

F. MARTORELL Y PEÑA, Apuntes arqueológicos.—Barcelona, 1879.

Archiduque LUIS SALVADOR DE AUSTRIA, Die Balearen in Wort und Bild geschildert.—7 tomos. Leipzig, 1882-1891.

E. CARTAILHAC, Monuments primitifs des Iles Baléares.—Toulouse, 1892.

A. VIVES, El Arte Egeo en España. I. Construcciones primitivas de las Islas Baleares.—«Cultura Española». Tomo XII. Madrid, 1908.

Construcciones casi idénticas existen en Escocia (Inglaterra). Se conocen bajo los nombres de «*brochs*» o «*pict's houses*» y pertenecen probablemente también a la edad del bronce. Citaremos aquí los «*brochs*» de Burrafiord, Dun Agglesay, Dunalishaig, Culswik, Dun Dornadil, Dunrobin, Helmsdale, Mousa y Houbie Fetlar, y los «*pict's houses*» de Usinish de las Islas Hébridas.

(3) Cerámica del tipo de Ciempozuelos se conoce en Mallorca de la Cova Talenta, cerca de Felanitz.

mo grupo entran construcciones semejantes de Córcega, Malta, Sicilia y Creta (con el sepulcro de Isopata); además los del continente griego (sepulcros de Heraión, de Kakovatos—Pilos, Vaphio, Volo, Orchómenos, Thorikos, Micenas), y finalmente del Asia Menor (Karia, Frigia, Lidia).

Era un error manifiesto el juzgar estos monumentos, a causa de su gran parecido externo, como «contemporáneos» y sincrónicos; hoy sabemos, gracias principalmente al contenido arqueológico de estos sepulcros, que los dólmenes de nuestro continente pertenecen a la edad de la piedra y del cobre, que las construcciones del mar Mediterráneo, muy parecidas al exterior, se colocan en la edad del bronce, en la cual efectivamente ya pueden asociarse hasta cierto punto a los pueblos protohistóricos, y, por último, que otras sepulturas, no menos parecidas, en determinados lugares aparecieron en época aún posterior. Citamos como ejemplos de estos últimos tan sólo los pequeños sepulcros de cúpula de Erganos, Panaghia y Courtes, en Creta, con cerámica geométrica del siglo VII antes de J. C. (1).

Los monumentos megalíticos de España, como en general los del Occidente y Norte de Europa, han cesado con la edad del bronce (2). Con la época del bronce tornan estas regiones otra vez a los sepulcros sencillos, desconociendo la arquitectura hasta la aurora del período histórico.

El no haber derivado de estos monumentos exclusivamente sepulcrales ninguna aplicación para las fortificaciones, para habitaciones más amplias o algo parecido, nos confirma en la convicción de que no son oriundos de Europa, sino que proceden de países remotos del Oriente. Por eso no podían echar hondas raíces en «regiones extranjeras», y desaparecieron sin dejar huellas tan pronto como estas ideas extrañas acerca de

(1) F. HALBHERR—A. TARAMELLI—L. MARIANI, Cretan Expedition. Three cretan necropoleis: Report of the researches at Erganos, Panaghia and Courtes.—«American Journal of Archaeology». II ser. Tomo V. New York, 1901 (páginas 259-314).

(2) Véase la nota 3, página 76, en la cual se indican también para Francia los últimos «epígonos» de esta arquitectura.

la muerte y del culto de los muertos fueron suplantadas por concepciones indígenas más sencillas.

Si uno pretende decidirse por la opinión «occidentalista» o por la «orientalista», en todo caso E s p a ñ a ha desempeñado durante la «época dolménica» el papel de intermediario importante entre el Oriente y Europa, principalmente por el hecho de que Grecia e Italia carecen totalmente de dólmenes, prueba de que aquel antiquísimo intercambio se efectuó principalmente a lo largo de la costa africana.

La importancia de la posición de la Península ibérica con relación al Oriente no aparece tan evidente todavía en el Neolítico puro (página 13), pero con gran relieve, en cambio para el E n e o l í t i c o , como lo testifica más claramente aún un análisis de sus elementos culturales, particularmente en el Sur. Dicho análisis revela una distribución natural en tres grupos:

a) E l e m e n t o s i n d í g e n a s :

Hachas pulimentadas y utensilios de sílex tallados de formas «intereuropeas».

Supervivencias de tipos tardenoisienses (trapezoidales) de tamaño grande.

Hojas anchas de puñal y «alabardas» de piedra (más tarde de cobre).

Cerámica sencilla y tipos de Ciempozuelos (vasos campaniformes) (1).

Calais (?), turquesa (?), oro, plata.

Manifestaciones de arte rupestre esquematizado, el cual ha tomado carta de naturaleza desde el Aziliense, y perdura, no sin incorporarse algunos nuevos elementos.

b) E l e m e n t o s d e o r i g e n o r i e n t a l (2):

Cuchillos anchos y largos de sílex con retoques muy finos por ambos lados. Primeros instrumentos de cobre y secreto de la elaboración metalúrgica de este metal.

---

(1) Hubert Schmidt—P. Bosch Gimpera, Estudios acerca de los principios de la edad de los metales en España.—Comisión de investigaciones paleontológicas y prehistóricas.—Memoria núm. 8.—Madrid, 1915.

(2) L. Siret, Questions de Chronologie et d'Ethnographie Ibériques.—Tomo I. París, 1913.

G. Wilke, Südwesteuropäische Megalithkultur und ihre Beziehungen zum Orient.—Würzburg, 1912.

Cerámica pintada.
Objetos de marfil.
Huevos de avestruz.
Vasos de lujo tallados en piedra.
Ungüentarios de piedra (frascos de perfume).
Huesos (ídolos) pintados y grabados.
Estatuas femeninas y otros ídolos de piedra, en parte placas lisas.
Técnica de fortificaciones sistemáticas por medio de murallas.

c) Elementos de origen septentrional:
Ambar (Jutlandia) (1).
Jais (Inglaterra).
Calais y turquesa (Francia).

Vemos, pues—lo que ya L. Siret propugnó hace mucho tiempo en sus sólidos trabajos—, que el Oriente desde muy temprano exportó a España gran número de elementos culturales y simultáneamente sus ideas, mientras que no es posible demostrar que una sola idea cultural haya llegado, en cambio, del Occidente al Oriente, el cual en punto a civilización estaba mucho más adelantado. La causa de esta aproximación del Oriente y Occidente fué el comercio, alimentado por los metales (oro, cobre, plata, plomo; más tarde estaño), y esclavos y objetos semejantes, que debemos seguir imaginándonos se propagaban por etapas intermedias (2).

Que la idea de las «cúpulas» dolménicas se debe igualmente al Oriente parece, por consiguiente, probabilísimo.

(1) Si la mayor parte de los autores señalan como patria del ámbar del Eneolítico, la «región báltica», su aserto se basa en un error. El ámbar del mar Báltico (región del Samland, zona entre los ríos Vístula y Pregel) sólo empezó a beneficiarse en tiempo de los romanos; los demás centros productores más antiguos radicaban en Jutlandia.

(2) Otro camino comercial de Oriente a Europa pasaba por el Norte de los Balcanes y seguía el Danubio. Siguiendo este curso de agua llegaron ídolos de las islas egeas a los Balcanes, y cerámica pintada hasta Bohemia y Moravia, mientras por su parte Hungría entregaba oro y cobre al Sureste. Bastante temprano se abrió también el camino de las bocas del Ródano hacia el Sena.

La comunicación directa con España parece haberse establecido por primera vez por los fenicios (entre 1100 y 1000 a. J. C.), por la vía marítima.

Es cosa notable que este influjo oriental durante la edad del bronce parece más bien decrecido que aumentado; pero las conjeturas acerca de este punto nos parecen aventuradas, pues precisamente esta fase de la cultura en España no ha sido aún estudiada, por desgracia, suficientemente.

Lo que se puede afirmar hoy es que la Península ibérica alcanzó en la edad del cobre uno de los momentos culminantes de su cultura prehistórica, aunque en relación con los dólmenes sólo fuese un foco «secundario», en el cual llegaron estas construcciones a un desarrollo regional y a un florecimiento extraordinario.

Sin embargo, estaba reservado a este país el ser el foco y la patria de varios elementos importantes de cultura del Eneolítico. Aquí apareció muy probablemente, como lo ha demostrado HUBERT SCHMIDT en un excelente estudio, la «alabarda», que no se encuentra ni en Oriente ni en la región Egea, y de España ha debido extenderse hasta Inglaterra, Suiza, Alemania y Hungría. Más importante es todavía el origen español del vaso campaniforme (del tipo de Ciempozuelos) (1). Se encuentra en toda España, especialmente en los dólmenes, y ha penetrado, en su tipo original o en sus derivados, hacia el Este, en Sicilia, Cerdeña, Italia e Istria. Hacia el Norte se extendió, siguiendo el gran camino de los dólmenes, a Francia, Gran Bretaña, Dinamarca y Alemania. Mientras en este último país los dólmenes quedaron limitados al Norte, la pequeña cerámica que a ellos se asocia, emigró por la vía fluvial, penetrando más o menos hasta el centro de Europa, y se detuvo en el Oriente en el Vístula y a orillas del Danubio, cerca de Budapest.

No podemos atribuir ningún alcance, por el momento, a los descubrimientos hechos en los dólmenes de Alvão (Pouca d'Aguiar, N. de Portugal).

Los grabados allí encontrados (dibujos y signos) nos parecen muy dudosos y no nos autorizan en ningún caso para

(1) HUB. SCHMIDT—P. BOSCH GIMPERA, Estudios acerca de los principios de la edad de los metales en España.—«Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas». Memoria núm. 8.—Madrid, 1915

hablar ya de una escritura eneolítica en España, como opinaban R. SEVERO (1), G. WILKE y otros.

(1) J. BRENHA, Dolmens ou Antas no concelho de Villa Pouca d'Aguiar (Traz-os-Montes).—«Portugalia». Tomo I (páginas 691-706).—Porto, 1903.
R. SEVERO, Commentario ao espolio dos dolmens do Concelho de Villa Pouca d'Aguiar.—*Ibidem*. Tomo I (páginas 707-750).—Porto, 1903.

ÍNDICE

COMISION DE INVESTIGACIONES PALEONTOLOGICAS Y PREHISTORICAS

Notas publicadas:

NÚMERO **1-2** *Los bastones perforados de la provincia de Santander.—Dos nuevos yacimientos prehistóricos de la provincia de Santander*, por Orestes Cendrero; 0,25 pesetas.

— **3.** *Interpretación de un adorno en las figuras humanas masculinas de Alpera y Cogul*, por Ismael del Pan y Paul Wernert; 0,25.

4-7. *Hallazgos prehistóricos en tres cuevas de la Sierra de Cameros*, por Ismael del Pan.—*La cerámica hallstaitiana en las cuevas de Logroño*, por Pedro Bosch.—*Instrumento neolítico de Corral de Caracuel*, por Antonio Blázquez.—*Sobre los instrumentos neolíticos de Corral de Caracuel*, por Angel Cabrera; 1.

8. *Pinturas prehistóricas y dólmenes de la región de Alburquerque*, por Eduardo Hernández-Pacheco y Aurelio Cabrera; 1.

— **9-12.** *Una supervivencia prehistórica en la psicología de la mujer*, por Constancio Bernaldo de Quirós.—*Datos para la cronología del arte rupestre del Oriente de España*, por Ismael del Pan y Paul Wernert.—*Pedernales tallados en el cerro de los Angeles (Madrid)*, por Eduardo Hernández-Pacheco y José Royo.—*Sílex tallados de Illescas (Toledo)*, por L. Fernández Navarro y Paul Wernert; 1.

13-15. *Nuevos datos etnográficos para la cronología del arte rupestre de estilo naturalista en el Oriente de España*, por Paul Wernert.—*Exploración de la cueva prehistórica del Conejar (Cáceres)*, por Ismael del Pan.—*Figuras humanas esquemáticas del Maglemoisiense*, por Paul Wernert; 1.

16. *Estudios de arte prehistórico: I. Prospección de las pinturas de Morella la Vella; II. Evolución de las ideas madres de las pinturas rupestres*, por Eduardo Hernández-Pacheco; 1.

Domicilio de la Comisión: Museo Nacional de Ciencias Naturales.
Madrid (Hipódromo).

JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

COMISION DE INVESTIGACIONES PALEONTOLÓGICAS Y PREHISTÓRICAS

MEMORIA NÚM. 23.

LAS PINTURAS RUPESTRES

DEL

BARRANCO DE VALLTORTA (CASTELLÓN)

POR

HUGO OBERMAIER Y PAUL WERNERT



MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES
MADRID (HIPÓDROMO)
1919

COMISIÓN DE INVESTIGACIONES PALEONTOLÓGICAS Y PREHISTÓRICAS

Memorias publicadas:

NÚMERO **1.** *El arte rupestre en España: Regiones septentrional y oriental*, por Juan Cabré, con prólogo del marqués de Cerralbo; 15 ptas.

— **2.** *Las pinturas prehistóricas de Peña Tú*, por Eduardo Hernández-Pacheco y Juan Cabré, con la colaboración del conde de la Vega del Sella; 1,50.

— **3.** *Avance al estudio de las pinturas prehistóricas del extremo Sur de España (Laguna de la Janda)*, por Juan Cabré y Eduardo Hernández-Pacheco; 2.

— **4.** *La Cueva del Penicial (Asturias)*, por el conde de la Vega del Sella; 0,50.

— **5.** *Geología y paleontología del Mioceno de Palencia*, por Eduardo Hernández-Pacheco, con la colaboración de Juan Dantín, 15.

— **6.** *La Mandíbula neandertaloide de Bañolas*, por Eduardo Hernández-Pacheco y Hugo Obermaier; 3.

— **7.** *El problema de la cerámica ibérica*, por P. Bosch Gimpera; 3,50.

— **8.** *Estudios acerca de los principios de la edad de los metales en España*, por Hubert Schmidt, traducidos por P. Bosch Gimpera; 2.

— **9.** *El hombre fósil*, por Hugo Obermaier; 15.

— **10.** *Nomenclatura de voces técnicas y de instrumentos típicos del Paleolítico*; 2.

— **11.** *El Paleolítico inferior de Puente Mocho*, por Juan Cabré y Paul Wernert; 1,50.

— **12.** *Representaciones de antepasados en el arte paleolítico*, por Paul Wernert; 2,50.

— **13.** *Paleolítico de Cueto de la Mina (Asturias)*, por el conde de la Vega del Sella; 5.

— **14.** *Las pinturas rupestres de Aldeaquemada*, por Juan Cabré Aguiló; 1,50.

— **15.** *El Santuario ibérico de Castellar de Santisteban*, por Raymond Lantier; 7.

— **16.** *Yacimiento prehistórico de las Carolinas (Madrid)*, por Hugo Obermaier; 2.

— **17.** *Los grabados de la Cueva de Penches*, por Eduardo Hernández-Pacheco; 2.

— **18.** *Hórreos y palafitos de la Península Ibérica*, por Eugeniusz Frankowski; 7.

— **19.** *La edad neolítica en Vélez Blanco*, por Federico Motos; 2.

— **20.** *La Cueva del Buxu (Asturias)*, por Hugo Obermaier y el conde de la Vega del Sella; 4.

— **21.** *Paleogeografía de los mamíferos cuaternarios de Europa y Norte de África*, por Ismael del Pan; 4.

— **22.** *El dolmen de la capilla de Santa Cruz (Asturias)*, por el Conde de la Vega del Sella; 3.

— **23.** *Las pinturas rupestres del Barranco de Valltorta (Castellón)*, por Hugo Obermaier y Paul Wernert; 12.

JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

COMISIÓN DE INVESTIGACIONES PALEONTOLÓGICAS Y PREHISTÓRICAS

MEMORIA NÚM. 23.

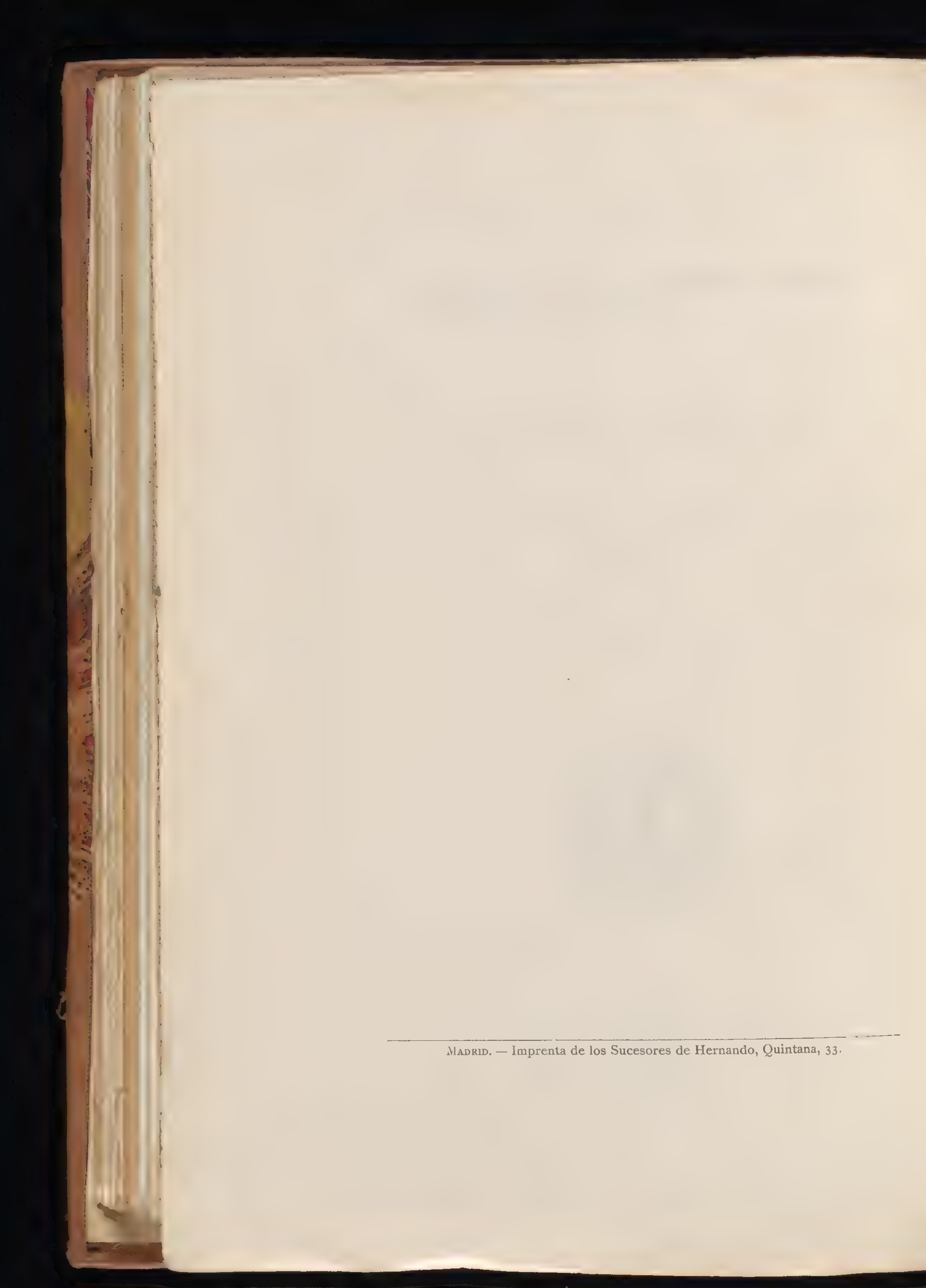
LAS PINTURAS RUPESTRES DEL BARRANCO DE VALLTORTA (CASTELLÓN)

POR

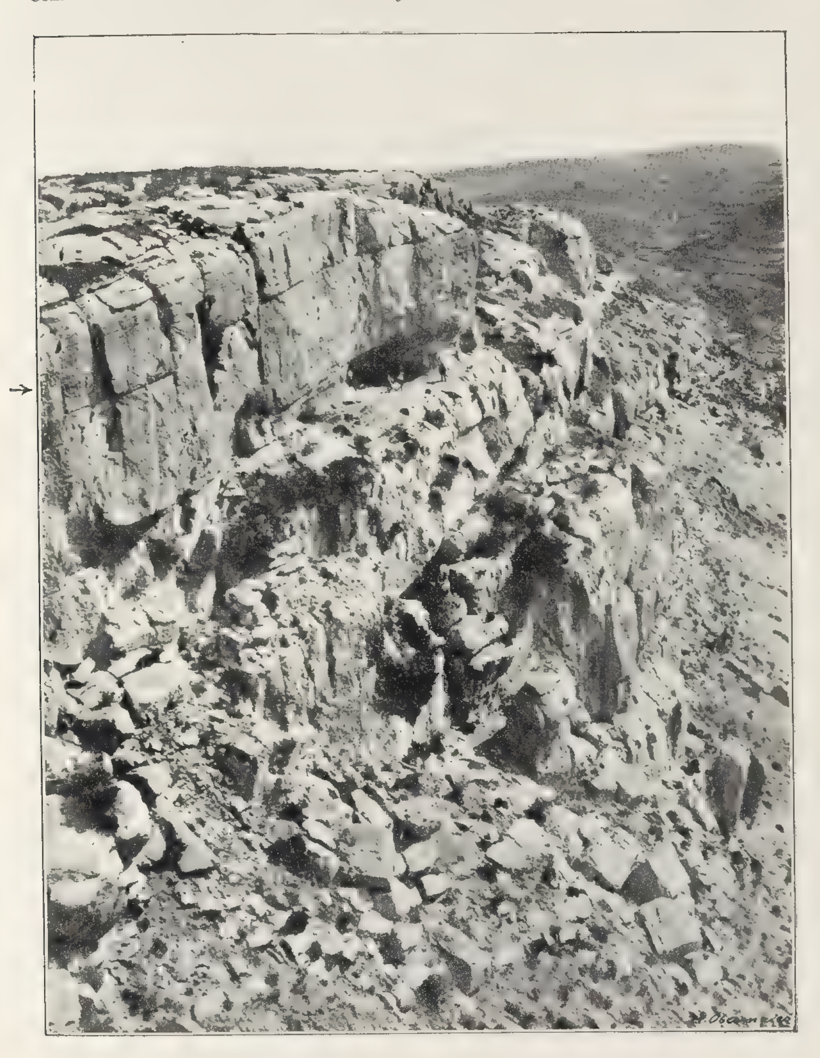
HUGO OBERMAIER Y PAUL WERNERT



MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES
MADRID (HIPÓDROMO)
1919



Madrid. — Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.



La Cueva de los Caballos (→), vista desde el Norte.

LAS PINTURAS RUPESTRES

DEL

BARRANCO DE VALLTORTA (CASTELLÓN)

INTRODUCCIÓN

Las pinturas rupestres prehistóricas de estilo naturalista del Levante y Sudeste de España, hace algún tiempo conocidas, permiten establecer una distribución geográfica en dos grupos: el septentrional, que comprende las provincias de Lérida (Cogul), Teruel (Val del Charco del Agua Amarga, Calapatá, Albarracín) y de Cuenca (región de Villar del Humo), y el grupo meridional, compuesto por las provincias de Valencia (Tortosilla), Albacete (Alpera, Minateda), Murcia (Monte Arabí), Almería (Vélez Blanco) y Jaén (Aldeaquemada).

Por tanto, podía suponerse que la provincia de Castellón, comprendida entre estas dos zonas, poseyera monumentos de la misma especie, y, en efecto, semejante suposición es ya un hecho confirmado, realizándose al mismo tiempo, del modo más brillante, anheladas esperanzas de la ciencia (1) que podían parecer antes muy atrevidas.

A D. Alberto Roda y Segarra, de Tirig, corresponde el mérito del hallazgo de las pinturas de los abrigos rupestres

---

(1) Algunos meses después del descubrimiento de las pinturas de Tirig-Albocácer, tuvo lugar el de los abrigos pintados cerca de Morella la Vella, abrigos situados en la misma provincia, pero al Norte de los abrigos, aquí descritos, del Barranco de Valltorta.

de Tirig-Albocácer (Castellón): al finalizar el invierno de 1917 se fijó en los dibujos de la «Cueva de los Caballos», llamándole la atención especialmente los «monigotes». Dió conocimiento de sus observaciones al Sr. D. Francisco Polo, en Castellón de la Plana, y posteriormente tuvo la fortuna de encontrar tres abrigos más con pinturas, en una excursión que hizo en compañía de dicho señor. No pudiendo, naturalmente, apreciar en su justo valor la importancia científica de estos descubrimientos, pasaron aviso ambos señores a su amigo el señor D. ANTIMO BOSCÁ, catedrático del Instituto General y Técnico de Castellón. Y previa visita a los lugares del hallazgo, informó este último a la Dirección del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, rogándola enviara un especialista para el estudio detenido de las pinturas.

Atendiendo a este requerimiento, salió el profesor doctor HUGO OBERMAIER el día 22 de marzo de 1917 para Castellón, y el día 24 se dirigió al lugar del descubrimiento, acompañado por los Sres. D. Antimo Boscá, D. Emilio Aliaga, D. Luis del Arco (1), D. José Senent, D. Alberto Roda y D. Francisco Polo.

Entretanto, y como unas dos semanas después de las estipulaciones con Madrid, el Sr. Senent había comunicado los nuevos descubrimientos al Institut d'Estudis Catalans de Barcelona, comisionándose entonces de allí al Sr. D. PEDRO BOSCH GIMPERA, acompañado de los Sres. D. José Colominas y D. Antonio Vilá.

El profesor Obermaier tuvo el gusto de recibir a esta Comisión el 24 de marzo en la «Cueva de los Caballos», y de visitar en su compañía, el día 25, las «Cuevas del Civil», descubiertas

---

(1) Véase LUIS DEL ARCO, *Descubrimiento de pinturas rupestres en el Barranco de Valltorta (Castellón). (Boletín de la Real Academia de la Historia,* tomo LXXI. Madrid, 1917, págs. 5-17, con 15 láminas.)

Este informe, presentado a la Real Academia de la Historia, está compuesto bajo la exclusiva responsabilidad de su autor, lo que nos vemos obligados a consignar, pues el texto corresponde en gran parte a las reproducciones de las láminas, que con frecuencia son verdaderas caricaturas de las pinturas rupestres; precisamente por esta circunstancia no lo tomamos en consideración para esta monografía.

Tampoco es utilizable el relato del BARÓN DE ALCAHALÍ, *Frescos prehistóricos de Tirig (Castellón de la Plana). (Archivo de Arte Valenciano,* tomo III. Valencia, 1917, páginas 3-10, con 9 figuras, en parte en color.)

aquel mismo día por el Sr. Roda. Dedicóse aún el día siguiente al estudio común de ambos abrigos, y los mencionados señores prestáronle su concurso en la tarea de confeccionar los primeros calcos, por lo que volvemos a expresar desde aquí nuestro agradecimiento.

Convino el Sr. Obermaier con los señores de Castellón y Barcelona en volver en el mes de abril a Albocácer para emprender el definitivo estudio científico de los abrigos y pinturas rupestres de la región, dando éste, efectivamente, comienzo en 9 de abril. Entretanto el Sr. A. Roda aprovechó el tiempo para dedicarlo a una inspección más detenida en el Barranco de Valltorta, que contiene en su porción Noroeste los abrigos repetidamente mencionados, y encontró otros abrigos pintados en su prolongación Sudeste, particularmente la «Cueva Saltadora», la «Cueva del Mas d'en Josep», la «Cueva (alta) del Llidoné» y otros.

En los primeros días de abril tomó posesión de todos estos abrigos una nueva Comisión de Barcelona, dirigida por los señores D. Francisco Martorell y D. José Colominas, al tiempo que se presentó el Sr. D. Juan Cabré, de Madrid, quien copió con una rapidez asombrosa los frescos de los abrigos de Valltorta, exponiendo más tarde estas reproducciones, como «descubrimientos» suyos, en el Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, celebrado en Sevilla en mayo de 1917.

En vista de lo delicado de la situación, decidió el profesor Obermaier limitarse a la mitad Noroeste del Barranco de Valltorta para esta su segunda y principal temporada de estudio, y dedicar a la mitad Sureste únicamente una inspección más o menos detenida.

Este nuevo estudio, hecho por encargo de la «Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas» («Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas»), duró del 8 al 25 de abril del mismo año. Los señores profesor HUGO OBERMAIER y D. PAUL WERNERT dedicáronse a la parte científica, mientras el Sr. D. FRANCISCO BENÍTEZ

Mellado se encargaba de la parte gráfico-artística, y prestaba valiosa colaboración el joven y activo Sr. D. Eulogio Varela. Fué estudiada y copiada la totalidad de los rupestres de la porcion Noroeste del Barranco de Valltorta, comprendiendo ésta los tres Abrigos del Civil, la Cueva dels Tolls, la Cueva Rull, la Cueva de los Caballos y el Abrigo del Arco.

No hemos de terminar esta introducción sin expresar efusivamente el más afectuoso agradecimiento, lo que hacemos con verdadera satisfacción, a nuestro amigo y colaborador señor D. Francisco Benítez Mellado, ayudante artístico de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. La parte gráfica, de tan esencial importancia, fué ejecutada por él sobre el terreno, y luego en el laboratorio, con maestría y esmero notables y la más extremada precisión, hasta el punto de que puede servir de modelo en su género.

A los señores cura-arcipreste D. Leandro Colom y D. Emilio Meliá, les quedamos sumamente agradecidos por la amable hospitalidad y amistoso apoyo con que nos distinguieron en tan alto grado durante nuestra estancia en Albocácer.

Hugo Obermaier.

Paul Wernert.



El Monte Gordo, con el arranque del Barranco de Valltorta.

(A la derecha se ve, en el primer término, la pared occidental del «Abrigo principal» del Civil.)

CAPÍTULO I

Los abrigos pintados del Barranco de Valltorta, entre Albocácer y Tirig.

CONSIDERACIONES GENERALES

En la histórica comarca del Maestrazgo se halla la villa de Albocácer, situada a una distancia de unos 40 kilómetros en línea recta de Castellón de la Plana, hacia Septentrión. (Véase el mapa, fig. 1.) Al seguir la carretera provincial desde Albocácer a Tirig, caminando unos 6 kilómetros aproximadamente, se llega al cruce de esta carretera con el Barranco de Valltorta («valle torcido, tortuoso», en el dialecto valenciano). Este barranco nace a unos 10 kilómetros al Norte de Albocácer, en las estribaciones meridionales de la Sierra de Valdancha, y corre en dirección de NW. a SE., para desembocar, finalmente, en la Rambla de San Mateo, que a su vez desagua en el río de Cuevas (o río Segarra).

Para la presente monografía nos interesa sólo aquella parte del barranco que, al Sudeste del Monte Gordo, se extiende desde la mencionada carretera de Albocácer a Tirig, hasta el Barranco de Matamoros, y que tiene unos 7 kilómetros de longitud. Reproducimos este trozo en el mapa (fig. 2), el cual no representa un exacto trazado cartográfico, sino únicamente un bosquejo que facilite la orientación general.

El Barranco de Valltorta, seco durante la mayor parte del año, es aún poco profundo al pie del Monte Gordo (lám. II); pero, valle más abajo, hiende en rápida pendiente la caliza del Infracretáceo, formando de este modo una imponente y pro-



FIG. I. — MAPA PARCIAL DE LA PROVINCIA DE CASTELLÓN, CORRESPONDIENTE A LA REGIÓN DE ALBOCÁCER-TIRIG.



El Barranco de Valltorta, visto desde la Cueva de los Caballos.



El Barranco de Valltorta, con la Cueva Saltadora (→), visto desde el Puntal.

funda hoz, relativamente estrecha, cuyas tortuosidades están flanqueadas por altos y escarpados paredones (láms. III y IV); desde lo alto aparece el fondo de este tajo salpicado en todo su curso como con guijarros, que, en efecto, son gigantescos bloques rocosos que se han desprendido de los abruptos acantilados de sus laderas. Consistiendo la caliza de estos cortes en capas alternantes de estratos duros con otros más blandos, no sorprende que la alteración mecánica haya atacado a los últimos muchísimo más que a los primeros, causa por la que se formarón cavidades que se encuentran en gran número y en las más variadas alturas en las escarpas verticales del barranco. (Véanse también las láminas V, XV, XVI y XXV.)

«Covas» (cuevas) es el nombre que da el vulgo a estas cavidades laterales; pero en realidad no son en su gran mayoría sino abrigos semiabiertos y de escasa profundidad. En éstos fijó su atención ya el hombre cuaternario; los utilizaría a menudo como refugios, y en un determinado número de ellos nos ha legado aquellas misteriosas pinturas rupestres.

Son trece las estaciones con manifestaciones de arte rupestre de la mencionada región; el mérito de su descubrimiento se debe al Sr. Alberto Roda. Son las siguientes en la sucesión de los registros en el adjunto mapa-bosquejo (fig. 2):

Núms. 1, 2 y 3.... Cuevas del Civil, situadas cerca de la carretera de Albocácer a Tirig.

Núm. 4.......... Cueva dels Tolls, cercana a la desembocadura del Barranco Fondo, en el Barranco de Valltorta.

Núm. 5.. .... Cueva Rull, en la desembocadura del Barranco de la Zorra.

Núms. 6 y 7..... Cueva de los Caballos y Cueva del Arco, frente a la desembocadura del Barranco de la Fon del Bosch.

Núms. 8, 9 y 10... Cueva del Mas d'en Josep, Cueva (alta) del Llidoné y Cueva Saltadora, en la escarpa izquierda del valle, un poco más arriba, o sea enfrente del Puntal.

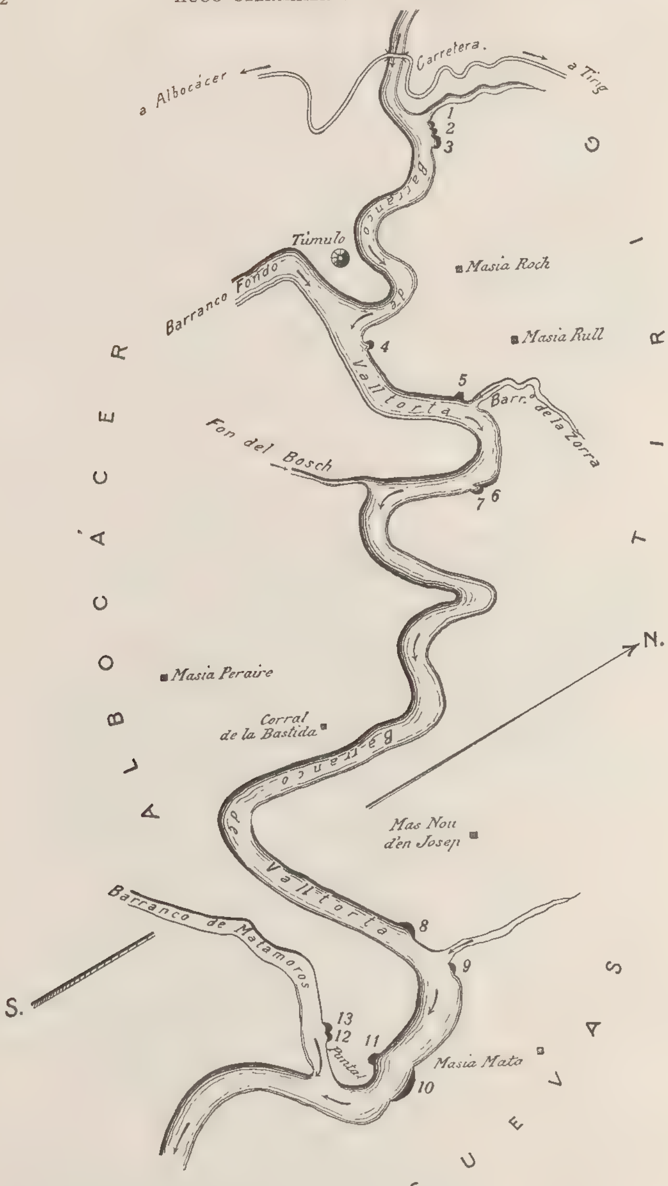


FIG. 2. — MAPA-BOSQUEJO DEL BARRANCO DE VALLTORTA: 1, 2, 3, CUEVAS DEL CIVIL; 4, CUEVA DELS TOLLS; 5, CUEVA RULL; 6, CUEVA DE LOS CABALLOS; 7, ABRIGO DEL ARCO; 8, CUEVA DEL MAS D'EN JOSEP; 9, CUEVA (ALTA) DEL LLIDONÉ; 10, CUEVA SALTADORA; 11, CUEVA GRANDE DEL PUNTAL; 12, 13, CUEVAS PEQUEÑAS DEL PUNTAL.

Núms. 11, 12 y 13.. Cueva grande del Puntal y Cuevas pequeñas del Puntal, en el Puntal, e inmediato a la desembocadura del Barranco de Matamoros.

Las cuevas enumeradas de 1 a 8 se encuentran en los acantilados del margen izquierdo del Barranco de Valltorta; es decir, que pertenecen al término municipal de Tirig; los abrigos 9 y 10 se hallan en el término municipal de Cuevas de Vinromá, y las 11, 12 y 13, en el término municipal de Albocácer.

CAPÍTULO II

Los abrigos pintados del Barranco de Valltorta, comprendidos entre la carretera de Albocácer a Tirig y el Barranco de la Fon del Bosch.

DESCRIPCIÓN MONOGRÁFICA

Por las razones expuestas en la Introducción, trataremos en la presente publicación tan sólo de aquellos abrigos con arte rupestre que están situados en la parte NW. del Barranco de Valltorta, o sea de los que se encuentran entre la carretera de Albocácer a Tirig y la desembocadura del Barranco de la Fon del Bosch. Corresponden éstos a las estaciones designadas con los números 1 a 7 en el mapa adjunto (fig. 2), y comprenden las Cuevas del Civil, la Cueva dels Tolls, Cueva Rull, Cueva de los Caballos y la Cueva del Arco. Las estaciones de su prolongación Sudeste, comprendiendo las cuevas números 8 a 13, serán mencionadas y utilizadas tan sólo para lo que resulte necesario respecto a la ilustración científica de nuestro propio conjunto de pinturas.

Antes de principiar con la descripción de la materia de cada una de las «covas» pintadas, diremos que todas estas pinturas están ejecutadas con colores de ocre o carbón, que se mezclarían entonces con grasa; gracias a este procedimiento, estos colores han formado una unión química muy intensa con el fondo rojizo-amarillento de la roca, y puede decirse que se han «fosilizado» en el transcurso de los siglos. Así se explica que puedan remojarse con agua sin diluirse, y que hayan podido conservarse, aunque a menudo deterioradas y descoloridas, hasta nuestros días.

Aparece como tono de color preponderante el rojo obscuro; a su lado se encuentran dibujos de color claro y negruzco. Si los colores de una misma figura muestran a veces diferentes tonalidades, hay que atribuirlas evidentemente, en la mayoría de los casos, a una descomposición química localizada del tono uniforme primitivamente aplicado, y principalmente a la humedad, que produjo una atenuación parcialmente localizada de los colores. Policromía artificial e intencionada falta del todo.

Ha sido nuestro particular empeño, y hemos insistido, en reproducir las figuras con una fidelidad absoluta, tal como se presentan actualmente a la vista del observador libre de ideas preconcebidas. Por lo tanto, nos hemos abstenido severamente de influir, cediendo a cualquier interpretación subjetiva, sobre las copias, sea idealizando un tanto los dibujos, sea restaurándolos.

Para proceder a levantar los dibujos rupestres, se ejecutó primeramente su copia exacta con papel calco transparente, y luego se trasladó ésta inmediatamente al papel de dibujo blanco. Por este procedimiento se confeccionó en tamaño natural el dibujo definitivo en el terreno mismo y en presencia del original, haciendo constante uso de compás y de lente, y finalmente se sometió aún a una última revisión por los cuatro miembros de nuestra Comisión.

En la presente monografía están reproducidas las pinturas claramente visibles, con color negro; las porciones más pálidas de éstas, relativamente más claras y pálidas. Trozos desvanecidos, de contornos inseguros, están reproducidos, como en los originales, en color claro y sin limitación fija de líneas. Porciones saltadas de color están indicadas con una línea de rayas que corre paralela con las líneas de fractura. En donde parecía indicado (para la mejor comprensión de dibujos defectuosos) el reconstituir fragmentos desaparecidos, se procedió a ello, indicándolo por series sencillas de puntos.



Vista general de las Cuevas del Civil. (Véase la fig. 3 en el texto.)

LAS CUEVAS DEL CIVIL

(Núms. 1, 2 y 3 del mapa, fig. 2.)

El mejor camino que conduce a estas «cuevas» es el de la nueva carretera de Albocácer a Tirig, hasta llegar al sitio en donde atraviesa ésta en un paso a nivel el Barranco de Valltorta, al Sudeste del Monte Gordo. Desde este punto, aproximadamente 400 metros barranco abajo, se abren a mano izquierda y

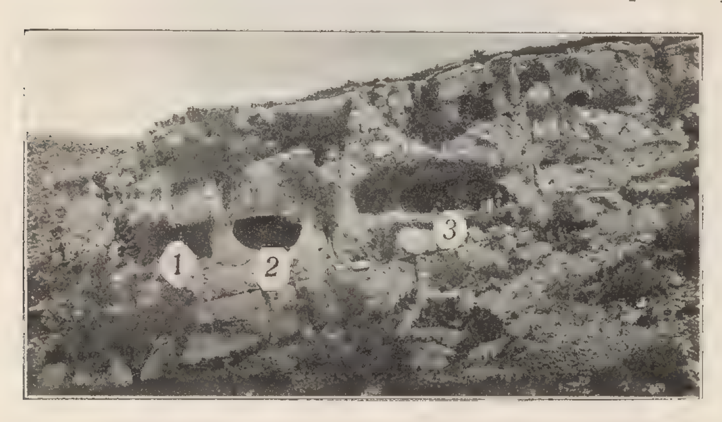


Fig. 3.—Vista de las «Cuevas del Civil»: 1, Abrigo número 1; 2, Abrigo número 2; 3, Abrigo principal (núm. 3). (Véase la lámina V.)

visibles desde lejos, los tres Abrigos del Civil, inmediatamente debajo del lugar de desembocadura de un pequeño barranco lateral (lám. V y fig. 3; véase lám. II).

Están situadas aproximadamente a unos 12 a 15 metros sobre el fondo del valle, y están orientadas de Oeste a Este y abiertas hacia el Sur. Su propietario es D. José Segarra Guarch (de Tirig), guardia civil retirado, lo que explica la actual denominación de los abrigos, que antaño se llamaron *Covas de Ribasals.*

a) Abrigo número 1 del Civil.

Abrigo pequeño, poco profundo y por lo tanto muy abierto. Aproximadamente en su centro y a 1,60 metros sobre el nivel del piso rocoso se observa la figura muy deteriorada de un cérvido, ejecutada en color rojo obscuro. Únicamente se conserva la parte posterior, estando ya muy difuso el cuerpo mismo, que hacia delante se pierde del todo (fig. 4).



Fig. 4.—Cuevas del Civil: Abrigo número 1; pintura incompleta de un cérvido.

Escala, 1 : 3.

b) Abrigo número 2 del Civil.

También pequeño. En su centro se destaca, muy visible, la pintura rojo-obscura de un cáprido con la cabeza casi del todo



FIG. 5.—CUEVAS DEL CIVIL: ABRIGO NÚMERO 2; PINTURA DE UN CÁPRIDO.
Escala, 2 : 3.

desaparecida (fig. 5). A su izquierda se observan aún dos rayas, de color rojizo y amorfas.

c) Abrigo principal (núm. 3) del Civil.

El Abrigo principal del Civil es de importancia incomparablemente mayor que los dos anteriores covachos. La longitud de eje es de 14 metros, de los que 6 corresponden a la plana pared occidental, y 8 al verdadero abrigo, situado al Este. Todo el conjunto está abovedado por el techo de la peña (fig. 6).

Para la relación exacta entre cada pintura y la numeración empleada en la descripción que sigue, consúltense las láminas VII, XI y XIV.

Estas mismas láminas, reducidas exactamente a 1 : 6, indican con toda precisión el agrupamiento de las pinturas y su distancia recíproca, tales como se ofrecen al visitante en el mismo abrigo.

Fig. 6.—Plano general del Abrigo principal (núm. 3) de las Cuevas del Civil.



Cuevas del Civil: Abrigo principal, pinturas números 9 a 15.

Escala, 1 : 2.

Las pinturas de la pared occidental. — La pared occidental corre oblicuamente plana, observándose, sin embargo, dos ligeras sinuosidades, en las que se han conservado pinturas parietales. (Véase lám. II.)

La primera sinuosidad tiene por marco dos tiras verticales de concreción de estalagmita gris, y abriga en su concavidad, sobre un fondo de roca de color muy amarillo, cuatro pinturas, o más bien sus fragmentos, todas en color rojo obscuro (fig. 7; véase lám. VII):

Núms. 1 y 2. Incompletos e indeterminables.
Núm. 3.... Cérvido, sin cabeza ni patas posteriores.
Núm. 4.... Ciervo, con la cabeza vuelta; muy difuso de color, con excepción del asta, muy bien conservada.

La segunda sinuosidad está limitada a la izquierda, es decir, hacia Oeste, por una de las ya mencionadas tiras de concreción estalagmítica, y hacia la derecha llega a la esquina occidental obtusa de 1,65 metros de anchura del verdadero abrigo profundo, esquina también muy recubierta en su superficie por espesa concreción estalagmítica. El fondo es a su vez fuertemente amarillo; las pinturas son rojo-obscuras. Se ve a la izquierda (fig. 8):

Núm. 5.... ¿Cérvido?, incompleto; en pecho y cuello, con flechas o venablos toscamente dibujados.
Núm. 6.... Figura humana, de trazo linear y sin indumentaria.
Núm. 7.... Cabeza de animal (¿cierva?), con orejas largas y hocico algo curvo.
Núm. 8.... Equido (¿onagro?).

Más a la derecha se ven, arriba, tres figuras aisladas (lámina VI, parte superior):

Núm. 9.... Figura humana, incompleta (dos piernas y cuerpo oblicuamente inclinado).
Núm. 10... Ídem (piernas, tronco del cuerpo inclinado, más grueso, ¿fragmento de brazo y restos del arco?)



Fig. 7.—Cuevas del Civil: Abrigo principal; pinturas números 1 a 4. Escala, 1 : 3.

Núm. 11... Figura humana, muy fragmentada. Claramente visibles cabeza y brazo. Parece que la parte inferior reproduce un adorno de cintas en las caderas y un adorno esférico en la pantorrilla, debajo de la rodilla.

Los números 9 y 10 son de color rojo obscuro; el número 11,



Fig. 8.—Cuevas del Civil: Abrigo principal; pinturas números 5 a 8. Escala, 1:2

de un rojo claro. La distancia entre el 10 y el 11 a su derecha es bastante grande.

Un poco más abajo se destaca el siguiente grupo (lám. VI, parte inferior):

Núm. 12... Cierva, de color rojo obscuro, con la cabeza vuelta.

Núm. 13... Dibujos indeterminables de color más claro, y al parecer más antiguos.

Núm. 14.. Jabalí, de color rojo obscuro, con un «saco» del mismo color en la barriga. Este último no parece formar parte de la figura del animal, como tampoco la línea gruesa, del mismo color, que se observa en las patas posteriores. Se ve además en la parte posterior un trazo de color más claro y más antiguo «de forma de rabo»; en la misma región se ven también dos flechas rojo-obscuras que seguramente se relacionarán con la figura del jabalí. Tenemos que advertir ya desde ahora que las «puntas» de estas armas que se distinguen por su mayor espesor y forma, no representan las puntas hojas de flecha, sino seguramente la culata del dardo, destinada a regular el tiro y la puntería, consistiendo quizá en plumas.

Núm. 15... Arriba, una figura humana, incompleta; la pierna delantera, dibujada sólo en sus contornos, en esbozo, habiéndose empezado ya el relleno del pie. La otra pierna, fragmentada, y cuyo relleno con color no parece haberse terminado. Esta figura está muy desproporcionada. Debajo, una mancha de color, más antigua y difusa, y un arquero, por cierto sin arco, pero en típica posición, en plena carrera. Figura muy artística y de gran elegancia. Color rojo obscuro, bastante difuso, pero claramente visible.

Algo más abajo se encuentra (fig. 9):

Núm. 16... Punto rojo obscuro, y rayas claras y gruesas que se destacan débilmente del fondo de la roca y que parecen haber sido ejecutadas con la punta del dedo untada de color.

Núm. 17... ¿Resto de animal?, muy difuso y de color rojizo.

Bastante más abajo de los números 16 y 17 hállase, por fin, muy cerca del piso del abrigo, un interesante grupo de figuras dibujadas con color negruzco (fig. 10):

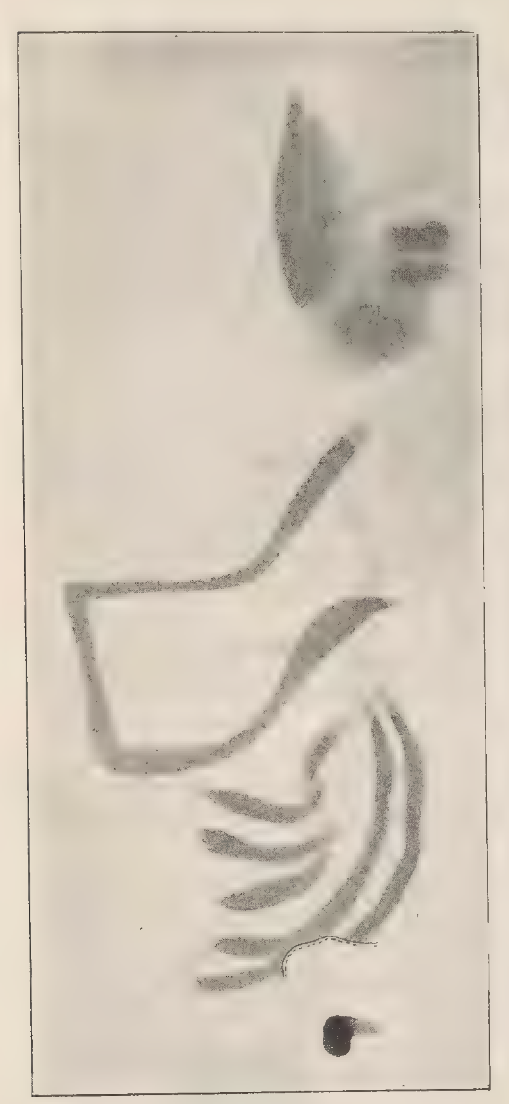


Fig. 9.—Cuevas del Civil: Abrigo principal; pinturas números 16 y 17. Escala, 1 : 3.

Fig. 10.—Cuevas del Civil: Abrigo principal; pinturas números 18 a 21.

Escala, 2 : 3.

Núm. 18. ... Embrollo de rayas, de las que algunas se dan a conocer claramente como figuras de piernas humanas.

Núm. 19..... Figura humana, de estilo marcadamente linear, con un arco en una mano y como saliendo del grupo del embrollo de rayas. La cabeza, ya bastante difuminada.

Núms. 20 y 21. Arqueros, muy lineares. Los dos brazos, con arcos y flechas en las manos, están levantados por encima de la cabeza; las piernas muy entreabiertas, y todo está lleno de movimiento, como si el dibujante hubiese querido representar una danza con armas.



FIG. 11.—CUEVAS DEL CIVIL: ABRIGO PRINCIPAL; PINTURA NÚMERO 22. Escala, 1 : 2.

Pinturas del abrigo profundo. — El abrigo verdadero, de una concavidad bastante profunda, tiene una altura media de 2 metros. Su techo, ennegrecido por el humo, destaca de las paredes, que en su porción superior son de un amarillo fuerte, y en la inferior son amarillento-rojizas. Se encuentran las pinturas en su mayor parte a la altura del pecho, lo que parece lo indicado tomando en consideración la postura que ha de adoptar un dibujante estando de pie. Son de color rojo obscuro, en tanto no se haga alguna otra indicación en el texto, relativa al color de algunas figuras.

La mitad izquierda (occidental) de este abrigo está muy recubierta con concreciones estalagmíticas, lo cual ya no permite reconocer pintura alguna. Efectivamente, empiezan a verse éstas sólo en la esquina izquierda de la pared del fondo (pared Norte). (Véase la lámina XI con la composición general.)

Núm. 22... Piernas humanas aisladas (fig. 11).

Núm. 23... Arquero, con el arco tendido y con dos flechas. A la derecha del arco, restos de color (lámina VIII).

Núm. 24... Arquero, bastante incompleto. En la mano del brazo extendido sostiene un arco y tres flechas a modo de manojo.

Núm. 25... Figura humana, incompleta, con adorno en los codos. En la mano del brazo extendido lleva, al parecer, una cesta, cuya asa es claramente visible.

Núm. 26. . Arquero; con la mano derecha, indicada por tres dedos, sostiene un carcaj que a la vez parece descansar en la cabeza. El asa del carcaj sobresale en el centro; las flechas emergen del recipiente, a la izquierda. Lo acertado de la interpretación de este utensilio queda atestiguado por un dibujo del «Abrigo de la Saltadora», de que nos ocuparemos más adelante, en el capítulo analítico (IV) de este trabajo. La mano izquierda sostiene un arco.



Fig. 12. — Cuevas del Civil: Abrigo principal; pintura número 29. Escala, 1 : 2.

Núm. 27... Arquero, con la pierna izquierda muy levantada. Mientras una mano sostiene en forma de manojo un arco y cuatro flechas, la otra aparenta templar la cuerda.

Núm. 28... Porción superior de una figura humana.

Núm. 29... Ídem (fig. 12).

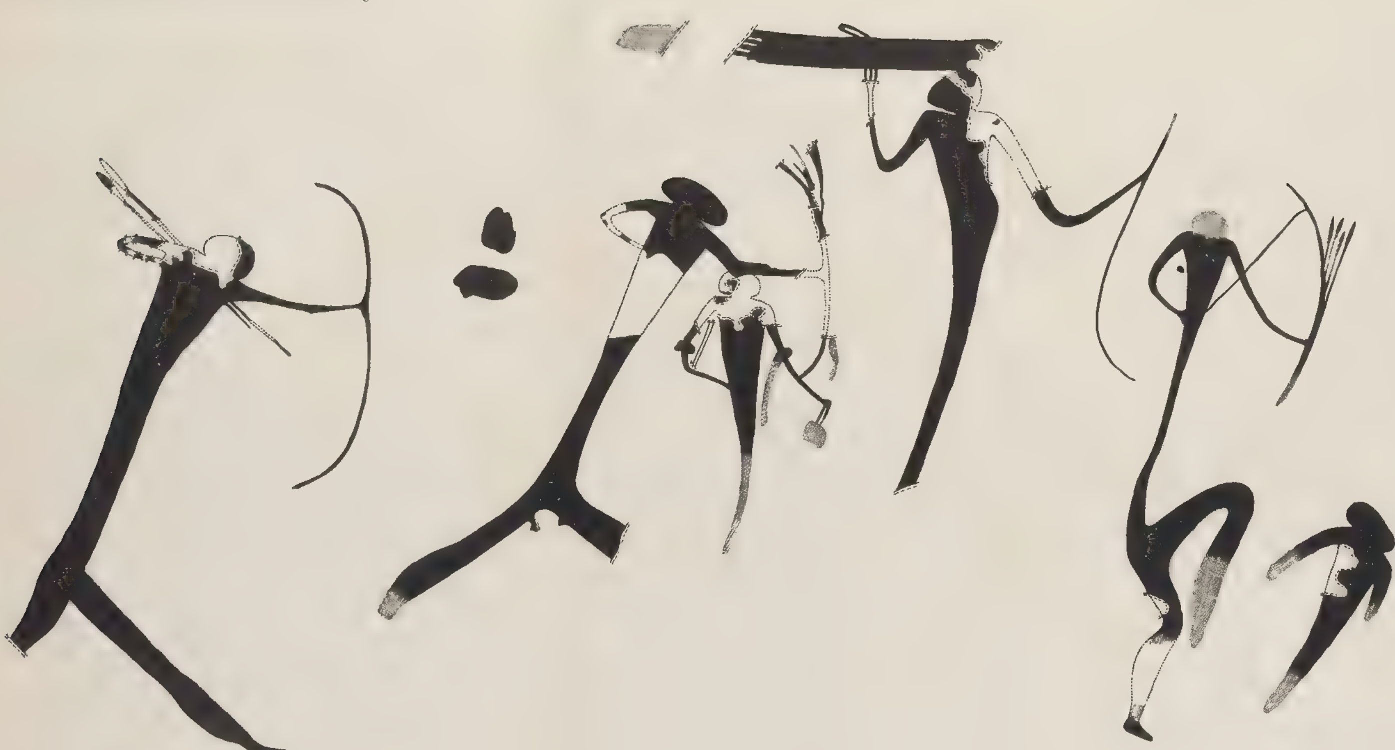
Siguen en la serie, algo más a la derecha:

Núm. 30. . Equido; muy difuso y perdiéndose bajo el carbonillo del techo, de modo que únicamente se observan con bastante claridad las patas traseras (fig. 13).



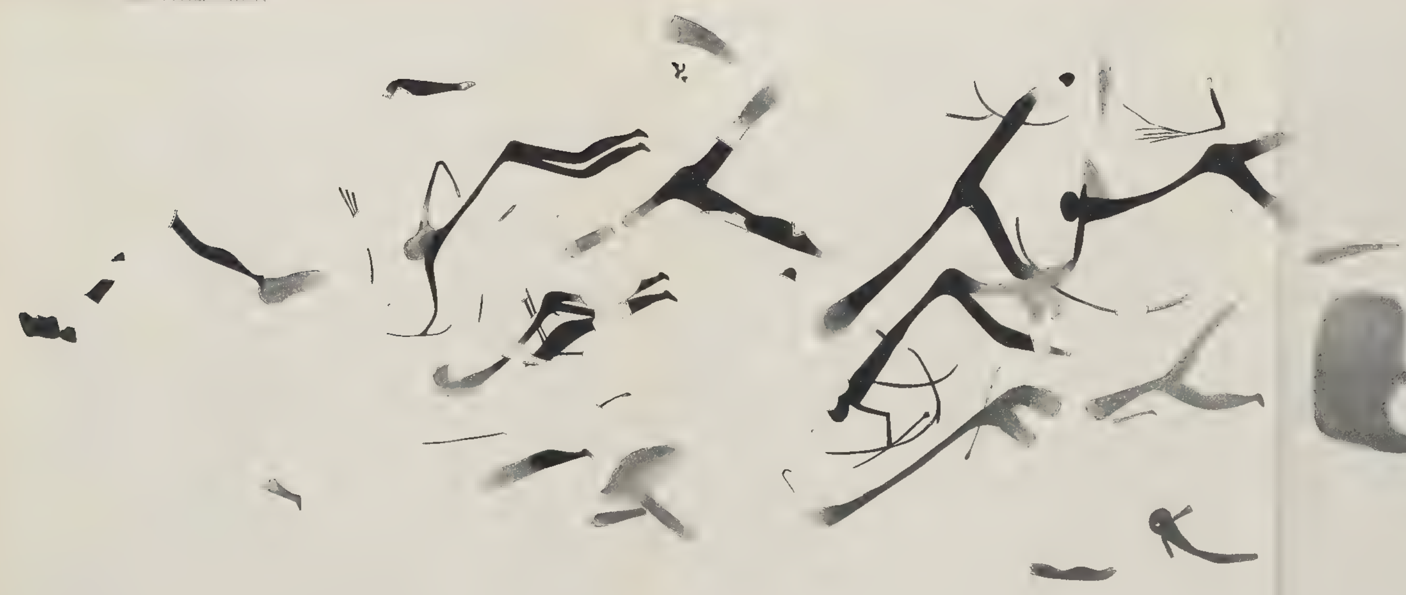
ABRIGO PRINCIPAL DEL CIVIL

COMPOSICIÓN TOTAL DE LAS PINTURAS DE LA PARED OCCIDENTAL, FUERA DEL ABRIGO. (Véase la fig. 6 en el texto.)



Cuevas del Civil: Abrigo principal, pinturas números 23 a 28.

Escala, 1 : 2.



CUEVAS DEL CIVIL. ABRIGO PRINCIPAL, PINTURAS NÚMEROS 33 A 40.

Escala 1 : 2.

Núm. 31... Arquero; muy difuso, con los restos de tres flechas a la altura del estómago. A la izquierda de la figura, una mancha de color rojo claro; de-



Fig. 13.—Cuevas del Civil: Abrigo principal; pintura número 30.
Escala, 1 : 3.

bajo del arco, otra línea a su vez arqueada y de la misma coloración (fig. 14).

Núm. 32... Restos de una figura humana, también muy difusa.

Más importante es el grupo siguiente, cuyo conjunto comprendemos con los números 33 a 40 (lám. IX):

Núm. 33... Restos de figuras humanas.

Núm. 34... Ídem, en parte muy difuminadas.

Núm. 35... Figura masculina, incompleta, con pene, y dos fragmentos de flechas atravesadas a la altura del vientre. Delante, porción trasera de otra figura destruída.

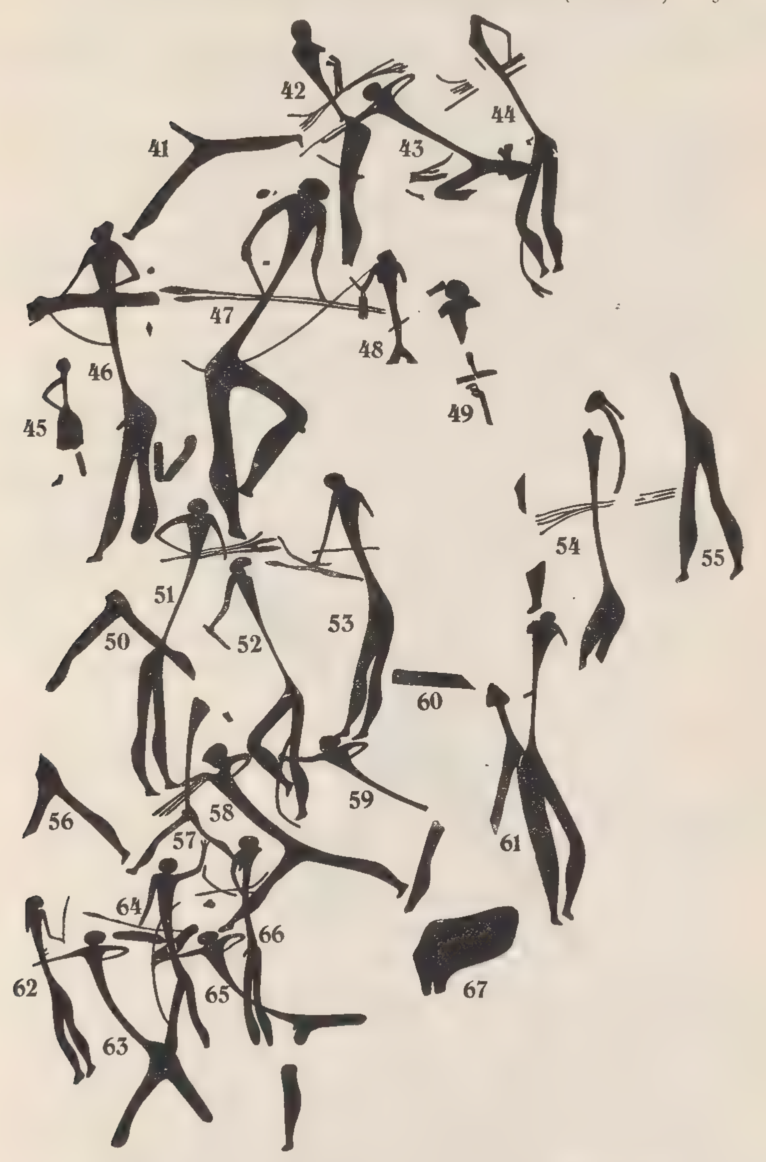
Núm. 36... Arquero; encima de la cabeza, restos de flechas, y a la derecha de la figura del arquero, el fragmento de una pierna humana.



Fig. 14.—Cuevas del Civil: Abrigo principal; pinturas números 31 y 32. Escala, 1 : 2.

Núm. 37... Figura humana, incompleta.

Núm. 38... A la izquierda, una figura difusa; en el centro, un arquero; a la derecha, figura incompleta y líneas.



FIF. 15.—CUEVAS DEL CIVIL: ABRIGO PRINCIPAL; CONJUNTO DE LAS PINTURAS NÚMEROS 41 A 67.
Escala, 1:6.

Núm. 39.. A la izquierda, varios restos de figuras difusas; a la derecha, arquero y fragmentos de un brazo con manojo de armas.

Núm. 40... Restos de pintura difusos, en parte antropomorfos.

El más interesante conjunto de pinturas de la Cueva del Civil es el complejo siguiente, reproducido en la lámina (de color) X, que va en la carpeta al fin de este libro. Por razones de estética hemos desistido de aplicar números a las figuras; el lector los encontrará en la parte correspondiente de la composición general, que repetimos en la figura 15:

Núm. 41... Hombre corriendo; están conservadas la cabeza, en forma punteada, y las piernas, muy abiertas.

Núm. 42... Figura erguida; ambos brazos arqueados hacia atrás, sosteniendo las manos un manojo de armas, que consiste en un arco y tres flechas.

Núm. 43... Arquero en posición inclinada, con piernas fuertemente arqueadas. Delante de la pierna anterior, fragmentos de armas.

Núm. 44... Figura erguida, con el brazo arqueado hacia atrás; flechas y arco; del otro brazo no existe más que un fragmento.

Núm. 45... Figura humana, con un brazo apoyado en la cadera. Muy difusa, y sin duda más antigua que las demás pinturas.

Núm. 46... Figura alta, con carcaj; reproducción clara del pene. El color de la porción central de la figura está químicamente alterado y por todas partes muy diluído en tonos rojo-claros. A la derecha de las piernas se ven otras dos, difuminadas y fragmentadas.

Núm. 47... Figura alta, con la cabeza vuelta. Los brazos sostienen, atravesadas delante del cuerpo, dos largas azagayas; el brazo delantero, al parecer, también el arco. Indicaciones de adorno se observan en el brazo derecho y debajo de la rodilla de la pierna levantada.

Núm. 48... Figura incompleta. Del codo del brazo derecho cuelga un cubo alargado. El pecho, claramente dibujado, hace suponer, por lo menos hipotéticamente, que se trata de una figura femenina. Una raya transversal más antigua se observa detrás de las caderas.

Núm. 49... Figura humana, fragmentada.

Núm. 50... Porción inferior de un hombre corriendo.



FIG. 16.—CUEVAS DEL CIVIL: ABRIGO PRINCIPAL; PINTURA NÚMERO 68.
Escala, 1:2.

Núm. 51... Arquero vuelto hacia la derecha, con arco y varias flechas. La roca de detrás de la porción superior de esta figura es de un color rojo muy claro, y en ella se reconocen varias rayas más antiguas y oblicuas.

Núm. 52... Figura de hombre, seguramente arquero, incompleta. Dirigida hacia la izquierda.

Núm. 53... Arquero, bien conservado.

Núm. 54... A la izquierda, restos de piernas; a la derecha, arquero incompleto, con los brazos torcidos hacia atrás y cuyas manos sostienen arco y flechas.

Núm. 55... Figura de la porción inferior de un hombre.

Núm. 56... Ídem.

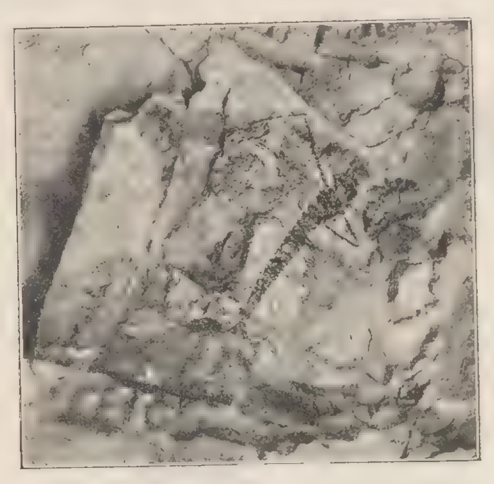


FIG. 17. — CUEVAS DEL CIVIL: ABRIGO PRINCIPAL; *Arquero,* CORRESPONDIENTE A LA PINTURA NÚMERO 68. FOTOGRAFÍA DIRECTA, CON FONDO BLANQUEADO ARTIFICIALMENTE.
(Clisé A. Boscá.)

Núm. 57... Figura más pequeña de un hombre corriendo; le falta la cabeza; en cambio están indicados los genitales.

Núm. 58... Arquero, con tres flechas.

Núm. 59... Arquero; figura incompleta, con arco.

Núm. 60... Trazo aislado; ¿carcaj?

Núm. 61... Figura erguida; muestra la porción del tronco casi linear. Las piernas, muy fuertes. A la izquierda, los restos de una figura más antigua, negruzca, con cabeza triangular.

Núm. 62... Pequeña figura erguida, con resto de arco.
Núm. 63... Hombre en actitud de disparar.
Núm. 64. . Figura de un hombre erguido, con el brazo y mano izquierda, de tres dedos, levantada, y con un venablo en la mano derecha. Detrás de esta figura, restos de color más antiguos y borrosos.



FIG. 18.—CUEVAS DEL CIVIL: ABRIGO PRINCIPAL; PINTURA NÚMERO 69.
Escala, 1 : 2.

Núm. 65... Arquero tirando, con el cuerpo inclinado. Pene.
Núm. 66. . Hombre erguido, con armas y pene.
Núm. 67... Manchón de color claro; al parecer, el resto de un cuerpo de animal.

A corta distancia, y a la derecha del número 44, se encuentra (fig. 16):

Núm. 68... Arquero, con tres flechas colocadas sobre la espalda o agarradas con la boca mientras dispara. Pene. Parece que el manojo de armas en la pierna derecha no está en relación alguna con la figura, sino que debe ser el resto de alguna otra figura deteriorada (fig. 17). A la derecha del hombre, difusos restos de color.

La pared del fondo forma en su continuación hacia el Este un pequeño saliente, que muestra también algunas huellas de pinturas (fig. 18):

Núm. 69... Figuras difusas, y en parte destruídas, de hombres, excepto los restos indeterminables, arriba a la izquierda.

Aproximadamente con el mencionado saliente empieza *la mitad derecha (oriental)* de nuestro abrigo, cuya composición general está reproducida en la lámina XIV:

Núm. 70.. Restos de manojos de armas, probablemente en relación con las figuras de hombres del número 73, destruídas en su porción superior (lámina XII).

Núm. 71... Ciervo, bastante torpemente reproducido. En parte ocupa el antiguo lugar de las figuras números 72 y 73, y por lo tanto es más reciente que éstas.

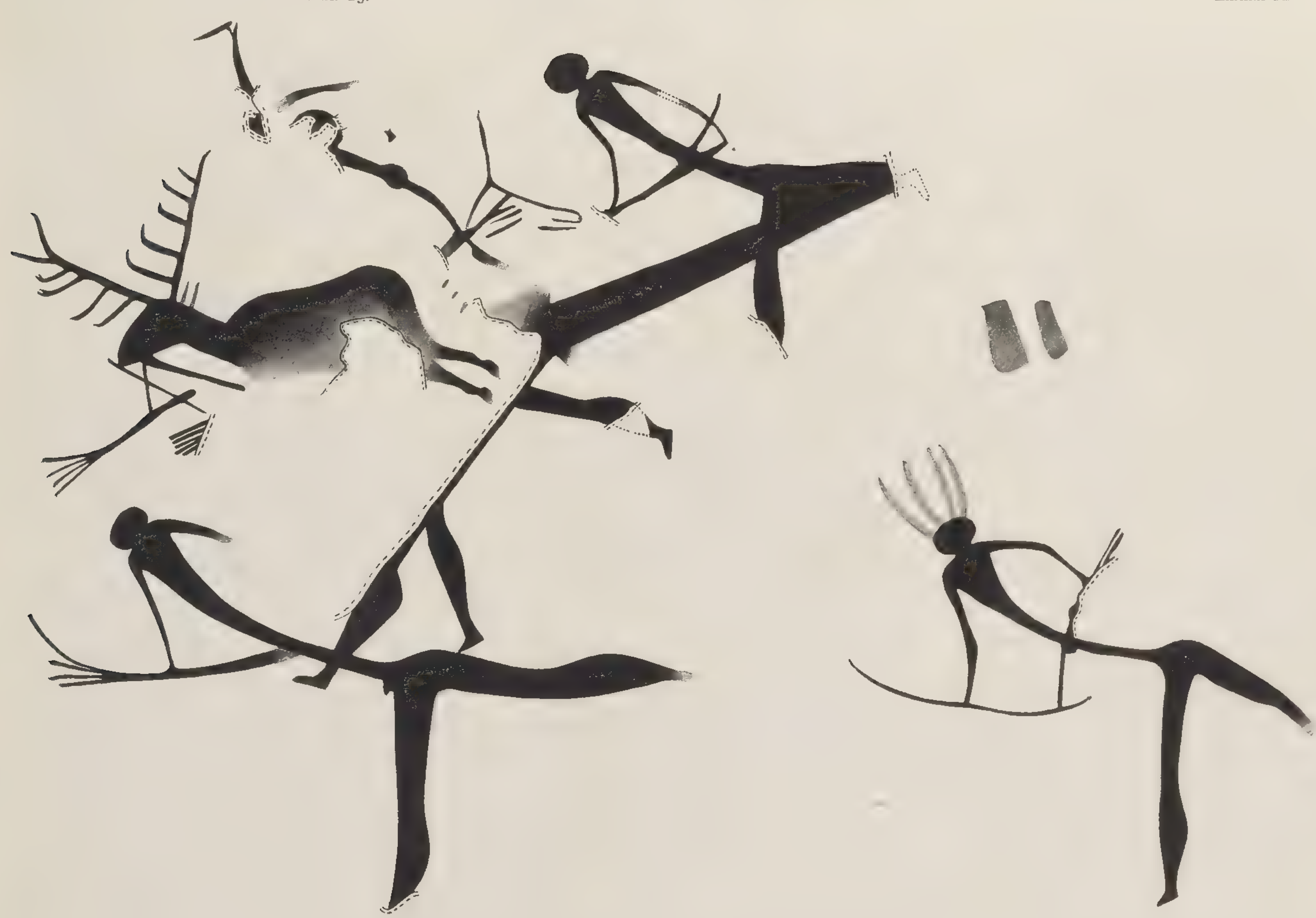
Núm. 72... Porción superior de una figura humana, casi toda destruída. Cabeza; brazo izquierdo con adorno del codo; a la derecha de este último, líneas indeterminadas.

Núm. 73... Al exterior, piernas grandes, muy abiertas, apoyadas en un antiguo plano de rotura. Al interior, piernas de pequeñas dimensiones. (Véanse núms. 70 y 71.)

Núm. 74... Arquero, con pene. La porción media del tronco pasa por encima del número 73.



PORCION SALIENTE



Cuevas del Civil: Abrigo principal; pinturas números 70 a 76.
(Para la verdadera posición de este grupo de pinturas véase la lámina XIV.) Escala, 1 : 2.





FIG. 19.—CUEVAS DEL CIVIL: ABRIGO PRINCIPAL; PINTURAS NÚMEROS 77 A 79.
Escala, 1 : 2.

Núm. 75... Arquero; sus piernas pasan por encima del número 73.



Fig. 20.—Cuevas del Civil: Abrigo principal; pinturas números 84 a 87. Escala, 1:3.

Núm. 76... Arquero; encima de su cabeza hállanse cuatro líneas de color claro, borrosas, al parecer más antiguas y no pertenecientes a esta figura. Semejantes restos de color más antiguos se observan más arriba y a la derecha.



Cuevas del Civil: Abrigo principal; pinturas números 80 a 83. Escala, 1 : 2,3.

Núm. 77... Figura humana, incompleta (fig. 19).

Núm. 78... Ídem; parece que la mano derecha termina en forma esférica.

Núm. 79... Arquero, incompleto.

Siguen inmediatamente a la derecha (lám. XIII):

Núm. 80... Cierva en actitud de ascender.

Núm. 81... Restos de un manojo de armas; más antiguo que el número 80.



Fig. 21.—Cuevas del Civil: Abrigo principal; pintura número 88.
Escala, 1 : 2.

Núm. 82... Arquero muy alto, con barbilla (¿barba?) bien marcada y con adorno en el codo del brazo cuya mano lleva el manojo de armas. Las «plumas» al extremo de las flechas, pintadas con color más claro, es decir, diluído. Cerca del pie de la pierna delantera se observan restos de líneas indeterminables.

Núm. 83... Cuadrúpedo, indeterminable.

Núm. 84... Cuerpo de animal, muy borroso; más abajo, restos de color (fig. 20).

Núm. 85... Arquero; más arriba de la cabeza se observa una mancha de color, más clara y antigua.

Núm. 86... Porción superior, muy difusa, de un arquero. A la derecha, dos rayas de color semejante.

Núm. 87... Figura humana, muy pálida y deteriorada.

Núm. 88... Resto de pinturà indeterminable (fig. 21).



Fig. 22.—Cuevas del Civil: Abrigo principal; pintura número 89.
Escala, 1 : 3.

Núm. 89... Figura de animal, indeterminable (¿caballo?), de dimensiones bastante grandes. En la parte posterior, otras líneas (fig. 22).

Núm. 90... Lomo de animal, muy difuso, y a su izquierda, restos de dibujo, rojo-obscuros. (Véase figura 25.)

Núm. 91... Arquero, de color difuso (fig. 23).

Núm. 92... Fragmentos de una figura humana.



FIG. 23.—CUEVAS DEL CIVIL: ABRIGO PRINCIPAL; PINTURAS NÚMEROS 91 Y 92.
Escala, 1 : 2.

Núm. 93... Figura humana, con cabeza grande, cuerpo corto y piernas gruesas, de un tipo que con más frecuencia vuelve en la Cueva de los Caballos (fig. 24). La cabeza tiene forma de ovaloide



FIG. 24.—CUEVAS DEL CIVIL: ABRIGO PRINCIPAL; PINTURA NÚMERO 93.
Escala, 3 : 5.

grande, partiendo de ella, delante y detrás, hacia abajo, series de puntos sincrónicos y pertenecientes a este conjunto. Pueden interpretarse quizá como adorno colgante de conchas. Las espaldas desaparecen dentro de la cabeza. Un

brazo sostiene un arco y un manojo de flechas; el otro está libre, mostrando adorno en el codo, y la mano con cuatro dedos. Las piernas, muy deterioradas, gruesas, en posición de carrera; un bulto en la pierna posterior indica quizá un adorno en la rodilla. A la derecha de la figura se ve un signo difuso en forma de gancho.



Fig. 25.—Cuevas del Civil: Abrigo principal; pinturas números 90, 94, 95 y 96.
Escala, 1 : 2.

Núm. 94... Cabeza de animal, incompleta (fig. 25).
Núm. 95... ¿Cáprido?
Núm. 96... Dibujo indeterminable, y a la derecha, una raya muy ramificada.

Núm. 97... Arriba, figura de animal; abajo, arquero (fig. 26).

Núm. 98... Cáprido; debajo de las patas delanteras, fragmento de una cabeza de animal (cornamenta y orejas) de la misma familia.



Fig. 26. — Cuevas del Civil: Abrigo principal; pinturas números 97 y 98.

Escala, 1 2.

Núm. 99... Dibujos indeterminables de color rojo más claro (fig. 27).

Núm. 100.. Fragmentos de un ¿arquero?; más abajo, restos de dibujos indeterminables (todos de color negruzco).

Núm. 101.. Cabra, negruzca. Únicamente la cornamenta está bien conservada.



FIG. 27.—CUEVAS DEL CIVIL: ABRIGO PRINCIPAL; PINTURAS NÚMEROS 99 A 101.
Escala, 1 : 2.

Núm. 102.. Arquero, con adorno de plumas. Figura tosca de contornos en parte fuertemente borrosos (figura 28).



FIG. 28.—CUEVAS DEL CIVIL: ABRIGO PRINCIPAL; PINTURA NÚMERO 102.
Escala, 1 : 2.

80 81 82 83

70 72 71 73 75 74

89

93

90

94 95

76 84 85 91 92

96 97 98

78 79 86 87

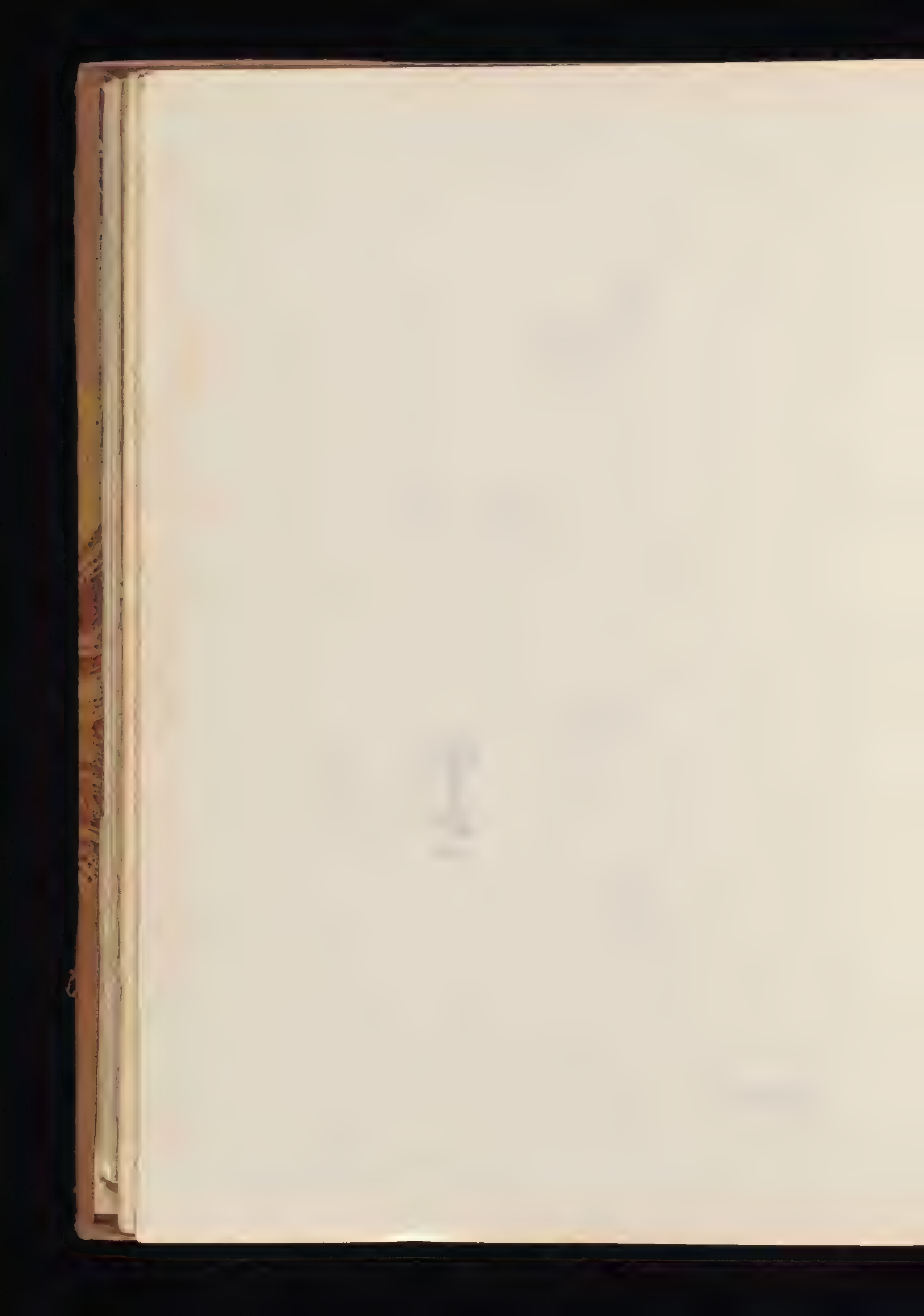
102

99

77

88

100 101



LA CUEVA DELS TOLLS

(Núm. 4 del mapa, fig. 2.)

Se encuentra esta cueva algo más abajo de la desembocadura del Barranco Fondo, en el de Valltorta, y aproximadamente a unos 25 metros sobre el fondo del valle, situada en uno de los salientes principales del acantilado izquierdo. A unos 50 metros barranco arriba hay varios *tolls,* es decir, charcas de aguas permanentes, que son las que han dado el nombre a la «cueva» de que aquí tratamos.

En realidad, la «cueva» no es más que un nicho extremadamente plano y que apenas tiene un metro de profundidad, 5 metros de largo y 1,40 metros de alto. Hubo antaño en ella dos figuras humanas bien conservadas, y la de un animal, al parecer de una hembra de cérvido, con una flecha clavada en el dorso. Esta figura ha sido completamente destruída en el intervalo de tiempo transcurrido entre nuestra primera y nuestra segunda visita a la cueva; en cambio sólo quedaron fuertemente estropeadas las dos representaciones humanas.

Los restos de pintura, de color rojo claro, aún existentes en abril de 1917, están reproducidos en la figura 29. Son los siguientes: primero, en el centro, una figura humana, aún relativamente bien conservada, con cabeza gruesa, cintura estrecha, piernas fuertes y gruesas y muy entreabiertas. Abajo, a la derecha, hay otro resto de una figura, hoy ya apenas determinable, pero que, como bien recordamos, era antes una representación parecida a la pintura número 93 del Abrigo principal del Civil.

Una serie de parejas de rayas cortas, seguramente huellas de animales, atraviesa oblicuo-transversalmente el conjunto de estas figuras. Aquí se observaron por vez primera las huellas en el Levante de España, y la interpretación que damos, es, sin duda, la exacta, en vista de las ulteriormente descubiertas figu-

ras de rastros de Morella la Vella (Castellón) y de ciertas



FIG. 29.—CUEVA DELS TOLLS: FIGURAS HUMANAS (DETERIORADAS) Y HUELLAS DE ANIMALES. Escala, 1 : 2.

pinturas del Sur de la Península. Finalmente, se ven aún a la izquierda y arriba los restos de dos venablos.

CUEVA RULL

(Núm. 5 del mapa, fig. 2.)

La gruta tiene este nombre por haberla llamado así D. Alberto Roda, por la casa de campo «Masía Rull» que existe en la planicie en que remata esta vertiente.



FIG. 30.—CUEVA RULL: FIGURA HUMANA Y CIERVA. Escala, 4:5.

Hállase situada inmediatamente a la derecha de la salida del *Barranco de la Zorra,* cerca del imponente acantilado de las *Rocas de les Estávigues.* En realidad, también esta «cueva» no es más que otro de los tantos covachos muy poco cóncavos de menos de un metro de fondo, 5 metros de longitud y 1,50 metros de altura.

Se observan pinturas, primero en la *pared del fondo* del covacho. Anotaremos el fragmento de una figura humana en posición oblicua, con cabeza grande sobre un tronco más delgado y hue-

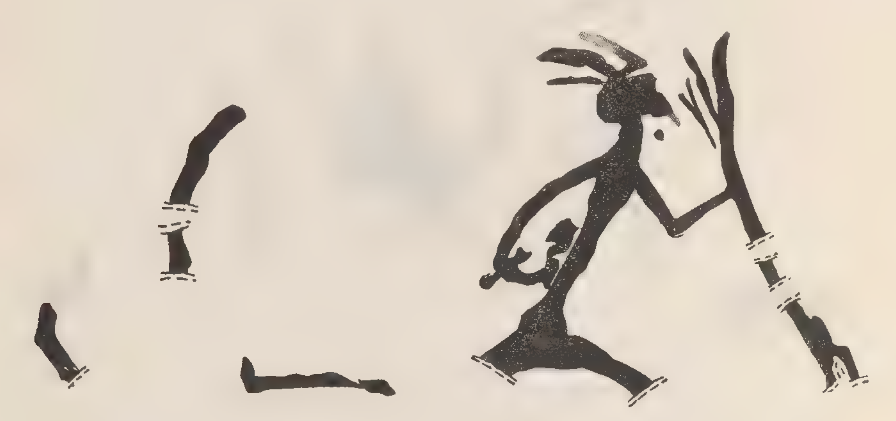


FIG. 31.—CUEVA RULL: PIERNAS HUMANAS (AISLADAS) Y ARQUERO.
Escala, 5 : 6.

llas de una pierna, de color fuertemente rojo (fig. 30). El brazo, torcido y extendido, sostiene en su prolongación más clara un objeto que pudiera ser un arma (¿honda?). Encima de la cabeza hállanse dos «puntas» también de color rojo claro acentuado, «puntas» que quizá representen las plumas que sirven de adorno. No puede abrigarse ninguna duda respecto a la pertenencia de las porciones más claras a la figura obscura. El brazo izquierdo está conservado sólo en su porción superior; en su continuación se ven los fragmentos de un arco y de un manojo de flechas muy esfumado. La figura de una cierva, de color rojo obs-

curo, está pintada al lado de la figura humana anteriormente descrita, y está todavía bastante bien conservada.

En el *techo* del abrigo existen varias «piernas» de color rojo, que no son restos de figuras destruídas, sino dibujos sueltos, aislados (fig. 31). En el mismo lugar está también figurada, aisladamente, la silueta rojo-obscura de un arquero que lleva arco y flechas y muestra un penacho de tres plumas.

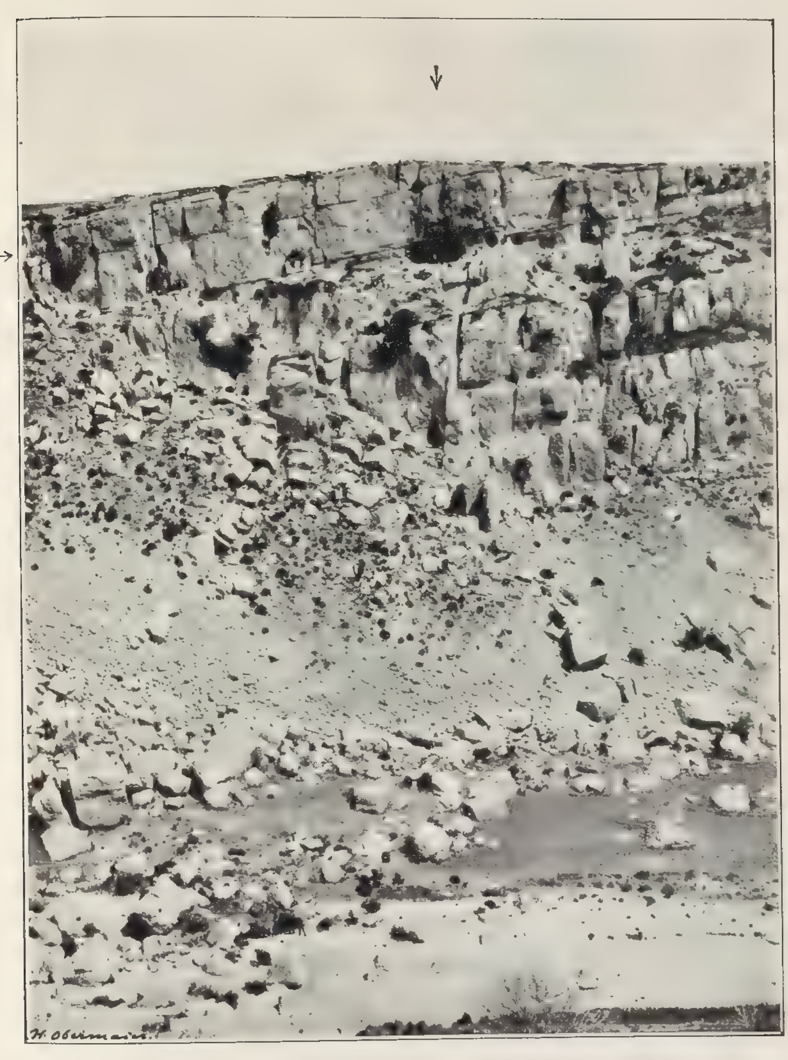
LA CUEVA DE LOS CABALLOS

(Núm. 6 del mapa, fig. 2.)

Próximamente 2 kilómetros y medio barranco abajo, partiendo de las Cuevas del Civil, exactamente al Este y enfrente de la Cueva Rull, se yergue un paredón vertical de casi 100 metros de altura, a cuyo pie se ven amontonamientos caóticos de gigantescos bloques desprendidos. Este imponente acantilado encierra la interesante Cueva de los Caballos *(Cova dels Caballs)*, sobre cuya situación y ambiente único en su género nada puede dar mejor idea que las fotografías que acompañan al texto y que ahorran largas y siempre incompletas descripciones (láms. I y XV; véase también la lámina III).

Desde lejos se presenta la Cueva de los Caballos como un pequeño nicho, al parecer inaccesible, en medio de la escarpa, colgando en ella como un nido de águilas, a unos 80 metros sobre el nivel del valle y separado hacia arriba (donde se extiende la casi horizontal meseta) por un abrupto corte de unos 15 metros. Empero, fijándose con más detención, se observa que la «cova» tiene acceso escalándola inmediatamente desde el fondo del valle, atravesando primero el caos de rocas desprendidas y luego ascendiendo por las «chimeneas»; siendo, no obstante, mucho más de aconsejar, trepar a ella bajando desde la meseta alta. A este efecto, sígase por una imponente hendidura, cuyo fondo baja fuertemente inclinado desde la cumbre de la alta meseta inmediatamente detrás y paralelo a la cueva; desde aquí tuerce el camino en forma de semicírculo hacia la derecha y hacia el abrigo, siendo preferible para personas poco experimentadas en trepar, que empleen una soga que les facilite la entrada. Es notable que el abrigo se llama también, precisamente por estas sus condiciones topográficas, *Cova del Badall* (Cueva de la Grieta).

Llegado al lugar, se observa que la «cova» es un abrigo de 9 metros de largo y algo más de 3 metros de fondo. Se abre



La Cueva de los Caballos (→), vista desde enfrente. (Véase la lám. I.)

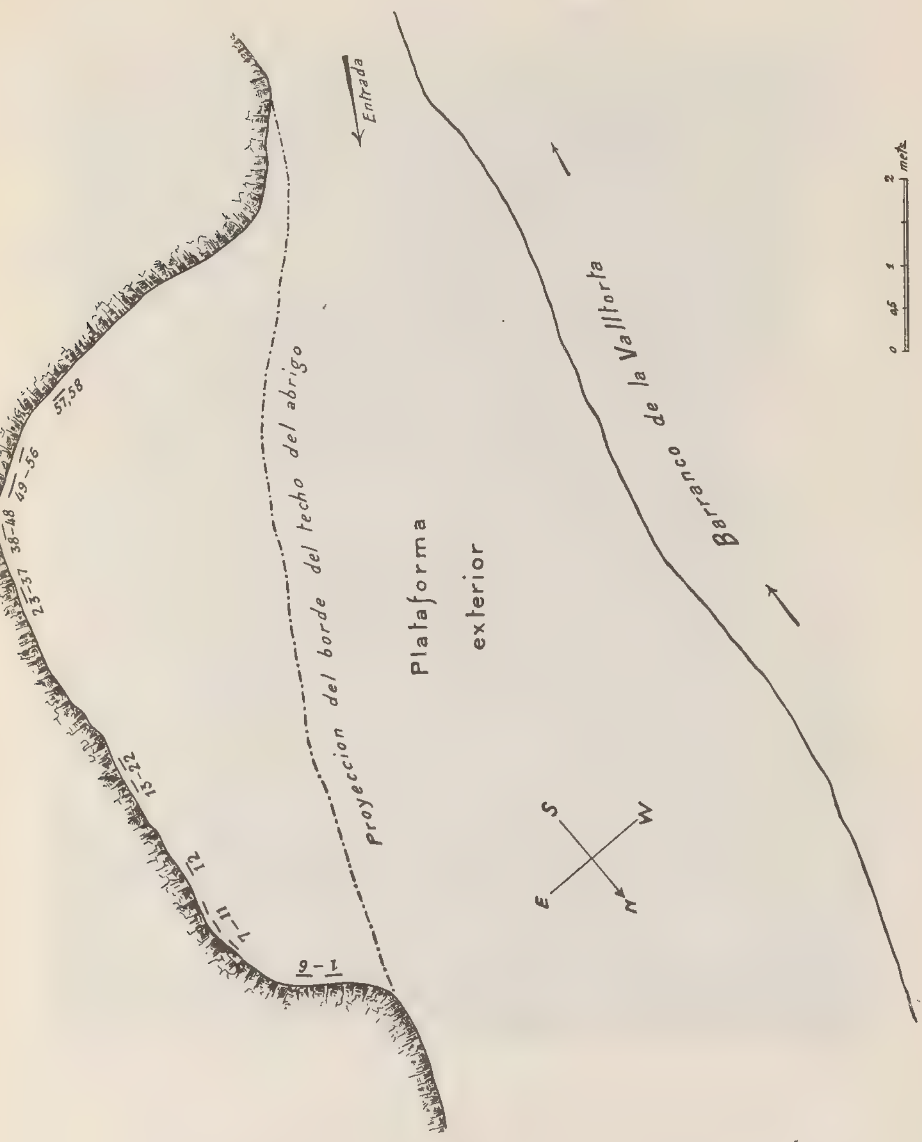


Fig. 32.—Plano general de la Cueva de los Caballos.

hacia W., extendiéndose delante de ella una plataforma exterior de varios metros de anchura, con muy oblicua inclinación hacia fuera (lám. XVI).

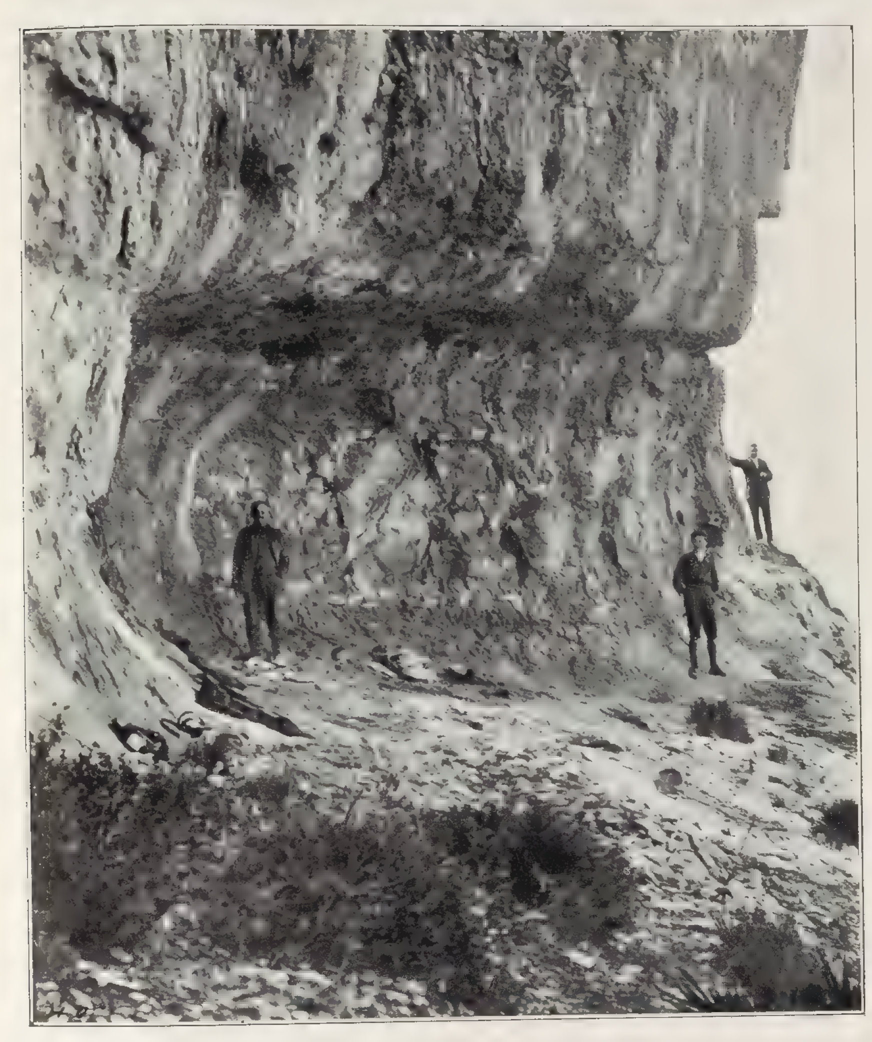
El interior de este nicho está protegido por un techo que delante tendrá unos 4 metros de altura con inclinación hacia el interior, de modo que la altura en el fondo va disminuyendo hasta 2 metros. El color de la roca, aquí bien protegida contra la descomposición, es de un amarillo claro en la mitad superior; hacia abajo, es decir, hacia el suelo del abrigo, de un color amarillo obscuro, de modo que las pinturas pudieron conservarse en condiciones relativamente buenas y eran, por lo tanto, bastante visibles; y no es extraño que los aldeanos conociesen siempre estas figuras interpretando los dibujos de animales colectivamente como «caballos», y dando a la cueva el nombre de «Cueva de los Caballos». Según referencias de personas ancianas, había antes muchas más figuras en las paredes del abrigo que las que hoy existen, e inculpan a los pastorcillos de ser los autores de la destrucción paulatina de más de la mitad de las figuras en los últimos cuarenta años. Aún es más deplorable que también después de nuestros trabajos y estudios en Tirig haya continuado esta obra de destrucción.

Pasemos ahora a la enumeración y descripción de las pinturas conservadas en la reducida pared septentrional, en la oblicua oriental y en la porción interior de la pared meridional del abrigo (fig. 32).

Para la relación exacta entre cada pintura y la numeración empleada en la descripción que sigue, consúltense las láminas XIX y XXIV.

Estas mismas láminas, reducidas exactamente a 1 : 6, indican con toda precisión el agrupamiento de las pinturas y su distancia recíproca, tales como se ofrecen al visitante en el mismo abrigo.

Las pinturas de la pared septentrional.—Aparecen pinturas a medio metro de la esquina septentrional del abrigo, observándose primero dos figuras humanas a casi 2 metros de altu-



La Cueva de los Caballos.

ra (fig. 33). De un notable impresionismo, están dibujadas en muy oblicua posición de carrera, de modo que los cuerpos se presen-



FIG. 33.—CUEVA DE LOS CABALLOS: PINTURAS NÚMEROS 1 Y 2.
Escala, 4 : 5.

tan a la vista del espectador en posición casi horizontal, aumentando de este modo el movimiento de la carrera, obteniendo efectivamente tal impresión por este procedimiento ingenioso infantil:

Núm. 1.... Figura linear muy difusa, al estilo de los dibujos números 37 y 42 del mismo abrigo.

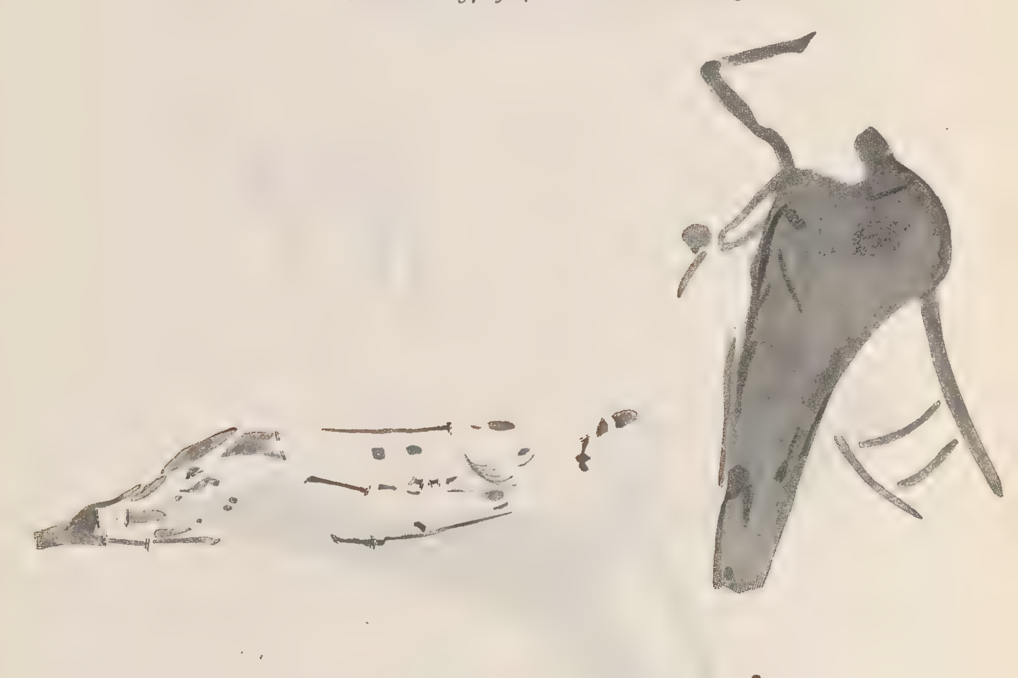


Fig. 34.—Cueva de los Caballos: Pinturas números 3 y 4.
Escala, 1 : 4.

Núm. 2.... Cazador, de piernas gruesas, con cabeza aproximadamente triangular y manojo de armas en la región abdominal. La forma de acentuación del pene da la impresión de estar éste enfundado; en la rodilla de la pierna delantera aparece un adorno. Solamente la porción inferior rojo-obscura está bien conservada.

A unos 65 centímetros debajo de la pintura número 2, y en parte situado algo más a la derecha, hállase el grupo de la figura 34:

Núm. 3.... Dibujo al parecer incompleto; además bastante defectuoso, sobre cuyo sentido e importancia no nos atrevemos a emitir ninguna opinión.



FIG. 35.—CUEVA DE LOS CABALLOS: PINTURA NÚMERO 5.
Escala, 1 : 3.

Núm. 4.... Figura masculina, de un color generalmente difuso, rojo claro. Parece representar de arriba a abajo la porción abdominal (linear), pene a la izquierda (linear), caderas, muslo, rodilla y pantorrilla de la pierna delantera (toda ella modelada) y muslo incompleto de la otra (linear con rayas transversales).

Inmediatamente a la derecha empieza el grupo (figs. 35 y 36) del que el

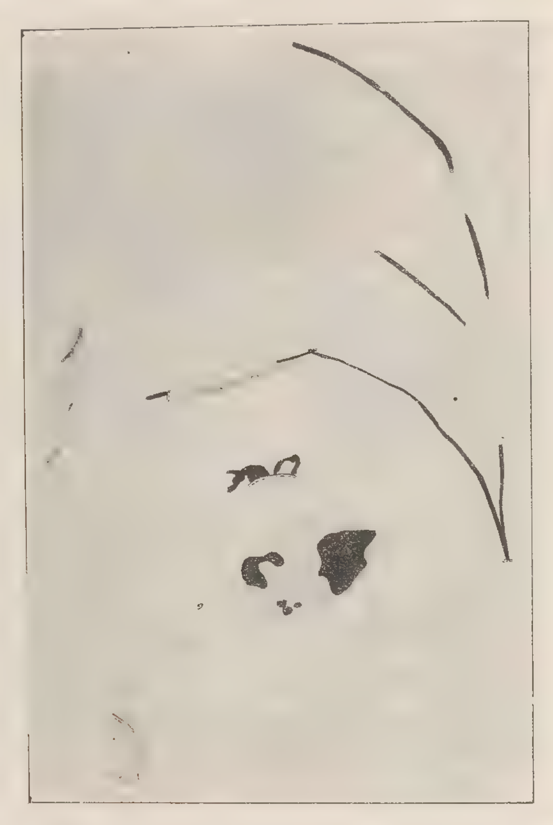
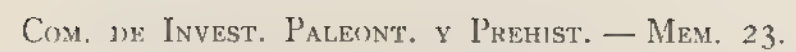


Fig. 36.—Cueva de los Caballos: Pintura número 6.

Escala, 1 : 3.

Núm. 5.... representa una figura humana completamente difusa. La cabeza es redonda, los brazos abiertos en posición horizontal, pareciendo llevar una vara el izquierdo. La porción inferior es campaniforme, parecida al número 45 de la Cueva del Civil (gruta principal) (fig. 35).





Cueva de los Caballos: pinturas números 7 a 11.

Escala, 1 : 3.

Núm. 6.... Se compone de fragmentos de dibujo inutilizables (fig. 36).

Las pinturas de la pared oriental.—A unos 70 centímetros a la derecha del grupo número 6, y a la misma altura, hállase el grupo (lám. XVII), a su vez muy fragmentario:

Núm. 7... Se observa, arriba primero, un arquero colocado horizontalmente, ocupado en disparar hacia abajo. La pierna, flexionada, está armoniosa y proporcionadamente dibujada; delante del cuerpo aparecen tres flechas, cuyas «plumas» están dirigidas hacia arriba, lo que da la impresión como si estuviesen clavadas en el suelo.

Núm. 8. .. Hay otro tirador inmediato a la derecha en posición inclinada, parecida a la figura anterior. Las piernas, por su postura tiesa y rígida y por lo entreabiertas, hacen que se destaquen claramente los caracteres genitales masculinos. Parece que está disparando el arquero contra lo que es hoy manchón largo e ininteligible, subyaciente a la figura y de color rojo obscuro y que antaño figuraría algún animal. Otras numerosas rayas no permiten interpretación alguna.

Núm. 9... Fragmentos de dos figuras humanas, cuyas extremidades inferiores parecen cruzarse.

Núm. 10... Trozos de una figura humana difusa, con la que puede estar relacionado el manojo de flechas; además existen fragmentos de otros dos dibujos.

Núm. 11... Fragmento de un gran lomo de animal (?) mostrando flechas clavadas en sus porciones delantera y trasera.

A unos 35 centímetros a la derecha del número 10, el plano liso de la roca está interrumpido por dos rodetes verticales de estalactita altos y delgados, entre los que hay un espacio libre de, en término medio, 10 centímetros de anchura. En este espa-



Fig. 37.—Cueva de los Caballos: Pintura número 12.

Escala, 1:2.



Cueva de los Caballos: pinturas números 13 a 18. Escala, 1 : 2.

cio y un poquito más alto que el grupo de figuras anterior, se ve otro grupo de figuras (fig. 37), del que tenemos la convicción de que fueron dibujados sus «motivos» sólo después de la formación de estos grandes rodetes, lo que demuestra que estos últimos no recubren las pinturas y que no las han anulado parcialmente. Únicamente se depositó posteriormente, encima del rodete izquierdo más alto, una delgada capa de concreción, que llegó a alterar y recubrir en parte la figura grande izquierda.

Núm. 12... A la izquierda se destaca una figura humana grande, en parte defectuosa, con cabeza redonda, de la que parece surgir un adorno a modo de moño. La mano del brazo entero, mejor dibujado, parece tener una flecha; el otro brazo está muy fragmentado, y su extremidad inferior parece apoyada en la cadera, donde la mano sostiene arco y flechas muy mutiladas. El tronco del cuerpo y la porción abdominal son muy delgados, y las piernas son desproporcionadamente gruesas.

A la altura de la región abdominal de esta figura y frente a ella se ve otra más pequeña que parece representar un arquero en actitud de disparar. Este dibujo, únicamente está bien conservado por lo que respecta a su porción superior. Encima de la cabeza de esta última figura se observa un manojo de armas arrojadizas.

A la misma altura que el número 12, pero unos 50 centímetros más a la derecha, se ven las figuras que comprendemos en el grupo de la lámina XVIII:

Núm. 13... En el conjunto sorprende primero, arriba, a la izquierda, una figura completamente roja, de forma de «pato» (cabeza con pico, cuello y pecho). Puesto que estas porciones se presentan casi intactas, no es imposible que se trate efectivamente de una representación de este

animal. Frente al pico y cuello del «pato» obsérvanse los fragmentos de dos figuras humanas en posición oblicua. Hacia atrás y en contacto con el cuello se ve una línea de contorno incompleto.

Núm. 14... Representación rojo-obscura de un arquero, con adorno en el brazo y liga claramente visible en la rodilla de la pierna delantera. La cabeza, amorfa, corregida hacia atrás con color rojo claro. También se ve una mancha del mismo color claro en el sitio donde está la parte trasera de la liga. El tronco del cuerpo es tosco y relativamente grueso, poco perfilado. La mano formando parte del brazo trasero, casi completo, muestra cuatro dedos y sostiene una flecha de color rojo claro, mientras el arco parece llevado en la mano delantera. Otra mancha, probablemente sincrónica, de color claro, se ve como apoyada encima de las nalgas, pudiéndose quizá tratar de un adorno.

Núm. 15... Otro arquero, también con adorno en el brazo y liga multitrenzada, con manojo de armas en la mano del brazo delantero. Delante de la figura e inmediatamente debajo del manojo, se ven restos de color indeterminables.

Núm. 16... Dibujo de líneas de poco grosor (figura humana y armas).

Núm. 17... Figura tosca, pero notable por el detalle de los caracteres de la cara. La mano del brazo levantado sostiene un manojo de cuatro flechas.

Núm. 18.. Figura humana, fuertemente deteriorada; la cabeza presenta notables rasgos de cara. Existen porciones del pecho, y un brazo.

Mencionaremos además que se ven, a unos 20 ó 25 centímetros a la derecha de este grupo y a la misma altura, varios restos de colores; pero que no reproducimos, porque son del

todo indeterminables. También es poco satisfactorio el estado de conservación del grupo figuras 38 y 39, en que comprendemos las figuras que se encuentran inmediatamente al pie de las del grupo anteriormente citado:

Núm. 19... Mitad posterior de un mamífero, probablemente de un bóvido (fig. 38).

Núm. 20... Figura humana, muy difusa y fragmentada.



FIG. 38.—CUEVA DE LOS CABALLOS: PINTURAS NÚMEROS 19 A 21.
Escala, 1 : 2.

Núm. 21... Porción inferior de una representación humana, uno de cuyos pies muestra cuatro dedos.

Núm. 22... Arriba, restos de color; abajo, arquero muy oblicuamente colocado, bastante completo, con manojo de armas y flechas, y piernas muy entreabiertas (fig. 39).

Después de una interrupción de 2 metros, vuelven a presentarse pinturas en la pared oriental, ofreciéndose a la vista, a la misma altura que el anterior grupo de las figuras 38 y 39, el nuevo conjunto de la lámina (de color) XX, que va en la carpeta al fin de este libro. Comprende aquél la composición más hermosa y más viva de todo el abrigo, figurando una cacería de ciervos, cuya parte final (derecha) se pierde bajo un delgado manto blanquecino de estalagmita.



Fig. 39.—Cueva de los Caballos: Pintura número 22.
Escala, 2 : 3.

La composición se divide en dos partes: a la izquierda se ven cuatro cazadores, alineados uno encima de otro; a la derecha, una manada de ciervos y ciervas con sus cervatos, en carrera emprendida en dirección a los tiradores, que los cubren de proyectiles.

Hay que suponer, por lo menos hipotéticamente, que detrás de estos animales existía un grupo de ojeadores, probablemente también armados, pues así lo da a entender la presencia de algunas flechas en los cuartos traseros de los cérvidos perseguidos.

Este cuadro está en posición oblicua, como lo indica el plano de la composición general (lám. XXIV), de modo que se sufre la impresión de que los animales huyen hacia abajo. Las figuras están pintadas con color rojo obscuro, pero la mayoría de los animales, en un tono más fresco y claro que los cazadores. (Véase la «restauración», lám. XXI.)

Núm. 23. . . Cazador, fuertemente fragmentado. De esta figura están conservados el arco, el tronco y las dos piernas, que hacen suponer que el arquero estaría representado en posición de ligero apoyo.



En parte ocupa el lugar antiguo del cuerpo una figura de animal, también muy destruída, y que parece representar quizá un cérvido. Está orientado hacia el grupo de ciervos, y parece más reciente y no estar relacionado con la composición, a pesar del parentesco en el estilo.

Núm. 24... Segundo cazador, con la pierna delantera flexionada.

Núm. 25... Cazador tercero, en posición sentada, con tres flechas en reserva.

Núm. 26... Cazador cuarto, arrodillado sobre la pierna trasera, también con flechas en reserva.

Núm. 27... Gran ciervo macho.

Núm. 28... Cierva, muy deteriorada, sin cabeza; muestra una flecha clavada en la porción trasera.

Núm. 29... Dos cervatillos; el superior, al parecer, con flecha clavada en el cuarto trasero. Las cabezas de ambos animalitos son poco claras y difusas; las manchas características de la piel están cuidadosamente indicadas.

Núm. 30... Cervato, bastante adulto ya. El animal está pintado primero de color más claro, luego corregido y repasado con un color más obscuro. En correspondencia aparecen en la cabeza dos pitones largos y claros y otros tantos más cortos y obscuros, sin ramificación ulterior, y orejas repetidamente corregidas.

Núm. 31... Cierva, con flecha en el pecho.

Núm. 32... Ídem.

Núm. 33... Cierva, con tres venablos en el pecho.

Núm. 34... Cabeza de cierva.

Núm. 35... Cierva, con flecha en el pecho.

Núm. 36... Manchón amorfo muy deteriorado, probablemente más antiguo y no perteneciendo al grupo.

Núm. 37 . . . Existe un dibujo linear característico a unos 30 centímetros por encima del ciervo (núm. 27), representando un arquero en gran carrera. Es notable la cabeza por su tocado en forma de orejas de animal (fig. 40).

Al otro lado del mencionado manto de concreción estalag-



Fig. 40.—Cueva de los Caballos: Pintura número 37.
Escala, 5:6.

mítica, y a la misma altura que los números 27 y 37, encuéntrase el grupo figura 41:

Núm. 38 . . . Fragmentos de una figura de hombre corriendo, con porción abdominal extremadamente delgada y piernas de un grosor sumamente exagerado. El conjunto de radios que parten de la porción abdominal, borrosa hacia la derecha, se compone de la porción de un arco, de cuatro flechas con pluma y de dos rayas que tienen su pareja simétricamente a la izquierda del tronco y que de seguro figuran un adorno colgante que partiría de la cintura. La figura des-



Cueva de los Caballos: cacería de ciervos [pinturas números 23 a 35].
Restauración ideal de la escena.

Tamaño reducido.



FIG. 41.—CUEVA DE LOS CABALLOS: PINTURAS NÚMEROS 38 A 40. Escala, 1 : 2.

tácase esencialmente de aquellas de los cazadores al ojeo (lám. XX); de modo que no puede ser relacionada con ellas.

Núm. 39... Porción superior de una figura masculina, tocada de extraño gorro en forma de orejas de animal erguidas, parecida al número 37. A la derecha se ven rayas aisladas (¿restos de flechas?).

Núm. 40... Porción superior de una figura humana, sin caracterización especial.

Núm. 41... Cierva, que bien podría formar parte de la caza al ojeo antes descrita, pues así lo sugieren el lugar que ocupa, la dirección, el estilo y el color. Las líneas visibles debajo de la cabeza en la región del cuello, podrán ser representaciones de flechas (fig. 42).

Núm. 42... Figura de cazador, rojo-clara, muy movida. Este arquero sostiene, en el brazo delantero, arco y flechas.

No es de suponer que esta figura esté relacionada con el número 41.

Un poco más abajo se halla el grupo lámina XXII:

Núm. 43... Figura incompleta de cérvido.

Núm. 44... Figura humana, en parte muy difusa. Puede que forme parte del grupo de la gran escena de ojeo, representando un ojeador. Sustentamos esta opinión, pues muestra un tocado semejante (¿nudo en el pelo?) al del cazador número 26.

Núm. 45... Ciervo, más antiguo que el número 44, pues se ve la pierna del cazador superpuesta al asta del ciervo.

Núm. 46... Debe de tratarse de un bóvido, a pesar del extraño hocico.

Núm. 47... Arquero. El cuerpo está poco perfilado; en cambio están muy artísticamente dibujadas las piernas, a pesar de la caracterización exagerada de



Cueva de los Caballos: pinturas numeros 43 a 48. Escala, 1 : 2.



Fig. 42.—Cueva de los Caballos: Pinturas números 41 y 42. Escala, 2:3.

las rótulas. El pene está figurado. Para la época de la figura humana, anótese el detalle de que es más antigua que el bóvido (núm. 46), pues la parte ventral de éste cubre la cabeza del cazador.

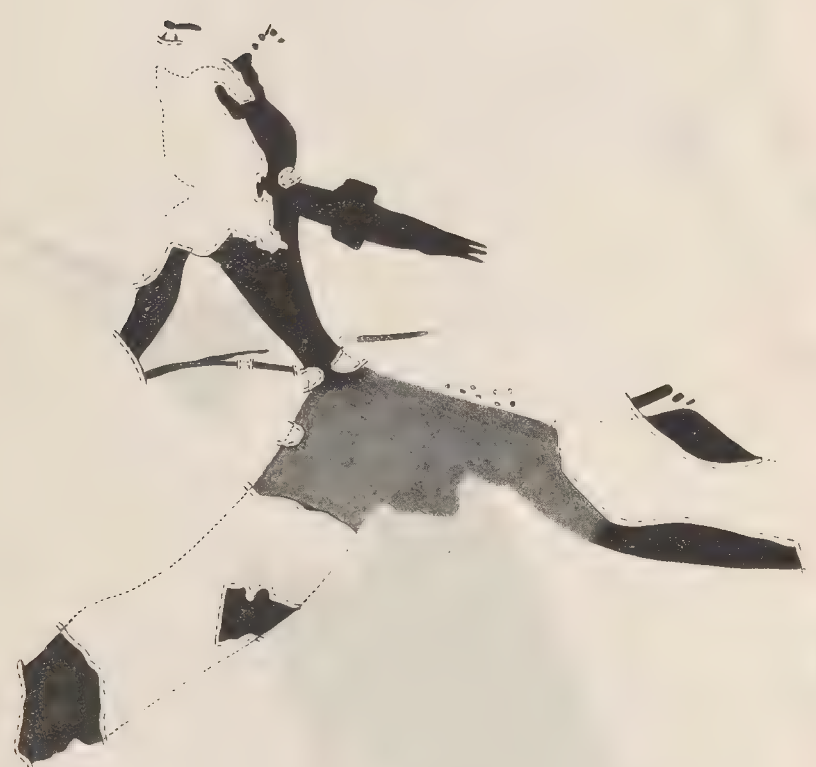


Fig. 43.—Cueva de los Caballos: Pintura número 49.
Escala, 2 : 3.

Núm. 48 . . . Cazador, incompleto, de color más pálido y quizá más antiguo que el número 46.

A unos 85 centímetros a la derecha de la figura 41 y un poquito más alto, se presenta la figura 43, de un color rojo bastante claro:



Cueva de los Caballos: pinturas números 50 a 53. Escala. 3 : 4.

Núm. 49... A pesar de estar fuertemente deteriorado, se puede reconocer exactamente como cazador, con cabeza grande, tronco corto y estrecho, y piernas muy abiertas y muy fuertes. La cabeza parece haber tenido como montera dos apéndices en forma de oreja y puntiagudos, pues el apéndice derecho está aún bien conservado, terminando además en cuatro puntos.

El brazo delantero sostiene arco y flecha; el otro está estirado, mostrando una mano con tres dedos, y es además notable por su gran adorno en el codo, en forma de anillo ancho.

En la porción de las nalgas hay otro grupo de diez puntos pequeños, quizá el resto de algún adorno colgante de la cintura.

Las piernas están mal conservadas, y la que mejor se ve, debió tener alguna cinta bajo la rodilla, pues aparecen casi encima de la pantorrilla una raya grande y dos menores, que no dejan lugar a otra interpretación.

Algo debajo de esta figura está el grupo lámina XXIII, cuyas figuras se distinguen poco en aquellos sitios, donde están aplicadas en los salientes de la roca. Al espectador se le presenta primero arriba:

Núm. 50... Figura masculina, caracterizada por la existencia del pene y testículo; por lo demás sin particularidades, siendo el dibujo tosco y sin estilo. Únicamente la cara muestra algún detalle, viéndose la nariz y la región de la barbilla. Detrás, restos más antiguos, de color desvanecido.

Núm. 51... Fragmento de un arquero alto, con la porción inferior del cuerpo muy exagerada por su gran tamaño, dibujada, no obstante, con gran estilo y elegancia. La porción posterior del manojo de armas en la región abdominal está bien conservada, y consiste éste en un arco y tres fle-

chas. Con estas armas se encuentra el brazo, difuso, cuya mano presenta cuatro dedos.

Núm. 52... A la derecha de la figura anterior se ven dos dibujos de cabras, simétricamente opuestos y ejecutados con gran habilidad. La pintura derecha muestra dos rayas en el vientre (¿flechas?).

De todos modos, más antigua que las figuras de estos animales es la que sigue:

Núm. 53... Arquero, cuya porción superior falta casi del todo, excepción hecha de difusos fragmentos de los dos brazos y porciones obscuras de la región abdominal, muy delgada, y del arco. La parte inferior del cuerpo está bien conservada, aunque difusa. En las piernas se observa la existencia de unas formas semicirculares que si en la pierna delantera significa la rótula muy marcada, no lo puede significar en la otra, pues estaría dibujada al revés, a no ser que al artista se le ocurriese semejante aplicación por razones estéticas, obteniendo un efecto muy armonioso con esta singular estilización.

La pierna delantera está superpuesta a la figura de un cuerpo de animal deteriorada. Esta última figura es, pues, la más antigua dentro de este grupo, siendo de edad algo más reciente el resto del número 53, cuya figura humana, a su vez, es más antigua que las cabras (núm. 52). De las dos cabras, la de la izquierda parece estar debajo de la figura número 51; pero hacemos constar que no pudimos cerciorarnos con toda seguridad en este caso.

Algo más a la derecha y más abajo, hállase el grupo figura 44. La superficie de la roca está muy deteriorada en este sitio, de modo que sólo se conservaron algunos pocos restos de pintura:

Núm. 54... Pierna de ¿bóvido?, cuyos detalles están cuidadosamente ejecutados.

Núm. 55 . . . Figura humana, con adorno en la cintura.
Núm. 56 . . . Pierna humana, elegantemente dibujada.

A un metro a la derecha del número 49, pero algo más



FIG. 44.—CUEVA DE LOS CABALLOS: PINTURAS NÚMEROS 54 A 56.
Escala, 2 : 3.

arriba, hállase el último grupo de pinturas de esta cueva (figura 45), grupo que consiste en dos arqueros:

Núm. 57 . . . Figura rojo-obscura, preciosamente ejecutada y que representa un cazador en plena carrera. La cabeza es irregularmente trapezoide, destacándose claramente las espaldas.





Fig. 45.—Cueva de los Caballos: Pinturas números 57 y 58.
Escala, 1 : 2.

La mano del brazo trasero sostiene un gran arco; la delantera, tres flechas.

El tronco del cuerpo, muy reducido, se estrecha desde el pecho triangular, para abajo, progresivamente hacia la cintura, destacándose entonces dos potentes piernas, cuya exageración estilística se aprecia mucho mejor en la reproducción figurada que por toda descripción. Las líneas de estas extremidades inferiores están fina y cuidadosamente ejecutadas, destacándose de las gigantescas pantorrillas los característicos pies diminutos.

Núm. 58... Arquero. Figura de color completamente rojo y estilísticamente muy emparentada con la anterior. La cabeza ofrece más detalles y hace suponer la existencia de una montera, con lóbulos laterales en la región de las orejas y de plumas (?) sujetas en ella. La mano del brazo mejor conservado sostiene un venablo.

La parte inferior del cuerpo no es sólo de gigantescas proporciones, sino que muestra un gran abultamiento que hace recordar algún adorno de caderas o el «culero» (en el sentido del delantalillo actual andaluz hecho de hojas de palmito). También podría tratarse de una fuerte estilización del abultamiento de la musculatura, provocado por el movimiento de la carrera. Anótese a este efecto, además, la exageración estilística de la rótula y de la pantorrilla de la pierna conservada. Delante se ven los restos del arco llevado en la otra mano.

Más hacia la esquina Sur del abrigo no existen manifestaciones artísticas, o es que no se han conservado.

ABRIGO DEL ARCO

(Núm. 7 del mapa, fig. 2.)

Inmediatamente detrás, esto es, al Este de la Cueva de los Caballos, hállase el Abrigo del Arco, denominado así por un gran arco de roca natural, arco que se destaca notablemente en el paisaje y que está inmediato al abrigo.

Tiene este abrigo una longitud de 10 metros por 4 de anchura, y está poco protegido hacia arriba. En la actualidad no



Fig. 46.—Abrigo del Arco: Restos de pinturas.
Escala, 3:4.

contiene más que dos pequeñas pinturas en rojo claro, ejecutadas cerca del borde izquierdo Noroeste de la cavidad.

Se trata de los fragmentos de una figura humana, pudiéndose reconocer bien únicamente un pie; además existe la imagen de un cuadrúpedo, cuya cabeza está destruída (fig. 46).

***

Las figuras y el texto de este capítulo se apoyan sobre nuestros trabajos originales del año 1917, y reflejan, por lo tanto, el

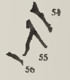
CUEVA DE LOS CABALLOS

COMPOSICIÓN TOTAL DE LAS PINTURAS DE LA PORCIÓN MERIDIONAL (DERECHA) DEL ABRIGO. (Véase la fig. 32 en el texto.)









estado exacto de las pinturas tal cual se presentaron entonces al investigador.

Sentimos infinitamente tener que decir que las pinturas de los Abrigos del Barranco de Valltorta han sufrido desde entonces acá gravísimos desperfectos, habiendo sido deterioradas varias figuras y otras destruídas por completo. Noticias que poseemos de fuente fidedigna añaden que los que más parecen haber sufrido, son los documentos de la Cueva de los Caballos y de la Cueva Saltadora. Los contemporáneos y la posteridad sabrán juzgar tales extremos de vandalismo, por el que fueron criminalmente destruídos tesoros únicos que no sólo para España, sino que para el mundo entero, representan monumentos históricos insubstituíbles.

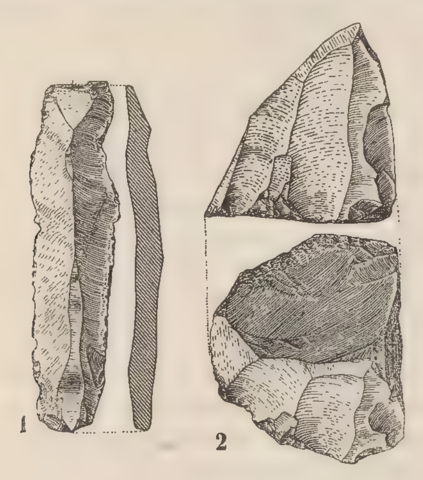


FIG. 47.—SÍLEX TALLADOS, ENCONTRADOS EN LOS ALREDEDORES DE LAS CUEVAS DEL CIVIL (1) Y DE LA CUEVA DE LOS CABALLOS (2).

(Tamaño natural.)

***

NOTA. Desde luego no hemos dejado de preocuparnos de la existencia de yacimientos prehistóricos a la vez que llevá-

bamos a cabo el estudio de los abrigos. Desgraciadamente estos últimos no contienen ni los menores vestigios de restos de la vida material; pues su piso está formado siempre por la peña desnuda, por lo regular además abrupta hacia fuera, lo que ha imposibilitado el amontonamiento en el interior de los covachos de restos de habitación.

Por lo tanto, extendimos nuestros estudios a los terrenos de los alrededores, sin grandes esperanzas de hallazgos, y especialmente al pie de los abrigos, puesto que los gigantescos derrubios de edad posterior los habrían sepultado y destruído parcialmente.

Sin embargo, encontramos en los alrededores de las Cuevas del Civil, cerca de la entrada al abrigo número 1, una hojita delgada de sílex negro, sin forma determinada y sin pátina, pudiendo ser de edad neolítica (fig. 47, núm. 1).

Otro ejemplar de sílex tallado se encontró en la meseta de encima de la Cueva de los Caballos, a flor de tierra. Se trata de un raspador abultado de forma bastante típica, con una serie de retoques de utilización en su borde basal (fig. 47, núm. 2). Tiene una pátina relativamente fuerte, y de ningún modo podría figurar en un inventario de industria pétrea del Neolítico, por cuya razón lo tomamos por Paleolítico superior y por debido al trabajo de los mismos que ejecutaron las pinturas de nuestras cuevas.

CAPÍTULO III

La edad paleolítica de las pinturas naturalistas de España oriental y del Sureste.

CONSIDERACIONES GENERALES

Las pinturas rupestres del Barranco de Valltorta constituyen una nueva e importante contribución al conocimiento del «círculo de las representaciones humanas de estilo naturalista». Como ya lo hicimos constar en un principio, comprende este círculo el Este y Sudeste de España y parece penetrar poco hacia el centro del país. Representa una provincia paleoetnográfica independiente, con una característica propia del arte que no sólo no rehuía reproducir gráficamente la figura humana, sino que, por el contrario, le otorgó lugar preferente en sus concepciones artísticas, formando así contraste con el procedimiento observado en el «círculo de las representaciones de animales de estilo naturalista» de España septentrional y Francia meridional.

Toda una serie de argumentos externos e internos hablan a favor de la edad paleolítica, que es la que puede atribuirse a estas pinturas de Levante, fecha de antigüedad que defendimos y afirmamos claramente ya en diferentes ocasiones, coincidiendo con nuestras aseveraciones H. Breuil y otros investigadores.

Expondremos primeramente los argumentos de índole técnica, y luego los referentes al estilo. Ambas provincias de arte, la del Norte y la de Levante, son grupos hermanos inmediatos, lo que no ofrece la menor duda por lo que respecta a las figuras animales, a pesar de sus particularidades regionales:

en ambas es idéntico el realismo, idéntica la concepción artística y lo delicado de la representación. «C'est — como insiste con razón H. Breuil (1) — la même habileté à saisir les formes et les attitudes, la même sûreté d'exécution, la même technique.....»

Si a primera vista aparece muy diferente el tamaño de las figuras animales, no parece implicar este detalle sino un carácter secundario y regional; pues, efectivamente, encontramos también en el círculo septentrional representaciones de animales sumamente pequeñas (como en las Cuevas de Portel, del Castillo y de La Pasiega), que pueden compararse a los dibujos más pequeños de Levante, y viceversa, ofrece la zona oriental (Albarracín, Alpera, Cogul, Minateda, Cueva del Toro) pinturas en un todo iguales en tamaño a las figuras de dimensiones medias de la provincia cantábrica (Castillo, La Pasiega, Cueva del Buxu).

Añádese además el factor de las infiltraciones recíprocas, de las evidentes influencias que emanan del arte peculiar de las dos provincias; así sucede con las numerosas figuras de animales del Este (por ejemplo, Minateda, Cueva del Toro), que no chocarían si se presentasen de pronto en cuevas de la región cantábrica, como con figuras del Norte que muestran exactamente las mismas particularidades de estilo que frecuentemente aparecen en Levante como carácter secundario. Citaremos a este respecto otro párrafo del ya mencionado estudio de H. Breuil: «Les bois des cerfs de Cogul, Cretas, Alpéra, sont exécutés d'une manière très spéciale: les deux tiges principales sont disposées comme de face, divergeant largement, l'une projetée en avant, l'autre en arrière, de manière à laisser la place nécessaire pour figurer les andouillers, toujours représentés de profil; la torsion à angle droit que le dessinateur leur a infligée est tout particulièrement sensible pour les deux andouillers basilaires en forme de crochet. On retrouve exactement les mêmes conven-

(1) H. Breuil, *L'âge des cavernes et roches ornées de France et d'Espagne. (Revue Archéologique.* Paris, tomo XIX, 1912, págs. 193-234.)

tions dans deux dessins de ramures de renne de la Grotte du Portel (Ariège) et dans presque tous les dessins de cerfs de la Grotte de La Pasiega, au nombre de dix.»

Estas analogías no pueden ser casuales y demuestran a su vez el estrecho parentesco entre ambas zonas de arte, lo que se confirma por otras tan evidentes como la de la reproducción del movimiento característico de los animales al volver la cabeza, observado por el cazador y fijado en su dibujo. En efecto, este detalle es de carácter bien notorio, tanto en el arte moviliar paleolítico francés como en el arte parietal del Norte. Citaremos como ejemplo más contundente la figura de una cierva con la cabeza vuelta, que pertenece al Abrigo principal de las Cuevas del Civil (núm. 12), reproducción disminuída, pero exacta, de una figura idéntica de la Cueva de La Pasiega. Otro tanto ocurre con la representación de pezuñas y cascos, cuya excelente concepción y dibujo tanto impresionan en las pinturas de las cuevas de Cantabria lo mismo que en las de Levante (Valltorta, de Castellón, y Cueva del Toro, en Cuenca), y cuya naturalidad de ejecución no se conoce hasta la fecha en la edad postpaleolítica.

Aún resalta más este parentesco interno, considerando el grado sorprendente de evolución paralela de estos círculos del arte paleolítico. H. BREUIL fué quien principalmente la comprobó a base de numerosas superposiciones de «capas de dibujos» en toda una serie de abrigos, y hoy puede ser considerada como efectivamente establecida en sus líneas principales, resultado que confirman nuestros propios y detenidos estudios.

En el Norte nos hallamos al principio frente a figuras rudimentarias de animales que evolucionan paulatinamente hacia pinturas más perfeccionadas monócromas, pero exclusivamente lineares. En Levante la capa más antigua está constituída por figuras humanas toscas, siguiendo inmediatamente en fecha dibujos mejores, monócromos, y también puramente lineares.

En el Magdaleniense antiguo aparecen luego en el Norte dibujos ejecutados en color y después dibujos de tinta plana completamente uniforme. Muchas veces las figuras están estriadas en toda su superficie. En Levante, la etapa correspondiente

presenta a su vez dibujos de color unido, y no es raro que ofrezcan relleno interno en forma de anchas estrías (ciervos de Alpera, y otros ejemplos en Minateda y Villar del Humo).

En el Norte siguen, finalmente, figuras semipolícromas y polícromas, exactamente lo mismo que ocurre en Levante, de donde citaremos como ejemplos varias figuras de Cogul, Albarracín y de Lavaderos de Tello (1).

De todos estos datos estratigráficos se deduce que en Levante estamos en presencia de un equivalente sincrónico, estrechamente emparentado con el arte naturo-realista del Norte.

(1) No podemos, por tanto, asentir en modo alguno a la opinión del profesor E. Hernández-Pacheco (*Estudios de arte prehistórico*, en la *Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid*, tomo XVI, 1917), según la cual las figuras aisladas de animales, a veces de gran tamaño, serían de una fase anterior a las escenas con hombres y animales de pequeño tamaño, y que la última fase figuraría «representaciones humanas abundantes y constituyendo escenas complejas y de índole diversa».

Estas hipótesis no están en consonancia con la estratigrafía gráfica efectiva de Levante, como demostraremos aquí en algunos ejemplos.

En Cogul se ve un conjunto gráfico en el lado izquierdo de la composición total, reproducido mucho más exactamente por H. Breuil (*L'Anthropologie*, tomo XX, 1909, página 13, fig. 8) que por J. Cabré; en él se observan tres figuras diminutas del estilo de Alpera, las que indudablemente pertenecen, afirmación que ya recalcó H. Breuil, a la fase más antigua. Más reciente es un toro de 40 centímetros de largo, y por lo tanto de tamaño cantábrico (Pasiega, Buxu), por encima del cual se destacan a su vez dos figuras humanas (mujeres) ligeramente polícromas, en inmediata superposición.

En Albarracín (véase H. Breuil, *L'Anthropologie*, tomo XXII, 1911, pág. 641, lámina II) se encuentra una serie de minúsculos hombrecitos negros y blancos, a los que corresponde por su técnica y edad un pequeño toro negro que apenas mide 24 centímetros. Por encima de este último descuella inmediatamente una de las grandes figuras aisladas de animales, figuras que miden de 60 a 80 centímetros de largo y que deben ser colocadas, como evidentemente polícromas, en la fase final también del arte de Levante.

En la Cueva del Queso, de Alpera, hay varias figuras humanas visiblemente más antiguas que las figuras de animales de allí.

Igualmente, en la Cueva de los Caballos, del Barranco de Valltorta, argumenta de un modo contundente contra semejante teoría el conjunto de figuras números 46 y 47, del que trataremos detenidamente más adelante, pues en este sitio se presenta claramente la superposición de una figura grande de animal por encima de la de un pequeño arquero.

Por último, tampoco faltan en varios abrigos representaciones de verdaderas escenas en las fases antiguas del arte de Levante.

Por lo tanto, no puede ni remotamente admitirse, para la región mediterránea, la existencia de una «capa primitiva» que fuera la única de indudable edad pleistocena e influenciada por el arte cantábrico, siendo así que la siguiese después, sólo «al final del Capsiense» o en los «primeros tiempos del Epipaleolítico», y por tanto en época postpaleolítica, el grupo típico de las representaciones humanas.

La edad pleistocena del último queda demostrada por la presencia de especies diluviales (elefante, etc.) y por la absoluta coincidencia con el arte moviliar de numerosos yacimientos del Paleolítico superior; no puede, pues, negarse con fundamento esta edad a su arte hermano de Levante.

Esta conclusión no se altera por el hecho de que el catálogo de la fauna de las figuras de Levante sea más reducido que el de Cantabria.

Encontramos indudablemente representado en la Cueva del Queso (Alpera, Albacete), el alce *(Cervus alces)*, animal que ha debido extinguirse con el Pleistoceno, tanto aquí como en Francia (1). No menos importante es una representación típica de onagro *(Equus hemionus)*, especie igualmente pleistocena que existe en el Abrigo de la Fuente del Cabrerizo (Albarracín, Teruel) (2).

Además aparece con mucha frecuencia la cabra montés, lo cual pone de manifiesto su gran abundancia también en las regiones bajas de España oriental y meridional, y este fenómeno está seguramente relacionado con el clima aún frío del final del último período glaciar. Luego siguen el ciervo, gamo, rebeco, caballo salvaje, jabalí, cánidos y el uro *(Bos primigenius)*, mientras la ausencia del bisonte (3) podrá explicarse, aunque no

---

(1) El dibujo publicado por J. Cabré (lám. XXIV del libro *El arte rupestre en España*, Madrid, 1915) con el fin de combatir esta conclusión, es falso y brinda una hermosa ocasión de comprobar la tendenciosa imaginación de su autor.

Nos creemos en la obligación de insistir, para información de los círculos científicos, en que se impone la necesidad de una revisión científica y nueva copia de la gran mayoría de las pinturas rupestres publicadas por este autor, refiriéndose esto principalmente a las pinturas de Alpera y de la Laguna de la Janda.

[Véase H. Breuil: Algunas observaciones acerca de la obra de D. Juan Cabré, titulada *El arte rupestre en España*. — *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, tomo XVI, 1916, págs. 253-269.]

(2) Véase H. Breuil, *L'Anthropologie*, tomo XXII, 1911, pág. 647, fig. 3.

J. Cabré, *El arte rupestre en España*, pág. 182, fig. 87.

(3) ¿Qué tiene de sorprendente el que sólo en Cogul existan dos reproducciones, y éstas nada más que altamente probables, del bisonte, cuando en la Cueva de la Pileta, más meridional, pero de tipo cantábrico, el único representante indudable de la fauna pleistocena es un solo bisonte? Como tampoco sería argumento sólido el afirmar la escasez sorprendente del caballo salvaje al final de las glaciaciones en el Este de la Península, fundándose en que no abunda este motivo en los rupestres orientales (¡en

necesariamente, admitiendo que esta especie fuera entonces ya muy rara o que pudiese haber emigrado ya al final del Pleistoceno, desde la región del círculo del arte de Levante hacia el Norte.

Estas lagunas no tienen nada que pueda sorprender, pues nos hallamos aquí en otra zona faunística más meridional, sin prescindir, por otra parte, a este respecto, del importantísimo factor de las particularidades de la psicología étnica en los respectivos y diferentes ambientes culturales. Únicamente la influencia de este último elemento da cumplida explicación de la falta del mamut, rinoceronte y reno en el arte parietal cántabro, pues la existencia de estos animales en esta comarca está comprobada para el Paleolítico superior por cierto número de hallazgos óseos. Así nadie osará poner en duda la homogeneidad y el sincronismo del arte parietal cántabro con el aquitano, y sin embargo se ofrece en ellos desproporción en la lista faunística, análoga a la señalada entre el arte levantino y el cántabro, observándose en el arte aquitano mucha mayor variedad de especies animales y en particular más acentuada abundancia de especies típicamente pleistocenas.

No cabe ninguna duda de que realizando excavaciones en la costa levantina se obtendrían interesantes datos supletorios, tanto por lo que respecta a hallazgos paleontológicos como a obras del arte moviliar, siendo de lamentar no se hayan efectuado hasta ahora trabajos de esta índole; pero lo que ante todo es importante en el arte rupestre levantino es el hecho de que no se presenta ninguna huella de la existencia de animales domésticos, y de que la lista de figuras comprende exclusivamente animales de caza o escenas con ellos relacionadas.

Esto nos lleva a exponer otros razonamientos que confirman la antigüedad pleistocena del arte rupestre levantino, razonamientos de carácter paleoetnológico.

Valltorta hay sólo un ejemplar!). Semejante afirmación sólo demostraría gran ignorancia al desconocer la abundancia de restos de este solípedo en las cuevas del Paleolítico final de Levante (Serinya y San Julián de Ramis).

Todo el marco escénico de las pinturas levantinas es típicamente paleolítico, pues representan en su mayor parte composiciones de caza y de combates, excepción hecha de algunas escenas supuestas de danza, las cuales llevan igualmente el sello de arcaica civilización. En vano buscaremos alusiones a la vida pacífica de los agricultores postpaleolíticos apegados al terruño, ni siquiera a turbulentos pastores nómadas: entre muchos centenares de figuras no hay, en efecto, ni una sola que represente escenas de la vida del aldeano primitivo, tal como se encuentran, por ejemplo, en las pinturas neolíticas de Camforros de Peñaranda (Jaén), en donde se ven figuras humanas tosco-realistas que conducen del ronzal animales domesticados.

El observar minuciosamente las huellas de los animales, el apreciar toda su importancia cinegética, es carácter de pueblo cazador, y así hemos llamado ya la atención en algunas de las pinturas parietales cantábrico-aquitanas de época paleolítica, al hecho de presentarse en varios de los animales el detalle de estar figuradas las huellas, vistas desde arriba, en vez de las pezuñas, vistas de perfil (por ejemplo, la cierva grande de Altamira) (1). Por otra parte, existe una larga fila de huellas, pues indudablemente sólo de éstas puede tratarse, en la *Cueva dels Tolls,* del Barranco de Valltorta (fig. 29). Otra fila análoga pudo observar el Sr. Hernández-Pacheco en el *Abrigo de Morella la Vella,* descubiertas y estudiadas sus pinturas medio año más tarde que las de Valltorta. Gran importancia cronológica adquieren los dibujos de estas huellas del arte levantino, con sólo fijarnos en el detalle arriba citado del arte parietal paleolítico del Norte; pero resalta más aún el parentesco y el sincronismo entre el arte cantábrico-aquitano y el levantino, cuando se puede aducir otro documento original paralelo: los óvalos pectíneos de color encarnado y edad seguramente paleolítica de la *Cueva de la Pileta* (Málaga) (segunda fase paleolítica en esta cueva), dibujados en la «Galería de las Tortugas» y en la «Sala de las Serpientes», los

(1) Véanse especialmente en la monografía de Altamira las láminas VII, XIII, XIV, XVI, XVII, XIX, XXII, XXIII, XXVII, etc.

cuales muestran en su interior iguales rayitas paralelas que las de Levante, y en gran número, no pudiendo ser interpretadas sino como huellas de cápridos, antílopes o cérvidos (1).

En todo el arte levantino los hombres son de ancho pecho, esbelta estatura y miembros robustos, representando el *tipo* de aquellos primitivos, cuya vida y mantenimiento dependía de la caza. Las figuras masculinas están desnudas, como desnudos viven los pueblos cazadores actuales, siendo además muy reducido y adaptado a la desnudez el adorno del cuerpo y el inventario de las armas.

Hoy ya no puede discutirse la existencia del arco y de la flecha en el período paleolítico, lo que está confirmado por la escultura masculina de Laussel (Dordoña), que procede del Auriñaciense y se interpreta por todos los especialistas como la efigie de un arquero (2); luego por la abundancia de flechas de piedra y hueso en yacimientos del Paleolítico superior, y de figuras de estas puntas en numerosas pinturas parietales de Francia meridional y España septentrional. ¿Puede considerarse como pura casualidad el que el ya mencionado arquero de Laussel reproduzca tan sorprendentemente la posición y actitud de muchos arqueros del círculo levantino, como lo atestiguan las láminas VIII y IX de esta monografía? ¿Es mera casualidad la completa concordancia de las flechas de Niaux con las de la Cueva del Charco del Agua Amarga? ¿Es igualmente casualidad el que se encuentren las flechas de Alpera con punta lateral, hechas de asta y lateralmente aplanadas exclusivamente en el Solutrense y Magdaleniense del Castillo, Cueto de la Mina y Balmori? ¡Y qué inmensa diferencia se nota entre estos arqueros de un arte realista paleolítico, llenos de vida, y aquellos del período postpaleolítico del Tajo de las Figuras, de la Laguna de la Janda, por ejemplo!

También es paleolítico el adorno de los cazadores reproducidos en los rupestres del Levante de España, adorno represen-

(1) Véase la figura 64 de esta monografía.
(2) H. Obermaier, *El hombre fósil*. Madrid, 1916, lám. VII, fig. *b*.

tado particularmente por varias figuras de Valltorta, cuya indumentaria recuerda directamente el adorno de conchas (figuras 24 y 43). Anótese el uso de variado tocado de cabeza, collares y otros colgantes, pectorales, brazaletes, cinturones y adornos de rodilla. A estos detalles etnográficos ya prestó su atención uno de nosotros (en algunos estudios, con la colaboración de I. DEL PAN) (1).



FIG. 48.—SEPULTURA MAGDALENIENSE DE LAUGERIE-BASSE (DORDOÑA).
(Según *E. Cartailhac.*)
(Obsérvese el adorno de conchas en la frente, los brazos, en derredor de las rodillas y cerca de los pies.)

Imaginándonos enterrados a estos cazadores de Valltorta, Alpera, Cogul, etc., y descubriendo sus esqueletos, se nos ofrecería el mismo cuadro que presenciaron los descubridores de las sepulturas de Laugerie-Basse y Mentone (Grotte des Enfants, Grotte du Cavillon, Barma Grande) (fig. 48); es decir, esqueletos tocados de conchas en la cabeza, con adornos en las caderas, brazos y piernas, únicos restos conservados de la indumentaria observada en Levante.

Estos enterramientos son todos pleistocenos y nada tienen de común con los de las poblaciones del período neolítico. Los trajes y adornos de esta época los conocemos detalladamente por los hallazgos de indumentaria de esparto, hechos

(1) a) I. DEL PAN y P. WERNERT, *Interpretación de un adorno en las figuras humanas masculinas de Alpera y Cogul.* Madrid, 1915.
b) I. DEL PAN y P. WERNERT, *Datos para la cronología del arte rupestre del Oriente de España.* Madrid, 1916.
c) P. WERNERT, *Nuevos datos etnográficos para la cronología del arte rupestre de estilo naturalista del Oriente de España.* Madrid, 1917.
(Notas núms. 3, 10 y 13, respectivamente, de la *Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas.)*

en la Cueva de los Murciélagos, por las vestimentas de los ídolos-placas de Portugal, Bosnia, Iliria y Rumania, por los restos de trajes conservados en los palafitos, por los menhires y monumentos similares de España y de Francia, y, finalmente, por los aditamentos de numerosas sepulturas (1).

Podría objetarse a esto que si efectivamente debía negarse el que las pinturas realistas levantinas fuesen efigies de gentes de los palafitos neolíticos o de los constructores de los dólmenes, no por eso quedaba demostrado que no perteneciesen éstas al gran intervalo de tiempo que media entre el período paleolítico y el neolítico y que comprende el Epipaleolítico (Aziliense, Tardenoisiense, Asturiense y Maglemosiense) y el Protoneolítico (Campigniense y los Kjoekkenmoeddings nórdicos).

Es de todos sabido que se encuentran, principalmente en España meridional y oriental, numerosos abrigos con pinturas estilizadas y esquemáticas, que forman un conjunto de arte diferente, el cual en muchos sitios se halla inmediatamente superpuesto, a veces en un mismo peñón, a las pinturas realistas del círculo levantino; de modo que su edad más reciente está fuera de duda. Ahora bien: siendo posible comprobar que estas pinturas de estilización esquemática representan ya los albores del Epipaleolítico (esto es, el Azilio-Tardenoisiense), resultaría corroborado igualmente, por la directa estratigrafía de las figuras, que las pinturas realistas inferiores son de edad paleolítica, o sea pleistocena.

Ya H. Breuil había hablado en 1912 repetidamente de las «séries de barres et de ponctuation alignées, les figures ramiformes, pectiformes, stelliformes, alphabétiformes, les zigzags, cercles ou demicercles» de los petroglifos españoles, como recordando mucho los cantos pintados de Mas d'Azil, y había sacado la conclusión de que las primeras etapas del arte aziliense «con predominio esquemático» había que buscarlas en España meridional.

Por nuestra parte (2) hemos comprobado en 1916, por lo

(1) H. Obermaier, *Der Mensch der Vorzeit.* Berlin, 1912, págs. 476-514.
(2) H. Obermaier, *El hombre fósil.* Madrid, 1916, cap. X, lám. XIX.

menos para una porción de los cantos pintados del Aziliense, que los signos esquemáticos allí representados figuran directamente estilizaciones humanas, observación que había pasado enteramente inadvertida hasta entonces a todos los especialistas (1).

Uno de nosotros, H. OBERMAIER, procedió a la composición de trece series de evolución de aquella estilización de la figura humana que, partiendo de formas aún bastante realistas, coincide en su estado más sencillo final con análogos signos observados en los cantos pintados de Mas d'Azil. Otro, por su parte, P. WERNERT, adujo un ejemplo de un epitipo esquemático de Mas d'Azil con su correspondiente prototipo estilizado rupestre.

Resulta sumamente fácil relacionar estas formas basales seminaturales con tipos más antiguos y aún más acabados de Alpera, Valltorta, Monte Arabí, etc.; pero de ello podemos prescindir en esta monografía, tanto más cuanto que H. OBERMAIER sustenta y explica este proceso de evolución tipológica en su obra de conjunto sobre el Hombre fósil, donde se puede consultar en las páginas 328-334.

Debe, por otra parte, rechazarse en absoluto, para explicar tantas coincidencias artísticas, el acudir a fenómenos puramente exteriores y casuales de convergencia. La típica industria lítica del Azilio-Tardenoisiense, caracterizada por microlitos geométricos, evolucionó poco a poco y evidentemente *in situ* en España de la industria capsiense paleolítica. Ahora bien: derivándose en sus líneas generales el arte esquemático aziliense de las pinturas naturalistas del Levante, hay que inferir la conclusión de que las últimas tienen que ser de edad capsiense, o sea paleolítica.

Si persistiese aún la duda de si ya el Aziliense como primera etapa postpaleolítica haya poseído un arte puramente estilizado, quedaría disipada por la comprobación hecha por

(1) Véase también P. WERNERT, *Representaciones de antepasados en el arte paleolítico*. Madrid, 1916, cap. II, fig. 12. *(Memoria* núm. 12 de la *Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas.)*

P. WERNERT (1) de que «estilizaciones» esquemáticas idénticas y evidentes de la figura humana aparecen igualmente en el nórdico Maglemosiense, sincrónico del Aziliense.

Por tanto, volvemos a afirmar que ya en la etapa aziliense alcanzó la estilización de la figura humana formas geométricas tan sencillas como las que hemos observado en los cantos pintados (2).

Sería lógico que se hubiera realizado el proceso de transición del naturalismo a la estilización de las mencionadas figuras en el lapso de tiempo transcurrido entre el Capsiense superior (= al Magdaleniense final) y el Protoaziliense.

En efecto; en Levante, ya en el período álgido de aquel arte pleistoceno, vemos sacrificada con frecuencia la reproducción exacta, detallada y natural, al movimiento escénico; como prueba de ello, citamos algunas «seudoestilizaciones» de Valltorta, Alpera, etc. De evolución más adelantada aún son las pinturas de los Cantos de la Visera (Monte Arabí, Murcia), descubiertas en 1912 por D. JULIÁN ZUAZO.

Es muy notable que verdaderas estilizaciones del tipo esquemático aparezcan ya en medio de figuras magdalenienses, en forma tal que no permite dudar de su sincronismo con las últimas. Nos referimos a algunas figuras humanas esquemáticas de color negro y a un dibujo de animal de la Cueva de la Pileta (Málaga) (3), que por lo tanto deberían de considerar-

(1) P. WERNERT, *Figuras humanas esquemáticas del Maglemosiense.* Madrid, 1917, figuras 1 y 2. (*Nota* núm. 15 de la *Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas.*)

(2) Esto no excluye que en algunas «provincias» hayan perdurado imágenes seminaturalistas o tosco-realistas; pero baste señalar aquí que en la mayoría de los casos no da lugar a discusión alguna su gran diferencia con las auténticas y antiguas pinturas levantinas.

(3) H. BREUIL, H. OBERMAIER et W. VERNER, *La Pileta à Benaoján (Málaga), Espagne.* Mónaco, 1915, láms. XIII, XIV y XVI y págs. 41 y 42.

También consideramos como precedente la figura número 102 del *Civil,* pues es la única de su tipo dentro del conjunto, puramente levantino.

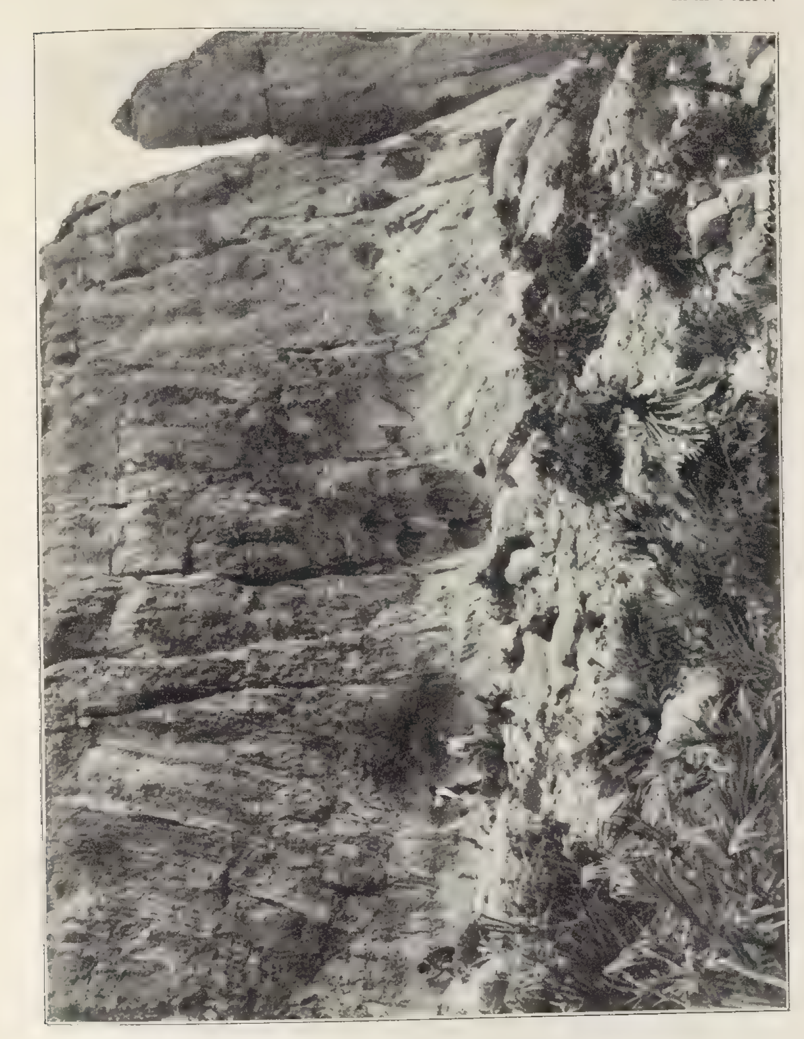
Diremos asimismo que en el *Castillo* existen análogos antropomorfos esquemáticos pintados en rojo o en negro, quizá determinables como paleolíticos. Recuerdan los autores de la monografía sobre la Pileta (en la página 60), que también en *Cogul* y *Alpera* se encuentran siempre cierto número de figuras humanas esquemáticas que pudieran relacionarse con la misma edad que las mejores pinturas de los mismos abrigos.

se como raros «predecesores» aislados de los dibujos esquemáticos del «estilo de Sierra Morena». Aunque pudiera tratarse igualmente de fenómenos de convergencia, puede admitirse que representan estos dibujos precoces manifestaciones artísticas de ideas aún en estado de incubación, y por lo tanto sujetas a los efectos de la hostilidad de su ambiente, de antiguo formado y respetado.

Sea lo que fuere, preciso es insistir en que las pinturas de estilo esquemático son en general postpaleolíticas, y que predominaban ya en el Aziliense en Francia meridional, con la particularidad de adoptar ya así la forma geométrica; pero no se conoce, entre los muchos abrigos estudiados, ni un solo caso en que estén pintadas las clásicas y típicas representaciones realistas de estilo levantino encima de una figura de este estilo esquemático; en cambio existe una serie considerable de ejemplos que demuestran cómo los dibujos de carácter naturo-realista están situados debajo de figuras esquemáticas. Los citados ejemplos de las Cuevas de la Pileta y del Castillo demuestran, por último, que en el porvenir podrá confiarse en el hallazgo de grupos mayores de pinturas estilizadas de edad paleolítica, más bien que en el de figuras naturo-realistas de edad postpaleolítica.

No desconocemos que estas estilizaciones esquemáticas, generalizadas ya en el Aziliense hasta Dinamarca inclusive, han perdurado a través del Neolítico y Eneolítico hasta la aurora de la edad de los metales, asociándose a ellas tipos nuevos en muchos sitios, como figuras de ídolos, de carros, etc. Teóricamente podrían, pues, ser más recientes todos los signos rupestres del estilo «aziliense»; pero el admitir que por una «desgraciada casualidad» serían siempre las más recientes, y no las más antiguas, las estilizaciones que están figuradas encima de las pinturas levantinas, sería un caso de exagerado escepticismo. Semejante actitud es tanto menos autorizada cuanto que hemos aducido y reunido argumentos comprobantes de la edad cuaternaria de las figuras naturalistas de Levante (al insistir en la íntima relación del arte levantino con el paleolítico de Cantabria),

tales como la infiltración recíproca, su evolución paralela y los momentos paleoetnográficos coincidentes (arte de cazadores y luego coincidencia con esculturas pleistocenas, armas, adornos y sepulturas todas igualmente de edad paleolítica, y por fin la completa discrepancia con las etapas de civilizaciones posteriores, así como con el arte de labradores y pastores).



Vista de los Abrigos principales de la Cueva Saltadora. (Véase la lám. IV.)

CAPÍTULO IV

Estudio analítico de las pinturas.

Las pinturas del Barranco de Valltorta, de cuya edad pleistocena hemos tratado en el capítulo precedente, forman un conjunto artístico que ocupa dignamente un puesto junto a las más clásicas localidades de arte rupestre de Levante.

Esta afirmación se refiere lo mismo a la cantidad extraordinaria de pinturas que a su ejecución artística y a la sorprendente variedad, coincidencias que permiten deducir toda una serie de conclusiones importantes, y a menudo totalmente nuevas, acerca del arte y de los artistas del *Capsiense.*

REPRESENTACIONES HUMANAS

En el Abrigo principal de la Cueva del Civil y en la Cueva de los Caballos están representadas figuras humanas en número muy considerable (1), siendo notable la sorprendente cantidad de variaciones, cuya agrupación o diferenciación no se hace, ni mucho menos, con facilidad, puesto que no son raros los tipos «intermedios». Aumentan más las dificultades en vista de

(1) Acerca de la técnica en la confección, puede intentarse una explicación al observar un detalle del número 15 del Abrigo principal del Civil; pues aquí se observan encima de la preciosa figura del arquero unas líneas que parecen representar una pierna inacabada y un tronco linear. Se trata, al parecer, de una figura humana empezada y no terminada, indicando la técnica analítica de aquellos artistas. Esto indicaría que *trazaban* sus dibujos, por lo menos en algunos casos, empezando por los *contornos* de cada miembro, rellenándolos después con color. Quizá debiera de figurar aquí también el número 99 del mismo abrigo.

que con frecuencia ni siquiera se puede afirmar con seguridad, tratándose de muchas formas que sólo están representadas aisladamente, si en efecto representan un determinado «tipo de estilo», o si sólo deben atribuirse a la habilidad o a la torpeza individual del dibujante.

Grupos y tipos de pinturas.

En todo caso puede formarse, por de pronto, un gran conjunto realista en los Abrigos de Valltorta. Se compone de figuras toscas (Cueva de los Caballos, núm. 17), de siluetas con buenas proporciones corporales, pero sin el debido relieve de formas (Cueva de los Caballos, núms. 8, 24, 40 y 50), y de siluetas con proporciones corporales a grandes rasgos, todavía exactos y al mismo tiempo con el relieve de las formas, fuertemente acentuado en algunos trozos (Cueva del Civil, núm. 15; Cueva de los Caballos, núms. 7, 25, 26, 44 y 47).

Sin apelar a ningún artificio, se destaca todavía otro conjunto formado también a base realista, pero ya con formas «estilísticas muy convencionales», ejecutadas a expensas de la exactitud de las proporciones del cuerpo con relación al relieve de la forma. Se compone este conjunto de tres grupos de tipos, que comprenden el «tipo cestosomático», el «tipo paquípodo» y el «tipo nematomorfo».

Tipo cestosomático.—Dibujos (de 25 centímetros de longitud media) de figuras exageradamente alargadas, estiradas, con cabeza aplanada discoidal, con pecho ancho «triangular», torso delgado y sumamente largo, sostenido por piernas largas y muy robustas, cuyas pantorrillas están cuidadosamente ejecutadas.

Este tipo está representado exclusivamente en la Cueva del Civil, donde pueden servir de modelos clásicos los números 27, 46, 47, 51 y 82.

Representa una variante algo más distanciada de este tipo el número 69 de la misma localidad.

Tipo paquípodo.—Figuras relativamente cortas, con cabeza

grande y generalmente de perfil anguloso, torso corto y delgado, sostenido por piernas sumamente gruesas y robustas.

Muy raro en la Cueva del Civil (núm. 93), está bien representado en la Cueva de los Caballos (núms. 2, 38, 49, 51 y 58; tipo clásico, núm. 57).

Representan variantes en la misma Cueva de los Caballos los números 14 y 15.



FIG. 49.—CUEVA SALTADORA: ARQUEROS; PINTURAS EN COLOR ROJO OBSCURO. (Tamaño natural.)

Tipo nematomorfo. — Figuras de técnica linear y extremada estilización; desproporcionadas, pero, no obstante, llenas de vida y movimiento.

Cueva del Civil (núms. 18, 19, 20 y 21), con relieve más somático; Cueva de los Caballos (núms. 1, 37 y 42).

Están emparentadas con este tipo ciertas figuras muy pequeñas de la vecina Cueva de la Saltadora (1), de las que reproducimos dos en la figura 49; formas de transición representan las figuras 54 y 55, de la misma localidad, pues las piernas alcanzan mayor robustez.

No pueden confundirse con ellas dos dibujos aislados de la

(1) Lámina XXV. (Véase la lámina IV y núm. 10 del mapa, fig. 2.)

Cueva del Civil (núms. 6 y 102), que son lineares y de «aspecto geométrico».

Sería labor muy tentadora e interesante el determinar más detalladamente la distribución de estos tres tipos característicos del Barranco de Valltorta entre los restantes de Levante. Faltan en absoluto sus clásicos representantes en el fresco de Alpera (Albacete); en cambio no parecen escasear en la parte septentrional de Levante; es decir, en la provincia de Teruel. En el Barranco dels Gascons (Calapatá) hay dos arqueros característicos del *tipo cestosomático,* y nuestra serie se repite aún más completa en el Val del Charco del Agua Amarga, con pinturas del *tipo paquípodo* y del *tipo nematomorfo,* así como con reminiscencias del *tipo cestosomático,* supuesto que sean exactas las reproducciones dadas por J. Cabré.

Caracteres antropológicos.

Todas las figuras están desnudas, y hay que atribuirlas sin duda al sexo masculino, atendidos toda su conformación corporal, las armas y los adornos. El pene no está dibujado con demasiada frecuencia, y cuando se presenta está figurado, en general, muy discretamente. Así lo vemos en los números 35, 44, 46, 57, 65, 66, 68 y 74 de la Cueva del Civil, y en la Cueva de los Caballos, en los números 1, 2, 25, 37 y 47. Se destacan los números 8 y 50 de la última cueva, pues representan además los testículos.

Faltan en absoluto dibujos que, sin duda alguna, representen a la mujer (1). También mencionaremos que de vez en cuando fueron figuradas aisladamente porciones del cuerpo, como piernas, por ejemplo; así ocurre, verbigracia, en la Cueva Rull (fig. 31). No decidiremos si se trata de simples esbozos, de

(1) Es verdad que el número 45 del Abrigo del Civil parece llevar una falda, pero está demasiado difuso para que se pueda alcanzar una certidumbre absoluta. Aún más inseguro es el número 48 del mismo abrigo, del que hay que decir que muestra una curvatura análoga a un seno de mujer.

dibujos no determinados o de figuras intencionadamente parciales.

No es necesario poner de manifiesto la particular importancia y el alto interés que ofrecerían las pinturas de Tirig, si pudiésemos arrancarles alguna información detallada acerca del *aspecto físico* de aquellos cazadores pleistocenos; pero desgraciadamente han fracasado semejantes esperanzas, tanto por lo que se refiere a las figuras del Barranco de Valltorta, como a las de las demás cuevas o abrigos del Paleolítico superior.

Evidentemente, aquellos artistas tendían a reproducir figuras humanas típicas desde determinados puntos de vista; pero en general, prescindiendo casi totalmente de caracteres somáticos detallados.

No cabe, pues, atribuir fidelidad de retrato individual a la totalidad de las pinturas (prescindiendo desde luego de las numerosas concesiones a favor de determinados «estilos», hechas a costa de las proporciones y líneas del cuerpo), y fuera aún más erróneo el fundar en ellas hipótesis acerca de formas del cráneo o caracteres de raza.

Lo que sí puede decirse en general, es que nuestras figuras permiten reconocer en muchos casos individuos muy robustos, esbeltos cazadores y «carreristas» resistentes con piernas de hercúlea musculatura, esculpida con verdadero clasicismo merced al constante entrenamiento. Tales individuos debieron de servir de modelo para la representación ideal, modelo ya erigido a tipo de estilo.

No obstante, es útil reunir aquí los escasos detalles somáticos que pueden observarse en varios abrigos del Barranco de Valltorta.

Abrigo principal del Civil:

Cara...	Núm. 47.	Ligera indicación de nariz o boca.
	Núm. 82.	Reproducción de un mentón muy prominente (¿barba?).
Brazos.	Núm. 26.	Mano, con tres dedos.
	Núm. 64.	Ídem.

Brazos. Núm. 93. Mano, con cuatro dedos.
La mano, dibujada de vez en cuando en forma de disco (por ejemplo, en el número 43), en el número 78 parece cerrarse en forma de puño.

Pies... Con gran cuidado aparece representado a menudo el pie diminuto y fino (por ejemplo, los números 19 y 82).

Cueva de los Caballos:

Cara... Núm. 17. Nariz redonda.
Núm. 18. Nariz, boca y mentón, aunque deformados.
Núm. 50. Perfil de cara, claro.

Manos. Núm. 49. Mano, con tres dedos.
Núm. 51. Mano, con cuatro dedos.

Pies... Núm. 21. Pie, con cuatro dedos.
Por lo menudo del pie, véanse además los números 55 y 57.



Fig. 50.—Cueva Saltadora: Figura humana, pintada en color rojo obscuro.
(Tamaño natural.)

A modo de complemento, añadiremos aún la figura de una cara de la Cueva Saltadora (fig. 50), cuyos rasgos no pueden considerarse como modelo de «retrato», a pesar de la buena ejecución de los detalles. (Véase también fig. 49.)

Adorno corporal.

La reproducción de los caracteres somáticos no mereció, a juicio de los artistas del Barranco de Valltorta, detallada figura-

ción artística, por el mismo motivo quizá que prestaron toda su atención a la fiel representación del adorno corporal. Esta particularidad está, seguramente, relacionada con la idea que aque-



FIG. 51.—CUEVA SALTADORA: «GUERRERO HERIDO», PINTADO EN COLOR ROJO CLARO.
Escala, 2 : 3.

llos primitivos se formaban acerca del poder mágico de tales adornos.

Los dibujos muestran que cabeza, brazos, cuello, cintura, caderas y piernas llevan sus respectivos adornos.

Adorno de cabeza.

Representa en parte adornos sueltos, y también verdaderas gorras adornadas.

Abrigo principal del Civil:

Núm. 93..... Adorno colgante, quizá de *conchas* o *dientes perforados,* a ambos lados de la cabeza.

Núm. 102. . Adorno de *plumas.*

Cueva Rull:

Fig. 30 *a*..... Adorno de dos *plumas* (?).

Fig. 31 *b*..... Tocado de tres *plumas.*

Cueva de los Caballos:

Núms. 26 y 44. Pequeña «borla» redonda, en el ápice de la cabeza.



FIG. 52.—*a*, «HEADRING» DE LOS LA'LASIQOALA; *b*, «HEADRING» DE LOS TSA'YEQ. (British Columbia.) (Según *F. Boas.*)

Núms. 37 y 39. Tocado en *forma de orejas de animal.*

Núm. 49..... Montera en *forma de oreja*, con cuatro puntas (*¿conchas* o *dientes?*).

Núm. 58..... Montera, con *lóbulos laterales* y dos *plumas* (?).

Es muy digna de atención una «diadema» de un guerrero pintado en la Cueva Saltadora en actitud de caer malherido, descolgándose entonces este adorno de la cabeza (fig. 51). (Véase como paralelo etnográfico la figura 52.)

También es muy instructivo el suntuoso adorno (quizá de plumas o conchas) del arquero de la escena de caza figurada en la Cueva del Mas d'en Josep (1). (Véase lám. XXVI.)

Más documentos sobre tocado de cabeza se ven en la figura 59 (montera con presuntas orejas de animal) y en la figura 61 de esta monografía (penacho espeso), ambos de Alpera (Cueva de la Vieja) (2).

Adorno de brazos.

Se presenta éste en el brazo y antebrazo; a veces también en el codo.

Abrigo principal del Civil:

Núm. 25..... Adorno redondo, quizá en forma de anillo grueso.

Núms. 47, 72, 82 y 93.... Ídem.

Cueva de los Caballos:

Núms. 14 y 15. Adorno semiesférico en forma de borla, en la parte inferior del brazo.

Núm. 49..... Anillo ancho, en el codo.

Adorno del cuello.

Está típicamente representado por una pintura de la Cueva del Mas d'en Josep (fig. 53). En esta figura se ve colgar del

(1) Cueva número 8 del mapa, fig. 2 (pág. 12).

(2) Los dibujos representados por encima de la cabeza del arquero de la figura 62 (página 111) son restos de color más antiguos y no tienen nada que ver con la figura del arquero.

El tocado de cabeza de varias figuras del mismo friso, reproducido por J. Cabré, *El arte rupestre en España* (fig. 92), es totalmente fantástico.

cuello o espaldas una cinta ancha, que se divide en tres estrías delgadas, pendientes del dorso hasta casi la altura de las caderas.

Algo más abajo se encuentra un adorno semejante, en un cazador del mismo abrigo, figurado en la lámina XXVI. Consiste también en una cinta que cuelga del dorso y acaba en dos estrías.



Fig. 53.—Cueva del Mas d'en Josep: Cazador; pintura en color rojo obscuro. Escala, 2 : 3.

Por su aplicación ocupa este ejemplar una posición intermedia entre el adorno de cuello y el de cintura.

Adorno de cintura.

Se llevaría éste seguramente en forma de cinturón.

Abrigo principal del Civil:

Núm. 11..... Fragmentos de dos cintas.

Cueva de los Caballos:

Núm. 38..... Adorno colgante en la parte ventral y dorsal.
Núm. 49..... Restos de un adorno colgante en las nalgas (¿conchas?).
Núm. 55..... Adorno semejante al del número 38, pero más sencillo.
Núm. 58..... Adorno en las nalgas.



FIG. 54.—CUEVA SALTADORA: FIGURA HUMANA, PINTADA EN COLOR ROJO OBSCURO. (Tamaño natural.)

Cueva del Mas d'en Josep:

Cinta doble, delante y detrás de la cintura (fig. 53).

Cueva Saltadora:

Fig. 54 (contigua). Cinta doble, formando un lazo cerrado por abajo en la parte de delante.

Adornos de pierna.

Estarían atados mediante cintas en las rodillas.

Abrigo principal del Civil:

Núm. 11..... Adorno esférico (imperfectamente conservado).
Núm. 47..... Cinta colgante.
Núm. 93..... Adorno (imperfectamente conservado).



Fig. 55.—Cueva Saltadora: Arquero; pintura en color rojo obscuro.
(Tamaño natural.)

Cueva de los Caballos:

Núm. 2...... Adorno (mal conservado).
Núms. 14 y 15.. Cintas franjeadas.
Núm. 38..... Cinta abultada.
Núm. 49..... Cinta colgante (¿con conchas?).

Cueva del Mas d'en Josep:

Rodete (fig. 53).
Cinta (lám. XXVI).

Cueva Saltadora:

Fig. 55 (contigua). Adorno biestriado (colgantes) en cada rodilla.
Estría larga y estrecha en una rodilla, y rodete grueso en la otra (fig. 54).



FIG. 56. — CUEVA SALTADORA: ARQUERO, PINTADO EN COLOR ROJO OBSCURO.
(Tamaño natural.)

Grandes rodetes redondos, en ambas rodillas (fig. 60).

Cueva de la Vieja (Alpera):

Estrías colgantes (fig. 62).

ARMAS Y UTENSILIOS

El interés paleoetnológico de las armas y utensilios no es inferior al que ofrece el adorno corporal; estos objetos van asociados en su mayor parte a las figuras humanas, y sólo excepcionalmente se presentan aislados. Entre el material de figuras relativo a este conjunto, predominan notablemente las representa-

ciones de arqueros, reproduciendo con frecuencia cazadores o guerreros en el acto de hacer uso de sus armas. Es muy variada la postura de los hombres al disparar el arco, y podemos enumerar como figuras clásicas del Abrigo principal del Civil, ante todo, los números 43, 59 y 85, y de la Cueva de los Caballos, los números 7, 8, 24, 25 y 26.

También se presentan con mucha frecuencia arqueros en otras posturas, como en posición de descanso (Civil, números 47, 51, 53 y 54), o en movimiento de carrera (Civil, números 74 y 82; Caballos, núms. 14, 15, 37, 42 y 57). Hay varias figuras de cazadores llevando sus armas en alto (Civil, números 20 y 21; Caballos, núm. 17). Además existen figuras que representan arqueros cuyos brazos, arqueados hacia atrás, parecen tener en sus manos el arco y flechas encima de las nalgas (Civil, núms. 42 y 44). Tenemos una postura paralela muy bien representada en la Cueva Saltadora (fig. 56).



Fig. 57.—Alpera, Cueva de la Vieja: Arquero.
Escala, 2 : 3.

A más del arco, suelen disponer los arqueros de dos a cuatro flechas.

Los arcos son grandes: por término medio alcanzan la mitad de la talla de los tiradores, y aun a veces son algo mayores

(véase Civil, núms. 23 y 47; Caballos, núms. 24, 25, 26 y 42). Son muy contados los ejemplares de dimensiones bastante menores (Civil, núms. 19 y 102); la cuerda se aprecia claramente en un caso (Civil, núm. 27).

Ofrece valioso complemento de estos detalles una serie de figuras de arqueros de Alpera *(Cueva de la Vieja)*, estudiadas y



FIG. 58.—ALPERA, CUEVA DE LA VIEJA: ARQUERO.
Escala, 1 : 3.

copiadas nuevamente por nosotros. (Véanse las figuras 57 (1), 59, 61, 62, y especialmente la figura 58, que presenta un arco con los extremos divididos.)

Las flechas de los antiguos moradores de los Abrigos del Barranco de Valltorta están figuradas en tamaño variado, siempre bastante respetable, y terminan en su punta en línea recta. Trátase, por tanto, sea de sencillas flechas de madera, apuntadas

(1) De un modo notable recuerda esta figura, por su tamaño y estilo, algunos tipos del Barranco de Valltorta. H. BREUIL, J. CABRÉ, P. SERRANO *(L'Anthropologie,* XXIII, 1912), en la figura más alta del centro de su clisé 11, denominan este tipo «image cruciforme», sin reconocer su carácter antropomorfo.

en su parte superior, sea de flechas compuestas, a las que se han fijado de antemano pequeñas puntas rectas de asta o sílex. Por esta particularidad, el «tipo de Valltorta» se diferencia esencialmente de la «flecha de Alpera», pues esta última permite



Fig. 59.—Alpera, Cueva de la Vieja: Arquero.
Escala, 1 : 2.

reconocer en toda una serie de casos una punta lateralmente adherida, que aparece efectivamente, en forma de punta de hueso lateralmente aplanada, en el Pleistoceno cantábrico (1) (figs. 58 y 59; véanse además las figuras 61 y 62).

En la parte inferior de las flechas de Valltorta se observa una forma lanceolada, probablemente pennípeda; es decir, que

(1) Véase pág. 86.

la base de la flecha debía ir provista de una emplumadura para asegurar la dirección del proyectil y poder estabilizar la trayectoria del dardo (*Pfeilsicherung* de los etnólogos alemanes). Se observa la emplumadura de un modo particularmente visible en el Abrigo principal del Civil, en los números 42, 47, 51 y 82; luego en la Cueva de los Caballos, en los números 7, 17, 25,



Fig. 60.—Cueva Saltadora: Arquero; pintura en color rojo obscuro.
(Tamaño natural.)

26, 42 y 57. Lo justificado de nuestra interpretación se desprende de la figura del jabalí (Civil, núm. 14), de la caza del ciervo (Caballos, láms. XX y XXI), etc., pues allí se ve muy claramente salir del cuerpo de los animales heridos el tallo del dardo con la emplumadura, y lo mismo se reconoce en la figura 51 («Herido, desplomándose», de la Cueva Saltadora). Las últimas dudas quedarían disipadas por la adjunta figura 60 del precitado abrigo, que representa un arquero en el momento de disparar. Este tirador tiene fijado el dardo de tal modo a la cuerda, que la emplumadura viene a estar situada junto a su mano, per-

mitiendo esta figura averiguar y comprobar de una manera indudable el carácter de emplumadura de la base de la flecha.

Es además digno de atención el hecho de que esta emplumadura se presente por lo menos algunas veces también en



FIG. 61.—ALPERA, CUEVA DE LA VIEJA: ARQUERO.
Escala, 1 : 3.

Alpera *(Cueva de la Vieja)* (figs. 61 y 62; compárense las figuras 58 y 59).

En cambio puede notarse la carencia de representaciones de armas que pudiesen recordar de un modo indudable verdaderas lanzas o venablos (1).

(1) Se interpretará el número 64 del Civil más bien como cazador con una flecha aislada, que no con lanza.

Son completamente nuevas en el arte levantino las representaciones que figuran el carcaj; lo tenemos en el número 26 del Abrigo principal del Civil, donde se ve cómo un arquero lleva en la cabeza un largo carcaj en forma de cubo con su asa. Emergen de su abertura delantera las extremidades de varias

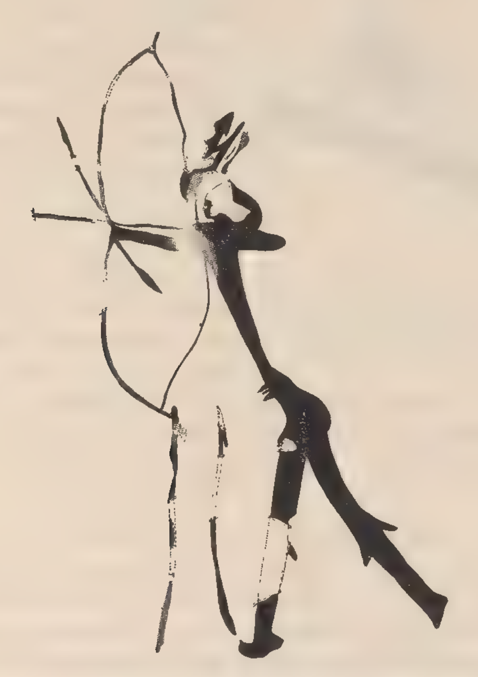


Fig. 62.—Alpera, Cueva de la Vieja: Arquero.
Escala, 1 : 3.

flechas. Otra preciosa reproducción del carcaj con asa se presenta en la Cueva Saltadora, con cuatro dardos y un arco (figura 63), y finalmente, existe otro carcaj en el Abrigo principal del Civil (núm. 46), sostenido a la altura de la cintura por una figura masculina.

Podría ser que el individuo representado en la figura 30, de la Cueva Rull, manejase efectivamente un arma en forma de

hacha u honda; también existe un dibujo parecido a un bastón o a una vara (núm. 5 de la Cueva de los Caballos).

Respecto a utensilios de otra índole, nos faltan por enumerar los siguientes: en el Abrigo principal del Civil, un individuo lleva una *cesta* con asa (quizá un envase) en la mano (núm. 25); además hay otra figura humana que también lleva un *cubo* de análoga forma, colgado del brazo (núm. 48). Quizá no sea casual la presencia de figuras humanas, portadoras de vasijas (?), entre los grupos de hombres armados, estando probablemente en relación directa con ellos, como distribuidores de líquidos (veneno o colores).



Fig. 63.—Cueva Saltadora: Carcaj, bastón y cesta; pintura en rojo obscuro. (Tamaño natural.)

Indica el uso de verdaderas cestas de tejido u odres, el lindo conjunto pictórico de la Cueva Saltadora reproducido en la figura 63.

REPRESENTACIONES DE ANIMALES

Comparadas con el gran número de figuras humanas, las representaciones de animales son incomparablemente menos numerosas, adoleciendo además con frecuencia de defectos, y no pudiendo determinarse exactamente su especie.

Los dibujos son pequeños en su mayoría (6—10 centímetros de largo), pero algunos alcanzan, no obstante, hasta 30 centímetros (Civil, núms. 14, 30 y 89; Caballos, núms. 11 y 46).

Están relativamente bien representados los cérvidos (Civil, números 4, 12, 71 y 80; Caballos, núms. 27 a 35, y 45). Hay que añadir luego algunos cápridos (Civil, núms. 95 y 101; Caballos, núm. 52) y un jabalí (Civil, núm. 14). Por el estudio de los cascos y del aspecto general de las patas debe seguramente interpretarse como caballo el número 30 del Civil, y como bos

los números 19 y 46 de la Cueva de los Caballos, atendida toda la silueta del cuerpo y la cola tan típica. Por fin, diremos que es muy probable que el número 8 del Civil represente un onagro (1).

Muy reducida es esta lista: una prueba más de la imposibilidad de evaluar en Levante la fauna pleistocena en su totalidad, basándose sólo en las representaciones pictóricas de animales. Pues, en efecto, tanto su área general de dispersión como la variedad y abundancia de las diferentes especies, se pueden apreciar en grado aún mucho menor que para los representantes faunísticos dibujados en las cavernas del Norte. La clave de este problema paleozoogeográfico está en las excavaciones, a las que debiera procederse en las comarcas levantinas, y las que desgraciadamente han sido desatendidas del todo hasta la fecha (excepción hecha de algunas investigaciones instructivas en Cataluña), no obstante conocerse yacimientos señalados desde hace ya muchos años y que permiten abrigar fundadas esperanzas, en las provincias de Valencia, Almería, Murcia y Málaga.

REPRESENTACIONES DE HUELLAS

Existen representaciones de huellas de animales en la Cueva dels Tolls (fig. 29). Se distinguen por su gran tamaño, están por pares, bastante distantes unas de otras, y reproducen muy bien la negativa de una pezuña relativamente alargada de un artiodáctilo. Ya hemos llamado la atención sobre su carácter de huellas, análogas a las producidas por las pezuñas de los cérvidos, cápridos o antílopes (pág. 47).

Hemos recordado su parecido con otra composición semejante, descubierta ulteriormente en la Cueva de Morella la Vella, y publicada por el Sr. Hernández-Pacheco, que interpreta estas huellas pintadas como pertenecientes a pistas humanas, a pesar de estar figuradas por pares, debido este procedimiento, según él, a un convencionalismo de los pintores. En cambio

(1) Véase pág. 83.

desecha por improbable «la hipótesis de que estas huellas correspondan a la pista de las dos pezuñas que dejan los artiodáctilos, pues lo alargado de cada una de las representadas y la separación grande de una a otra lo hace más inverosímil» (1).

Por fin, hemos llamado la atención sobre el parentesco de estas hileras de huellas animales con los pares de rayitas paralelas que se ven en el interior de los «óvalos pectíneos», llamados provisionalmente «tortugas», de la Cueva de la Pileta (pág. 85), creyendo haber aportado con este último documento un nuevo e importante dato para la edad paleolítica de las pinturas de Levante. Siendo de suficiente interés para nuestro estudio estos signos tan notables, justifican las siguientes líneas.

En esta interesante cueva del extremo Sur, casi, de la Península (2) existen las mencionadas figuras ovoides, de color rojo, con borde más o menos franjeado, interna (fig. 64, A) o externamente (fig. 64, B, C, D, E), y de algunas de las cuales salen uno a cuatro «tentáculos» (fig. 64, D, E). Las hay de curva cerrada (fig. 64, D, E), otras formando bolsas alargadas (figura 64, A, B, C) y análogas. Excepto una de estas formas (figura 64, A), todas ellas presentan en su interior muchos pares de rayas mayores o menores. En dos casos aparecen también estas rayas pareadas, independientemente de todo óvalo o semióvalo que las rodee (fig. 64, F, H). Una vez se presenta la particularidad de que en el interior de uno de estos semióvalos (fig. 64, C) se encuentren dibujadas dos cabezas de cápridos en amarillo, más antiguas que el semióvalo con sus rayitas, pues estas últimas están sobrepuestas a las cabezas; quizá no sea casual la combinación de los pequeños dibujos de cabezas con el semióvalo, siendo posible que aprovecharan los dibujantes

(1) E. Hernández-Pacheco, *Estudios de arte prehistórico:* I. Prospección de las pinturas rupestres de Morella la Vella. - II. Evolución de las ideas madres de las pinturas rupestres. *(Nota* núm. 16 de la *Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas,* Madrid, 1918, pág. 8; reimpreso de la *Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid,* tomo XVI, núm. 1.° de la segunda serie.)

(2) H. Breuil, H. Obermaier et W. Verner, *La Pileta à Benaoján.* Mónaco, 1915, páginas 11, 12, 16, 24, 25, 26 y 28.

del semióvalo con sus rayitás paralelas, la coincidencia de existir en este sitio estas dos cabecitas más antiguas, para formar una

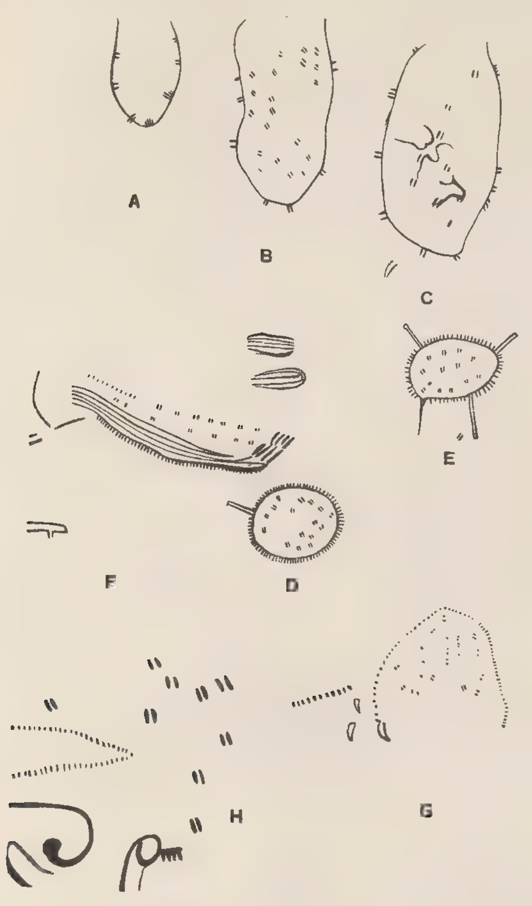


Fig. 64.—Cueva de la Pileta: Pinturas representando, en parte, huellas de animales.
Escala, 1 : 9.
(Según *H. Breuil, H. Obermaier* y *W. Verner.)*

composición; pues, en efecto, ya los autores del estudio sobre la Pileta insinúan en la página 28 de su texto que quizá habría de ser tomada en consideración la conjetura de que las rayitas

pareadas fueran una imitación pictórica de las huellas dejadas en el suelo por las pezuñas bisulcas de rumiantes como la cabra y el ciervo. Esto se refiere a las rayas gemelas, visibles en varias otras figuras de la misma cueva, donde se ven dibujadas aisladas e independientemente de un «óvalo pectíneo».

Ahora no es difícil ver en las rayas pareadas del interior de los óvalos y semióvalos precisamente esas huellas, con tanto mayor motivo cuanto que estos óvalos y sus congéneres han sido directamente interpretados por los autores ya mencionados como pertenecientes a la familia de los tectiformes, figurando éstos y desde luego los óvalos mismos, según admiten ellos (1), o verdaderas cabañas o construcciones análogas, quizá también grandes trampas destinadas a la captura de la presa, siendo éstas construídas en forma de empalizadas o con barreras. Efectivamente, ofrecen el aspecto de recintos con aberturas, levantados con estacas, varios de los «óvalos pectíneos» (fig. 64), representación a la que se hace referencia en la obra sobre la *Pileta,* conservando grande semejanza con las trampas idénticamente figuradas en la época caldea.

Basándonos en lo anteriormente expuesto, consideramos esta clase de «tectiformes» óvalos, semióvalos o ligeramente curvos, como «trampas-rediles» destinadas a la captura de animales *salvajes,* fundando esta interpretación en las huellas (2) de su interior y hasta en la presencia de los cápridos (aunque de confección más antigua) en una de ellas. Si se confirmara nuestra opinión, y en caso de ser aceptada, no se iría de seguro demasiado lejos al emitir en consecuencia la hipótesis de que, acostum-

---

(1) *La Pileta,* pág. 28.

(2) Ya hemos dicho que los autores de la obra sobre la *Pileta* habían creído deber emitir la consideración de que las rayas dobles muy bien podrían figurar la imitación de las huellas de rumiantes. Pero debemos añadir que desecharon esta suposición por derivar estas rayas pareadas de un tipo tectiforme que lleva franjas de dos rayas en sus bordes. Respetando desde luego esta opinión, por lo que atañe a los pares de rayas largas, visibles en los sitios donde ulteriormente se pintaron los animales en negro (láms. XIII, XIV, XV y XVI de la citada obra), hacemos constar, en cambio, que estas rayas no tienen ningún parecido con las pequeñas de los «óvalos pectíneos» y congéneres.



Cueva del Mas d'en Josep: escena de caza, ejecutada en color rojo obscuro.

Escala, 1 : 2.

brando hacer uso de trampas en sus cacerías, tratarían los cazadores paleolíticos de asegurar su eficacia por el procedimiento mágico de pintarlas en lugares para ellos sagrados, no olvidando tampoco el importante detalle del aditamento de las *huellas* dentro del «recinto», pues es lógico suponer que revestirían menor significado y tendrían, por el contrario, virtud mágica contraproducente, representaciones de *rediles de caza* que carecieran de pistas.

COMPOSICIONES Y SUPRAPOSICIONES

Son relativamente raras en el Barranco de Valltorta las COMPOSICIONES en el verdadero sentido de la palabra. En efecto, el inmenso fresco del Abrigo principal de las Cuevas del Civil es, no obstante su abundancia de figuras, un cuadro meramente analítico, aunque no es improbable que se relacionasen los números 14 y 15, representando una caza del jabalí.

No vemos por el momento solución al problema de si el conjunto de los números 41 a 66 tiene, por lo menos parcialmente, alguna conexión interna, pues efectivamente se experimenta la impresión de que el número 64 representa al caudillo capitaneando a su grupo.

La figura de las huellas de la Cueva dels Tolls (fig. 29) hace suponer que antaño existiese aquí una escena de caza; pero nos vemos reducidos a conjeturas hipotéticas, por el gran deterioro que han sufrido las pinturas.

En cambio contiene el friso de la Cueva de los Caballos una preciosa escena de caza al ojeo, rebosante de vida, que hemos reproducido en la lámina, de color, XX. Un equivalente artístico de esta composición lo encontramos en la escena de caza del ciervo de la Cueva del Mas d'en Josep, reproducida en la lámina XXVI. Los dos animales aquí figurados están en plena huída; el ciervo delantero aparece, no deteriorado, sino incompletamente dibujado, no habiéndose llegado a ejecutar la mitad trasera del cuerpo ni las patas de atrás. El animal que tras él huye es de ejecución acabada, y aparece alcanzado por varios

dardos en su porción abdominal, y perseguido a toda carrera por un cazador que ostenta notabilísimo adorno de cabeza, de cintura y de rodilla.

No es imposible formasen parte de una escena de caza análoga los números 41 y 42 de la Cueva de los Caballos.

Supraposiciones. — Exceptuando una figura negruzca con cabeza triangular, de edad más antigua, recubierta en parte por la silueta de un individuo de color rojo (núm. 61), sólo existe en la Cueva del Civil (Abrigo principal) un grupo mayor de pinturas con supraposiciones, grupo que reproducimos en la lámina XII (1). Aquí se observan los fragmentos de dos figuras humanas cestosomáticas (núms. 72 y 73), cuyos cuerpos están casi totalmente deteriorados. Su primitiva posición está ocupada por la silueta de un ciervo (núm. 71), de ejecución bastante tosca aunque todavía realista. No es de esencial importancia el hecho de que las piernas del arquero número 75 estén pintadas encima de las de la figura 73, puesto que se trata de formas de tipo casi idéntico.

En la Cueva de los Caballos ofrece primeramente, el número 23, la imagen muy deteriorada de un cazador, y a su lado una figura de animal también incompleta (¿cérvido o cánido?) de edad probablemente más reciente (2). En vista del mal estado de conservación de estas dos pinturas, no pueden ser tomadas en consideración para conclusiones de mayor relieve.

En cambio es de más alto interés la lámina XXII (3): la pequeña imagen de un ciervo de estilo naturalista (núm. 45) es más antigua que la de un hombre (núm. 44), mientras que, a la inversa, la figura de un gran bóvido (núm. 46) es más reciente que la de un arquero (núm. 47), que se asemeja mucho por su estilo y tamaño al cazador número 44. Por esta misma causa no se encuentra ninguna solución al problema de fijar la cronología de las pinturas de este fresco; no hay más indicio que el

(1) Véase pág. 36.
(2) Véase pág. 64.
(3) Véase pág. 68.

hecho, hace tiempo conocido, de que las figuras de animales de gran tamaño perduran por todas las fases del arte de Levante, y que no preceden cronológicamente a las pinturas de hombres y animales de pequeño tamaño.

De la lámina XXIII (1) no se obtienen resultados mucho más positivos: aquí una figura de tipo cestosomático (núm. 53) pasa por encima de un cuerpo de animal muy borroso, y, a su vez, está recubierta por la imagen de una pequeña cabra llena de vida (núm. 52, a la derecha). Pero pareciendo estar pintado otro representante del tipo cestosomático (núm. 51) encima de la figura de la cabra de la izquierda del mismo número, resulta difícil poder poner en tela de juicio, en lo esencial, el sincronismo de todas estas pinturas.

Debido a la escasez de los casos, no se podrá sacar otra conclusión, sino la de que no puede procederse en el Barranco de Valltorta a detalladas agrupaciones por edades y series cronológicas de las figuras, basándose en la inmediata suprapósición de las pinturas, excepto en el caso antes citado de la Cueva del Civil. El ciervo de que aquí se trata (núm. 71) no puede ser comparado en modo alguno, teniendo en cuenta toda la tosca reproducción del cuerpo, y especialmente de la cornamenta, con los preciosos representantes de la misma especie figurados en el mismo barranco. Es más reciente, y parece formar transición por su cornamenta ligeramente «escalariforme» (parecida a varias de las representaciones de los Cantos de la Visera del Monte Arabí), hacia los tipos de dibujo más esquemático.

No obstante, nos apresuramos a decir que de todos los abrigos por nosotros estudiados, ni uno solo presenta las clásicas estilizaciones de edad postpaleolítica, es decir, del estilo de las pinturas de Sierra Morena (2).

---

(1) Véase pág. 71.

(2) Tendríamos que disponer, a este efecto, de «tipos» clásicos y seguros de esquematizaciones, y no es posible aducir para este fin dibujos muy deteriorados como, por ejemplo, el número 102, o representaciones tan lineares como el número 6 de la Cueva del Civil. Esta última figura, de «aspecto geométrico», tampoco ofrece, a causa de su sencillez, ningún sello de determinada antigüedad, y además resulta de fecha igual a la de análogas figuras, seguramente paleolíticas, de otros sitios, por todo su ambiente pictórico.

En vista de estas particularidades, tenemos que renunciar a establecer en las Cuevas del Civil y de los Caballos fases cronológicas basadas directamente sobre los documentos originales de estos monumentos.

Es verdad que algunas figuras parecen tener mayor antigüedad, como las de los números 16, 17 y 45 de la Cueva del Civil y las de los números 4, 5 y 21 de la Cueva de los Caballos. Pero en cuanto a la inmensa mayoría de las figuras, no podemos decidir por ahora de modo seguro si los tipos figurales establecidos en las páginas 94 y 95 son esencialmente sincrónicos, o si representan subetapas cronológicas más extensas, que seguramente se identifican con aquellas fases del Capsiense superior que forman el equivalente del Magdaleniense medio y superior de España septentrional. Opinamos que el tipo cestosomático, tan clásicamente representado en la Cueva del Civil, no distará demasiado, en cuanto a la cronología, del tipo principal de Alpera. Puede que sea de edad algo más remota que el tipo paquípodo, y el tipo nematomorfo, a su vez, un poco más reciente que este último.

Ulteriores descubrimientos deberán aclarar este problema de modo definitivo, y tanto menos hemos de perdernos en suposiciones, cuanto que sólo pretendíamos escribir una monografía que se limitase a los documentos del Barranco de Valltorta, tratando, por lo demás, sólo de los grandes problemas generales de la antigüedad y del significado del arte de Levante.

***

NOTA. Aunque llevaría demasiado lejos incluir aquí un capítulo comparativo sobre las pinturas de los Primitivos modernos, creemos, no obstante, imprescindible el dedicar al asunto algunas palabras, por lo menos al arte rupestre de los Bosquimanes del África del Sur.

Acerca de éste existe una serie de importantes trabajos de HELEN TONGUE, A. HOLUB, F. CHRISTOL, FELIX VON LUSCHAN,

J. P. JOHNSON, KEARNEY, G. W. STOW, A. J. MOLYNEUX, F. W. GIRDLER BROWN, RUDOLF PÖCH, L. PERINGUEY, O. MOSZEIK, HUT-

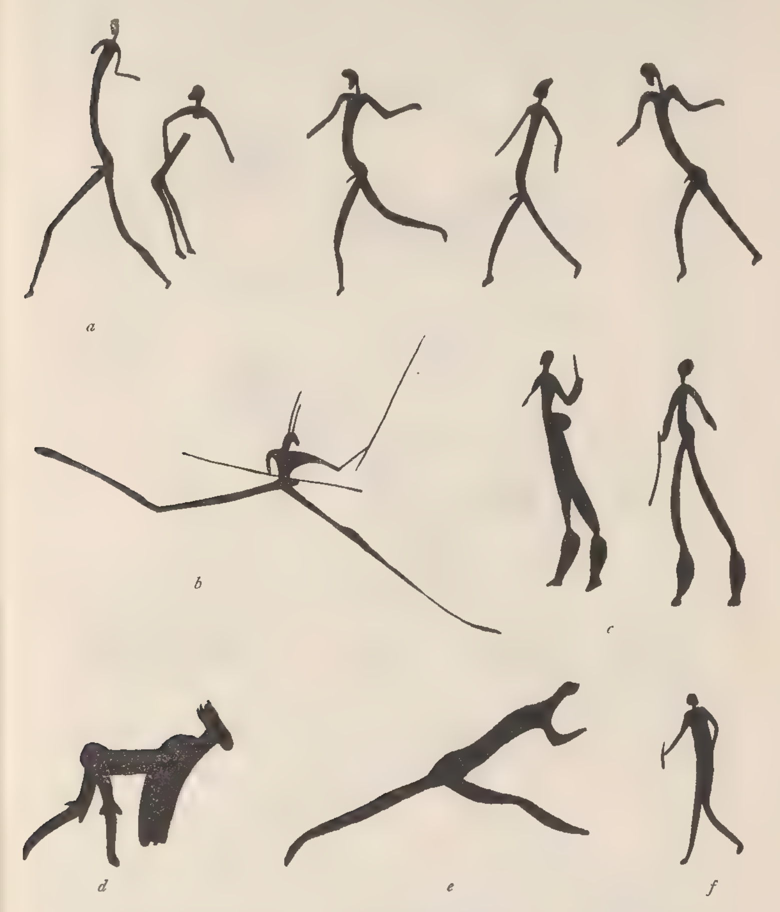


FIG. 65.—PINTURAS RUPESTRES DE LOS BOSQUIMANES: FIGURAS HUMANAS NATURALISTAS. (Tamaño reducido.)
(a, según J. P. Johnson; b a f, según H. Tongue.)

CHINSON, C. TH. NAUHANS, FRANKLIN WHITE y otros; sin que se haya logrado hasta la fecha descifrar con alguna exactitud el

contenido de este arte y clasificar cronológicamente su desarrollo, pues está fuera de duda que una parte de los grabados y de las pinturas procede de muy lejanos tiempos, mientras que los últimamente pintados son documentos de edad relativamente reciente, pues llegan hasta el principio del siglo XIX.



Fig. 66.—Pinturas rupestres de los Bosquimanes: Grupos naturalistas (combate y actos de ceremonias).
(Tamaño reducido.)
(a, según H. Tongue; b y c, según J. P. Johnson.)

Según la mayoría de los autores, todas las figuras de animales tendrían significado más o menos totémico, mientras que las escenas de luchas o cazas habrían de ser, según Moszeik, Bent y otros, de edad más reciente y narrativas; en opinión de estos autores, perpetuarían, por lo tanto, acontecimientos históricos. Seguramente se trata de este último caso, por lo que se refiere a varias representaciones de escenas de la época más

reciente. En cambio, K. Th. Preuss atribuye a las producciones artísticas de los Bosquimanes, como a las pinturas paleolíticas, un fondo mágico latente, a más de ser debidas al impulso emocional de las facultades espirituales de aquellos Primitivos. Algunas figuras semianimales representan, de seguro, seres mitológicos o sobrenaturales; pero en general no podemos emitir sino suposiciones acerca de tan interesante problema, puesto

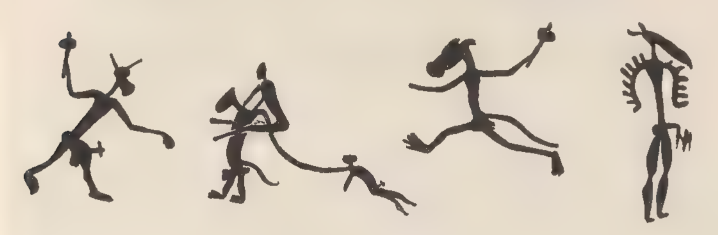


Fig. 67.—Pinturas rupestres de los Bosquimanes: Seres «mitológicos» (figuras «antropomorfas»).
(Tamaño reducido.)
(Según *J. P. Johnson.*)

que los escasos Bosquimanes supervivientes ni siquiera conservaron tradición del sentido e importancia del arte de sus antepasados.

Sea de esto lo que quiera, lo que a nosotros nos interesa en este lugar, es presentar al lector una serie de figuras de tipos humanos que muestran sorprendentes analogías artísticas con el arte rupestre de España.

Las clasificaremos en:

a) Figuras aisladas naturalistas de «estilo» paleolítico (fig. 65). Particular atención merecen los números *a* y *c*, pues se aproximan al tipo cestosomático de la *Cueva del Civil*. De gran interés resulta ser también el número *d*, representando un cazador disfrazado con el típico adorno de rodillas.

b) Grupos naturalistas (fig. 66). Los números *b* y *c* representan probablemente actos de ceremonias solemnes.

c) Seres mitológicos (fig. 67). Con importantes reminis-

cencias artísticas de las figuras «antropomorfas» del círculo de civilización cantábrico-aquitaniense.

d) Figuras de estilizaciones esquemáticas (fig. 68).

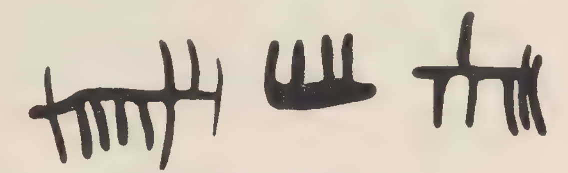


Fig. 68. — Pinturas rupestres de los Bosquimanes: Estilizaciones esquemáticas de animales.
(Tamaño reducido.)
(Grabados de *H. Tongue.*)

Representan, sin duda, figuras de animales, con notables analogías con las esquematizaciones neolíticas de la Península Ibérica.

CAPÍTULO V

Significación psicológica del arte rupestre.

Al discutir sobre el fondo psicológico de las pinturas rupestres de la edad de piedra, abandonamos forzosamente el terreno de la investigación exacta, para penetrar en el más expuesto de la teoría y de la hipótesis. No obstante, creemos pertinente disertar con brevedad acerca de este tema, pues el carácter de todo estudio relativo a asuntos de índole «étnico-cultural» exige, a más de la exposición y averiguación de los hechos, el intentar siquiera dar una explicación, aunque sólo sea a título de ensayo, del porqué de tales manifestaciones de la psiquis humana.

Por lo que respecta a las pinturas paleolíticas del círculo cantábrico-aquitano, la gran mayoría de los especialistas, desde hace muchos años, ha sostenido como sumamente probable el carácter mágico-religioso de este arte naturo-realista.

En efecto, han llamado la atención sobre la particularidad de estar pintados gran número de animales llevando flechas en los flancos, y han explicado este detalle como rito de las creencias mágicas en relación con la caza (1). Además, las representaciones, relativamente frecuentes en las cavernas, de figuras «antropomorfas», no sólo podían ser interpretadas como cazadores con disfraces animales, sino también como hechiceros o magos, o individuos de sociedades secretas, revestidos del disfraz ritual y con caretas y extraño tocado en la cabeza. Quizá se trate también, en parte, de símbolos de «espíritus-duendes»

(1) Existiría además con visos de gran probabilidad la magia de reproducción, de armas, etc.

imaginarios, sin por esto equipararlos, como lo hace S. Reinach, con las ideas de los Primitivos, relacionadas con el «misterio» de la fecundación. Uno de nosotros, H. Obermaier, ha sostenido que algunos grupos de signos llamados «tectiformes» podrían simbolizar trampas para tales espíritus malignos (1).

Todas estas interpretaciones teóricas, basadas sobre la comparación de las mencionadas particularidades con hechos suministrados por la etnografía comparada de nuestra época, parecen confirmar la hipótesis de que en cada región relativamente extensa tendrían siempre los primitivos moradores algunas cuevas como «sagradas», por considerarlas frecuentadas por «espíritus», creencia que quizá les indujo a hacer de ellas lugares de culto.

En idéntico o por lo menos muy parecido fundamento psicológico están inspiradas, según nuestra convicción, las pinturas rupestres pleistocenas naturo-realistas del Levante de España.

Es cierto que a primera vista podría juzgarse que las escenas llenas de vida representan recuerdos gráficos de acontecimientos históricos, y que encierran, por tanto, un valor conmemorativo o histórico. Sin embargo, por regla general, los asuntos reproducidos no parecen temas propios para la ejecución de un «monumento pictórico conmemorativo»; pues, en efecto, no pueden dar motivo para ello asuntos como la caza de ciervos, de cabras monteses o de jabalíes, la cual, si exigía por parte de los cazadores fuerza, habilidad y astucia, no precisaba, en cambio, ni derroche de valentía ni alardes de heroísmo. Estas cualidades serían necesarias, en cambio, en la lucha con el elefante, el rinoceronte, con fieras carniceras, asunto nunca figurado en Levante hasta ahora, y cuyas peripecias darían desde luego lugar a comentarios, y como consecuencia merecerían la distinción de ser «perpetuadas», a juicio de los que habían tomado parte en ellas, mediante el procedimiento de reproducirlas en pintura en los

---

(1) H. Obermaier, *Trampas para espíritus malignos. (Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural,* tomo XVIII, Madrid, 1918, págs. 162-169.)

paredones de los abrigos; razones por las que nos resistimos a creer que la caza de ciervos de la Cueva de los Caballos (Barranco de Valltorta) o el paseo de una mujer que conduce a un niño de la mano (Abrigo de Minateda), hayan sido «acontecimientos de importancia histórica», dignos de ser fijados para siempre en las paredes rocosas.

Pudieran significar acontecimientos sucedidos las representaciones de combates entre hombres, pero hay que hacer notar que escenas pictóricas de asunto guerrero son muy raras. En realidad predominan, en la mayoría de los casos, dibujos aislados de hombres, de los que tampoco es de suponer tuvieran importancia conmemorativa, pues carecen en absoluto de carácter de retrato, ofreciéndosenos constantemente tipos «apersonales», sin perceptible individualización intencionada alguna, detalle que hace recordar la aversión del Primitivo actual al retrato, por considerarlo contraproducente para el retratado.

Estas objeciones inducen más bien a admitir que tampoco las figuras de Levante perpetúan determinados individuos o acontecimientos, sino ideas, que, según todos los indicios, eran las de la magia en su sentido más amplio.

Para las representaciones de figuras humanas aisladas se impone primero la lógica consideración de que se trata probablemente de ejemplos de magia negativa de protección, pues los artistas (quizá personajes investidos de cargo religioso) evitaban evidentemente, por principio, el pintarse a sí mismo o a otros, a no ser bajo la forma del «tipo generalizado convencional», para impedir de este modo que pudiese abusar cualquier enemigo del *retrato* de determinado individuo, y efectuar sobre él un acto simbólico de magia hostil, siempre más temida por los Primitivos que las armas e incluso la superioridad de los enemigos; forma de magia por cuya existencia en aquella época aboga un precioso ejemplo, de que luego trataremos.

Nos parecen tan contundentes los argumentos ofrecidos en pro de su significación mágica por las pinturas de Levante, que ni siquiera necesitan el apoyo de documentos etnográficos paralelos, y de los que, por tanto, prescindiremos en este lugar.

En efecto; ¿puede interpretarse de otra manera que como manifestaciones de ideas de magia positiva de protección, la minuciosidad de reproducir todos los *adornos* que ostentan los individuos? Fueran trofeos o amuletos, siempre encierra, y en todos sus detalles, profunda significación mágica todo aditamento del Primitivo, empezando por la pluma que forma parte del tocado de la cabeza, hasta los adornos de la rodilla y del pie, hecho hace mucho tiempo reconocido por los especialistas etnólogos.

Al ver pintados a los cazadores persiguiendo ciervos, cápridos o al potente jabalí en aquella exagerada y a la vez convincente forma de *carrera al vuelo,* ¿no se experimenta la impresión de que los artistas hayan querido acrecentar aún su capacidad gimnástica por el procedimiento mágico de fijarla gráficamente en la roca en la ideada actitud? Semejante intención se advierte más aún al observar que la reproducción pictórica de animales al galope no representa nunca a éstos en actitud semejante a la exagerada de los hombres, sino siempre en posiciones de huída muy naturales, de modo que nos atrevemos a afirmar que este tipo de cazador corriendo tiene muy probablemente, por su actitud peculiar, la importancia mágica que le asignamos; llegando a representar además, por su relativa frecuencia en los abrigos pintados de un área bastante extensa, un convencionalismo artístico de su época.

Del mismo modo nos explicamos que el tipo antropomorfo convencional denominado por nosotros paquípodo se debe a análogo motivo, con la intención de reforzar mágicamente las piernas mediante el procedimiento de figurarlas en tamaño de desproporción exagerada respecto a sus dimensiones naturales.

A más de la figura de protección como medio mágico para la defensa del individuo retratado, existía seguramente la figura, con fines de magia hostil, por el procedimiento de hechizar y «matar» previamente *in effigie* a un adversario que se piensa inutilizar antes de efectuar realmente el ataque contra él. En efecto, para nosotros no tiene otra explicación la figura 51, a que ya antes aludimos, que reproduce una de las figuras más

sorprendentes de la Cueva Saltadora; es evidente que se ha reproducido a un personaje mortalmente herido, alcanzado por las flechas en la nuca, en la cadera y en ambas piernas, en el momento de desplomarse (1). En su caída despréndese la diadema de la cabeza, indicando este adorno, único en su género hasta la fecha en el arte rupestre levantino, que se debía tratar de un personaje muy importante, y, al parecer, la caída del guerrero debía de llevar aparejada la del símbolo de su fuerza y de su prestigio. Por el hecho de no estar representados los atacantes de la víctima, que, por lo tanto, aparece alcanzada por dardos disparados por manos invisibles, deducimos que estamos aquí en presencia de un ejemplo paleolítico de magia hostil o de inutilización. La consideración e interpretación de este hecho es apoyada además en innumerables paralelos etnográficos de todas las edades.

Por estas mismas razones consideramos también las reproducciones de escenas de combate (Alpera, Morella la Vella), no como acontecimientos históricos, sino como imágenes escénicas confeccionadas de antemano o «anticipando», antes de haber tenido lugar las luchas, asaltos o sorpresas. La magia de analogía, que se efectúa antes de la proyectada empresa guerrera o cinegética, se manifiesta, sobre todo, imitando previamente por la mímica y por la pintura el acontecimiento esperado. Los cantos y bailes bélicos y de caza entran en esta categoría, y haremos observar que algo de ceremonioso ritual parecía percibirse, por ejemplo, en el grupo grande de la lámina X, y principalmente en la «danza con armas», ambos del fresco del Civil (2). ¿Debía favorecer y aumentar quizá la más duradera reproducción pictórica de la ceremonia mágica los beneficiosos efectos esperados por su influencia?

En muy análogas condiciones se ofrecen las figuras de animales: seguramente son manifestaciones de magia de caza las escenas cinegéticas y todas las figuras aisladas que representan

---

(1) Véase pág. 99.
(2) Figs. 10 y 15 (págs. 26 y 31).

animales alcanzados por flechas, interpretación igual a la que se ha dado a idénticos caracteres del círculo de arte paleolítico cantábrico-aquitano. Sin tener que recurrir a ningún complicado proceso de asociación de ideas, puede atribuirse también a este grupo la reproducción de las huellas de animales de la Cueva dels Tolls.

Por lo que respecta a las figuras de animales en actitud de reposo, bien pudiera tratarse tanto de pruebas de magia de caza como de sugestión mágica de las especies, de cuya conservación y aumento dependía el sostén y la vida de aquellas tribus cazadoras. Consideramos muy significativo el que varias veces se haya prescindido de confeccionar nuevas representaciones apelando al simple procedimiento de modificar imágenes antiguas, y, en efecto, es comprensible que el interés por una u otra especie animal pudiera cambiar según las circunstancias del momento. Como ejemplos de modificaciones secundarias y terciarias, citaremos algunas pinturas de la Cueva de la Vieja (Alpera); aquí existen varias figuras de ciervos muy antiguas, encima de las que se pintaron más tarde tres toros, siendo metamorfoseados finalmente en ciervos, poniéndoles las características astas. Con esto coincide una figura de Mas d'en Josep del Barranco de Valltorta, donde se procedió a la transformación de un toro en jabalí, y aún más drástica es una imagen de cabra, de color moreno, de Las Batuecas, a la que se aplicó ulteriormente una segunda cabeza de color blanco en el lugar del rabo (1).

Estas particularidades confirman en grado aún más acen-

---

(1) «Canchal de las Cabras Pintadas»; capa inferior, quizá de edad paleolítica. [Véase H. Breuil, *La vallée peinte des Batuecas (Salamanca). — L'Anthropologie*, tomo XXIX, fig. 4, pág. 5.]

Con este motivo recordamos una notable particularidad actual de que nos habló H. Breuil, refiriendo que había visto en una Casa-Ayuntamiento española un retrato del rey Alfonso XII, cuya cabeza fué substituída en el cuadro por la de D. Alfonso XIII.

D. J. Hazañas contó a uno de nosotros un caso idéntico ocurrido en Sevilla, en cuyo Ayuntamiento existe una pintura al óleo que representaba al rey Amadeo I en uniforme de capitán general. Posteriormente convirtieron su cabeza en la del rey Alfonso XII, de manera que en la actualidad se adivinan más o menos los rasgos de ambos personajes.

tuado nuestra hipótesis de que también el arte pleistoceno de Levante debe ser interpretado como arte ritual mágico.

De un modo muy marcado se diferencian las pinturas pleistocenas naturo-realistas, de que antes tratamos, y que representan un «arte de cazadores» típico, de las pinturas estilizadas y esquemáticas que entran en auge con el Aziliense y que perduran hasta el Eneolítico (1), representando un arte típico de labradores.

Insiste H. Obermaier en que, puesto que evolucionaron estas figuras de una manera casi imperceptible de las siluetas antropomorfas del arte naturo-realista de Levante, sería lógico suponer que las figuras más realistas de las fases primitivas de este nuevo arte fueran en muchos casos expresión todavía de ideas antiguas, en forma de supervivencias, que paulatinamente se extinguieran. Pero ya en publicaciones anteriores (2) hemos llamado la atención sobre el parentesco evidente de las pinturas esquemáticas con las figuras de los cantos pintados de Mas d'Azil, y el de estas últimas con los «churingas», y hemos sacado la conclusión de que los cantos pintados eran evidentes manifestaciones de manismo. Sacando la deducción inversa, insistiremos sobre la particularidad de que las pinturas esquemáticas antropomorfas de los rupestres de la Península no pueden figurar sino representaciones de antepasados (3).

Admitimos, pues, que las figuras azilienses han servido de una manera preponderante al culto de los antepasados, pero no creemos tuvieran carácter funerario, que es de índole esencialmente diferente a aquel culto.

Aparecen, en cambio, mucho más tarde, en plena época neolítica y eneolítica, y no en todas partes, sino sólo en determinadas zonas geográficas, unas pictografías que permiten percibir relaciones más directas con las figuras de los dólmenes y con

(1) Véanse nuestras observaciones en las páginas 88 a 90.
(2) H. Obermaier, *El hombre fósil*, cap. X.
P. Wernert, *Representaciones de antepasados en el arte paleolítico*, cap. II.
(3) P. Wernert, *Ibid.*, págs. 33-38.
P. Wernert, *Figuras humanas esquemáticas del Maglemosiense*, pág. 12.

los ídolos sepulcrales, pero que, no obstante, hablan más a favor de manismo que no de culto funerario.

Respecto a una parte de estos caracteres gráficos más recientes, puede suponerse también que encarnan a su vez «ideas» diferentes de las expresadas estilizaciones; con lo cual no queremos decir que tuvieran precisamente ya el valor y significado de una escritura primitiva, puesto que su semejanza con las letras primordiales hieráticas de Egipto, Creta o Chipre puede ser puramente externa, y ya que nada nos autoriza a suponer que ambos grupos deben su origen a una misma y única raíz primordial. Si efectivamente hubiese ocurrido esto último, costaría mucho comprender cómo la población hispana de la edad del bronce no se hubiese valido de estos signos, perfeccionándolos, y que la Península Ibérica careciera de escritura hasta la llegada de Cartagineses y Romanos.

ÍNDICE

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

COMISIÓN DE INVESTIGACIONES PALEONTOLÓGICAS Y PREHISTÓRICAS

Notas publicadas:

NÚMEROS 1-2. *Los bastones perforados de la provincia de Santander.* — *Dos nuevos yacimientos prehistóricos de la provincia de Santander*, por Orestes Cendrero; 0,25 ptas.

— 3. *Interpretación de un adorno en las figuras humanas masculinas de Alpera y Cogul*, por Ismael del Pan y Paul Wernert; 0,25.

— 4-7. *Hallazgos prehistóricos en tres cuevas de la Sierra de Cameros*, por Ismael del Pan. — *La cerámica hallstattiana en las cuevas de Logroño*, por Pedro Bosch. — *Instrumento neolítico de Corral de Caracuel*, por Antonio Blázquez. — *Sobre los instrumentos neolíticos de Corral de Caracuel*, por Ángel Cabrera; 1.

— 8. *Pinturas prehistóricas y dólmenes de la región de Alburquerque*, por Eduardo Hernández-Pacheco y Aurelio Cabrera; 1.

— 9-12. *Una supervivencia prehistórica en la psicología criminal de la mujer*, por Constancio Bernaldo de Quirós. — *Datos para la cronología del arte rupestre del Oriente de España*, por Ismael del Pan y Paul Wernert. — *Pedernales tallados en el Cerro de los Ángeles (Madrid)*, por Eduardo Hernández-Pacheco y José Royo. — *Sílex tallados de Illescas (Toledo)*, por L. Fernández Navarro y Paul Wernert; 1.

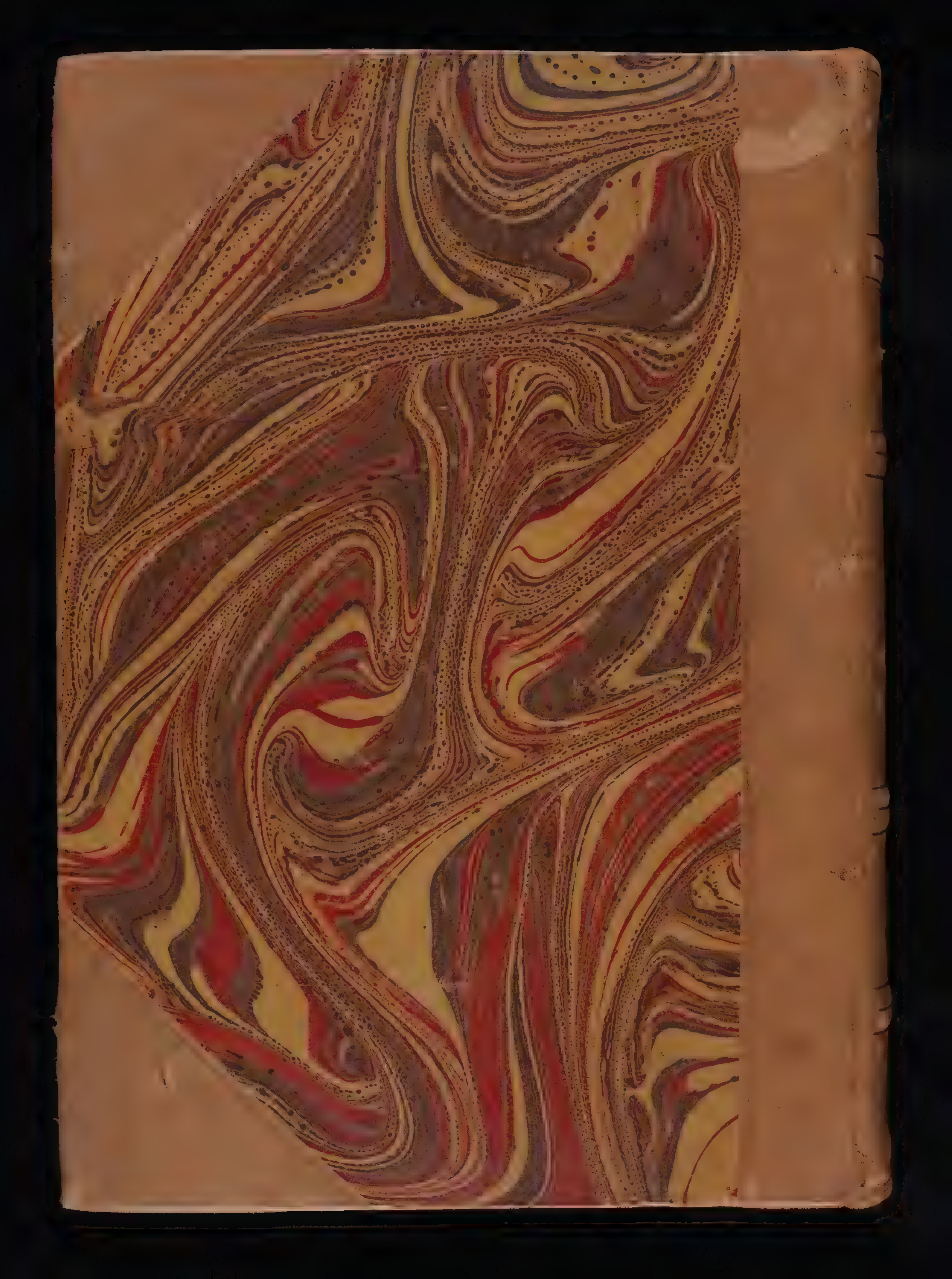
— 13-15. *Nuevos datos etnográficos para la cronología del arte rupestre de estilo naturalista en el Oriente de España*, por Paul Wernert. — *Exploración de la cueva prehistórica del Conejar (Cáceres)*, por Ismael del Pan. — *Figuras humanas esquemáticas del Maglemoisiense*, por Paul Wernert; 1.

— 16. *Estudios de arte prehistórico: I. Prospección de las pinturas de Morella la Vella; II. Evolución de las ideas madres de las pinturas rupestres*, por Eduardo Hernández-Pacheco; 1.

Domicilio de la Comisión: Museo Nacional de Ciencias Naturales.
Madrid (Hipódromo).









Cueva de los Caballos: Pinturas números 23 a 36. [Cacería de ciervos.] Escala, 1 : 2.

LÁMINA XX





Cuevas del Civil: Abrigo principal: conjunto de las pinturas números 41 a 67. Escala, 1 : 2.

LÁMINA X

